EN EL BOSQUE DE EDGEWOOD,
TODO TIENE UN PRECIO.
ESPECIALMENTE EL AMOR.

UN OSCURO OLVIDO

KRISTEN CICCARELLI

MONTENA

KRISTEN CICCARELLI

UN OSCURO OLVIDO

Traducción de **Elena Macian Masip**

MONTENA

En memoria de Ivan Cesar

UNO

Los bosques fueron a por Emeline como hacían siempre: deslizándose con sigilo entre las sombras y colándose por las rendijas.

«Emeline —susurraban—, cántanos una canción verdadera».

Emeline apretó los dientes y no hizo caso. Allí, sentada bajo los focos en un taburete de madera, continuó cantándole al micrófono y rasgueando las cuerdas de su ukelele, y se dijo que, si aquella noche toda la cerveza que hubiera en el bar acababa convertida en agua de río, no le importaba. Que, si aquellas matas verdes y esponjosas que asomaban entre los tablones de madera del suelo eran, en efecto, musgo que venía de los bosques, no le importaba.

No podía perder la concentración.

No podía estropear aquella oportunidad.

Emeline no podía darle al público ni la más mínima pista de que, cuando cantaba, pasaban cosas muy extrañas. Ni hablar. Ella era Emeline Lark, una cantante de folk con tintes pop. Una estrella en alza con melodías pegadizas y voz dulce y aireada.

Allí no había nada raro.

Las luces de La Rêverie se atenuaron, acompañadas del crepitar y chisporrotear del fuego de la chimenea que había en la pared de

piedra del pub. Sobre las mesas, por toda la sala, resplandecían las lámparas de aceite. Todo tenía un aire íntimo. Acogedor, cálido y oscuro, salvo por las luces blancas que brillaban sobre Emeline. Dejó que aquellos focos la cegaran, que le ocultaran a sus espectadores, mientras se apresuraba a acabar su actuación.

«Emeline…».

El olor de la tierra húmeda y blanda permeaba el aire. Emeline arrugó la nariz e intentó concentrarse en el público sin rostro que la contemplaba tras los focos.

«Lo tengo controlado», se dijo.

Y, en general, era cierto. Sin embargo, en los últimos tiempos, aquellas alucinaciones boscosas se estaban volviendo cada vez más insistentes.

¿Y si la cosa empeoraba mientras estaba de gira?

¿Y si uno de esos días dejaba de ser capaz de controlarlo?

Tamborileando con la pierna, se pintó una sonrisa en la cara y siguió tocando.

Pero, mientras cantaba la última canción, el penetrante olor a tierra fresca hizo que mirara al suelo. Bajo sus botas había crecido un parche de musgo verde esmeralda.

Parpadeó. Albergaba la esperanza de que no solo el musgo fuese un producto de su imaginación, sino que también lo fuesen los insectos negros y brillantes que estaban brotando de su interior. Que correteaban por encima de sus botas. Que le trepaban por los vaqueros.

Escarabajos.

Contempló horrorizada sus cuerpecitos negros, que reflejaban destellos iridiscentes azules y verdes mientras se arrastraban por sus piernas.

«Solo una canción verdadera», le pidieron los bosques con voz

ronca.

Emeline miró al público más allá de las luces. Nadie parecía haberse percatado de la presencia del enjambre de escarabajos.

Nunca lo hacían.

«Porque ves cosas que no están ahí».

Igual que todo el que hubiera vivido en Edgewood durante demasiado tiempo.

Emeline se saltó la última estrofa de la canción y fue directa al estribillo final para terminar la actuación cuanto antes.

El bosque hizo una pausa. Esperó.

Pero ella no pensaba cantar ninguna otra canción, porque, en cuanto su música paraba, el bosque también paraba de propagarse. Era algo que había aprendido al marcharse de Edgewood dos años atrás: los bosques, ya fueran reales o un producto de su imaginación, solo iban a buscarla cuando cantaba.

El problema era que Emeline estaba siempre cantando.

La música era su vida.

El público aplaudió. Ella le dio las gracias, dejó el ukelele en su soporte, al lado de la guitarra, y se secó las palmas sudadas en los vaqueros.

Cuando la música house empezó a sonar, relevando a Emeline de su tarea de entretener al público, el musgo y los bichos retrocedieron, llevándose con ellos el aroma del bosque.

Emeline exhaló un suspiro de alivio. Lo había logrado. Había conseguido cantar todas sus canciones sin causar ningún incidente. Aquella noche, nadie había reparado en aquella presencia musgosa. Nadie, excepto ella.

Aquello la llevó a preguntarse, y no por primera vez, si su mente seguiría el mismo rumbo que la de su abuelo. Y el dolor afloró en su pecho al recordar la última vez que lo había visto. En aquella

habitación estéril, tan perdido…, como si aquel no fuese el lugar que le correspondía.

Se obligó a respirar.

«Hiciste lo correcto. Es lo que él quería que hicieras».

Era lo que se decía siempre y, sin embargo, nunca aliviaba su dolor.

Como tenía la garganta seca de cantar, Emeline hizo ademán de coger la botella de agua rosa fucsia que había dejado bajo el taburete, la que Joel le había regalado por su cumpleaños y que ella había llenado de agua antes de empezar la última parte del concierto.

Pero sus dedos no encontraron más que aire.

Se agachó y miró al suelo, pero la botella había desaparecido. En su lugar había una flor: una anémona blanca, tan bonita como una estrella.

Emeline la miró extrañada.

—Pero ¿qué…?

Arrancó la anémona de debajo del taburete y la observó con atención. La luz se reflejaba en los pétalos blancos y translúcidos, dispuestos alrededor del centro negro.

—Si esto es una broma, creo que podrías hacerlo mejor —le murmuró al bosque.

Emeline paseó la mirada por el pub y, finalmente, se detuvo en un objeto de color fucsia.

Su botella de agua.

Alzó la vista desde la botella al joven que la tenía en la mano. Era poco más que una silueta, de pie justo donde no alcanzaban ya las tenues luces del bar. Y la estaba observando. Las sombras ocultaban su rostro y su ropa, pero no lograban disimular su altura. Ni tampoco la intensidad de su mirada.

Una sensación de alerta crepitó sobre su piel, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

El joven levantó la botella de agua como si la estuviera saludando, y luego se la llevó a la boca y le dio un buen trago.

Ella se quedó atónita.

¿Cómo se la había quitado sin que se diese cuenta?

Bajó la vista a la anémona que tenía en la mano. Debía de haberla dejado él cuando le había robado la botella, para que la encontrase.

Sintió un chispazo de ira. No era la primera vez que Emeline tenía que lidiar con hombres así. Con fans que no respetaban los límites.

¿Creía que podía acosarla sin que hubiera consecuencias?

Ya se encargaría ella de aclarárselo.

Se levantó del taburete y salió del resplandor de los focos. Sin perder de vista a su objetivo, zigzagueó por entre las mesas, recorriendo la distancia que la separaba de la barra.

La distancia que la separaba de él.

Él dejó la botella sobre la barra. A pesar de que estaba oculto por las sombras, Emeline percibió su desasosiego. Le complacía que ella hubiese aceptado el desafío, pero le inquietaba que se estuviera acercando. «Así me gusta —pensó, apretando los puños—. Te has metido con la chica equivocada».

Emeline estaba acostumbrada a que la subestimaran. Era una muchacha de diecinueve años metida en la despiadada industria musical, un hecho que parecía darle alas a la gente para infravalorarla.

«Recuerda, patito —oyó la voz de su yayo en su mente—. Cuando la gente te subestima, es fácil que eso se vuelva en su contra».

El desconocido no hizo ademán de marcharse; se limitó a contemplarla desde la oscuridad. Como desafiándola a descubrir su identidad.

Mientras se acercaba, le dio la sensación de que había en él algo de otro mundo. Un aura que no encajaba en el ambiente chic de La Rêverie. Emeline miró al suelo buscando su sombra, para ver qué forma tenía. Una costumbre ridícula que le debía a Tom el Pobre Loco.

«A un cambiaformas siempre se le distingue por su sombra».

Emeline apartó el pensamiento.

En cualquier caso, estaba demasiado oscuro para ver la sombra de aquel desconocido.

Solo le faltaban unos pasos para llegar hasta él cuando le vibró el móvil. Aminoró la marcha para sacarlo de su bolsillo trasero. Pensando que sería Joel, el hijo de su representante, bajó la vista para silenciar la llamada.

Pero no era Joel.

El nombre que iluminaba la pantalla era el de la vecina de su abuelo, Maisie Decker. Emeline le había dado poderes notariales para que las cosas fuesen más fáciles para todos.

«¿Y si le ha pasado algo a mi yayo?».

Sin dejar de fulminar con la mirada al desconocido que se escondía entre las sombras, respondió.

—¿Mais?

—Hola, pequeña. —La voz cálida de Maisie solía hacerla pensar en rollos de canela, dulces, pegajosos y esponjosos. Sin embargo, esa vez sonaba distinta: estaba colmada de preocupación.

«Ha ocurrido algo».

Emeline se tapó la otra oreja para aislarse de los ruidos del local. Alguien la golpeó en el hombro al pasar por su lado y, de repente, el

pub pareció parpadear a su alrededor y el aire se llenó del olor de los pinos.

Levantó la vista hacia las sombras donde había visto por última vez al desconocido, pero ya no estaba. Emeline se dio la vuelta, buscándolo por el local, pero no había ni rastro de él. Había desaparecido y se había llevado la botella de agua. Como si hubiese saltado de ese mundo a otro distinto.

«A no ser que me lo haya imaginado a él también…».

—Ewan me pidió que no te molestara a no ser que fuese una emergencia, pero han pasado ya casi veinticuatro horas y…

A Emeline le latía el pulso en los oídos.

—¿Han pasado veinticuatro horas de qué?

—Ewan se ha ido, cariño.

«Se ha ido».

La recorrió un escalofrío helado como el invierno.

—¿Cómo que…?

—Ha desaparecido —le aclaró Maisie—. No lo encontramos desde ayer. —La sala empezó a dar vueltas alrededor de Emeline—. La enfermera llamó pasada la medianoche. Dijo que no estaba en su cama. Debió de salir y se perdió. O eso es lo que piensan ellos.

Con «ellos» se refería a la Residencia Páramo, el geriátrico donde vivía su abuelo. Adonde lo había llevado Emeline el abril pasado, cuando se había caído y se había roto la cadera y ya no podía seguir viviendo solo en su vieja casa. Emeline había cancelado sus conciertos, había conducido durante siete horas hasta Edgewood, había recogido sus cosas y lo había internado en la residencia más cercana.

«Veinticuatro horas».

Alguien debería haber dado ya con él.

«¿Por qué no lo han encontrado?».

Quizá había sido un error internarlo en la residencia más cercana a Edgewood. Quizá habría podido encontrar un sitio mejor, llevárselo con ella a la ciudad, o…

—Solo que las puertas estaban cerradas con llave —continuó Maisie, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Hay cámaras en todos los pasillos. No puede haberse marchado por su propio pie. No es posible.

El pub se oscureció. El intenso olor a bosque se hizo más denso.

«Te lo estás imaginando —se dijo Emeline—. No hay ningún olor».

—Lo siento mucho, pequeña —añadió Maisie—. Pero a tu abuelo lo han diezmado.

«Diezmado».

La palabra resonó en el interior de Emeline y la arrastró a una infancia que había estado marcada por las supersticiones. Los diezmos del Rey del Bosque eran uno de los muchos rituales con los que había crecido en Edgewood.

Eran otra de las razones por las que se había marchado de allí en cuanto había podido.

Y, sin embargo, a juzgar por lo ocurrido esa noche, tal vez no hubiera escapado lo bastante rápido. Era evidente que, fuera cual fuese la locura que había infectado a su abuelo y a sus vecinos, había empezado a infectarla a ella también.

Negó con la cabeza.

Nada se había llevado a su yayo. En todo caso, se lo había llevado la demencia, que era lo que se había adueñado de su mente. Se había perdido; eso era todo. Solo había que encontrarlo.

«Es un hombre de setenta y cinco años. No puede haber llegado muy lejos».

Emeline regresó a abril, a la última vez que había visto a Ewan

Lark. Recordó la expresión de desconcierto en el rostro de su abuelo cuando ella lo había llevado al comedor de la Residencia Páramo y lo había dejado allí. Recordó el disonante flop, flop de sus sandalias contra las baldosas azules que la había acompañado mientras se marchaba por los pasillos pintados de blanco. Recordó el dolor atroz que había sentido al cruzar aquellas puertas, abandonando a la persona que más había amado en este mundo tras habérselo entregado a unos desconocidos.

Emeline cerró los ojos con fuerza.

¿Qué otra cosa podría haber hecho? Su mismo yayo le había dicho que se fuese.

Pero a ella no se le había pasado por alto la melancolía que había empañado su voz. Lo que él quería era estar en su casa, rodeado de sus viñedos. Los viñedos que había plantado con sus propias manos.

Lo que él quería era quedarse en Edgewood.

—¿Emmie? ¿Estás ahí?

Apretó el móvil con los dedos sin despegárselo de la oreja.

«Tengo conciertos apalabrados. Una gira que preparar. No puedo irme así, sin más».

Pero la imagen de su abuelo, perdido y asustado, pesaba más que todo lo demás.

—Voy para casa —contestó.

DOS

Emeline aparcó delante de la casa de piedra de su yayo y se quedó sentada en el coche agarrando el volante con las dos manos. Primero había ido a la Residencia Páramo a hablar con las enfermeras, pero le habían dicho lo mismo que Maisie. Así que le había enviado un mensaje a Joel y le había pedido que cancelase todos sus conciertos de aquella semana.

Emeline odiaba dejar a la gente colgada.

Mientras miraba fijamente a través del parabrisas el cartel de se vende que había clavado en el césped, reflexionó sobre todo lo que había conseguido desde que se había marchado de la casa en la que había pasado su infancia. De haberse quedado en aquel pueblo tan retrógrado, no habría hecho nada de provecho. Allí no habría podido perseguir sus sueños ni vivir la vida que tanto deseaba.

Por eso, dos años antes, cuando solo tenía diecisiete, había metido todas sus cosas en su pequeño tres puertas azul y oxidado —el que habían comprado su yayo y ella con los ahorros de los dos— y se había marchado a Montreal con novecientos dólares en el bolsillo y un contrato de alquiler de un apartamento que compartía con tres estudiantes de arte.

En aquel entonces, Emeline aceptaba cualquier trabajo que le

propusieran: fiestas de cumpleaños, bodas, recaudaciones de fondos… Y, cuando no conseguía llegar a final de mes, tocaba y cantaba en la calle. Comía fideos instantáneos y bebía café instantáneo. Dormía en un colchón de segunda mano en el suelo.

Lo hacía porque cantar era lo único que se le daba bien y lo único a lo que quería dedicarse. Lo hacía con la esperanza de que algún día lograría cambiar las frías aceras de cemento por los escenarios iluminados de salas de conciertos llenas hasta los topes, de que cantaría sus propias canciones y se ganaría la vida con su voz.

Sí, debía admitir que había sido un poco ingenua.

Y, por descontado, también que había tenido que hacer muchas concesiones.

Pero su ingenuidad, sus concesiones y su voluntad de acero la habían llevado hasta donde estaba. En poco más de una semana sería la telonera de sus ídolos, una banda de folk llamada los Perennials, en una gira de catorce ciudades que recorrería tres países. Y si lograba impresionar a los representantes de Daybreak Records —que irían a verla al concierto de inauguración—, pronto tendría un contrato con una de las casas discográficas más importantes del país.

«Si alguien puede hacerlo, esa eres tú, patito».

Era lo que su abuelo le había dicho unos minutos antes de que se subiera al coche y se marchara, mientras él y los vecinos le decían adiós con la mano desde el césped del patio delantero. Cuando todavía era su yayo, y no una cáscara vacía del hombre que había sido. Cuando todavía se acordaba de la niña que había criado.

Se aferró al volante con más fuerza.

«Tengo que encontrarlo».

Alguien tocó a la ventanilla del lado del conductor,

interrumpiendo sus pensamientos. Sobresaltada, levantó la vista para mirar a través del cristal.

Al otro lado había un hombre de mediana edad con una cazadora vaquera gastada saludándola con la mano. Era varios años más joven que su abuelo, pero lo bastante mayor para ser su padre. Tenía el pelo castaño oscuro más corto y gris de lo que recordaba, pero todo lo demás era exactamente igual que en sus recuerdos.

—¡Tom! —Emeline abrió la puerta del coche y se lanzó a sus brazos.

—Pensaba que eras tu madre…

—Siento decepcionarte. —Inhaló el aroma de su tabaco de pipa mientras lo apretujaba con fuerza.

—Tú no me decepcionarías nunca, pequeña.

Era Tom el Pobre Loco, también conocido como Tomás Pérez. Había sido fotógrafo para la revista *National Geographic* y ahora era el amable vecino retirado de su yayo. Lo de «Pobre» era porque había estado locamente enamorado de la madre de Emeline, Rose Lark, que le había roto el corazón cuando se había quedado embarazada de otro hombre. Y lo de «Loco» por las historias que le contaba a Emeline cuando era una niña pequeña y aburrida e iba a su casa para que alguien la entretuviera.

Historias sobre sus increíbles aventuras en la corte del Rey del Bosque.

Emeline seguía sin saber con certeza si se las había inventado para divertirla o si de verdad creía que eran ciertas.

—¿Cómo te va con eso la música?

Soltó a Tom y lo descubrió observándola con atención.

—Bien. —Pensó en su inminente gira. Pensó en la posibilidad de firmar con Daybreak Records—. Muy bien.

—No me sorprende. —Una sonrisa le iluminó el rostro, como a

un padre orgulloso—. Mais siempre dice que la voz de nuestra Emmie es mágica. ¿Y con ese novio tuyo cómo va?

—¿Joel?

Se encogió de hombros.

—Como se llame el que tengas ahora.

«¡Ay!». Aunque no podía decir que no fuese cierto. Emeline cambiaba de novio con la misma frecuencia con la que cambiaba las cuerdas de su guitarra. Joel siempre la chinchaba con eso, diciéndole que tenía un corazón frío y cruel.

Antes de que empezasen a enrollarse.

—Joel… no es mi novio. —Técnicamente—. Solo es el hijo de mi representante.

En realidad, Joel era a la vez más y menos que un novio. Era el salvavidas al que recurría cuando sus miedos trataban de hundirla, arrastrándola como las corrientes; los miedos de perder la carrera que tanto se había esforzado en forjar, los miedos de que había algo oscuro que la acechaba para arrancarle el sueño de su vida de los dedos, por mucha fuerza con la que se aferrara a él.

Sus alucinaciones sobre los bosques remitían cuando estaba con Joel. A veces, no estaba segura de si le gustaba él o la normalidad que representaba.

Tom la observó unos instantes con aquellos ojos castaños y serenos, y luego echó vistazo a su camioneta vieja y oxidada, que había dejado al ralentí detrás del coche azul de Emeline.

—No puedo quedarme mucho rato. Eshe tiene visita en el médico y la tengo que llevar. —Eshe era la madre de Grace Abel, una chica con la que Emeline se había criado. Grace se había largado de Edgewood en la primera oportunidad que se le había presentado, igual que Emeline, solo que, para ella, esa oportunidad había sido una beca en Oxford, donde estaba estudiando—.

Supongo que te has enterado de lo que ha pasado con Ewan.

—Sí.

—Has venido a buscarlo.

Emeline apartó la vista.

—Sí.

Tom suspiró, cansado.

—Escúchame, Emmie. Maisie y yo, Corny, Anya, Eshe y Abel nos pasamos toda la noche buscándolo junto a la policía. Fuimos por carreteras y caminos, recorrimos los campos a pie. No está aquí. —Miró hacia los bosques que acechaban tras la casa con una expresión casi nostálgica—. Sé que no es lo que quieres oír, pero no lo vas a encontrar.

Tenía razón, no era lo que quería oír.

—Si Ewan hubiese intentado escaparse de la residencia, las puertas cerradas con llave se lo habrían impedido. Y si, de algún modo, se las hubiera arreglado para salir, se le vería en las imágenes de las cámaras de seguridad. Pero no hay nada. No hay ni rastro de él. —Tom le puso una mano en el hombro y le dio un apretón para reconfortarla.

Su rostro le decía lo que él no le había dicho: que su abuelo estaba en manos del Rey del Bosque.

Emeline sintió que la frustración le retorcía las entrañas.

El Rey del Bosque y sus monstruos de la espesura —cosas como las pieles de sombra, los ascuaballos o los cambiaformas— eran cuentos de hadas que había dejado atrás cuando se había marchado de Edgewood, hacía ya dos veranos.

Pero tenía razón: la enfermera se lo había contado todo. Que todo el mundo estaba perplejo. Que era imposible que su abuelo se hubiera escapado.

Pero también era imposible que lo hubiera secuestrado un rey

perteneciente al mundo de los cuentos de hadas.

—¿No tenías que llevar a Eshe al médico? —le recordó ella, cambiando de tema abruptamente. De repente, quería que se fuera para poder empezar a buscar.

Tom asintió. Mientras volvía hacia su camioneta, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —«Cuanto sea necesario para encontrarlo»—. Cuando vuelva del médico con Eshe, vendré a charlar un rato contigo. —Emeline recordó los viejos tiempos, cuando Tom venía a casa por las noches y su yayo le daba permiso para quedarse despierta hasta tarde, comer cereales y participar de su conversación—. Quédate aquí y espérame, ¿de acuerdo? —le pidió—. No te precipites.

—Vale —contestó ella al tiempo que él se metía en la camioneta. Lo observó alejarse por el largo sendero de tierra que cruzaba los viñedos de su abuelo y luego girar hacia la carretera principal.

El bosque empezó a susurrar en cuanto desapareció.

«Emeline…».

Miró detrás de la casa. Hacia el bosque oscuro y amenazador.

«No seas loca —se dijo—. Solo es un bosque».

Se volvió hacia los terrenos de su abuelo y se paró en seco. Entre ella y la puerta principal estaba el cartel de SE VENDE, fulminándola con la mirada.

«Traidora —parecía decirle—. ¿Cómo pudiste?».

Había recibido una media docena de ofertas de compra, sobre todo de inversores extranjeros. De gente que no tenía intención de comprar la casa para vivir en ella, que solo buscaba un sitio en el que invertir su dinero.

Emeline las había rechazado todas. Pero no podía seguir haciéndolo. Su yayo casi no tenía ahorros, y los pocos que tenía se estaban yendo en pagar su estancia en la Residencia Páramo. El

único modo de poder seguir teniéndolo allí era vender la casa y los viñedos.

Cualquier día tendría que aceptar alguna oferta.

Aunó coraje, pasó junto al cartel y se plantó ante la puerta principal. Luego introdujo el código en la cajita de seguridad donde el agente inmobiliario guardaba las llaves, abrió la puerta y entró.

Olía a él.

A casa.

«No —se corrigió—. No es mi casa. Ya no».

Antaño, a la derecha siempre había un montón de zapatos llenos de barro, pero ahora solo había un felpudo de goma vacío. Se quitó las botas. Caminó del vestíbulo al salón con las baldosas frías helándole los pies y, allí, el reloj de pie rompió el silencio con su tictac.

No había fuego en la chimenea. Ningún delicioso aroma que emanara de la cocina. Aquella casa —la que albergaba sus recuerdos más queridos— se le antojaba fría, completamente desprovista de vida. Como si su alma se hubiese esfumado y no quedase de ella más que una cáscara.

Emeline llamó a su yayo, deseando fervientemente que le respondiera. Había una llave de repuesto en el garaje, debajo de una maceta. Si había conseguido recorrer a pie los quince kilómetros que separaban la Residencia Páramo de su casa, quizá la hubiese usado para entrar.

Emeline miró en todas las habitaciones, una tras otra, hasta llegar a la última: el dormitorio de su abuelo. Sobre la cómoda, había viejos marcos de fotos en una fila irregular. Le pareció extraño. Estaba bastante segura de que los había metido todos en cajas.

Las fotografías que había en ellos eran todas de ella: a los dos años, con las mejillas regordetas y sonrosadas; a los diez,

larguirucha y desgarbada; a los dieciséis, alta y esbelta, tocando la guitarra en un escenario. La hicieron añorar el pasado, cuando todo era más fácil.

«Esos días no volverán —se dijo—. Nunca volverán».

Emeline se abrazó a sí misma. Había ido hasta allí para encontrar a su abuelo, no para rememorar tiempos pasados. No podía andar muy lejos. Los ancianos con las caderas desgastadas no desaparecían así como así.

«Lo siento mucho, pequeña. Pero a tu abuelo lo han diezmado».

Las palabras de Maisie atravesaron la barrera de sus defensas antes de que pudiera rechazar aquella absurda explicación.

Y, de repente, el dormitorio cambió.

De repente, Emeline dejó de verlo con los ojos de una chica de ciudad. Lo vio con los ojos de la niña que había crecido en Edgewood.

Fijó la mirada sobre la puerta, donde había unas ramas nudosas colgadas sobre el dintel, atadas con un cordel. A juzgar por su aroma fresco y dulce, las habían cortado hacía poco.

En Edgewood, la gente colgaba ramitas de espino de los dinteles de las puertas para ahuyentar a las criaturas del bosque.

Criaturas como, por ejemplo, las pieles de sombra.

Emeline frunció el ceño. ¿Quién las habría puesto allí? ¿Tom?

Cuando empezó a cruzar la estancia para quitarlas, reparó en un cuenco de cobre vacío que había sobre la mesita de noche de su abuelo.

«Eso lo guardé, estoy segura».

Retrocedió y lo cogió. La curva fría y pesada del cuenco —que era dos veces más grande que sus manos juntas— hacía aflorar recuerdos en los que su yayo lo dejaba en la puerta en cada cambio de estación, con el diezmo trimestral para el Rey del Bosque.

Emeline deslizó los dedos por el cobre y notó las toscas marcas del martillo de Tom, el Pobre Loco. Tom había forjado en frío todos los cuencos para el diezmo de Edgewood. Acarició la inscripción grabada en el borde, unas palabras que había reseguido un millar de veces más con unos dedos mucho más pequeños, hacía mucho tiempo.

«Los mayores sacrificios son los diezmos más valiosos».

Se refería a los diezmos para el Rey del Bosque.

Según el folclore popular de Edgewood, el Rey del Bosque era una criatura antigua que residía en lo más profundo de los bosques, y que requería sacrificios trimestrales de aquellos que habitaban en la frontera de su espeluznante espesura, diezmos que mantenían a las gentes de Edgewood a salvo de él y de sus monstruos sedientos de sangre. Cuatro veces al año, el Rey del Bosque mandaba a su recaudador para que recogiera las ofrendas de los habitantes de Edgewood, o, al menos, sobre eso versaban las historias.

Emeline nunca había visto a esa persona.

Cuando pasaba algo malo —cuando las vacas dejaban de dar leche, los cultivos se dañaban o algún ser querido se ponía enfermo —, los vecinos de Edgewood no lo achacaban a las desgracias o injusticias de la vida. Lo consideraban un diezmo impagado. Creían que el Rey del Bosque les estaba quitando lo que se le debía de forma retroactiva.

Dos inviernos antes de que Emeline se marchara de Edgewood, habían matado a uno de los caballos de Cornelius Henrik. Ya había caído el atardecer cuando Corny había visto a una piel de sombra, una criatura perteneciente al reino de las pesadillas, que había salido del bosque y había clavado los dientes brillantes en el cuello del animal. Para cuando Corny llegó, el monstruo ya había arrastrado su cena más allá de los árboles desnudos, dejando la nieve manchada

de rojo. A la mañana siguiente, encontró un orbe parecido a una perla en el establo del caballo: una prueba de que el diezmo había sido pagado.

Al menos, así es como a Corny le gustaba contar la historia.

Pero no era lo que había ocurrido en realidad.

No había monstruos que emergieran del bosque y se comieran los caballos, sino lobos hambrientos. Emeline había crecido escuchando sus aullidos por la noche, a la hora de dormir.

Las pieles de sombra no existían. Y el bosque no se llevaba cosas. Lo que ocurría tenía un nombre: accidentes. A veces se perdía alguna vaca, o se pudrían campos enteros de maíz, pero no eran más que infortunios. No había fuerzas malévolas detrás.

Emeline trataba de no molestarse con sus viejos vecinos por creer en cuentos de hadas. Creer en los monstruos les daba algo a lo que culpar de las desgracias sin sentido.

Y, por eso mismo, trató de no enfadarse con ellos por haber dejado objetos supersticiosos en el dormitorio de su yayo. Las ramas de espino, el cuenco para el diezmo… Eran formas de lidiar con lo ocurrido. Formas de enfrentarse a la pena. Porque Ewan Lark, su vecino y amigo, estaba perdiendo la razón poco a poco. Y que él perdiera la razón significaba que ellos lo perdían a él.

Emeline se obligó a volver al presente. Al dormitorio, a la tarea que tenía entre manos: encontrar a su abuelo.

Estaba a punto de volver al pasillo cuando vio resplandecer un objeto en la almohada.

Volvió junto a la cama y miró con los ojos entornados el diminuto orbe que descansaba en el centro del cojín.

Lo cogió.

Era más pequeño que una canica, pero más grande que una perla, y al tocarlo desprendía una extraña frialdad. Bajo su superficie

fluían colores como de ópalo, azules y verdes claros y blancos cremosos.

Emeline se lo quedó mirando varios segundos. Sentía que le faltaba el aire. Porque sabía lo que era aquello, a pesar de que su mente le gritase que no. Que no podía ser.

Era una prenda. La prueba de que un diezmo había sido pagado.

TRES

Emeline iba de un lado a otro de la casa. Quería llamar a Maisie, a Tom. Quería una explicación.

«¿Qué es esto? ¿Una broma de mal gusto?».

Pero sus vecinos no eran gente de gastar bromas tan pesadas. Eran personas amables y sinceras. No se rebajarían a una jugarreta tan cruel.

Entonces ¿qué significaba que encima de la cama de su yayo hubiera esa esfera que indicaba que se había pagado un diezmo?

«¿Y si tienen razón?».

¿Qué ocurriría si se permitiera creer en todo aquello? En que los bosques eran peligrosos. En que en su interior habitaba un rey malvado. En que ella podía abandonar Edgewood, pero Edgewood nunca la abandonaría a ella.

En cierto modo, sería un alivio. Significaría que no estaba volviéndose loca.

Significaría que sabría exactamente dónde encontrar a su yayo.

Emeline abrió la puerta trasera de la casa de par en par, y el olor dulce y agrio de las uvas la recibió con los brazos abiertos. Estaban a finales de septiembre y las vides se veían colmadas de pesados frutos. Maduros, listos para ser recolectados.

Y, a lo lejos, la esperaba el bosque.

El sol todavía no se había puesto, pero el aire resplandecía, dorado, ante la inminente llegada del atardecer, y se quedaba atrapado entre las hojas de los altos árboles. Eran dos veces más altos que la casa, a la que vigilaban como centinelas.

Emeline fijó la mirada en la única abertura que se veía en kilómetros, un espacio entre los setos, abierto como las fauces de un lobo, que marcaba la entrada a ese lugar oscuro, a ese otro lugar.

Antaño había un árbol en esa abertura. Su yayo lo había plantado el día que Emeline había nacido, y el árbol la había cuidado desde entonces. O eso solía imaginar ella.

El viento le azotaba las mejillas y le alborotaba el pelo, trayendo consigo el olor del bosque: madera podrida y huesos viejos.

Emeline se estremeció y se cerró la rebeca con más fuerza.

¿Y si era cierto, y el bosque era un ente oscuro y letal capaz de robarle lo que más quería?

Decidió creérselo, aunque fuera solo por una noche. ¿Qué tenía que perder? Su yayo no estaba en casa, y eso significaba que solo le quedaba un sitio donde buscarlo.

Emeline permitió que sus pies la condujeran a la hilera de árboles que marcaba el inicio del bosque, al que miraba con el ceño fruncido.

—Lo encontraré —gruñó en voz baja—. Lo encontraré y lo traeré a casa. —Apretó los puños—. Y luego me marcharé. Puede que hayas conseguido traerme de vuelta, pero no puedes dejarme aquí atrapada. Cuando él esté a salvo, no volveré a casa nunca más.

Sus pasos hacían crujir la hierba verde botella bajo sus pies. Se acercó al agujero del seto, el lugar donde había estado su árbol. La hierba era gruesa y larga, como si allí nunca hubiese crecido nada.

Trató de recordar cómo era y a qué olía.

Pero no pudo.

Se levantó el viento, tirándole del pelo y azotándole las mejillas. Las hojas se movieron, como una advertencia.

«Cuidado con el Rey del Bosque, Emeline».

—A la mierda con el Rey del Bosque —maldijo con amargura.

Y se internó en la maraña verde.

CUATRO

El viento dejó de soplar en cuanto Emeline cruzó la linde del bosque.

Las hojas se acallaron.

La envolvió el aroma denso de los pinos.

—¡Caaac!

Emeline dio un brinco al oír el ruido y levantó la vista. Un enorme cuervo, posado en la rama de un arce. Sus plumas negras casi azules reflejaban la luz del sol poniente, y, cuando ladeó la cabeza para mirarla, le refulgieron los ojos negros. Era el doble de grande que un cuervo común. Tom habría dicho que era un cambiaformas.

Los cambiaformas eran otro de los mitos de Edgewood, criaturas que se movían entre formas distintas. Allí, la gente creía que un cuervo, un zorro o un ciervo podía no ser más que un animal, pero que también podía ser otra cosa. Algo distinto. Espías a los que había enviado el Rey del Bosque en persona.

«A un cambiaformas siempre se le distingue por su sombra».

—¡Caaac! —graznó el pájaro, y luego emprendió el vuelo sacudiendo en el aire sus alas.

Se le erizó la piel, como si el graznido del cuervo hubiese funcionado del mismo modo que una alarma y ahora todos los ojos

del bosque se hubiesen vuelto para mirarla.

Emeline se abrigó con la rebeca y siguió adelante, pisando las ramitas crujientes y las hojas caídas. Hizo bocina con las manos y llamó a su yayo y, mientras caminaba, la espesura la cercaba como un puño cerrado.

Los árboles tapaban el cielo y el bosque era cada vez más frondoso y oscuro. Con cada gemido y cada crujido que oía, Emeline se volvía de golpe solo para descubrirse sola, y ver que el camino que había dejado atrás era tan denso y enredado como el que se extendía ante ella.

«¿Encontraré el camino de vuelta?», pensó.

—No pienses en eso. Piensa en tu yayo.

Lo llamó a gritos una y otra vez, pero no hubo respuesta y, peor aún: tampoco había ni rastro de él.

Y eso no era todo: la luz del día empezaba a extinguirse. Emeline debía volver; no quería estar allí cuando la oscuridad fuese plena.

«Mañana iré a comisaría», se dijo. Si le decía a la policía que creía que su abuelo estaba perdido en el bosque, tendrían que organizar una partida de búsqueda, ¿no?

Sin embargo, cuando Emeline se dio la vuelta para volver, se encontró con un bosque… cambiado.

Los árboles que la rodeaban estaban enfermos. Los brotes de los zumaques eran grises y no rojos, las hojas de los nogales estaban blanquecinas y marchitas y los troncos de los álamos, podridos. Hasta el aire estaba descompuesto. Era húmedo, mohoso y sofocante.

Emeline se dio la vuelta otra vez, pero el bosque verde y frondoso del que venía había desaparecido. En su lugar había algo enfermo, en descomposición.

—¿Qué sitio es este?

«La Mácula —respiraron los árboles—. Territorio maldito».

—¿Maldito?

Pero los árboles no dijeron nada más. Y Emeline, al darse cuenta de que estaba hablando con objetos inanimados, siguió adelante a toda prisa.

«Hacia el norte —pensó. Se le había puesto la carne de gallina—. Edgewood está al norte del bosque». Lo único que tenía que hacer era volver caminando en la dirección de la que había venido y llegaría. Bajo sus pies, las hojas arrugadas se disolvían como cenizas. Sobre la espesura —que antes gemía y crujía— había caído un silencio espeluznante.

«Algo se acerca».

La piel le vibró, alerta, al oírlo: unos movimientos en la distancia, los rascones contra los árboles al pasar, el aire que entraba y salía de sus pulmones a medida que se acercaba.

«Vete —la apremiaron los árboles—. ¡Corre, Emeline!».

Pero ¿y si era su yayo?

Y entonces, a través de la luz gris y nebulosa, lo vio. Como una sombra, solo que todavía más oscuro. Negro como un sótano sin luz ni ventanas.

Mientras la forma alargada se acercaba, deslizándose sobre la tierra, distinguió los brazos correosos, doblados en formas extrañas, y unas fauces blancas y brillantes llenas de sangre seca.

A Emeline se le heló la sangre, igual que el invierno helaba el jardín de su abuelo, matando todo lo que había vivo.

Sabía lo que era.

Una piel de sombra.

Negó con la cabeza y retrocedió. «No es posible…». Las pieles de sombra eran criaturas tan astutas como despiadadas. El Rey del Bosque las mandaba para aterrorizar a Edgewood. La criatura que

había devorado el caballo de Corny el invierno anterior era una piel de sombra, y también había sido una piel de sombra la que había chupado la sangre de las vacas de Abel hasta dejarlas secas dos años antes. El día que Maisie había encontrado una merodeando en el interior de su cobertizo la había encerrado dentro, con la intención de prenderle fuego, pero el monstruo había reventado la puerta y había ido a por ella.

Si su yayo no hubiera estado allí ese día, y si no la hubiera cogido y la hubiera metido en casa y atrancado la puerta, aquella cosa le habría desgarrado la garganta.

Pero todo eso no eran más que cuentos.

«¿Y si no son solo cuentos?», pensó Emeline mientras aquello seguía cerniéndose sobre ella.

La criatura se adentró en el claro; apenas estaba a unos pasos de distancia. La miraba a los ojos. O eso habría hecho de haber tenido ojos, porque no tenía más que dos rendijas como nariz y una grieta como boca. Y esa grieta se ensanchó, revelando varias hileras de dientes afilados.

Se acercó más.

«¡Emeline, corre!».

Pero ya era tarde para correr.

Vio una rama blanca y rota en el suelo y la cogió. Cerró los dedos alrededor de la madera dura y, blandiéndola sobre su cabeza, furiosa, atacó con todas sus fuerzas.

Un golpe sordo resonó entre los árboles cuando golpeó la palma de la piel de sombra con la rama.

La criatura cerró las garras, le arrancó la rama de las manos y la partió en dos.

Emeline retrocedió tambaleándose.

El monstruo se erigió sobre ella con la boca abierta de par en

par, mostrándole las encías llenas de sangre seca y los hilos de saliva gruesa que colgaban de los dientes afilados como agujas. La boca despedía un aliento caliente que apestaba a podrido.

Emeline se puso rígida: se le agarrotaron los músculos; se le bloquearon los huesos. Le ordenó a su cuerpo que se moviera, pero este no la obedeció. Era como si alguien hubiese tomado el control de sus funciones motoras.

Mientras tanto, por sus brazos y sus piernas se propagaba un frío antinatural.

Y fue entonces cuando recordó que matar no era lo peor que podía hacer una piel de sombra.

El monstruo de sonrisa espeluznante se adentró en su mente y la obligó a recordar la última vez que había vuelto a casa.

Su yayo y ella estaban sentados a la mesa de la cocina, y ella le explicaba adónde iba a ir: a la Residencia Páramo, donde le proporcionarían los cuidados que necesitaba. Su abuelo movía la pierna arriba y abajo, nervioso, mientras la escuchaba.

«Está asustado», comprendió ella en ese momento. Lo cogió de ambas manos, con la intención de reconfortarlo, pero él se apartó al instante. Como si Emeline fuese una desconocida. ¿Por qué lo tocaba? Escondió las manos bajo la mesa, fuera de su alcance.

«Procura no ser demasiado cariñosa —le había advertido el médico—. Lo confundiría».

Pero Emeline no sabía no ser cariñosa con su yayo. ¿Cómo se suponía que debía fingir que él no era quien había sido siempre? Su abuelo, su tutor, su amigo.

«¿Quién eres?», le había preguntado él ese día. Unas palabras que habían sido como una bofetada brutal e inesperada. La habían dejado completamente descolocada.

Sin saber muy bien qué hacer, Emeline había parpadeado, con la

mirada fija en el hombre que la había criado. Él se esforzaba por reconocerla, trataba de alcanzar los recuerdos que se le escapaban, igual que alguien mete la mano en el río para beber y se encuentra el lecho seco y la mano vacía.

«Ya no es el hombre que era antes —le había dicho Joel—. No aparques tus sueños por alguien que no se acuerda de quién eres».

Pero era su yayo. La persona que la había criado. La persona que se había ocupado de ella desde que había nacido. Cuando su madre se había marchado, él se había convertido en todo su mundo. La había apoyado en todos sus sueños, había sido su fan número uno.

Y ¿cómo le había pagado ella? En cuanto él había necesitado su ayuda, ella se lo había entregado a unos desconocidos y había puesto su casa y sus viñedos a la venta.

La embargó una oleada de desprecio por sí misma.

«Jamás volverás a verlo —le dijo una voz pútrida que goteaba en su mente—. Jamás volverás a oír su voz. Cuando lo encuentren, lo volverán a encerrar en esa habitación blanca donde solo le espera la muerte. Y se quedará allí, solo y asustado».

Entonces vio a su yayo en una habitación que no era la suya, esperando a alguien que nunca vendría. Lo vio con gran nitidez, como si lo tuviera delante. Lo vio de pie al lado de las ventanas. Lo vio paseando por los pasillos, esperando a su nieta. Ansiando su llegada. Marchitándose cada día un poco más.

Trató de liberarse de aquellos pensamientos, pero su resistencia no hizo sino desencadenar visiones aún más tristes y oscuras, como si hubiera algo dentro de su mente que la obligase a caminar por los senderos más desgarradores.

Por eso eran famosas las pieles de sombra: por encontrar tu peor miedo y valerse de él para paralizarte.

Mientras el monstruo hurgaba en sus pensamientos y recuerdos con sus garras, tratando de hallar aquello que más profundamente había enterrado, Emeline contempló su enorme boca abierta. Sabía muy bien que, una vez que terminase de devastar su mente, le hundiría esos dientes brillantes en el cuello.

Abrió la boca para chillar.

Pero no le dio tiempo. La punta afilada de una espada cercenó el rostro del monstruo.

La piel de sombra la soltó.

A Emeline le temblaron las piernas del impacto, y cayó al suelo de rodillas.

La hoja volvió a desaparecer tras el cráneo de la criatura, y de la herida, en lugar de sangre, manó oscuridad. El lamento agudo del monstruo le atravesó los oídos. Alzó sus garras y se las llevó al rostro, como si quisiera contener la oscuridad que tenía dentro, y luego se desplomó sobre el lecho del bosque convertida en polvo.

Emeline contempló boquiabierta que de su cuerpo muerto brotaban amapolas, cuyos pétalos rojos resplandecían como gotitas de sangre.

Desde arriba, una voz áspera y suave a la vez gruñó:

—¡Insensata!

CINCO

Emeline estaba arrodillada en el barro, paralizada por la conmoción.

Su salvador estaba a un par de metros de distancia. Parecía más o menos de su misma edad, y tenía el pelo de color arce oscuro y la piel del suave marrón del atardecer. Sus pies estaban firmemente plantados en la tierra, enraizado como un árbol, y vestía un abrigo gris con un delicado patrón bordado de hojas de sasafrás.

Emeline recordó al desconocido misterioso del bar la noche anterior. No le había visto la cara, pero por su altura y su silueta, por su forma de moverse… Las semejanzas con este otro desconocido eran inquietantes.

Pero no era posible, ¿verdad? No era posible que el ladrón de la noche anterior estuviese allí de repente, a cientos de kilómetros de distancia, en el bosque que bordeaba Edgewood.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

Él mantuvo las distancias, sin dejar de fulminarla con la mirada. Se comportaba como si la presencia de Emeline fuese una molestia indeseable, como si salvarla de un monstruo hubiese sido una desagradable interrupción en su día.

—Desde luego que no —replicó con voz cortante—. Me acordaría de haber conocido a alguien lo bastante estúpido como para pasear

solo por este bosque después de la puesta de sol.

«Qué borde». Emeline se puso de pie.

—¿Es que tú no estás paseando solo por este bosque después de la puesta de sol? —contestó.

Levantó la vista y se encontró con la severa mirada del muchacho. Tenía los ojos de dos grises diferentes, como dos rocas de río. Uno seco y el otro húmedo, ambos bordeados de negro. Emeline no pudo evitar que le parecieran impresionantes.

Él también la observaba a ella con cierta desconfianza. Pero, al final, la curiosidad pudo más que sus reservas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Estoy buscando a alguien. —Emeline miró sus nudillos, alrededor de la empuñadura de la brillante espada, cuya hoja apuntaba al suelo. Con el ceño fruncido, preguntó—: ¿Llegas tarde a una feria medieval?

Percibió un cambio en su actitud. Abrió la boca para contestarle, pero se lo pensó mejor en el último momento y volvió a envainar la espada en la funda que llevaba a la espalda.

—Te sugiero que continúes con tu búsqueda en otra parte —dijo, esquivando su pregunta—. La noche se nos echa encima; dentro de poco, los ascuaballos no tardarán en galopar, y quién sabe cuántas pieles de sombra más andarán merodeando por la Mácula.

Emeline se quedó muy quieta. ¿Ascuaballos? Según los cuentos de Edgewood, en los bosques, entre el crepúsculo y la medianoche, galopaban manadas de caballos de fuego, y que Dios te ayudara si te interponías en su camino.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Él apretó los dientes y apartó la vista, rígido.

—Nadie que tenga importancia.

—Yo me llamo Emeline. Emeline Lark.

Él asintió con ligereza y frialdad. No le importaba en absoluto.

—Será mejor que te lleve a casa, ¿de acuerdo? —Miró atrás y silbó con fuerza.

—No, espera —protestó ella, dando un paso atrás—. Necesito dar con mi abuelo…

Emeline se volvió y se encontró con el caballo más negro y más grande que había visto en su vida respirándole en la cara. Se quedó mirando sus enormes ojos dorados. En sus iris había motas de color rojo, como el chisporroteo del fuego, y el aliento le olía a humo.

«Santo Dios».

Retrocedió enseguida y se chocó con el joven. Su aroma la envolvió de inmediato: agujas de pino aplastadas y cuero enaceitado.

—Esta es Lamento.

—Ajá —susurró ella sin dejar de observar a la enorme bestia, que golpeaba el suelo con las patas delanteras, como diciendo: «¡Me estoy impacientando! Vámonos!». Echó la cabeza hacia atrás y un resplandor rojo refulgió en sus ojos dorados—. Muy… muy bonita.

—¿Has montado a caballo alguna vez?

No, y tampoco tenía intención de hacerlo entonces. De ninguna manera iba a subirse en aquella cosa.

—No hay nada de qué preocuparse; además, montarás conmigo.

Ah, no. Ni hablar.

Se apartó del caballo demoníaco.

Aquel chico acababa de matar a una piel de sombra. Si las pieles de sombra existían de verdad, también existía el Rey del Bosque. Y la prenda que llevaba en el bolsillo demostraba que, efectivamente, su abuelo había sido secuestrado. Que para nada se había perdido.

Que Tom y Maisie tenían razón.

Mientras la verdad se iba asentando en su interior, y a pesar de

que sentía auténtico terror, una determinación renovada empezó a florecer en ella.

Necesitaba un nuevo plan.

Justo cuando su salvador alargaba una mano hacia las riendas de su yegua y frotaba el morro negro como el carbón de la criatura, Emeline le preguntó:

—¿Puedes llevarme ante el Rey del Bosque?

A él se le ensombreció el rostro.

—No seas boba. —Señaló el norte con la cabeza, en la dirección en la que se encontraba Edgewood—. Lo que necesitas es salir de estos bosques antes de que te olfatee algo peor que una piel de sombra. Vamos. —Le tendió la mano—. Te ayudaré a montar.

Emeline se preguntó qué podía ser peor que una piel de sombra, pero enseguida decidió que no quería saberlo.

—Créeme, no tengo ninguna intención de quedarme más tiempo del necesario, pero creo que el Rey del Bosque tiene a mi abuelo. —Se sacó la diminuta prenda por el pago del diezmo del bolsillo y levantó la mano para enseñársela. El orbe, frío como la escarcha, refulgió entre sus dedos.

Él bajó las manos y levantó las cejas, arrugando la frente.

—¿Una canica? ¿Esas son tus pruebas?

Emeline bajó el orbe diminuto. No era una canica. Era una prenda. Todavía estaba fría, a pesar de que la había llevado todo ese tiempo en el bolsillo, cerca de su cuerpo. Los colores que despuntaban bajo su superficie no hacían más que mutar y cambiar bajo aquella luz tenebrosa.

—Significa que el Rey del Bosque tiene a mi abuelo. —Le resultó extraño oír esas palabras saliendo de su boca, después de haberlas negado con tanta vehemencia.

Él la observó sin disimulo, como si estuviera tratando de decidir

qué hacer con ella.

—Odio decepcionarte, pero tu abuelo no está aquí.

Pero ¿cómo lo iba a saber él?

No podía.

—Y si estuviera en la corte del rey, no hay nada que puedas hacer al respecto —prosiguió con voz tensa mientras oteaba el bosque, que estaba cada vez más oscuro—. No podemos quedarnos aquí.

Se puso al lado de la yegua y esperó a que Emeline se acercara, como si estuviera seguro de que ella se montaría obedientemente en el lomo de la enorme criatura. Quería que se marchara a casa, que se olvidase de su abuelo y siguiese con su vida como si nada hubiera ocurrido.

Sintió un chispazo de rabia. No pensaba regresar a Edgewood sin su yayo.

—Si no vas a llevarme, al menos dime cuál es el camino.

—Sube a la yegua, Emeline.

Así que sí que le había prestado atención cuando le había dicho su nombre. Deseó entonces que él también le hubiera dicho el suyo, para poder llamarlo con el mismo tono condescendiente que acababa de utilizar con ella.

—No me pienso subir a tu yegua. Me voy a buscar a mi abuelo. Y, si no vas a ayudarme, haz el favor de quitarte del medio.

No lo hizo. Es más, dio un paso hacia ella, y como era tan alto, le bloqueó la poca luz del sol que quedaba, y que se estaba desvaneciendo rápidamente.

—¿Tienes idea de lo que le pasa a la gente como tú? ¿A la gente que es tan insensata como tú y se adentra en este bosque?

A Emeline le hervía la sangre, pero se mantuvo firme, a pesar de que él se cernía sobre ella como una nube de tormenta.

—Aquí hay horrores mucho peores que los que pueden aparecer en cualquier pesadilla. Es cuestión de tiempo que otro monstruo te encuentre. No puedo dejarte aquí.

Emeline se quedó en silencio. Lo único que sabía sobre aquellos bosques era que cuanto más rato pasaba en ellos, más creía las historias que había oído durante toda su vida.

—Pues no me dejes —le pidió en voz baja—. Llévame hasta el rey.

Él torció la boca como si hubiese comido algo podrido.

—Eso no lo pienso hacer.

—Pues muy bien.

Emeline oteó el bosque ceniciento en busca de un camino por el que un caballo gigantesco no la pudiera seguir. Recordó las voces de los árboles y cómo la habían avisado de que se avecinaba la piel de sombra.

Él ya estaba lo bastante cerca para agarrarla y, a juzgar por su expresión, ese parecía ser su plan.

—Decidme adónde ir —pidió a los árboles.

«Al sur —murmuraron—. Sigue el río».

—¿Con quién hablas?

Y cuando hizo ademán de cogerla, Emeline lo esquivó y echó a correr.

SEIS

Él la perseguía con su bestia del infierno, que galopaba tras ella causando un estruendo atronador, y le gritaba que se detuviese. Las ramas se partían y los helechos crujían bajo los cascos del poderoso animal.

Emeline corrió hacia el sur, por donde el sendero plateado más se estrechaba entre los árboles podridos, lo que dificultaba el avance de sus perseguidores.

Aquel paraje muerto parecía no tener fin. Corrió y corrió, pasando junto a los álamos blancos y cenicientos y los cedros podridos. Pronto, demasiado pronto, el camino la llevó a un claro lleno de matorrales. Se tropezó y perdió unos segundos preciosos recuperando el equilibrio. Luego siguió corriendo.

Pero la yegua y su jinete la alcanzaron.

Pasaron volando por su lado a través del claro. Los jadeos resonaban en sus oídos; los cascos del animal retumbaban en sus huesos. Las piernas le ardían.

Pero no se detuvo.

Con un acelerón repentino, la yegua la adelantó. El pelaje negro resplandeció cuando se puso frente a Emeline, que habría jurado ver unas llamas retorcidas en los flancos del animal, que se volvió para

encararse con ella, impidiéndole el paso. La joven se detuvo a pocos centímetros de su pecho.

La yegua se encabritó y, al alzarse sobre sus patas traseras, movió las delanteras por los aires, sobre la cabeza de Emeline, con los cascos brillantes como ascuas y los ojos iluminados de un rojo infernal. Ella retrocedió tropezándose, con el corazón retumbando como un tambor. Se le enganchó el pie en una raíz que sobresalía y, tras perder el equilibrio, cayó al suelo, golpeándose con fuerza. El estallido de dolor se le propagó por los codos, que se habían llevado la peor parte, y siseó quejumbrosa con los dientes apretados.

—¡Ay!

—¿De veras eres tan estúpida? —El muchacho bajó de la yegua de un salto y se dirigió a ella—. No puedes correr más rápido que nosotros. Ni tampoco puedes estar en estos bosques cuando caiga la noche.

Emeline quiso alejarse de él y trató de retroceder arrastrándose por el suelo, pero no pudo: se le habían enganchado las botas en las mismas raíces con las que había tropezado.

Cuando trató de liberarse, le resultó imposible.

«Maldita sea».

Logró sacar el pie de la bota para poder escapar, pero se quedó paralizada cuando una sombra fría se deslizó sobre su cuerpo.

Emeline levantó la vista.

Él se agachó.

Estaba tumbada a sus pies en un lecho de hojas de ceniza, apoyada sobre los codos. Él la miró desde arriba, con el rostro pintado de furia contenida.

—Sube a la yegua, Emeline, o me veré obligado a subirte yo mismo.

Por encima, las ramas blancas crujían y las hojas grises caían al

lecho del bosque, como si fueran copos de nieve cayendo del cielo.

—Me dan miedo los caballos —confesó—. No me pienso subir.

Era cierto, le daban miedo, sobre todo si el caballo en cuestión tenía llamas infernales en los ojos.

Él se pasó una mano por el pelo oscuro y suspiró irritado.

—Lamento está bien entrenada y se sabe comportar.

Emeline miró tras él. La yegua de ojos dorados los estaba observando. Lamento. La imagen de unas llamas danzantes afloró en su mente. ¿Se había imaginado ese fuego que había visto cuando el animal la había alcanzado?

Miró a la bestia, que debía de ser del tamaño de un pequeño elefante, y dijo:

—No sé montar a caballo.

—No será un problema. —Se incorporó y se volvió hacia las raíces retorcidas y blanquecinas donde tenía enganchada la bota para sacarla con un suave tirón—. Montarás conmigo.

Emeline se sentó.

—Sí, ya me lo has dicho antes. Y no me ha tranquilizado mucho.

Él le tendió la bota salpicada de manchas de barro. Ella se la quedó mirando y se devanó los sesos tratando de dar con algo —cualquier cosa— que le convenciera para que la llevase ante el Rey del Bosque.

Intentó recordar las historias que le había contado Tom sobre la ciudad amurallada del rey, situada en las profundidades del bosque, y sus puertas ocultas a los ojos humanos. Tom había encontrado un modo de entrar, o, al menos, eso creía él. ¿Se lo había contado alguna vez?

Ojalá hubiese podido recordar más de todo lo que le había contado.

—Preferiría caminar —repuso tras coger la bota y ponérsela de

nuevo. Se puso de pie y se sacudió las hojas muertas de los vaqueros—. Si me llevas a las puertas de la ciudad, ya encontraré yo el camino desde allí.

Él apretó los puños.

—¿Es que no has oído ni una de las palabras que he dicho?

Ella se encogió de hombros.

Él parecía molesto de verdad, como si estuviese contemplando la posibilidad no solo de abandonarla ante las estampidas de yeguas de fuego, sino de empujarla directamente a los cascos de las bestias.

—Está bien. Si te subes a Lamento, te llevaré hasta las puertas de la ciudad. ¿De acuerdo? Pero no podemos quedarnos más rato aquí. —Señaló la oscuridad del cielo—. Ya se ha ido el sol. Tenemos que irnos ahora mismo.

No esperó a oír su respuesta: se limitó a agarrarla de las caderas y levantarla del suelo sin aviso previo. Sin que ello pareciera suponerle ningún esfuerzo. En un santiamén estuvo a lomos del caballo. Emeline, perpleja por aquel despliegue de fuerza, no se resistió. De repente, se descubrió sobre Lamento, con las piernas colgando del lado izquierdo del animal.

«Qué injusto», pensó, pero se quedó paralizada en cuanto la bestia empezó a moverse. Temerosa de caerse, Emeline se aferró al borde de cuero de la montura con una mano y a las espesas crines de la yegua con la otra, en ambos casos agarrándose muy fuerte.

El mundo entero parecía muy distinto desde aquella altura.

Mucho más terrorífico.

Se quedó mirando el suelo, que estaba muy muy lejos. Demasiado lejos. Si se caía, se rompería algo; estaba segura.

Lamento giró la cabeza y observó a su nueva jinete con un ojo dorado. De repente, Emeline no podía pensar más que en el tamaño de los cascos y el sonido de sus propios huesos al quebrarse cuando

la arrojase de su lomo y galopara por encima de su cuerpo tirado en el lecho del bosque.

Saltaba a la vista cómo iba a terminar el día.

—¿Estás bien?

—Eh… —musitó.

El joven todavía la tenía agarrada de las caderas, para que no se tambaleara.

—Te recomiendo que pongas una pierna a cada lado… ¿O es que prefieres cabalgar así?

Ahora que estaba a lomos de aquel corcel demoníaco, su deseo de desafiar al chico se había esfumado, así que asintió. Mientras deseaba con fervor que todo aquello terminase, mientras anhelaba encontrarse ante las puertas de la ciudad del rey y librarse para siempre de esa yegua y su jinete, Emeline se giró poco a poco, levantó la pierna derecha y la pasó al otro lado. En ningún momento soltó las crines de Lamento, gruesas y duras, a las que se aferraba con los puños cerrados.

El muchacho puso el pie en el estribo y subió, moviendo ligeramente la silla. Emeline apretó aún más los puños. Cuando se sentó detrás de ella, presionándole los muslos con los suyos, el pánico que sentía empezó a transformarse en otra cosa. La temperatura de su cuerpo se elevó, consciente de lo pegada que estaba a él, de lo sólido y firme que era.

Él alargó una mano para coger las riendas de Lamento y deslizó la otra por su cintura, para luego empujarla suavemente hacia su cuerpo.

Y un calor sorprendente se le propagó por el vientre.

—¿Preparada?

«No», pensó, aliviada de que no pudiera ver lo colorada que se había puesto. Se recordó que solo la estaba acompañando a las

puertas de la ciudad del rey. Podía montar con él si eso significaba encontrar al Rey del Bosque y llevar a su yayo a casa. Después no tendría que volver a ver a ese joven nunca más.

—Vale. Sí. Preparada.

Con un simple toquecito del talón, la yegua se internó en el camino. Emeline se agarró aún más fuerte a las crines. Cuando el animal empezó a trotar por entre los árboles plateados, sintió que se le tensaba hasta el más pequeño músculo del cuerpo.

Lamento no tardó en pasar del trote al medio galope. Del medio galope, al galope completo. El bosque que los flanqueaba se convirtió en un borrón a medida que ganaban velocidad, pasando como una exhalación por entre los matorrales y las arboledas. Los cascos de la yegua repicaban rítmicamente contra el suelo, como truenos.

Y, a pesar del viento que los azotaba a su paso, no hacía frío. El pelaje negro de Lamento irradiaba calor. Emeline bajó la vista y descubrió que en las crines de la yegua danzaban unas llamas rojas y que las lenguas de fuego habían engullido sus dedos y le lamían la piel. Apartó las manos al instante y las miró horrorizada. Pero no estaban quemadas.

¿Era Lamento un ascuaballo?

Era imposible. Se decía que aquellos caballos salvajes y fantasmales estaban forjados en fuego y eran imposibles de atrapar. Imposibles de domar. No conocía ninguna historia en la que nadie hubiera cabalgado sobre alguno.

Pero Emeline también había pensado que era imposible que existieran las pieles de sombra.

El olor penetrante del humo permeaba el aire. Habían salido ya de la Mácula, pues nada muerto les rodeaba ya. El bosque volvía a ser verde y frondoso, volvía a estar vivo. Sin embargo, en la

distancia, Emeline vio un destello rojo.

«¡Fuego!».

Avanzaba hacia ellos por la derecha, propagándose con gran rapidez. Cuando Emeline estaba a punto de gritar por si el joven sentado tras ella no lo había visto, oyó el sonido de los cascos. De cientos de ellos. Cientos de cascos que golpeaban contra el suelo al mismo ritmo que los de Lamento.

«Un momento…».

Emeline entornó los ojos para ver en la distancia.

Lo que se dirigía inexorablemente hacia ellos no era ningún incendio. Era una manada gigantesca de ascuaballos. Sus cuerpos negros llameaban, rojos como carbón prendido, y en sus crines ardían llamas resplandecientes. Formaban una verdadera estampida, e iban directos hacia Lamento sin dar muestra alguna de detenerse o aminorar su marcha.

La yegua aceleró, pero Emeline se daba cuenta de que no iba lo bastante rápido. Los iban a aplastar; era cuestión de segundos. Como si lo presintiera, el jinete se inclinó hacia delante y la cogió más fuerte de la cintura.

Emeline volvió a agarrarse de las crines, que estaban calientes, pero no quemaban. Sus manos estaban ilesas. Se aferró con desesperación y cerró los ojos; el corazón le palpitaba con tanta fuerza que notaba los latidos en la garganta.

Los cascos atronadores resonaban en sus oídos. El calor que desprendían sus cuerpos, que cada vez estaba más cerca, parecía abrasarle la piel.

Embestirían a Lamento de un momento a otro. Los aplastarían.

—Emeline —le susurró al oído una voz áspera y suave a la vez—, no tengas miedo.

¿Que no tuviera miedo? Ese era un momento muy adecuado

para tener miedo. Abrió los ojos con la intención de decírselo, pero las palabras murieron en sus labios.

Estaban rodeados. Los ascuaballos galopaban junto a Lamento. No habían tenido nunca la intención de arrollarla, sino de unirse a ella. El ritmo grácil de sus cuerpos musculosos, los truenos de sus cascos al galopar… Emeline estaba fascinada. Se movían como si fueran uno solo y le recordaron a la cresta de una ola. Una ola de fuego.

Más allá de su ardiente esplendor, todo era negro.

La noche ya había caído sobre el bosque.

Envuelta en el ritmo constante del galope de Lamento, Emeline escuchó palabras tranquilizadoras que el miedo no le había dejado oír antes. «Estoy aquí —decían los cascos de Lamento—. Soy firme y digna de confianza. No te dejaré caer».

La joven se calmó y se apoyó en el desconocido que cabalgaba a su espalda. Su visión se llenó de llamas mientras dejaba que la dicha de la carrera la invadiera y le hiciera sonreír.

—¿Aún te dan miedo los caballos?

Cuando no era tan arisco, su voz era profunda y sonora. Una voz de barítono de lo más agradable.

Emeline miró atrás y vio, a la luz de los caballos, que su boca se había curvado en una sonrisa. Levantó la vista y sus ojos se encontraron. En los de ese muchacho ya no había rastro de ira, como si la embriagadora carrera a caballo hubiese atravesado su dura coraza y se hubiese visto obligado a bajar la guardia.

«¿De qué me suenas tanto?», pensó ella mientras lo observaba.

Poco, muy poco después, la manada empezó a aminorar la marcha y fue quedando atrás, relinchando. Uno a uno, los ascuaballos giraron hacia el oeste, pero Lamento no fue con ellos. Siguió por el mismo camino, hacia el norte.

Los truenos se apagaron. La oscuridad regresó. Poco después, Lamento empezó a detenerse.

Hasta que se detuvo del todo.

Pero no ante ningunas puertas.

Emeline frunció el ceño cuando la yegua cruzó la línea de árboles y salió del bosque sacudiendo sus crines negras. Resollaba y expulsaba nubes de aliento como vapor, y sus cuartos traseros echaban humo como piedras calientes, pero las llamas de sus ojos habían desaparecido.

Ante ellos estaba la casa de su abuelo. Las luces del dormitorio estaban encendidas, porque Emeline se había ido con mucha prisa.

—Pero…

El desconocido desmontó y la dejó sola en la silla. A Emeline le daba vueltas la cabeza; estaba tratando de comprender lo ocurrido. Y entonces el joven la cogió de la cintura con sus fuertes manos y la bajó.

—Pero me has dicho que…

Y, cuando sus pies dieron contra el suelo, lo comprendió. Y la sorprendente dicha de hacía unos instantes se rompió en mil pedazos de cristal.

Se volvió hacia él y lo descubrió ya montándose de nuevo en la yegua.

—¡Me has mentido!

—Tómatelo como un favor —contestó, ya a lomos de la yegua. La luna y las estrellas resplandecían en el cielo, sobre él, confiriéndole un aspecto más majestuoso del que merecía—. Estabas buscando en el lugar equivocado.

—¡Y sigues mintiéndome!

El bosque era el único lugar donde podía estar su yayo. Ahora estaba segura. Después de haber sido atacada por una piel de

sombra, después de haber cabalgado junto a una manada de ascuaballos… Emeline ya no tenía ninguna duda.

Y necesitaba encontrarlo.

La furia y la angustia luchaban en su interior. Agarró las bridas de Lamento para evitar que el joven y la yegua se marchasen. Las cogió con fuerzas.

—Dime cómo te llamas —le exigió con amargura—. Para que pueda encontrarte y hacerte pagar por esto.

Él se inclinó sobre la silla y la miró. Con el rostro a centímetros del suyo, le dijo:

—Vete a casa, Emeline.

Chasqueó la lengua dos veces. Como respuesta, Lamento se encabritó, recordándole a Emeline que no se trataba de un caballo cualquiera. Soltó las bridas enseguida y dio un paso atrás.

El muchacho hizo girar a Lamento y desapareció por el hueco del seto, donde años antes estaba plantado el árbol de Emeline.

Desde la oscuridad, le llegaron flotando sus últimas palabras.

—Vive tu vida. Olvida los bosques.

De repente, la noche se quedó quieta y en completo silencio.

Como si él nunca hubiera estado allí.

SIETE

Emeline tenía ganas de gritar.

Pero, en lugar de eso, cogió una piedra y la lanzó al hueco del seto. Luego lanzó una segunda. Y una tercera. Al ver que tirar piedras no la hacía sentir mejor, dio media vuelta, se dirigió a uno de los lados de la casa de su abuelo y, aún indignada, entró en el garaje.

«Qué tipo tan horrible y desgraciado…». Pero no la detendría. No lo permitiría. Emeline regresaría al bosque, encontraría las puertas del rey y traería a su abuelo a casa. «Esta misma noche». Porque, después de haberse enfrentado a una piel de sombra y de haber montado un ascuaballo, no podía no creer que su yayo estaba en manos del Rey del Bosque. Y pensaba ir a buscarlo.

Había montones de cajas apiladas junto a las paredes. Todas ellas contenían las pertenencias de su yayo. Emeline las había empaquetado y etiquetado a toda prisa cuando había puesto la casa en venta. Pasó por su lado, directa a la mesa de trabajo de su abuelo, mientras trataba de recordar dónde guardaba su linterna amarilla.

Mientras caminaba, notó que el móvil le vibraba varias veces en el bolsillo de atrás. Se detuvo para mirar quién era.

Tenía la pantalla llena de notificaciones, casi todas de mensajes de Joel. Sin embargo, la más reciente era una de Elegy, la aplicación que su compositora y ella utilizaban para compartir archivos. La notificación decía: «Chloe Demarche ha subido un archivo a la carpeta compartida».

Chloe era su compositora. Emeline no había escrito —ni cantado — una canción propia en casi dos años. En los últimos tiempos, solo cantaba las de Chloe.

Tragó saliva, notando el sabor amargo que le provocaba aquella realidad, y luego apartó la notificación y echó un vistazo rápido a los mensajes de Joel.

El primero decía: «¿Ha conseguido Edwin contactar contigo?».

Edwin era el batería de los Perennials y el mejor amigo de Joel.

El segundo decía: «Los Perennials han añadido otra fecha a tu gira».

Su gira. La gira que podía abocarla al éxito o al fracaso. Al primer concierto asistirían cazatalentos de Daybreak Records.

«Si los impresionas te ofrecerán un contrato», le había dicho su representante.

Solo de pensarlo, Emeline sentía que la esperanza crepitaba y ardía en su interior.

Un contrato con Daybreak, una de las discográficas más importantes del país, la lanzaría a la siguiente etapa de su carrera musical.

La gira empezaba en solo una semana. Y por eso necesitaba volver a Montreal lo antes posible.

«¿Has recibido el correo de mi padre?».

El padre de Joel era el representante de Emeline.

«Quiere que eches un vistazo al calendario nuevo para asegurarte de que la fecha nueva te va bien».

Y el último mensaje decía, simplemente: «¿Todo bien?».

Decidió que le respondería más tarde. Antes tenía que encontrar la linterna. Pero, justo cuando se estaba metiendo el móvil en el bolsillo, este volvió a vibrar. Emeline lo sacó de nuevo.

Una llamada de Joel White.

Con un fuerte suspiro, aceptó la llamada y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola —saludó con un gruñido mientras abría un cajón tras otro.

—Vaya, yo también me alegro de oírte.

Hizo una mueca, dejó de buscar y se frotó la frente con la mano que tenía libre.

—Perdona, es que… ha sido un día duro.

—¿Va todo bien?

Negó con la cabeza. De repente, deseó que no se hallaran a siete horas de distancia y que Joel estuviera allí, a su lado, para poder fingir que todo iba bien. Aunque solo fuese un instante. Se apoyó en el banco, presionando la cadera contra él, y se abrazó la cintura con la otra mano.

—Ojalá todo esto hubiera terminado ya.

Debería estar en la Merchant Alehouse, cantando. Al final de la noche, se habría metido en la cama de Joel y habría estado a salvo entre sus brazos.

«Lo mismo sentías por el último chico», le recordó una voz en su mente. Craig. El violinista de ojos castaños de la banda de música tradicional irlandesa. Al principio a Emeline le habían interesado sus habilidades con el violín; luego le interesaron más sus hoyuelos.

Y también había sentido lo mismo por los que vinieron antes. Otros chicos que nunca le habían durado mucho.

—¿Qué te parece si termino lo que estoy haciendo aquí y

mañana cojo un tren para Edgewood? —le propuso Joel.

—No —respondió Emeline en un tono demasiado tajante, al recordar de repente para qué había ido al garaje. Necesitaba una linterna. Se planteó usar la de su móvil, pero se quedaría sin batería. Y, si se perdía en el bosque, necesitaría el móvil para llamar y pedir ayuda—. Estoy bien. Además, ¿no tienes concierto este fin de semana?

Joel era el guitarra solista de una banda de música *indie* de éxito, los St. Urbain's Horsemen. Ese año habían ganado el premio Polaris con su último álbum.

—Volveremos a tiempo para el concierto.

¿Seguro? Acarició la prenda que llevaba en el bolsillo, que demostraba el pago del diezmo. No tenía ni idea de cuánto tardaría en dar con la ciudad del rey y encontrar a su abuelo.

Abrió otro cajón, apartó unas cajas de clavos y tornillos y cintas de goma manchadas de aceite y lo cerró. Abrió el siguiente.

«¡Ajá!».

Ahí estaba la linterna. Entre un ovillo de cuerda viejo y una cinta métrica.

La sacó y cerró el cajón.

Pero también tendría que lidiar con las pieles de sombra. Esa noche ya se había encontrado con una; ¿y si se cruzaba con otra? Necesitaba un arma. Pero ¿qué tipo de arma?

Su yayo usaba un hacha para cortar leña. Si se acordase de dónde estaba…

Oyó que Joel se crujía los nudillos y se estiraba al otro lado de la línea.

—Además, me merezco unos días de vacaciones —añadió.

Emeline se detuvo. Parecía decidido a ir a Edgewood; se le notaba en la voz. El pánico se le clavó como una aguja. Cuando Joel

tomaba una decisión, no había forma de hacerle cambiar de idea. Siempre hacía lo que quería. Siempre. De hecho, si estaban juntos era gracias a su perseverancia. Al principio, a ella no le había interesado el hijo de su representante, pero Joel se había negado a rendirse y al final Emeline había cedido y había decidido darle una oportunidad.

—No, no vengas —le dijo mientras se dirigía a la pared en la que su abuelo tenía colgadas las herramientas en hileras ordenadas—. Ya sé que crees que los pueblos pequeños son muy pintorescos, pero, hazme caso, no son tu estilo.

Cuando estaba cerca de la lámpara que iluminaba la mesa de trabajo, recordó de repente dónde solía guardar el hacha y se detuvo. Estaba debajo de los martillos. Buscó en la pared, pero el sitio donde solía colgarla se hallaba vacío. El hacha no estaba.

Emeline se mordió el labio. «¿Dónde la habrá dejado?».

—Vale —contestó Joel con un resoplido—. Pero si cambias de opinión, me llamas, aunque sean las tres de la madrugada, ¿vale? Llámame si me necesitas.

—Te llamaré si te necesito —repitió ella.

—Te quiero, Em.

Aquellas palabras la paralizaron.

Emeline solo se lo decía a las poquísimas personas que se las merecían: a su abuelo, a Tom, a Maisie… A las personas que la habían criado, las que la querían incondicionalmente. Decírselas a Joel habría convertido su rollo sin compromiso en algo muy distinto. Algo que ella no quería.

Había estado callada demasiado rato. Tenía que decir algo. Pero lo único que acertó a pronunciar fue:

—Vale. Gracias.

Joel suspiró.

—Intenta dormir un poco.

En cuanto él colgó, Emeline apartó la conversación de sus pensamientos y apretó con fuerza la linterna de su abuelo. Tenía que encontrar esa hacha y volver al bosque.

«Al sur —le habían indicado los árboles—. Sigue el río».

No se paró a pensar que seguir las indicaciones de los árboles no era algo racional, algo que hiciera la gente, porque, si se lo pensaba mucho, tal vez no se atreviera a volver a buscarlo, y sabía, en lo más profundo de su ser, que su yayo no estaba a este lado de la linde del bosque. Lo sabían su sangre, sus huesos y su carne. Así que, si tenía que seguir las indicaciones de unos malditos árboles, eso es lo que haría.

—¿Dónde narices está el hacha?

—¿Esta hacha? —dijo una voz pícara a su espalda.

Emeline se dio la vuelta.

En la puerta del garaje había alguien. Y, a su lado, se veía la silueta del hacha de leña de su abuelo. Emeline levantó la linterna y apretó el botón de encendido. Se oyó un clic, pero no ocurrió nada.

Volvió a apretar el botón.

Nada.

Por supuesto.

—¿Para qué piensas usarla exactamente? —La figura alzó el hacha y empezó a darle vueltas en la mano, examinando el borde afilado.

—¿Quién eres? —preguntó Emeline.

La figura se apartó del umbral de la puerta y entró en el garaje. Ella retrocedió a toda prisa y se golpeó contra la esquina de la mesa de trabajo, que se tambaleó. Los clavos que había sueltos por su superficie cayeron al suelo con un repiqueteo. Emeline echó un vistazo a la pared de herramientas. Si aquella persona se acercaba

más, cogería uno de los martillos.

Pero no se acercó más. En lugar de eso, levantó una mano y tiró de una cuerda. La bombilla que colgaba del techo parpadeó hasta quedar encendida, revelando a un joven bajo su resplandor.

Posado en su hombro había un cuervo de plumaje negro y brillante.

Era alto y delgado, con aire elegante y esbelto. El pelo color obsidiana le caía sobre los ojos, que eran del marrón más vivo que había visto, e iba vestido con ropas de un negro tan intenso como las plumas del cuervo.

Su sombra lo delataba. Tras él, la silueta oscura que se retorcía revelaba una forma inhumana: un cuerpo con alas y garras.

«A un cambiaformas siempre se le distingue por su sombra».

Las comisuras de su boca danzaban con aire travieso.

—Me llamo Corvus. He oído por ahí que estás buscando una forma de llegar a la Ciudad del Rey.

OCHO

—Yo puedo llevarte ante el Rey del Bosque, si eso es lo que deseas.

Emeline ansiaba aceptar su ofrecimiento. Eso era justo lo que deseaba. Sin embargo, se le había puesto el vello de punta. Recordó la ascuaballo negra y a su jinete, el desconocido sin nombre que la había engañado. Que le había mentido. ¿Haría lo mismo este cambiaformas? Quizá la engañase para llevarla al bosque, prometiéndole que encontraría a su abuelo y luego la llevase a otro sitio. A su muerte, tal vez.

—Sé lo que eres. —Emeline contempló su sombra en el suelo, que no dejaba de cambiar, y cogió uno de los martillos de su yayo, aferrándose con fuerza al mango de madera lisa—. ¿Por qué debería fiarme de ti?

Corvus la miró fijamente, se cruzó de brazos y sonrió.

—Porque si no lo haces, nunca llegarás a la Ciudad del Rey con vida.

Era lo mismo que le había dicho el jinete mentiroso: «Hay horrores mucho peores que cualquier pesadilla. Es cuestión de tiempo que otro de ellos te encuentre».

Emeline podía ir sola, seguir las indicaciones de los árboles y

cruzar los dedos para no cruzarse con ninguna otra piel de sombra. O para que no la aplastara una estampida de ascuaballos. O… para evitar algo peor. Fuera lo que fuese ese algo peor.

O podía ir con aquel cambiaformas, que tal vez la traicionase… o tal vez no.

Si Corvus era digno de confianza, ir con él era la mejor opción, era evidente. Si Corvus era un cambiaformas, sabría a ciencia cierta dónde se encontraba el palacio del Rey del Bosque. Era su mejor opción si quería encontrar a su yayo.

«¿Y si no es digno de confianza?».

Emeline no podía bajar la guardia. Si se olía la más mínima traición, siempre podía despistarlo. Escapar de él. Buscar el río y luego seguir su cauce.

Emeline dejó el martillo sobre la mesa de trabajo.

—Iré contigo con una condición. —Señaló el hacha con la cabeza —. Que me dejes llevar eso a mí.

—Pues cógela. —Con un ágil movimiento, le dio la vuelta al hacha, cogiéndola por la cabeza afilada, y se la tendió—. Y ahora vámonos.



Emeline deslizó el pulgar con cuidado por el borde afilado del hacha, fino como una hoja. A juzgar por lo que cortaba, alguien tenía que haberla afilado hacía poco. ¿Habría sido Tom? Era de esa clase de hombres que cuidan con mimo sus herramientas. Le había cortado la leña a su yayo durante varios años, además de encargarse de otras tareas de los viñedos. Cuantas menos cosas podía hacer su abuelo, más hacía él.

Emeline le dio las gracias en silencio, por si acaso la había afilado él. Porque cuanto más se adentraba en el bosque tras Corvus, más desconfiaba, y más le reconfortaba ese borde tan cortante. La noche había envuelto el bosque en un manto de oscuridad. Emeline había dejado la linterna estropeada en casa, lo que la obligaba a seguir a aquel cambiaformas casi a ciegas. Y, lo que era aún peor, a juzgar por las estrellas que parpadeaban en el cielo, que desaparecían cuando los árboles eran más espesos y volvían a aparecer cuando el bosque clareaba un poco, no se dirigían hacia el sur.

El compañero cuervo de Corvus volaba ante ellos, graznando de vez en cuando, como una especie de oteador. Corvus se detenía cada vez que oía la llamada del pájaro, y entonces avanzaba o cambiaba de dirección según las instrucciones que le hubiese dado, fueran cuales fuesen.

Era espeluznante y animal, esa forma de comunicarse sin palabras con el pájaro.

Cuando ya se habían desviado inconfundiblemente del camino y Emeline empezaba a estar convencida de que el cambiaformas la llevaba directa a una trampa, se detuvo.

—¿Por qué vamos hacia el oeste?

—Porque es el camino más rápido —contestó él sin volverse.

Ella asió con fuerza el mango del hacha.

—Pero las puertas están hacia el sur.

—¿Prefieres ir por las puertas? Pues como quieras. —Casi podía oír la indiferencia en su voz—. Es un trayecto de tres días desde la linde del bosque, y lo más probable es que te coman antes de que llegues.

Emeline frunció el ceño. ¿Le estaba mintiendo, o a los árboles no se les había ocurrido mencionar esa parte?

—Si, por el contrario, prefieres conservar la vida, hay un punto de entrada justo ahí delante. Ya habríamos llegado si no fueras tan lenta.

«¿Un punto de entrada?».

De repente, Corvus alargó un brazo y Emeline se dio de bruces contra él.

Estaban en el borde de una plataforma de madera que sobresalía sobre un pantano estancado, en cuya superficie asomaban tocones oscuros y retorcidos. La luz pálida de las estrellas, libre del obstáculo de las copas de los árboles, caía directamente sobre el agua fangosa y se reflejaba en ella.

—No digas nada —le ordenó Corvus—. Déjame hablar a mí.

Sus pasos reverberaban sobre el saliente de madera, cuyos bordes lamía el barro con suavidad. De repente, el agua cambió, y Emeline tuvo el inquietante pálpito de que ya no estaban solos.

—¡Intruso! —siseó una voz acuosa y acelerada.

—Calma, Cenagal. —El aire húmedo y enrarecido amortiguaba la voz de Corvus—. Soy yo.

El silencio se extendía a su alrededor.

—¿Corvus? —La cosa llamada Cenagal pronunció su nombre babeando, casi con afecto.

Y, entonces, Cenagal emergió de la ciénaga. Era como si se estuviese formando del lecho mismo del pantano: una forma tosca imitaba el cuerpo de una persona, pero era tres veces más grande, con unos bultos a modo de hombros, piedras por ojos y una boca enorme y abierta.

Emeline miró de hito en hito la figura fangosa que se elevaba desde el lodazal y, de repente, comprendió de qué se trataba. «¿Un espíritu de tierra?». Lo único que recordaba de esas criaturas húmedas y malhumoradas era que, si te adentrabas en su territorio

sin una ofrenda que darles, no saldrías nunca de él.

—¿Qué delicioso bocado me has traído?

Cenagal chasqueó los labios fangosos y se deslizó hacia el borde del saliente.

«¿Delicioso bocado? Estarás de broma».

Para eso la quería Corvus: necesitaba una ofrenda para cruzar por la entrada de Cenagal. El cambiaformas pensaba entregársela a aquel espíritu de tierra para que la devorase.

Emeline retrocedió enseguida, cogió el hacha con las dos manos y la alzó.

—Voy a masticar sus huesos… —La voz de Cenagal se propagó velozmente sobre el pantano. El barro empezó a trepar por la plataforma de madera. Iba a por Emeline. Comenzó a subírsele a las botas y a los tobillos—. Y a chupetearle el tuétano…

Antes de que a ella le diera tiempo a dar media vuelta y huir, unas manos de barro la agarraron de los tobillos y empezaron a arrastrarla hacia el pantano. Emeline extendió los brazos a los lados de golpe para no perder el equilibrio, y a punto estuvo de soltar el hacha sin querer. Entonces notó un fuerte tirón y cayó de culo en el barro que cubría la plataforma.

—Y luego me beberé su sangre…

Cenagal la arrastró hacia el borde. La iba a succionar a sus profundidades.

En el último momento, Corvus se puso frente a Emeline, plantando los pies entre el pantano y ella.

—Me temo que esta noche no. La voy a llevar ante el rey.

El lodo dejó de tirar de la joven.

Como ya no tenía nada contra lo que resistirse, Emeline se derrumbó en el suelo lleno de barro. Estaba frío y denso, y olía a hojas rancias. Se incorporó con esfuerzo y, ya sentada, empezó a

apartarse los mechones de pelo fangoso de la cara. «¡Qué asco!».

Cenagal volvió su atención hacia el cambiaformas.

—¿Pretendes que te deje pasar sin pagar?

—Yo pagaré el precio por los dos —contestó Corvus con un suspiro.

Antes de que a Cenagal le diera tiempo a protestar, se sacó una navaja del cinturón y se hizo un corte en la palma de la mano. Se agachó, tendió la delgada mano sobre el pantano y la cerró en un puño apretado. La sangre empezó a caer al agua, como si estuviese desenrollando un carrete de hilo rojo.

La figura humanoide de Cenagal se desmoronó al instante, y el barro retrocedió hacia la ciénaga. Un segundo después, la criatura asomó la cabeza justo debajo del puño de Corvus. Cenagal saltó hacia arriba, se aferró a la pálida muñeca de Corvus con las garras de barro y se la llevó a la boca. Emeline se puso de pie a toda prisa y contempló repugnada cómo chupaba, chupaba y chupaba. Se estaba dando un festín con Corvus.

Se le encogió el estómago al ver que el muchacho iba encorvando cada vez más los delgados hombros, que se le empezaban a cerrar los ojos, con los párpados cada vez más pesados, mientras Cenagal le chupaba la vida. Un cuervo graznó angustiado.

Corvus empezó a inclinarse lentamente hacia delante. Parecía estar perdiendo la conciencia; tenía pinta de estar a punto de caer de cabeza en el pantano.

«Lo va a matar…».

—¡Para! —Emeline cogió a Corvus del hombro huesudo y tiró de él hacia atrás, tratando de salvarlo del espíritu de tierra. Cenagal, sorprendido, soltó la muñeca del cambiaformas.

—Yo te daré lo que falte.

Corvus murmuró unas palabras de protesta, pero apenas estaba consciente. Emeline se limpió la palma llena de barro en la rebeca, alzó el hacha, presionó su borde afilado contra su piel y entonces empujó con fuerza para cortarse. Tras la punzada de dolor, la sangre empezó a acumularse en la palma de su mano. Roja y resplandeciente.

Se acercó al borde de la plataforma y tendió el brazo para que el espíritu de tierra lo tomara. Las garras frías y mojadas de Cenagal se asieron a él. Emeline observó cómo se metía su mano entera en las fauces oscuras y empezaba a succionar con avaricia. La sangre comenzó a manar con una fuerza desconcertante, y tuvo que morderse el labio para no gritar.

No tardó mucho en sentirse desfallecida. Mareada. El bosque daba vueltas a su alrededor y notó que empezaba a tambalearse. Cenagal tenía que haber comido suficiente. Si no paraba pronto, se iba a desmayar. Trató de apartar la mano, pero le quedaban pocas fuerzas, y solo consiguió que el monstruo la agarrase con más fuerza.

—¡Caaac!

El cuervo amigo de Corvus emergió volando de entre los árboles, se lanzó en picado contra el espíritu de tierra, con la luz de las estrellas reflejándose en sus plumas negras como la tinta, y se abalanzó sobre su rostro fangoso para arañarlo con las garras.

—¡Caaac! ¡Caaac!

Cenagal escupió la mano de Emeline.

—¡Bah! —protestó, tratando de apartar a manotazos al pájaro, que volaba en círculos para esquivar sus golpes—. Vale, ¡pues ya está! —gruñó—. El precio está pagado.

Se sumergió de nuevo en el pantano y retrajo sus membranas fangosas. El agua marrón y tibia empezó a retroceder y quedaron a

la vista dos escalones de madera que llevaban a una plancha podrida, un camino de madera que se curvaba sobre el agua y desaparecía entre los árboles que había al fondo.

Emeline aún estaba un poco mareada, pero se agachó para ayudar a Corvus a levantarse. Se puso el brazo del cambiaformas sobre los hombros y se incorporó, tirando de él. Era más delgado y ligero de lo que había pensado en un principio; su cuerpo huesudo le recordaba al de un pájaro. Como ella, estaba ensangrentado y fangoso. Pero ya se preocuparía de eso más tarde.

Lo ayudó a bajar los escalones y a cruzar por la pasarela de madera podrida, acompañados por el chapoteo de sus botas empapadas. No tardaron en llegar a los árboles, de cuyas ramas colgaban lianas de un gris ceniciento. Mientras Emeline se agachaba para esquivarlas y las apartaba con la mano, se fijó en la mano de Corvus. El barro y la sangre ya habían empezado a secarse gracias al aire frío de la noche.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó.

Corvus se puso rígido.

—¿Estás segura de que es eso lo que estoy haciendo? —A pesar de su evidente fatiga, se apartó de Emeline. De repente, el muchacho le pareció una criatura formidable. Como un personaje salido de las historias de Tom—. Quizá al final de la noche no pienses lo mismo.

Emeline aminoró la marcha. «¿Qué se supone que significa eso?».

Decidió que no importaba. Lo único que le importaba era encontrar a su yayo.

Poco después, llegaron a un lugar donde las enredaderas y las lianas eran especialmente frondosas, y colgaban como una cortina que les cortaba el camino. Corvus la apartó y le hizo un gesto con la

cabeza.

—Después de ti.

Cuando Emeline cruzó, ya no pisó sobre una plancha de madera, sino sobre unos adoquines. Se detuvo, desorientada. La oscuridad del bosque empezó a dar paso a la luz tenue y perlada de las farolas y el olor agrio de Cenagal se convirtió en el aroma perfumado de las rosas tardías en flor.

Habían salido de un pantano… y habían entrado en una ciudad.

Ante ella se alargaba una calle tranquila y adoquinada flanqueada por casitas adosadas blancas, muchas de ellas cubiertas de hiedra verde. La ciudad se extendía y se extendía, sus calles subían, bajaban y serpenteaban hacia la cima de una frondosa colina verde llena de árboles. Emeline atisbó los tejados de un rojo oxidado y los puentes de piedra que cruzaban sobre los canales, vio un campanario de ladrillos blancos y un ancho lago azul.

Y en la cima de la colina, coronando la ciudad, se erigía una fortaleza que brillaba como el marfil a la luz de las estrellas.

Era tal y como Tom lo había descrito.

—El palacio del Rey del Bosque —murmuró.

NUEVE

Una bandada de cuervos sobrevolaba sus cabezas mientras Corvus la guiaba por las calles oscuras y serpenteantes de la Ciudad del Rey. A esas horas de la noche había poca gente, pero las pocas personas que paseaban por las calles miraban de soslayo a aquel cambiaformas cubierto de barro y a su acompañante humana.

«¿Estaré soñando?».

Quizá no hubiera logrado escapar de Cenagal. Quizá todavía estuviera en el pantano, inconsciente por haber perdido demasiada sangre, y todo aquello no fuese más que una alucinación. Pero le dolía la mano que se había cortado con el hacha de su abuelo, y sentía que el barro empezaba a endurecerse y a agrietarse sobre la piel. No era posible alucinar de una forma tan vívida.

Cuando ya estaban cerca del palacio, el suelo del camino se convirtió en unos adoquines brillantes y blancos bordeados por sauces llorones tan altos como edificios de tres plantas. La fortaleza estaba rodeada por una muralla blanca dos veces más alta que Emeline y plagada de liquen y musgo. Tenía unas puertas de cobre cerradas con llave. Los cuervos volaron hacia ellas; posaron sus cuerpos negros sobre las barras de cobre y contemplaron la llegada de la joven y el cambiaformas. En el centro había un escudo de plata

en el que un sauce coronado brotaba de una semilla.

Había cuatro guardias armados apostados en la entrada. Los setonelas, le había dicho Corvus. Llevaban unos cascos de bronce amartillado en forma de vainas de algodoncillo, y las alabardas que sostenían con una mano se elevaban hacia el cielo, amenazantes, con unas puntas de acero que brillaban de forma extraña.

—Esta fronteriza solicita audiencia con el rey —explicó Corvus.

Los guardias intercambiaron miradas de cautela.

—¿Espera el rey su llegada?

Corvus hizo caso omiso de la pregunta.

—Os recomiendo que la dejéis pasar.

Dos de los guardias se cruzaron de brazos y entornaron la mirada, como si conocieran bien a Corvus y no confiasen en él en absoluto.

—¿Y eso por qué?

—Porque tiene algo que el rey necesita desesperadamente.

Aquello era nuevo para Emeline. Se volvió para observar al cambiaformas, que tenía una expresión imperturbable, opaca como el mármol. Era imposible saber qué estaba pensando.

¿Estaba mintiendo para colarla en el palacio?

Corvus alzó una mano para mirarse las uñas llenas de barro seco.

—Ya sabéis que últimamente está muy inestable. Yo no haría nada para enfadarlo, pero eso es solo mi opinión, claro, quizá vosotros…

Lo interrumpió el chirrido del cobre. La puerta empezó a abrirse hacia dentro poco a poco.

—Por aquí —dijo uno de los setonelas, echando a andar hacia el interior mientras otro los escoltaba.

Bajaron por unos pasillos de alabastro iluminados por velas. Sus

llamas ardían como luciérnagas y la cera goteaba por los costados. Corvus caminaba en silencio al lado de Emeline, mordiéndose el labio y tamborileando sobre el muslo con los dedos. Parecía ansioso. Cuando la miró, su expresión se tornó arrepentida. Como si, de repente, ya no estuviera tan seguro de lo que estaba haciendo.

Y ella, que había oído que la puerta se cerraba con llave tras ellos, supo que era demasiado tarde para dar media vuelta. Aunque tampoco era eso lo que quería. Ya había llegado hasta allí, y no pensaba marcharse hasta que el rey le devolviera a su abuelo.

Metió la mano en el bolsillo de su rebeca y se aferró a la prenda del diezmo. Hacía solo un día no creía que existiese un Rey del Bosque, ni que se hubiesen llevado a su abuelo como diezmo. No creía en ascuaballos, ni en cambiaformas, ni en espíritus de tierra. Su abuelo no era más que un anciano con demencia que a veces se escapaba de noche.

Pero ahora…

Ahora ya no estaba segura de lo que creía.

Emeline no recordaba en qué instante, exactamente, había cambiado su entorno. Hacía un momento, estaba caminando por los pasillos de palacio y ahora, de pronto, se encontraba recorriendo un camino de tierra bajo el cielo nocturno. Había tulíperos a ambos lados del sendero, con sus flores abiertas como ardientes coronas amarillas entre las hojas verdes.

Cuanto más caminaban, más altos se hacían los árboles, hasta que alcanzaron alturas imposibles, tan formidables que casi parecían rozar las estrellas.

El camino terminó en el claro de una arboleda de abedules plateados. La luz de la luna se colaba como una cascada por entre las hojas e iluminaba un trono blanco hueso y a un hombre sentado en él. Sobre la cabeza llevaba una corona de espinas y capullos de

rosa. Tenía la piel tostada por el sol y el cabello pálido como la luna, y, en lugar de ropajes, era agua lo que adornaba su cuerpo. Fluía en arroyos y riachuelos desde su pelo, por encima de su cuello y de sus hombros, donde empezaba a caer con fuerza como una cascada por el resto de su cuerpo. Emeline no atisbaba ni una pizca de piel por debajo del agua, que se acumulaba en un charco a sus pies y se hundía en la tierra marrón. Y, allá donde la tocaba, crecían cardos grises y púrpuras.

«El Rey del Bosque».

Sus guardias se detuvieron a diez pasos del trono e hicieron una profunda reverencia. Corvus le dio un golpe a Emeline en la espalda, y ella hizo una mueca antes de darse cuenta de que también debía inclinarse.

Cuando los setonelas dieron un paso atrás, el Rey del Bosque se inclinó hacia delante y deslizó su mirada líquida sobre Emeline antes de dirigirse al cambiaformas a la velocidad del rayo.

—¿Qué me has traído? —Su voz sonaba antigua, como el polvo y la tierra.

—Ella… —Corvus la señaló con un gesto de su esbelta mano— es Emeline Lark.

La mirada penetrante del rey se le clavó como una flecha lanzada con el arco más tirante, directa al corazón. Emeline se sentía como una presa acorralada por aquellos ojos, vulnerable y expuesta ante esa criatura tan antigua.

—Acércate.

Obedeció, haciendo crujir las hojas amarillas del camino bajo sus pies. Un asfixiante olor a magia, como a huesos pútridos, permeaba el aire.

Cuando se detuvo a tres pasos del trono, se fijó en que los ojos del rey eran del color de la tinta líquida desde una comisura hasta la

otra. En lugar de iris, una luna creciente blanca ardía en el centro de cada uno de ellos.

—¿A qué has venido, criatura de polvo?

Había algo frío y muerto en sus ojos. Se le secaba la garganta solo de mirarlos. Incapaz de invocar su propia voz, Emeline sacó el pequeño orbe de su bolsillo y se lo tendió.

Un murmullo se extendió por el claro, tras ella, subiendo y bajando como las olas del mar. Se volvió y vio gente que emergía de las sombras de los árboles y se arracimaba para contemplar la escena. Iban vestidos de cuero y gruesa lana, de delicado encaje y suave seda, y se movían con la gracia de la luna. Sus ojos eran demasiado brillantes y sus sombras se retorcían tras ellos, sugiriendo formas que no eran humanas.

Porque no eran… del todo humanos.

Emeline recordó las historias de Tom y comprendió que se hallaba en la Corte de los Cambiaformas.

«Estoy aquí de verdad —pensó, resistiendo al impulso de pellizcarse—. Todas las historias eran ciertas».

Emeline se volvió hacia el rey. Él le tendió la mano con la palma hacia arriba. Estaba curtida y llena de arrugas, como una hoja seca en otoño, y las uñas eran gruesas y estaban descascarilladas, como si fueran de resina. El agua caía por sus muñecas como un arroyo, y goteaba sobre la tierra. Concentrándose para evitar que le temblase la mano, ella depositó el orbe diminuto en la palma de su mano.

El rey lo levantó para que reflejase la luz de la luna. Irradiaba un resplandor blanco como la leche.

—¿Has venido hasta aquí… para devolverme mi prenda?

—No —logró decir—. He venido hasta aquí porque quiero encontrar a mi abuelo.

Entornó los espeluznantes ojos y cerró el puño con firmeza y

rapidez, escondiendo en él el orbe.

—¿Y con qué piensas negociar?

«¿Negociar?».

Emeline trató de recordar las historias que la habían acompañado durante su infancia, pero en ninguna de ellas alguien buscaba al Rey del Bosque para pedirle que le devolviera el diezmo. No tenía ni idea de qué ofrecerle. Los diezmos eran, por definición, un sacrificio. Se suponía que te costaban algo. Tu vaca lechera preferida. Tu mejor traje de tres piezas. La última notita que tu madre te había escrito antes de morir.

«¿Cuáles son mis posesiones más preciadas?».

—Mi guitarra —comprendió en voz alta. Era una Taylor, de las mejores del mercado, y se la había regalado un fan anónimo. Se la habían entregado en su camerino antes del primer festival en el que había cantado, con flores silvestres trenzadas entre las cuerdas. Emeline había dado por hecho que era un regalo de su yayo, pero él no se podía permitir un instrumento como ese y, cuando lo llamó para darle las gracias, no sabía de qué le hablaba.

Emeline amaba a su misteriosa Taylor como a una mascota y, lo que era más importante, la necesitaba para hacer su trabajo. Pero podía comprarse otra. La compraría a crédito y la iría pagando poco a poco.

—Puedo daros mi guitarra.

Varias personas de la multitud se rieron, nerviosas. El sonido resonaba como unas campanas discordantes.

La joven sintió que le ardían las mejillas.

—O… ¿mi coche? —añadió. Su abuelo y ella habían ahorrado para comprarlo antes de que se marchara de Edgewood.

Aquel coche le había enseñado el valor del trabajo duro y el sacrificio y, de algún modo, representaba también el amor de su

abuelo, pues se acordaba de él cada vez que se sentaba en el asiento del conductor. Como sus rebecas, que ella siempre tomaba prestadas y nunca le devolvía. Y aquello no era todo: lo necesitaba para ir a sus conciertos fuera de la ciudad. Para ir y volver de los festivales.

El Rey del Bosque seguía mirándola de hito en hito, con los ojos entornados.

—¿Y estas cosas valen lo mismo que tu abuelo?

«¿Qué?».

—Pues claro que no. No.

Nada valía tanto como su yayo. De eso se trataba. Esa era la razón por la que estaba allí, pidiendo que se lo devolvieran.

Pero ¿qué más podía ofrecer?

—Tengo una propuesta —intervino Corvus, que estaba detrás de ella.

El rey no apartó la vista de Emeline. Su incesante atención le ponía la carne de gallina.

—Adelante.

El cambiaformas dio un paso al frente y se puso al lado de la chica. Se apartó el pelo negro de los ojos y dijo:

—Sé de buena tinta que Emeline es una cantante con cierta reputación.

El rey se volvió hacia Corvus.

—¿Es eso cierto?

Ella estaba a punto de responder que sí, que se ganaba la vida cantando, pero enseguida se contuvo.

¿Y si el Rey del Bosque le quitaba la voz?

«¿Puede hacer eso?».

Vaciló. ¿Estaba dispuesta a entregar su voz, aquello que le servía para ganarse la vida, para vivir su pasión, para cumplir sus sueños,

si a cambio recuperaba a su yayo y se lo llevaba a casa con ella?

Sin su voz, ¿qué se encontraría ella a su regreso? Su carrera como cantante no, por descontado. Sin su voz, su vida dejaría de tener sentido. Su mayor sueño, el sueño de su vida, se habría hecho pedazos para siempre.

No se lo había pensado bien. No se había parado a pensar qué podían quitarle a cambio de recuperar a su abuelo.

—Sí —respondió al fin, avergonzándose del temblor de su voz—. Sé cantar.

Corvus tenía la boca curvada en una sonrisa, como si estuviese jugando a un juego que no comprendía ni ella ni nadie más.

—Bien, pues entonces creo que he encontrado una solución.

Emeline notaba gotas de sudor frío rodándole por la espalda.

«No, por favor —pensó, mirando primero los labios sonrientes de Corvus y luego al rey sentado en el trono—. No me quitéis la voz».

—Necesitáis una nueva trovadora para la corte —continuó el cambiaformas—. Teniendo en cuenta que el último… —Se interrumpió al ver que la mirada del rey se oscurecía y que sus manos de resina se cerraban con furia en dos puños—. ¿Y si… —se apresuró a añadir— a cambio de la libertad de su abuelo, Emeline Lark ocupa su puesto en vuestra corte, como vuestra nueva cantante?

—¿Qué? —Emeline se volvió bruscamente hacia él—. No. No puedo…

Tenía una vida a la que volver. Tenía conciertos cada semana. Una gira inminente como telonera de los Perennials. Y se estaba jugando un contrato discográfico con Daybreak Records.

Había luchado mucho para conseguirlo.

—No puedo quedarme aquí —dijo—. ¡No me voy a quedar aquí!

El Rey del Bosque hizo una mueca y se apoyó en el respaldo del

trono.

—Si fuese un humano macho, por supuesto que lo tomaría en consideración, pero teniendo en cuenta que es una…

—Disculpad mi impertinencia, mi señor, pero tal vez sea ese el problema: aceptáis solo a los hombres, y esos hombres siempre acaban por desagradaros.

Emeline se quedó mirando a Corvus. ¿Qué significaba eso?

Notó entonces un cosquilleo en el aire que le erizó la piel. El olor húmedo y pútrido de la magia se intensificó, y ella dio un paso atrás, nerviosa, deseosa de poner algo más de distancia entre el rey y ella, pero se chocó contra la armadura de un setonela que se había apostado tras ella sin que se diera cuenta.

Miró atrás. El guardia sonrió tras el borde del casco, mostrándole varias hileras de dientes afilados.

Emeline se estremeció y dio un paso al frente otra vez.

—¿Por qué no la ponéis a prueba? —insistió Corvus—. Si su voz no os complace, podéis deshaceros de ella igual que hicisteis con todos los demás. —Agitó los dedos como si estuviese apartando un mosquito—. No tenéis gran cosa que perder.

«¿Deshacerse de mí?». Fulminó a Corvus con la mirada. Sin embargo, la había advertido, ¿no era así? Cuando estaban en el pantano y ella le había dado las gracias por su ayuda.

El rey tamborileó despacio con los dedos. Las uñas resquebrajadas repicaban sobre el reposabrazos de su trono blanco. Miró primero a Corvus y luego a Emeline.

Ella lo miró a los ojos fríos y calculadores y logró decir:

—¿Y si me niego?

La respuesta a su pregunta fue un pesado silencio. Los cortesanos reunidos en las lindes del claro enmudecieron de golpe.

Y, de repente, el rey echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

El sonido resonó por el claro como un trueno y Emeline noto que la tierra temblaba bajo sus pies. El cambiaformas apartó la vista. Había compasión en su mirada.

El Rey del Bosque chasqueó los dedos mirando algo en la distancia. Emeline se volvió y vio que unos setonelas armados traían a alguien a rastras por entre la multitud de cortesanos.

—N-no… —balbuceó una voz que le resultaba demasiado familiar —. Pa… parad. ¿Ad… adónde m…me lleváis?

Los guardias arrojaron al prisionero en mitad del claro de la arboleda, y el anciano trastabilló bajo la luz de las estrellas. Llevaba el pelo gris despeinado y la camisa azul arrugada.

«Yayo».

—¿Dón… dónde está Rose? —Su abuelo casi gritaba; estaba fuera de sí—. ¿Dónde está mi Rose?

A Emeline se le atoró el corazón en la garganta. Siempre preguntaba por su madre cuando estaba asustado y confundido.

Y entonces se fijó en las gruesas enredaderas negras que le ataban las muñecas y sintió que iba a estallar de furia. Era un anciano inofensivo. No había necesidad de maniatarlo.

—¡Quitadle eso!

Al ver que nadie lo hacía, se dirigió hacia él para desatarle las manos, pero el guardia que había tras ella la agarró de las muñecas para impedírselo, clavándole los dedos calientes en la piel. Emeline se retorció, tratando de liberarse. Intentó darle un codazo a su captor en las costillas, pero el setonela le subió ambos brazos por la espalda, y un dolor agudo se propagó a la velocidad del rayo desde sus dedos hasta los omóplatos, subyugándola al instante.

Observó indefensa cómo su abuelo se empequeñecía ante los guardias que marchaban hacia él. Dos de ellos dieron un paso al frente y lo obligaron a arrodillarse en el barro con sus lanzas.

—¡No lo toquéis!

Siguió resistiéndose, pero solo consiguió que el guardia ejerciera más fuerza para retenerla.

—Emeline… —le dijo Corvus, y de su voz emanaba cierta inquietud—. No empeores las cosas.

—Ayúdalo —le pidió, sin aliento—. Por favor, ayúdalo.

—Ahora solo puedes ayudarlo tú.

Se le llenaron los ojos de lágrimas de furia y la imagen de su abuelo se emborronó.

—Elige, Emeline Lark —bramó el Rey del Bosque—. Puedes ser mi trovadora y salvarle la vida o negarte y verlo morir.

«¿Morir?». Emeline negó con la cabeza. Sus palabras siguientes sonaron pequeñas y aterrorizadas.

—No podéis…

—¿Que no puedo? ¿Acaso no soy el Rey del Bosque?

Su voz se tornó estridente como el silbido del viento. Se puso de pie y el agua se arremolinó a su alrededor, copiosa y salvaje, y cayó como una cascada por los escalones del trono para propagarse sobre la hierba como una salvaje marea. Emeline sintió que la asolaba una sensación descontrolada y desesperada al ver que bajaba y se dirigía a su abuelo, como un depredador cerniéndose sobre su presa.

El anciano alzó la cabeza, arrodillado a la sombra del rey, y lo miró con los ojos azules colmados de terror.

—Si te niegas a ser la nueva trovadora de mi corte, lo llevaré a la Mácula para que lo devoren las pieles de sombra y te obligaré a mirar cómo lo hacen.

Emeline se puso rígida. Jamás permitiría que un monstruo como el que había encontrado en el bosque entrara en la mente de su abuelo y lo matara poco a poco con sus propios miedos.

Pero ¿quedarse en la corte del Rey del Bosque? ¿Para siempre?

Tendría que renunciar a absolutamente todo: a la vida que estaba construyendo, a su carrera musical, que justo ahora había empezado a florecer… Había trabajado muy duro para llegar donde estaba, no podía rendirse.

«Quizá haya un modo de hacer ambas cosas», pensó.

Quizá pudiera salvar a su abuelo y cumplir su sueño.

Si aceptaba ser la cantante del rey, su yayo quedaría libre, y entonces, cuando él estuviera a salvo, lo único que necesitaba era encontrar el modo de escapar. Corvus la había metido en la ciudad; seguro que ella podía encontrar un modo de salir. Preferiblemente, antes de que empezara la gira.

Tal vez no tuviera que perderlo todo.

Tal vez pudiera salvar a su yayo y también a sí misma.

Serenó su voz temblorosa hasta lograr alisarla tanto como una piedra de río.

—Me quedaré y seré vuestra trovadora. Pero soltad a mi abuelo.

El guardia aflojó un poco las manos, pero no le soltó las muñecas.

El rey clavó en ella sus pupilas de luna creciente.

—Aquí las órdenes no las das tú —le espetó—. Tu abuelo se quedará en mi reino hasta que demuestres que estás capacitada para el puesto. Cuando esté satisfecho y considere que tu obediencia está a la altura, y que tu voz es aceptable, solo entonces, Ewan Lark podrá regresar a casa. Tienes una semana para impresionarme, cantante. Si fracasas, dejaré que las pieles de sombra os devoren a los dos.

«¿Una semana?».

Aquello no pintaba bien.

Los setonelas de armadura de bronce agarraron al anciano de las axilas y lo obligaron a ponerse de pie.

—¡Esperad! ¿Adónde lo lleváis? —gritó.

Su abuelo se volvió al oír su voz. A juzgar por su mirada y su expresión sobresaltada, no la reconoció. El terror le tenía la mente demasiado nublada.

—A… ayúdame —rogó.

Emeline trató de zafarse del guardia, pero la fuerza de sus brazos la tenía atenazada, forzándola a quedarse quieta. Miró a los ojos a su abuelo y se obligó a hablar con seguridad y calma.

—Todo irá bien. Yo te llevaré a casa. Te lo prometo.

Le dieron un empujón. El hombre tropezó y se miró los pies, frágil y tembloroso. Emeline contempló cómo lo sacaban de la arboleda y se lo llevaban por el camino iluminado, hasta que desapareció en la noche.

El guardia la soltó en cuanto los perdieron de vista. Fue entonces cuando acusó el impacto de lo que acababa de ocurrir y le cedieron las piernas. Se desplomó en el frío suelo, plantando las manos en el barro.

«¿Y si fracaso?».

No podía fracasar; eso le había quedado claro. Emeline necesitaba dar con un modo de complacer al rey y demostrarle su valía, al menos durante el tiempo suficiente para salvar a su yayo.

Y luego necesitaba escapar de allí.

«Eres una música profesional —se dijo—. Puedes hacerlo».

—Emeline, si estás lista —dijo Corvus agachándose a su lado—, te llevaré a tus aposentos.

Miró su pálido rostro. En sus ojos marrones brillaba algo parecido al arrepentimiento.

—Tú… —Cerró los puños en el barro—. Este era tu plan desde el principio.

—Algo parecido, sí.

—Pero ¿por qué?

—Quieres salvarlo, ¿no? Esta es tu única opción.

Los interrumpió un movimiento repentino que percibieron con el rabillo del ojo. La muchedumbre de cortesanos empezó a murmurar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz áspera y suave a la vez.

Emeline miró hacia la multitud y vio que estaba dispersándose para abrirle paso a alguien que le resultaba familiar. Pelo de color arce oscuro, ojos como rocas de río. Era el mismo joven que había conocido en el bosque aquella noche, el que cabalgaba en el ascuaballo. El que le había mentido.

Al ver a Emeline, se paró en seco. Se quedó rígido, tenso.

Ella se puso de pie. La tierra le cayó de entre los dedos.

—Emeline, este es Albar Fell —dijo Corvus, incorporándose junto a ella—. El recaudador de los diezmos del rey.

A la joven se le paró el corazón.

¿El recaudador de los diezmos?

Pero eso significaba…

Significaba que ese mismo joven era quien se había llevado a su abuelo. Era quien había dejado la prenda en la almohada de su dormitorio y quien, cuando Emeline se la había sacado del bolsillo para demostrar que había sido secuestrado, había fingido no reconocerla.

El que le había asegurado que su yayo no estaba en el bosque. El que le había dicho que lo estaba buscando en el lugar equivocado.

¿Cuántas veces le había mentido en una sola noche?

La sangre se convirtió en fuego en sus venas.

—No se lo dijiste —murmuró Corvus al ver la mirada asesina de Emeline.

Ella, temblando de ira, señaló con furia al recaudador de los

diezmos, que la miraba con sus ojos grises.

—Esto es culpa tuya, cabrón.

Si él no se hubiera llevado a su yayo, ninguno de los dos estaría allí en ese momento, ni serían prisioneros del Rey del Bosque.

Nada de todo aquello habría ocurrido.

—¿Culpa mía? Si tú… —Albar se calló al reparar en sus ropas cubiertas de barro y el corte ensangrentado de su mano izquierda. Frunció el ceño y se volvió hacia Corvus, que estaba igual de enlodado que ella—. ¿Has sido tú quien la ha traído?

De repente, una chica se puso al lado de Albar. Sería de su misma edad. Tenía el pelo castaño rojizo recogido en una trenza despeinada. Era alta y delgada, y sus ojos dorados refulgían en la oscuridad. A su espalda, llevaba dos largas espadas colgadas en cruz, y las mangas de su camisa de color óxido estaban arremangadas hasta los codos.

Parecía casi salvaje, más fiera que chica.

Emeline echó un vistazo a su sombra y, cómo no, la forma oscura que había tras ella tenía orejas de lobo y unos afilados colmillos.

Una cambiaformas.

—Emeline —dijo Corvus—, esta es Sable Thorne. Sable, te presento a Emeline Lark. La nueva cantante del rey.

—¿Qué? —dijeron Sable y Albar al unísono; la primera, sorprendida; el segundo, furioso.

Con la rapidez del viento, Sable agarró a Corvus por las solapas del abrigo, casi levantándolo del suelo.

—Pero ¿qué has hecho?

Él se mostró imperturbable, como si estuviera acostumbrado a que esa cambiaformas lo zarandeara. Emeline no habría sabido decir si eran buenos amigos o enemigos mortales.

—Me encantaría poneros al día, pero estoy seguro de que Emeline tendrá ganas de ir a ver a su abuelo.

—¡Corvus!

—Si nos disculpáis… —Se quitó las manos de Sable de encima, se volvió hacia Emeline, la agarró del codo con suavidad y se la llevó.

Ella se volvió un instante para fulminar con la mirada a la persona responsable del lío en el que estaba metida. «Te haré pagar por esto».

Él le aguantó la mirada y se pasó ambas manos con el pelo, inquieto, con un aspecto mucho menos seguro que antes. Como si la presencia de Emeline allí no fuese solo indeseable, sino algo mucho peor.

DIEZ

Corvus la llevó a unos oscuros aposentos iluminados por docenas de velas. Las llamas arrojaban luz sobre una cama de cuatro postes con unas cortinas blancas. Su aspecto mullido la llamaba, recordándole que no había dormido en cuarenta y ocho horas.

Al lado de un banquito empotrado en la ventana, lleno de cojines dorados y verdes, había un escritorio, y, en la pared frente a la cama, varios instrumentos musicales colgaban de soportes de cobre. Había un surtido de guitarras y ukeleles que parecía no terminar nunca, como si hubieran diseñado la colección solo para ella. Se obligó a apartarse y no dejarse llevar por su belleza.

«Al menos será una cárcel cómoda».

En el centro de la estancia la esperaban tres asistentas de diversas formas y tamaños: alta y fornida, esbelta y ágil, baja y rechoncha. Los colores de su piel iban del marrón oscuro al blanco perla. En cuanto Corvus se marchó, las tres mujeres la agarraron de las muñecas y la llevaron al cuarto de baño.

—No…, un momento… Se suponía que iba a ir a ver a mi abuelo…

Emeline trató de resistirse durante todo el trayecto hasta la bañera de cobre, donde la desnudaron y la obligaron a meterse en el

agua caliente con aroma a rosas. Cuando la arrojaron al interior de la bañera, el agua salió propulsada hacia arriba y rebosó por los bordes, salpicando los azulejos del suelo. En la superficie flotaban suaves pétalos de color rosa que se arremolinaban alrededor de los hombros y las rodillas.

Le metieron la cabeza debajo del agua.

Emeline salió a la superficie, escupiendo y tratando de coger aire.

Cuando intentó escapar, contraatacaron haciendo lo mismo una y otra vez, hasta que se rindió y dejó que la bañaran. Le enjabonaron el pelo lleno de barro seco hasta que la espuma se le metió en los ojos. Le frotaron la piel hasta dejársela roja e irritada.

—¿Dónde está mi abuelo?

No le hicieron ningún caso.

Después de secarla con la toalla, Emeline les permitió a regañadientes que le pusieran un vestido dorado pálido que llegaba hasta el suelo y que tenía en el corpiño una delicada cenefa de flores de álamo. Las hojas, bordadas con hilo de marfil, se deslizaban suavemente por el cuello barco, como si los suaves soplidos del viento las hubiesen colocado allí. Estaban bordadas con una delicadeza tal que casi le daba la sensación de que se movían.

Después las mujeres le trenzaron el pelo negro y se lo recogieron en un moño en la nuca, trenzando en él ramitos de flores de encaje de reina. Por último, le cogieron la mano en la que se había cortado y le pusieron un ungüento con cuidado, para luego vendársela con unas gasas de algodón blanco que sujetaron con un broche de oro.

—Listo —dijo la asistente rechoncha de piel canela. Su voz era como la lluvia en verano. Emeline creyó ver una sombra de sonrisa en sus labios cuando la volvió hacia el espejo dorado—. Mírate.

Y, en aquella superficie pulida y empañada, Emeline vio a una desconocida. No había ni rastro de la música pobre que necesitaba desesperadamente unos vaqueros nuevos, la que se ponía la rebeca demasiado grande de su abuelo para tenerlo cerca y casi nunca se acordaba de cepillarse el pelo.

La chica del espejo parecía salida de un cuento de hadas. Sus ojos eran como dos pozos negros en su pálido rostro, y tenía las mejillas espolvoreadas de colorete dorado para que hicieran juego con el vestido.

Estaba muy rara. Parecía otra.

Su imagen le recordó que, hacía mucho tiempo, ella también había creído en todas las historias que se contaban en Edgewood, igual que su yayo, y que Maisie, y que todos los demás.

«¿Cuándo dejé de creer en ellas?», se preguntó.

No se acordaba.

Mientras sus asistentas contemplaban exultantes su obra y asentían, complacidas, la mujer blanca y esbelta abrió la puerta que daba a las habitaciones adyacentes. Las otras dos le pusieron unas zapatillas de seda blanca y la llevaron a la puerta.

Al otro lado montaban guardia dos setonelas. Ambos se llevaron un dedo a los labios.

Al cabo de un instante, Emeline comprendió por qué.

Unos fuertes ronquidos resonaban en la habitación, que estaba calentita y llena de plantas verdes. En una mesita había un montón de periódicos y una baraja de lo que parecían cartas viejas. Cerca del fuego que crepitaba en la chimenea, acurrucado bajo una gruesa manta azul, un hombre con el pelo gris dormía en una mecedora. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta.

«¡Yayo!».

Emeline entró en la habitación con cuidado de no hacer ruido.

Olía a pícea. Se fijó en lo mucho que había adelgazado los últimos años. Tenía la piel cetrina como la cera de una vela, y el color de su pelo se había desvanecido.

Aun así, solo de verlo, sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

Solía hacer eso cuando ella era pequeña. Agotado después de haber pasado el día trabajando en los viñedos, caía redondo frente al televisor después de cenar y se quedaba dormido en su sillón, para luego despertarse desorientado y de mal humor a la mañana siguiente.

Se le veía tan en paz que no quiso asustarlo. No después de la noche aterradora que había tenido. Así que, en lugar de despertarlo, acercó la otra mecedora y se sentó con él a mirarlo dormir. Tenía las manazas juntas, salpicadas de manchas de vejez y llenas de venas que fluían como ríos bajo su piel, testigos de toda una vida de trabajo duro.

Una vida que podía leerse en su cuerpo si sabías cómo. Y Emeline sabía. Amaba cada una de las arrugas del rostro de su abuelo, cada mancha de su piel. Amaba la fuerza de sus brazos cuando la abrazaban, apretujándola tanto que la dejaba sin respiración.

«Te echo de menos —pensó con los ojos llenos de lágrimas—. No sabes cuánto».

Pero no era a aquel hombre al que echaba de menos, sino al que había sido. El que recordaba su nombre, al que se le iluminaban los ojos cuando la veía. El que le preparaba té de menta cuando tenía un mal día y le cantaba nanas cuando tenía miedo de la oscuridad. El que la llevaba a la cama cuando se quedaba dormida junto al fuego.

Pero aquel hombre ya no estaba.

Emeline se mordió el labio, tratando con todas sus fuerzas de no echarse a llorar, y se puso de pie. Tras apagar todas las lámparas, salvo una, volvió junto a su abuelo y se inclinó sobre su forma dormida. El pelo canoso todavía le brillaba, mojado después del baño, y la piel le olía a jabón.

—Ahora me toca a mí cuidar de ti —susurró. Lo había hecho fatal hasta entonces, pero estaba decidida a hacerlo mejor.

Se inclinó y le besó la cabeza con afecto.

Los ronquidos se interrumpieron. El anciano se despertó de golpe y se incorporó en la tumbona.

—¿Qué…? —Se apartó de ella, mirándola confundido—. ¿Quién eres? ¿Qué… qué haces aquí?

Emeline retrocedió enseguida, consciente de que había cometido un error. Lo había asustado, y ahora, sin la luz de las lámparas, el pobre no veía bien.

—Soy yo. —Intentó sonreír, con la esperanza de que él oyera la sonrisa en su voz—. Emeline.

Arrugó la frente, nervioso.

—¿Quién?

—Emeline. Tu…

—¡Eres uno de ellos! —Se aferró a la manta con las manos salpicadas de manchas, arrugándola con fuerza, temblando de forma casi imperceptible. Como si le tuviera miedo.

Una inquietud gélida empezó a extenderse por su piel.

—No, yayo. Soy…

Él miró a todas partes con los ojos muy abiertos, buscando entre las sombras.

—¿Rose? —Le temblaba la voz. Sin embargo, allí solo estaban ellos dos, así que solo le respondió el silencio—. ¡Rose!

Ella se estremeció al oír el nombre de su madre.

No la había conocido. Emeline apenas tenía una semana cuando Rose la había abandonado. Se había marchado en mitad de la noche, sin llevarse nada, ninguna maleta; sin dejar ninguna nota. Ewan Lark se había encontrado a la recién nacida sola en su casa, chillando en la cuna.

El hombre trató de levantarse de la mecedora, y ella no sabía si acercarse a ayudarlo, porque temía asustarlo más.

—Rose no está —le dijo con amabilidad—. Se fue, ¿te acuerdas? Rose nos dejó hace diecinueve años.

Emeline quiso tragarse sus propias palabras en cuanto terminó de pronunciarlas.

No había dicho lo más adecuado.

Iluminado por las llamas que danzaban en la chimenea, el rostro de su yayo cambió, tornándose blanco de miedo. Se levantó de la mecedora, se tropezó y estuvo a punto de caerse. La silla se balanceaba con furia por su ausencia.

—Estoy esperando a mi hija —dijo, retrocediendo hasta un rincón—. Rose va a venir a llevarme a casa. Solo quiero irme a casa. ¡Por favor! ¡Dejadme en paz!

La pena se le clavó como un cuchillo. Intentó decirle de nuevo que era su nieta, pero cuando vio su mirada de terror, se le quebró la voz y comenzó a temblarle la barbilla.

Emeline podía decírselo todas las veces que quisiera, que no serviría de nada.

—Por favor, ¡no te me acerques! —Alzó las manos temblorosas—. ¡Aléjate de mí!

Los guardias de la puerta avanzaron hacia él.

—No —les dijo Emeline, alzando las manos—. Por favor. Me iré. Es a mí a quien le tiene miedo.

Y, antes de que las lágrimas calientes empezasen a rodar por sus

mejillas, dio media vuelta, abrió la puerta que separaba sus habitaciones, salió y la cerró con fuerza. Respiró una bocanada de aire y se dejó caer contra la madera.

«El hombre al que tanto querías ya no está, Emeline».

Apartó la voz de Joel de sus pensamientos.

«No es culpa suya —se dijo, agarrándose de los brazos y abrazándose con fuerza—. Está asustado».

Pero ella también lo estaba. No hacía tanto, era su yayo quien ahuyentaba sus miedos. Quien le decía que no estaba sola. En un tiempo en el que estaban solo ellos dos contra el resto del mundo.

Pero ahora…

Presionando la puerta con la espalda, Emeline se dejó caer hasta dar con el suelo de piedra. Se llevó las rodillas al pecho y enterró la cara en el suave vestido de seda.

Y entonces la anegó una abrumadora oleada de soledad.

«Yo también quiero irme a casa», pensó.

¿Tan malo era aquel anhelo, aquel deseo ferviente de que alguien la estrechara entre sus brazos y le dijera que todo iría bien? ¿Era una señal de debilidad querer que la cuidaran, solo por un día, o una hora, o cinco minutos, aunque fuera? Como su abuelo la cuidaba a ella. Antes.

La inundaron los recuerdos de su antiguo yayo. El que no era solo un abuelo, el que también era un padre, un maestro y un amigo. Fuerte y severo, cariñoso y tierno. Lo recordó limpiándole y vendándole una rascada en la rodilla. Dejando que se quedara dormida en sus piernas mientras veían juntos una película y llevándola luego a la cama. Enseñándole a podar y recoger uvas. Esforzándose al máximo por no llorar mientras ella se marchaba para perseguir el sueño de su vida.

Lo más extraño era que, todas las noches que ella se quedaba

dormida en su regazo, él le susurraba: «Un día te olvidarás de mí, patito».

Qué equivocado estaba.

ONCE

A la mañana siguiente, alguien la despertó llamando a su puerta. Emeline se tapó la cabeza con las mantas y deseó que el ruido parase. Tras los horrores del día anterior, lo que le apetecía era dormir durante unos cien años. Quería soñar hasta que todo aquello no hubiera ocurrido nunca.

Pero quienquiera que fuese no solo no paró, sino que empezó a aporrear la puerta.

Se obligó a abrir los ojos pesados y soñolientos y apartó las mantas blancas. El sol dorado apenas empezaba a asomar sobre los árboles que se veían a través de la ventana. El amanecer. La hora a la que acostumbraba a meterse en la cama.

—Vete, por favor —protestó con voz ronca. Se dio la vuelta y se puso un cojín encima de la cabeza.

Pero los golpes continuaron.

Emeline gimió, se quitó las mantas de encima y obligó a su cuerpo cansado a salir de la cama. A medio camino hacia la puerta, pasó por delante de un espejo y se detuvo en seco.

Entornó los ojos y miró de hito en hito a la pesadilla que le devolvía la mirada desde el espejo. Se había quedado dormida con el vestido dorado pálido puesto, que se había convertido en una

maraña de tela arrugada. La larga melena negra estaba tan enredada como el nido de un pájaro, y la cara…

«Qué horror».

Las sombras profundas y oscuras que tenía bajo los ojos no eran lo peor, ni mucho menos. Tenía polvo dorado en la mejilla izquierda; en la derecha, las marcas de la almohada.

Contempló brevemente la posibilidad de ponerse presentable, pero decidió no hacerlo. La gente que aporreaba la puerta de otra gente a estas horas merecía encontrarse con pequeños horrores como ese. Apretó los dientes y abrió.

Albar Fell estaba de pie detrás del umbral mirándola con mala cara y los brazos cruzados.

Al parecer, él tampoco era buen madrugador.

—¿Qué haces aquí? —Trató de sonar cáustica, pero su voz sonó ronca y blanda debido al sueño.

A él se le oscureció la mirada al reparar en el vestido arrugado, el pelo enmarañado y el desastre de sus mejillas: una dorada y la otra llena de marcas de la almohada. Seguro que también tenía la cara manchada de baba. Se limpió la boca a toda prisa.

—¿Dónde están tus asistentas? —Echo un vistazo a la alcoba y luego, para su sorpresa, entró sin que ella lo invitara—. Les dije que te despertaran antes del amanecer. Deberías estar vestida ya.

Emeline se apartó de su camino enseguida mientras trataba de obligarse a despertarse del todo. Negó con la cabeza y señaló a la puerta.

—Largo de mi habitación, capullo mentiroso.

Él hizo caso omiso y se acercó al armario de madera oscura de la esquina. Tenía las puertas reforzadas con placas de cobre y unos elegantes grabados de flores de milenrama en la superficie. Emeline se lo quedó mirando mientras él abría las puertas y empezaba a

rebuscar en el interior con movimientos calmados y eficientes.

—¿Quieres salvar a tu abuelo o no? —Ella cruzó los brazos sobre el corpiño de su vestido arrugado, sin responder—. Yo puedo echarte una mano. —Vio una prenda de ropa que debió de gustarle, porque la sacó—. La mayoría de los trovadores del rey no duran más que unas pocas semanas. Algunos solo unos pocos días.

«¡¿Unos pocos días?!».

—Si quieres sobrevivir, necesitas algo de ayuda —añadió.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó Emeline.

—El rey tuvo un trovador preferido hace tiempo. Un humano con una voz mágica. Se le conocía como el Mago Cantor. Murió hace mucho tiempo. El rey lleva buscando a alguien que lo reemplace desde entonces.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo.

Albar le tendió un par de mallas de lana gruesa con dos largos parches de cuero en la cara interna de las piernas.

—Ponte esto. —Al ver que Emeline seguía de brazos cruzados, la fulminó con la mirada y bajó la mano en la que tenía las mallas—. Cuanto antes te vistas, antes nos podremos ir. Si queremos estar de vuelta antes de que caiga la noche, tenemos que salir ya.

—¿Tenemos? —preguntó ella incrédula—. No pienso ir a ninguna parte contigo. —«Porque eres un capullo y el culpable de que tengan prisionero a mi yayo, para empezar».

—No seas estúpida. El rey es más cruel cada día que pasa. Si quieres albergar alguna esperanza de salir de aquí con vida, necesitamos ir a buscar las partituras del Mago Cantor hoy mismo. Tienes que aprendértelas antes de tu primera actuación.

Emeline negó con la cabeza.

—No sé leer partituras. Solo sé tocar y cantar de oído.

Él ni se inmutó.

—Alguien te las enseñará.

Ella frunció el ceño.

—¿Y si estás equivocado con todo esto?

Él guardó silencio unos segundos, pero no la miró a ella. Siguió mirando el armario mientras la luz del sol se colaba a través de las ventanas y le iluminaba cálidamente la piel.

—He visto morir a montones de trovadores por ofensas tan nimias como desafinar en una sola nota. O por olvidarse medio verso. O por vestirse de un color que al rey no le gustaba especialmente ese día en concreto.

«Esto… ¿qué?». Aquel era un dato de vital importancia que a Corvus se le había olvidado mencionar.

—El rey está loco y añora a su Mago Cantor, un hombre que lleva años muerto. Por eso solo acepta a hombres humanos como cantantes. Hasta que has llegado tú. Gracias a Corvus. —Albar se pasó una mano por la frente—. Si quieres sobrevivir, esta es tu mejor opción.

Emeline, consciente de que era la opción más inteligente, asintió.

—Está bien. Dime dónde están esas partituras y yo misma iré a buscarlas.

Albar sacó dos prendas de ropa más, una camisa color azafrán y un jersey marrón oscuro.

—En llegar hasta allí se tarda medio día a ascuaballo y tres días a caballo. No llegarás sola y nadie más está dispuesto a acompañarte, créeme. No al nido de piedra. Vístete.

Emeline se cruzó de brazos con más vehemencia.

—No pienso ir a ningún sitio con alguien que me ha mentido a la cara, como has hecho tú.

Sacó una última prenda de ropa del armario; eran un par de calcetines de lana grises, que tiró al montón.

—Si hubieras hecho caso de mis mentiras, no estarías metida en este lío.

Emeline lo fulminó con la mirada. El cuerpo entero le vibraba de ira.

—Estoy metida en este lío por tu culpa. Tú eres el recaudador de los diezmos. Podrías haber decidido que el que había entregado mi abuelo, fuera lo que fuese, era suficiente. O podrías haberte llevado otra cosa. ¡No tenías por qué llevártelo a él!

Era lo que el recaudador había hecho toda su vida: castigar a sus vecinos cuando consideraba insuficientes los diezmos. Robarles los caballos, o el ganado, o los abuelos. Infligir dolor porque podía hacerlo.

Pero su yayo había pagado diligentemente todos sus diezmos desde que Emeline tenía memoria. Y ahora que era viejo y se olvidaba de las cosas, ¿este capullo lo castigaba?

—Que sepas que te hago responsable a ti —gruñó ella—. De todo.

—Ya, claro. —Albar hizo una mueca, con la mirada perdida en el interior del armario—. Porque tengo yo la culpa de que volvieras al bosque inmediatamente después de que yo te dijera que te marchases. Tengo yo la culpa de que te plantaras ante un rey maldito a pedirle que te devolviera un diezmo. Y también tengo yo la culpa, cómo no, de que ofrecieras tu vida a cambio de Ewan Lark. Sí, salta a la vista. Toda la culpa es mía.

Emeline apretó los puños.

Él se dio la vuelta y cruzó la estancia en tres zancadas para plantarse ante ella. De su cuerpo irradiaba un calor como el del fuego de leña.

—¿Sabes qué más veo muy claro? —prosiguió, mirándola enojado—. A una chica que está con el agua al cuello y que es

demasiado tonta para darse cuenta.

Dio un paso hacia ella, trayendo consigo el olor del bosque, además de aquel calor delicioso. A pesar de todo, Emeline sintió ganas de acercarse a él.

Pero hizo caso omiso de aquella sensación.

—Nadie más puede ayudarte a conseguir la música del Mago Cantor. —Su voz entrañaba una advertencia—. Y si no la consigues, no podrás aprenderte sus canciones, y si no cantas esas canciones ante el rey, y lo complaces al hacerlo, tu calavera será una más en el muro de los trovadores que cayeron antes que tú. Y así seguro que no conseguirás llevarte a tu abuelo a casa. ¿Es eso lo que quieres, Emeline Lark?

Ella abrió y cerró la boca. Se tragó la ira y apartó la vista hacia las ventanas.

Pensó que su nombre encajaba con él a la perfección. Los espinos albares eran desagradables, horribles árboles llenos de pinchos. Igual que él.

Y, sin embargo, parecía que estaba intentando ayudarla.

Cayó en la cuenta entonces de que también había tratado de echarle una mano la noche anterior, cuando la había engañado para que se marchara del bosque. Pero no por ello tenía que caerle bien. No tenía que perdonarle por haberse llevado a su abuelo de casa y haberlo traído a ese espantoso lugar. Pero sí que podía aceptar su oferta si así conseguía sacarle de allí.

Apretó los dientes y dijo:

—Dame la ropa.

Él esbozó una sonrisilla, como si hubiese ganado una gran batalla. A ella le hervía la sangre.

Se vestiría, por supuesto que sí. Iría con él en busca de esas partituras y seguiría su consejo. Se aprendería las canciones de

aquel hombre muerto, las cantaría para complacer al rey… y luego, cuando su abuelo estuviese a salvo, escaparía.

«No es más que esto —se dijo—. Un paso más para volver a casa».

—Date la vuelta —le pidió tras coger el montón de ropa.

Él inclinó la cabeza en una especie de reverencia burlona, pero hizo lo que le pedía. Cuando estuvo de cara a la pared, Emeline se volvió hacia la ventana y dejó la ropa sobre la cama. Sin embargo, cuando empezó a tirar del vestido para quitárselo por la cabeza, se dio cuenta de que no podía: los lazos de la espalda estaban atados con demasiada fuerza. Trató de desatarlos con desesperación, contorsionándose y doblando los brazos primero por debajo y luego por encima de los hombros, tratando de llegar. Desesperada por llegar.

Pero no llegaba.

—¿Pasa algo? —preguntó él con impaciencia.

Emeline sintió una oleada de vergüenza al comprender lo que necesitaba: ayuda. Apretó la seda del vestido con los puños y cerró los ojos.

Él debió de percibir que se estaba ahogando en su propia humillación, porque lo oyó volverse.

—Vaya —dijo al cabo de un instante—. Ya veo dónde está el problema. ¿Necesitas ayuda?

Emeline respiró hondo y se volvió. Vio su reflejo en el espejo y la mirada de él en la espalda del vestido.

—Si te ves capaz, por supuesto —replicó como si tal cosa.

Él enarcó una ceja, como si ella lo hubiera desafiado. Y, sin decir nada más, cruzó la estancia. Cuando llegó hasta ella, sintió que el calor de su cuerpo se le propagaba por la espalda. Estaban frente a la cama, cuyas cortinas abiertas revelaban las ventanas que daban al

jardín.

Primero le apartó el pelo. Emeline dejó la mirada fija al frente, sintiendo cómo la mirada de él se deslizaba por su cuerpo hasta detenerse en su nuca.

Después empezó con los lazos. Ella notó el tacto caliente de sus dedos sobre su piel mientras los desataba, sin prisa, pero sin pausa. Sabía muy bien lo que hacía. Se preguntó si estaría acostumbrado a ayudar a chicas a quitarse la ropa. Pero enseguida enterró ese pensamiento bien hondo, donde pudiera marchitarse y desaparecer.

Cuando el corpiño ya estaba del todo aflojado, se detuvo y bajó las manos. Aunque no se apartó. Y, cuando habló, también su aliento caliente le acarició el cuello.

—¿Puedes seguir tú sola? —le preguntó. Ella asintió en silencio —. Pues te espero en el pasillo.

Cuando se marchó, el frío la asaltó al instante.

DOCE

Tras ponerse la ropa calentita y práctica que él había sacado del armario, Emeline se trenzó el pelo enredado, tratando de expulsar de su mente el recuerdo de hacía unos minutos, cuando él se lo había apartado de la espalda para ayudarla a quitarse el vestido. Tratando de olvidar la sensación de sus dedos sobre su piel, mientras le desataba los lazos con maestría.

«¿Qué problema tienes? —Fulminó con la mirada su reflejo y se limpió lo que quedaba de polvo dorado de la mejilla—. Es el secuaz del rey y el culpable de que tu yayo esté aquí encarcelado. Déjate de tonterías».

Estaba colorada, así que se tiró agua fría a la cara. Antes de reunirse con Albar en el pasillo, se detuvo un momento y miró la puerta que separaba su habitación y la de su abuelo y se preguntó si debería entrar a darle los buenos días.

«No debe de estar despierto todavía. Y si lo está…».

La noche anterior lo había asustado. No la había reconocido, y tal vez esta mañana tampoco lo hiciera. ¿De qué servía entonces que fuese a saludarlo?

Ignoró la punzada de dolor que le causaba esa pregunta y salió al pasillo, donde la esperaba Albar. Estaba sentado en el suelo e

inclinado sobre una espada. Tenía la hoja de metal en las piernas y estaba afilando el borde con una piedra. El acero refulgía cada vez que la frotaba, como si estuviera encantado.

Tenía un aire pensativo, casi triste. Emeline sintió una punzada de ternura, y se descubrió deseando describir en una canción ese momento, un impulso que no había experimentado en mucho tiempo.

Él levantó la vista y la miró.

—Ya estoy lista —anunció ella.

Albar se puso de pie y se envainó la espada a la espalda.

—Acabemos con esto.

Lamento les esperaba en el establo, ensillada y preparada para partir. La yegua negra resopló al verlos llegar y pataleó en el suelo. Una chispa roja llameó en sus ojos dorados, molesta por haber tenido que esperar.

Emeline montó primero con la ayuda de un mozo del establo, y Albar la siguió. Cuando alargó los brazos para coger las riendas, la envolvió su aroma a agujas de pino. Le parecía terriblemente injusto que oliera tan bien, como el bosque en un dulce día de verano.

Se aferró con fuerza a las gruesas crines negras de Lamento y se obligó a recordar quién era él exactamente. El joven que estaba sentado tras ella había atormentado a Edgewood durante toda su vida. Había secuestrado a su abuelo y, a ella, le había mentido descaradamente.

«No lo olvides».

Cabalgaron en un silencio sepulcral y pesado como una piedra.

Cerca del mediodía, cuando ya habían atravesado un interminable bosque plateado, el suelo empezó a inclinarse hacia arriba. Lamento aminoró la marcha mientras subía entre los árboles enfermos. Allí, el aire era denso y apestaba a podrido; allá donde mirase, Emeline veía solo muerte, gris y cenicienta.

—¿Por qué es así? —preguntó. Era la primera vez que hablaba desde que habían salido de la ciudad.

Albar se movió.

—¿La Mácula?

Ella asintió. Desde Edgewood, el bosque se veía verde y vivo. Nadie imaginaría jamás la putrefacción que lo invadía por dentro.

—Es por la maldición. Envenena a todos los seres vivos del bosque. Lleva años propagándose desde el corazón del bosque y sigue avanzando hacia el exterior. Cuanta más vida le quita al bosque, más poderosa se hace.

Emeline frunció el ceño, recordando que los árboles habían llamado a la Mácula «territorio maldito». Sin embargo, en ninguna de las historias que había escuchado de pequeña se hablaba de esta maldición.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Ha sido así toda mi vida.

«¿Y cuánto tiempo es eso?», estuvo tentada de preguntarle. Albar parecía más o menos de su edad. «Si es que los cambiaformas envejecen igual que los humanos».

Aunque no estaba segura de que fuese un cambiaformas. Emeline anotó mentalmente que la próxima vez que estuvieran a plena luz, revisaría su sombra.

—La maldición es la razón por la que el rey es… como es. Está vinculado al bosque, así que lo que envenena al bosque lo envenena también a él. La maldición le ha deformado la mente y lo ha

convertido en la criatura horrorosa que conociste anoche.

El bosque se había tornado silencioso a su alrededor. Aparte de la voz grave de Albar, solo se oía el suave ritmo de los cascos de Lamento contra el suelo.

—Él es el único que puede ralentizar el curso de la maldición. Por eso recoge diezmos de las tierras fronterizas en cada estación. Cada diezmo es un sacrificio, y los sacrificios encierran poder. Los diezmos le permiten mantener la maldición a raya, o, al menos, solía ser así. Cada vez tienen menos efecto: la maldición se ha hecho demasiado poderosa.

Cuando llegaron a la cima de la escarpada ladera, el bosque que veían abajo era un mar gris, aunque en los alrededores de la Ciudad del Rey, una mota blanca en la distancia, seguía siendo verde.

Cuando Emeline miró hacia el norte, hacia Edgewood, no vio ni rastro de su hogar.

Albar bajó de Lamento y las piedras crujieron bajo sus pies. Se volvió hacia Emeline y levantó los brazos para ayudarla a bajar. Ella habría preferido hacerlo sola, pero la yegua era tan enorme que hasta los estribos parecían estar a un kilómetro del suelo, así que su cordura prevaleció —no quería caerse de morros en el barro desde tanta altura— sobre su deseo de no necesitar ayuda del recaudador de los diezmos del rey y, a regañadientes, se deslizó hasta el borde de la silla para que, tan a regañadientes como ella, él pudiera agarrarla de las caderas y ayudarla a bajar. La soltó en cuanto Emeline tocó el suelo rocoso con los pies y ambos se apartaron el uno del otro de inmediato.

Albar miró hacia donde la montaña bajaba en picado, que ahora era un escarpado despeñadero rocoso.

—Garra debería estar dormido cuando lleguemos al nido de piedra, pero si por alguna razón se despierta… —Apretó los dientes,

volviéndose hacia ella—. No debes escuchar ni una sola palabra que salga de su boca.

«¿Eh?». Emeline ladeó la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Quién es?

Albar cogió la alforja más grande y voluminosa, la abrió y sacó una gruesa cuerda dorada, enrollada y muy larga.

—Él… ve cosas. El futuro, el presente, el pasado… Pero no sabe discernir cuál es cual. Ya no. —Se dirigió hacia un tilo de copa frondosa que había cerca del borde del despeñadero, desenrolló la cuerda y ató un extremo en el tronco del árbol—. Los que se toman en serio sus profecías tienden a volverse un poco locos.

—¿Qué es?

Apoyó una bota en el tilo y tiró fuerte del nudo para comprobar que fuese lo bastante resistente. Satisfecho, se volvió hacia ella.

—Una especie de perro guardián. Tras la muerte del Mago Cantor, la bruja que lo mató quiso evitar que su música volviera a ser escuchada. Garra la tiene aquí guardada.

«Aquí» parecía ser el borde de un despeñadero.

¿Por qué querría nadie destruir las canciones de un trovador?

«¿Por qué querría nadie matar a un trovador?».

Estaba a punto de preguntar por esa bruja homicida cuando Albar fue hacia ella de forma abrupta y le ató el otro extremo de la cuerda a la cintura. Ella se puso rígida al ver que él la atraía hacia sí, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo levantó los codos para que pudiera ajustarle la cuerda y hacer con ella una especie de arnés.

—Y, sobre todo, que no se te ocurra hacer ningún trato con él. —Aseguró la cuerda atando un nudo con manos hábiles. Emeline se fijó en que tenía los dedos de la mano derecha manchados de un gris parecido al del acero. Le recordó a los de Maisie cuando se

pasaba la tarde dibujando las flores en el jardín del abuelo.

«Grafito —pensó—. ¿Será de dibujar?».

—Garra es muy aficionado a los trucos y los juegos, pero nunca juega limpio. —Cuando terminó de hacer el nudo, tiró fuerte de la cuerda para comprobar que estuviese bien apretado. Al ver que aguantaba, la soltó y se volvió hacia el borde del despeñadero—. De hecho, si se despierta, mejor deja que hable yo.

Emeline se acercó a él y se asomó por el borde del despeñadero. Era una pared de piedra gris uniforme que bajaba unos quince metros, donde sobresalía un pequeño saliente de lutita. Por cómo la miraba Albar, aquella cornisa era su destino.

—¿Y tu cuerda? —preguntó ella.

—A mí no me hace falta.

Si no aterrizaba en el saliente, la caída hasta el fondo era de cien o doscientos metros. No es que a ella le importase lo que le pudiera pasar a Albar, pero, por desgracia, lo necesitaba para volver a palacio. Emeline no se veía capaz de montar en ascuaballo sola.

El chico empezó a bajar, colocando los pies en los puntos de apoyo. Fue entonces cuando Emeline se fijó en que llevaba una linterna apagada colgada del cinturón. Debía de haberla sacado de una de las alforjas.

Albar se detuvo un instante y la miró.

—No te caigas, ¿vale?

Ella dio unos golpecitos en el complejo nudo con el que le había atado la cuerda a la cintura.

—Tengo aquí mi fiel arnés.

La cabeza del recaudador desapareció de su vista cuando empezó a bajar de nuevo, pero Emeline seguía oyendo su voz.

—Por muy fiel que sea tu arnés, una caída no sería agradable.

Emeline se arrodilló y se preparó para seguirlo despeñadero

abajo. Se le puso el estómago del revés al ver la caída. «Puedo hacerlo», se dijo. Pero la verdad es que solo había hecho algo parecido la friolera de una vez. En clase de educación física. En el rocódromo del gimnasio, con las colchonetas de rigor.

Contó hasta tres y empezó a descender. Se agarró a la cuerda con fuerza, dejando que la sobrante cayera hacia abajo. Se inclinó hacia atrás y, muy despacio, comenzó a bajar por el despeñadero haciendo rápel, dejando que la cuerda se deslizara por sus manos. El sol le abrasaba la nuca.

Solo había alcanzado la mitad del camino cuando los brazos y las piernas empezaron a arderle por el esfuerzo. Nunca utilizaba esos músculos, un hecho que comenzó a resultarle de lo más evidente. Poco después, cuando ya le sudaban las manos y ya le habían empezado a temblar los brazos, la cuerda se le resbaló por las palmas de las manos y le abrasó la piel. Y como, a la vez, seguía deslizándose hacia abajo, también perdió el pie, que hasta entonces había tenido apoyado con firmeza sobre la pared de roca. Para no caer de golpe, alargó una mano para agarrarse del despeñadero rocoso.

—¡Emeline!

Había logrado aferrarse a un pequeño asidero. Decidió abandonar la cuerda y metió la otra mano en la hendidura. Estaba pegada a la pared, colgando peligrosamente de las alturas. Mientras trataba de encontrar puntos de apoyo para los pies, sin conseguirlo, del despeñadero se desprendían pequeñas rocas que bajaban rodando.

«Mierda, mierda, mierda».

Se aferró desesperadamente a la fisura rocosa en la que se había sujetado, pero los brazos le temblaban y le ardían de cargar con todo el peso de su cuerpo.

—Aguanta. —La voz de Albar se oía más cerca—. Ya voy…

Se estaba empezando a resbalar. Emeline apretó los dientes, miró la cuerda que se balanceaba a su lado y se preguntó si tratar de cogerla sería una buena idea. Si no lo lograba, no volvería a presentársele la oportunidad de sujetarse.

«Por muy fiel que sea tu arnés, una caída no sería agradable».

Emeline cerró los ojos con fuerza, consciente de que sus fatigados músculos no podrían aguantarla mucho más. Y esta vez, cuando se le resbalaron las manos sudadas, la roca se separó por completo de las puntas de sus dedos.

Y cayó… justo encima de Albar.

El muchacho se quedó sin aire en los pulmones cuando el cuerpo de ella colisionó contra el suyo. De algún modo, se las arregló para agarrarse de la cuerda con una mano y cogerla a ella de la cintura con la otra mientras se precipitaban al vacío. Cuando, por el impulso de la caída de ella, se estamparon contra la pared de roca, fue Albar quien se llevó la peor parte del impacto, pues la tenía apretujada y protegida contra él. Siguió agarrado a la cuerda mientras, poco a poco, se detenían.

Se quedaron colgando en el aire, balanceándose de un lado al otro. Emeline se dio cuenta del esfuerzo que a él le costaba sostenerlos a los dos, y supo que sus músculos no podrían aguantar mucho más tiempo. Y él no tenía ningún arnés que pudiera salvarle de la caída.

Humillada por su inutilidad, tanteó la pared de roca con un pie, buscando un punto en el que apoyarse para aligerar un poco el peso con el que él cargaba.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó Albar con los dientes apretados y la cara enterrada en su pelo. Casi no le quedaban fuerzas.

—Mira que eres mentiroso.

La boca de él se curvó, pegada a su cuello, en una sombra de sonrisa. Por alguna razón, eso le dio fuerzas. Se cogió de la cuerda de nuevo y plantó los pies en la pared.

Tras recuperar su posición, Emeline exhaló un suspiro tembloroso.

—Vale. Ya estoy bien.

Albar le soltó la cintura y, agarrándose a la cuerda, logró encontrar puntos de apoyo en la roca para las manos y los pies. Cuando volvió a sentirse seguro en sus agarres de la pared del despeñadero, cerró los ojos y apoyó la frente en la lutita, tomándose un segundo para recuperarse antes de continuar el descenso.

Emeline lo siguió, y cuando por fin hizo pie en el saliente rocoso, apoyó el cuerpo dolorido contra la roca caliente y exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias —susurró.

Al ver que Albar no respondía, se volvió y lo vio de cara a una caverna oscura, tan ancha y tan alta como una casa pequeña. «El nido de piedra», pensó ella. Y, justo cuando él se llevaba un dedo a los labios, una forma gigantesca empezó a emerger poco a poco de la oscuridad, resplandeciendo bajo los rayos del sol.

Emeline lo miró boquiabierta.

Lo primero en brotar desde las sombras fue un morro con grandes colmillos plateados y unos agujeros de la nariz que olisqueaban el aire. Solo ese hocico era ya más o menos del tamaño de su coche. Luego salió el resto de la cabeza, con unos ojos blancos y lechosos y unos mechones de pelo donde deberían estar las orejas.

¿Era… Garra?

Si lo era, estaba despierto y bien despierto.

Las patas gigantescas también estaban llenas de pelos y terminaban con unas afiladas zarpas que a Emeline le recordaron las de un león. Sin embargo, tenía unas alas como de lechuza de las nieves, cuidadosamente plegadas a los lados, y el cuerpo cubierto de plumas y escamas del color de las monedas de plata.

Un perro guardián, le había dicho Albar.

Más bien un dragón guardián.

TRECE

—¿Acaso el Rey del Bosque me ha mandado la cena a mi mismísima puerta? —rugió el dragón—. ¡Qué considerado!

A pesar de haber salido a la luz del sol, Garra seguía olisqueando los aires, guiándose por lo que le decía su hocico, y se colocó entre Emeline y Albar, separándolos.

Ella retrocedió despacio para alejarse de sus letales zarpas, pero los guijarros crujieron bajo sus botas y Garra giró la cara de golpe hacia ella. Emeline se quedó quieta como una estatua y el dragón ladeó la cabeza, prestando atención. Como si no pudiera confiar en sus ojos lechosos.

«Es ciego», comprendió.

Garra se puso a cuatro patas, arañando las rocas con las escamas de su barriga. Arrugó los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa, mostrando las encías ennegrecidas y los dientes amarillentos.

—Ahí estás. —El dragón se arrastró hacia ella—. Vaya, vaya, tu olor me resulta familiar. ¿Qué eres?

El pánico le encendió la sangre. La cornisa sobre la que estaba Emeline estaba a punto de terminarse. Si daba unos pasos más, llegaría al borde… No, lo sobrepasaría y se caería.

—Es cierto —intervino Albar desde el otro lado, distrayendo al dragón. Emeline se quedó muy quieta, sin atreverse a respirar, y miró al joven, alto y sereno como un roble—. Nos manda el Rey del Bosque, pero no para que nos comas, que conste. Hemos venido a buscar las partituras del Mago Cantor.

Una ola de contrariedad atravesó la mente de Emeline, como si el dragón le hubiera rugido en el interior de la cabeza. Garra se giró bruscamente hacia Albar y la cegadora luz del sol se reflejó en sus escamas plateadas.

—¿El Mago Cantor? —repitió indignado, casi escupiendo las palabras, mientras se aproximaba al chico—. El portador de la maldición, más bien. ¡Muerto y bien muerto está! Si mi ama no me hubiese ordenado que guardara su música, ahora mismo, ¡de esas partituras no quedarían más que cenizas!

¿El portador de la maldición?

¿Qué significaba eso?

—Entiendo, pero nosotros hemos venido a por esas partituras —insistió Albar, mirando a Emeline a los ojos e indicándole con gestos que volviera a subir. Que trepara por el despeñadero y se pusiera a salvo.

Pero, cuando Emeline dio un paso hacia la pared rocosa, el dragón la oyó y, al recordar lo primero que había llamado su atención, volvió la cabeza hacia ella.

Se quedó quieta otra vez.

—¿Qué es esa criatura de ahí?

A Garra le salía humo negro del hocico.

—Nada que deba preocuparte —contestó Albar, y le dijo a Emeline que se fuera solo moviendo los labios—. Ahora déjame pasar para que pueda cumplir con lo que mi rey me ha encomendado.

—¿Y por qué debería importarme a mí lo que te encomiende ese rey loco? —Era evidente que Garra no tenía ninguna intención de dejarlo pasar—. Y si esa criatura con la que has venido no es nada que deba preocuparme, ¿para qué la has traído contigo?

Estaban en un callejón sin salida. Albar estaba intentando distraer a Garra para que Emeline pudiera escapar, pero era evidente que también tenía un plan para hacerse con las partituras. Ella pensó que debía ayudarlo haciendo que el dragón se centrara en ella, para que el chico pudiera llevarlo a cabo.

Cogió la áspera cuerda que tenía atada a la cintura. Quedaban varios metros sueltos todavía.

—Soy yo quien necesita esas partituras —dijo, captando toda la atención de Garra con su voz—. Por eso me ha traído.

Albar la miró como diciendo: «¿Eres tonta? Te he dicho que te largaras de aquí».

—¿Tú? —preguntó Garra con un ronroneo, olvidándose del recaudador—. ¿Con qué fin?

Cuanto más se le acercaba Garra, menos vigilada quedaba la entrada al nido de piedra. Como el dragón no podía verla, Emeline le aguantó a Albar la enfurecida mirada y señaló la abertura.

«Yo me encargo. Tú vete».

—Tengo un trato con el rey. —Avanzó de puntillas pegada a la pared rocosa. Si conseguía alejarse del saliente, más allá de la cornisa, tal vez pudiera distraer a Garra y a la vez estar fuera de su alcance—. Si lo complazco con mi canto, dejará libre a mi abuelo.

—Qué curioso…

Cuando miró atrás, Albar ya había desaparecido en el interior de la caverna.

Garra seguía acercándose a paso furtivo, arañando la roca con sus afiladas zarpas con cada paso que daba. Emeline necesitaba

alejarse más de él. Y rápido. Pero también tenía que conseguir que el dragón se olvidase unos instantes de vigilar su guarida.

—Mi compañero cree que el rey se sentirá menos dispuesto a matarme si le canto las canciones del Mago. —Acarició la roca, que el sol había calentado, y encontró unas sólidas grietas con los dedos —. ¿Crees que puede ser cierto?

Garra estaba cada vez más cerca. El olor a humo la envolvió por completo.

—El rey está loco. No se debe hacer nunca un trato con un loco.

En fin, para eso ya era demasiado tarde.

Tomó impulso y se alejó del saliente, desplazándose hacia un lado por la roca. Había aprendido la lección después de su caída anterior, así que se aseguró de comprobar la solidez de cada punto en el que apoyaba los pies. Cuando Garra llegó al borde de la cornisa, Emeline ya estaba a tres metros de distancia de él, colgada de la pared del despeñadero.

Y como el dragón no podía ver dónde terminaba el saliente, pisó sobre aire. Tropezó y retrocedió enseguida, desplegando las alas llenas de plumas para recuperar el equilibrio.

—¿Adónde has ido, criatura? —siseó, y se volvió hacia Albar.

Si se daba cuenta de que el recaudador de diezmos ya no estaba, sin duda lo buscaría en el interior de su nido y Albar no podría escapar.

Pensando en la advertencia que el chico le había hecho, le soltó:

—¿Y si hacemos un trato tú y yo?

Tras delatar dónde se encontraba con su voz, Garra se volvió de nuevo hacia ella.

—Yo no hago tratos con mi cena —replicó, pero las orejas peludas se le pusieron tiesas, como si estuviera intrigado.

Emeline echó un vistazo tras el dragón, hacia la boca negra de la

entrada al nido de piedra. Albar no había vuelto. Necesitaba ganar un poco más de tiempo.

«Sigue hablando».

—Hagamos como que sí. ¿Qué querrías a cambio de las partituras del Mago Cantor?

El dragón entornó los ojos.

—No pienso entregarte las partituras.

Apoyó su peso sobre los cuartos traseros y se sentó como un gato, mirando hacia donde ella estaba.

—¿Y si te demostrara que me merezco esas partituras?

Estaba comenzando a perder la atención de Garra. Aburrido de perseguir una presa imposible de atrapar, empezó a girar el cuerpo hacia el nido. Emeline tenía que recuperar su interés en la conversación. Entonces tuvo una idea ridícula, pero se le escapó de la boca sin que pudiera contenerla.

—Podría cantar para ti.

Garra ladeó la cabeza como un cuervo y movió la cola escamosa de un lado a otro, rascando el suelo de roca del saliente, como si estuviera pensando. Emeline no sabía muy bien si en su propuesta o en cómo cocinarla para cenar. Resultaba difícil de adivinar.

—No te decepcionaré —insistió ella, tratando de ganar tiempo. ¿Dónde narices se había metido Albar?—. Te lo prometo. La música es lo único que se me da bien.

Garra miró atrás, hacia la boca de la cavernosa guarida.

¡Madre mía! Tenía la capacidad de atención de un niño pequeño.

—A ver qué te parece esto: si te gusta cómo canto, me prestarás las partituras durante un tiempo. Solo hasta que me aprenda las canciones.

—¿Y si no me gusta?

—Entonces puedes comerte a mi compañero.

—¿El que está ahora mismo rebuscando en mi caverna como un vulgar ladronzuelo?

Emeline empalideció al recordar lo que Albar le había contado sobre Garra: que podía ver el pasado, el presente y el futuro, pero que a veces los confundía.

El dragón curvó los labios grises en una sonrisa hambrienta.

—Que revuelva todo lo que quiera. No encontrará lo que busca.

Emeline se quedó paralizada, aferrándose con fuerza a la roca con los dedos.

—¿Por qué no?

—Creo que… Te voy a dar el gusto. Juguemos a este juego. Cántame una canción. Si me gusta, no te comeré. Si no me gusta, os devoraré a los dos.

Emeline tragó saliva con fuerza.

—¿Y las partituras?

—Te acabo de ofrecer tu vida. No seas avariciosa.

Seguía sin haber rastro de Albar. ¿Cómo de profunda era esa cueva? ¿Seguiría buscando hasta encontrar las partituras? Si Garra le había dicho la verdad, se pasaría siglos buscándolas. Emeline no podía distraer al dragón para siempre.

Tenía que advertir a Albar, pero no tenía modo de hacerlo. Estaba atrapada en la pared del despeñadero y un dragón se interponía en su camino.

—¿Y bien, criatura? ¿Qué decides?

No podía cantar estando desesperadamente aferrada a la pared de un despeñadero.

—Necesito que me des tu palabra de que no me harás daño antes de que acabe de cantar —le dijo, sin olvidar en ningún momento la advertencia de Albar.

—Tienes mi palabra.

Emeline respiró hondo y se desplazó hacia la cornisa. Se movía despacio, para que Albar tuviera más tiempo. La lutita se desmoronaba bajo sus pies y caía suavemente por la pared del despeñadero.

—Se me está agotando la paciencia —gruñó Garra—. Date prisa, antes de que cambie de opinión.

Cuando hizo pie sobre la roca firme, el dragón se levantó de cuatro patas y dilató los agujeros del hocico, como si estuviera siguiendo su olor. Se cernía sobre ella igual que un transatlántico sobre una barca de remos; era tan imposiblemente grande, tan descomunal, que le tapaba todo el sol. Emeline tembló bajo su sombra.

—Empieza —ordenó—. ¡Ya!

Los dedos de Emeline echaban de menos su ukelele. Los cerró en un puño. Tendría que arreglárselas sin él.

Se dejó guiar por la costumbre. Hojeó entre los repertorios invisibles de su mente en busca de la canción más adecuada.

De repente, el aire le pareció denso y cargado, como en los momentos en los que se subía a un escenario, antes de empezar a rasguear las cuerdas con los dedos y de proyectar la voz. Se le encogía el estómago; se le aceleraba el pulso. Se preguntaba qué clase de público tendría, si conseguiría encandilarlos. Todo dependía de ella y de su voz.

Emeline respiró hondo, cerró los ojos y empezó a cantar.

Eligió «Hallelujah», de Leonard Cohen. Una versión que hacía en casi todos sus bolos. No solo era una de esas canciones que gustaban más al público, sino que era una de las preferidas de su yayo. Siempre se la cantaba de niña, cuando la llevaba a la cama. Era como una nana. Y quizá, en el fondo, esa era la razón por la que la había elegido: por el recuerdo que contenía.

Para Emeline, las canciones eran como cápsulas del tiempo. Siempre lo habían sido. Cada canción tenía un momento de su pasado atrapado en su interior.

Mientras cantaba «Hallelujah», se olvidó de la cornisa de roca y del bosque. Esa canción olía igual que el detergente de la ropa en sus almohadas. Sonaba a la voz grave su yayo, que la cantaba desafinada sentado en el borde de su cama al tiempo que le acariciaba la espalda en círculos reconfortantes para que se relajara y se durmiera.

Tocaba aquella canción a menudo en sus conciertos para mantener la soledad a raya. La tocaba porque la transportaba a un lugar en el que todavía tenía a su abuelo… y en el que él todavía la tenía a ella.

Garra bostezó en cuanto cantó el primer verso, y entonces se ovilló a su lado. Mientras su cuerpo se ablandaba, sus escamas y sus alas ondeaban poco a poco. Cuando Emeline cantó el segundo verso, al dragón se le empezaron a cerrar los párpados. La cola serpenteante se mecía suavemente sobre la roca, lenta y perezosa.

Y cuando Emeline llegó al estribillo, todavía atrapada en el recuerdo en el que su yayo le cantaba para que se durmiera, a Garra se le aflojó la mandíbula y sus labios grises y fláccidos descansaron sobre el suelo, tan a gusto como un gato panza arriba.

La joven siguió cantando.

Solo cuando llegó al final y su voz se apagó hasta alcanzar el silencio, el recuerdo la soltó por fin. Emeline se aferró a él, trató de retenerlo, porque todavía no estaba preparada para dejarlo ir. Pero la canción se había terminado y el recuerdo se había esfumado, llevándose algo consigo. Emeline sintió que brotaba de ella, que la dejaba vacía.

Mientras se despojaba como podía de aquella sensación, los

ronquidos de Garra hicieron retumbar la roca bajo sus pies. Emeline bajó la vista y descubrió que el dragón tenía los ojos cerrados, que su pecho subía y bajaba rítmicamente, y que incluso la lengua gris se le había escapado, fláccida, de la boca medio abierta.

Lo había dormido cantando.

Casi se le escapó una carcajada ante la absurdez de todo aquello, pero enseguida la contuvo. Todavía no estaban a salvo. Emeline tiró de la cuerda que tenía enrollada a la cintura. Los nudos de Albar eran tirantes y seguros, pero supo deshacerlos. Cuando desató la cuerda, se la quitó despacio, con mucho cuidado, para no despertar al dragón, y se dirigió a la entrada del nido de piedra. En ese momento, una vieja pesadez se le hundió en los huesos, dejándola aplastada y consumida. Como si la canción le hubiese pasado factura.

«No seas tonta».

Lo que le pasaba era que estaba cansada tras bajar por el despeñadero.

Emeline se detuvo en la entrada y trató de liberarse de aquella sensación antes de meterse en la caverna. El aire frío y húmedo le besó la piel. Susurró el nombre de Albar, pero no le respondió.

Siguió adelante, hasta que tropezó con algo en la oscuridad y estuvo a punto de caerse… Se agachó a mirar.

Había un mar de huesos humanos amarillentos desperdigados a sus pies.

Se puso de pie de golpe y tragó saliva, tratando de contener las náuseas.

«Encuentra a Albar —se dijo—. Y salid de aquí».

Pero cuanto más se adentraba en la cueva, más oscura estaba. No quería despertar al dragón, que seguía fuera, dormido, pero llamó a Albar, alzando un poco más la voz. ¿Se habría caído por

alguna grieta? ¿Estaría muerto?

De repente, una antorcha llameó en la distancia, un poco más adentro. El borrón naranja se movía arriba y abajo en la oscuridad, creciendo a medida que se acercaba.

—¿Qué haces? —dijo él—. Estás…

—Garra está dormido —susurró—. Tenemos que irnos. Las partituras no están aquí.

Cuando se acercó más, vio dos llamas gemelas reflejadas en sus ojos. La luz de la antorcha delineaba con sombras negras los contornos de su rostro.

—¿Cómo…?

—No tenemos tiempo. —Lo cogió del brazo y tiró de él hacia la boca de la cueva—. Garra sabía que estabas aquí dentro. Ha dicho que no encontrarías las partituras.

Albar bajó la voz y susurró:

—¿Y dónde está ahora?

Como respuesta, algo se movió en la oscuridad, restregándose contra el suelo de piedra. A Emeline se le puso la carne de gallina, y una sensación de alarma se adueñó de ella. Albar se puso ante ella para protegerla y levantó la antorcha, haciendo que su luz se expandiera.

Cuando las escamas plateadas refulgieron en la oscuridad, Emeline sintió el calor repentino que despedía un cuerpo gigantesco. Y entonces Garra apareció bajo la luz, cerniéndose sobre ellos y enseñándoles los dientes.

Albar empujó a Emeline hacia atrás justo cuando el dragón trataba de asestarle un zarpazo, y fue él quien recibió el golpe en el pecho. Cayó de espaldas contra el suelo lanzando un gruñido.

Garra dio un salto y lo inmovilizó bajo sus garras afiladas. Cuando abrió las fauces, de los dientes empezó a gotearle una

espesa saliva.

La antorcha se alejó rodando de la mano de Albar y empezó a apagarse, pero Emeline la cogió y la llama se reavivó.

—¡No! —gritó—. ¡Teníamos un trato!

—Exacto —gruñó Garra—. Me has cantado una canción que no me ha disgustado, así que te dejaré marchar con las partituras. —El dragón miró al recaudador de diezmos, que tenía atrapado entre sus garras y el suelo—. A ti. Pero no a él.

De repente, el cuerpo del dragón empezó a temblar y a contraerse. Mientras convulsionaba, un sonido líquido brotó de su estómago. La baba le borboteaba de los labios.

Parecía un gato a punto de vomitar.

Y eso fue lo que hizo: expulsó una especie de bola de pelo gigante: una cartera marrón oscuro cubierta de baba brillante. Cayó con un golpe sordo a los pies de Emeline.

—Coge eso y vete.

Ella cogió la cartera, tratando de contener las arcadas. Olía agrio, como a ácidos gástricos, y se le pegaba a las manos como la savia de un árbol. Desató la cuerdecita baboseada y abrió la tapa de cuero. Dentro encontró unas hojas blancas de vitelo. En su superficie translúcida, elegantes notas negras saltaban de una línea a otra, intactas, sin una gota de saliva.

Las partituras del Mago Cantor.

Garra se volvió hacia su presa y lo aplastó más con la zarpa. Emeline miró a Albar, que estaba arqueando el cuello, resistiéndose contra la presión que el dragón ejercía sobre su pecho.

Iba a aplastarlo hasta matarlo.

—¡Espera! ¡Lo necesito! —exclamó—. ¡Tiene que llevarme de vuelta al palacio!

—¿Acaso no hay un ascuaballo esperando en la cima de este

despeñadero? Cógelo y vuelve al palacio tu sola. —Garra flexionó las afiladas uñas y un reguero de sangre rojo oscuro empezó a brotar del hombro del muchacho—. Créeme, cantante. A este no lo necesitas.

Tal vez fuera cierto, pero Emeline no podía abandonarlo a su suerte.

Se echó la cartera al hombro y acudió junto a Albar. Agarró con fuerza la antorcha y presionó la llama contra la zarpa con la que el dragón lo tenía atrapado, quemándole la carne escamosa.

Garra siseó y retrocedió cojeando.

—¡Criatura espantosa! —bramó.

Albar cogió aire, respirando de forma entrecortada, y Emeline se arrodilló a su lado. Mientras ella sostenía la antorcha, iluminando al dragón replegado bajo las sombras, se incorporó.

Garra entornó los ojos turbios ante la luz del fuego. Cuando el chico se puso de pie y desenvainó la espada que llevaba a la espalda, el acero se tiñó de rojo a la luz de la antorcha.

—Nos dejarás pasar.

—¿Y si me niego?

Albar apretó los dientes, dejando entrever el dolor que sentía.

—Entonces tú y yo nos mataremos aquí mismo, y Emeline se marchará con las partituras.

Garra siseó de nuevo. Los miró primero a uno y luego a la otra, como si estuviese barajando sus opciones. Al final, reculó.

—Marchaos, pues. No vivirás mucho tiempo, recaudador de diezmos. Lo he visto: la maldición de mi ama engullirá la Ciudad del Rey con todo lo que hay en ella.

Aquellas palabras le helaron la sangre a Emeline.

Albar no envainó su espada; se limitó a tenderle la mano, y cuando los dedos fríos de ella estuvieron entrelazados con los de él,

que estaban calientes, avanzó, interponiéndose en todo momento entre la joven y el dragón, que aguardaba expectante y al acecho.

A medio camino hacia la entrada de la cueva, la voz feroz de la bestia dejó de reverberar en las paredes de roca para deslizarse en el interior de la mente de Emeline, como el agua se filtra en la roca.

«Y tú, cantante…».

Ella se detuvo un instante en la entrada y miró atrás antes de salir de la cueva. Un grave rugido resonó a través de las rocas y, desde la oscuridad, el dragón susurró en su mente:

«Ten cuidado con este. ¡Al final te traiciona!».

CATORCE

Cabalgaron a toda velocidad a través del bosque y llegaron a la Ciudad del Rey justo antes de que se pusiera el sol. Cuando las puertas se cerraron tras ellos, resonaron como una canción. Lamento se detuvo al llegar a los establos del rey. Sacudió las crines negras y pataleó contra el suelo, soltando chispas con los cascos, como si quisiera llamar la atención.

Albar desmontó moviéndose con torpeza y pesadez.

Emeline, en cambio, se quedó inmóvil en la silla, abrazando la cartera de cuero contra su pecho, aunque estuviera pegajosa por culpa de la baba seca. Las últimas palabras de Garra daban vueltas y vueltas en su mente, como el agua en un desagüe.

«¡Al final te traiciona!».

¿Qué había querido decir?

Garra había sabido que Albar estaba buscando en el interior de su guarida, y también que Lamento los esperaba en la cima del despeñadero. ¿Por qué el recaudador le había dicho que el dragón confundía los hechos?

«Garra ve cosas. El futuro, el presente, el pasado… Pero no sabe discernir cuál es cual».

A no ser que Albar le hubiera mentido.

No sería la primera vez, y tendría sentido. Si tenía la intención de traicionarla, no querría que ella diera crédito a un dragón capaz de ver lo que iba a ocurrir y que tal vez le revelara sus planes.

«No debes escuchar ni una sola palabra que salga de su boca», le había dicho antes de su descenso hacia el nido de piedra.

Si Albar tenía malas intenciones, si sabía que Garra vería el futuro y tal vez le revelara ese futuro a Emeline, ¿no le habría dicho exactamente eso?

Por una fracción de segundo, tuvo ganas de espolear a la ascuaballo y galopar de vuelta a Edgewood. Quiso huir. Pero Albar todavía tenía las riendas en la mano y Lamento estaba agotada. Tenía el lomo brillante de sudor y espuma en los labios.

Y, sobre todo, su yayo seguía siendo un prisionero.

«Cálmate. Puedes con todo esto».

No tenía sentido que Albar la pusiera en peligro. La había salvado de una piel de sombra y luego la había subido a lomos de su yegua para que los ascuaballos no la aplastaran. Y ese mismo día le había dado a ella la cuerda para descender por el despeñadero y la había cogido cuando se había caído.

Estaba segura de que no quería hacerle daño.

Pero la había engañado. Y era evidente que no la quería allí, en los dominios del Rey del Bosque. Tal vez fuera esa la clase de traición a la que se refería Garra, la que sabotearía sus posibilidades de cumplir con su parte del trato. La que le impediría llevar a su yayo a casa.

Emeline miró al recaudador de diezmos, que tenía una mano apoyada en la pared del establo y lucía una mueca de dolor por lo que le había hecho el dragón.

De una cosa estaba segura: si Albar estaba planeando traicionarla, debía estar preparada.



Esa noche, mientras la luna se elevaba por el cielo negro, las asistentas de Emeline se arracimaron a su alrededor en cuanto ella salió de la bañera. Esa vez, estaba demasiado cansada para pelear con ellas.

Le dolía todo el cuerpo. Nunca montaba a caballo, así que pasarse el día cabalgando, por no hablar de lo de descender por un despeñadero y luego escalar por él, le había pasado factura. Le dolían muchísimos músculos que hasta entonces ni siquiera sabía que tenía. Sin embargo, su cuerpo dolorido era la última de sus preocupaciones.

Ahora que ya había conseguido las partituras del Mago Cantor, tenía una semana para demostrarle al rey su valía y, cuando hubiera soltado a su abuelo, encontrar el modo de escapar. Si no escapaba, se perdería la gira.

Recordó el calendario, que estaba en su bandeja de entrada. El que Joel le había dicho que revisara y enviara de nuevo a su padre.

Emeline cogió su móvil, que estaba en el tocador, entre los peines, las horquillas y los lazos, pero no había ninguna barra de cobertura.

Lo apretó con fuerza con la mano. Cómo no. Estaba atrapada en un extraño mundo mágico en el que no había torres de telefonía ni internet. Pero si pasaba una semana y ni su representante ni Joel tenían noticias suyas, podían hacer cualquier cosa. Pensarían que estaba desaparecida, Joel vendría a buscarla, su representante tendría que cancelar su gira… No tendría otro remedio.

Pensar en ello le provocaba palpitaciones.

Era su primera gira importante y había trabajado muchísimo para

conseguirla. Cancelarla ahora era decir adiós a toda la visibilidad, a las ventas, a las ganancias de sus conciertos… Mancillaría su reputación como música profesional, y lo peor de todo… «Quieren ver cómo te desenvuelves con más público —le había dicho Joel—. Vendrán a verte al primer concierto de la gira».

Si no estaba en aquel primer concierto, Daybreak no le ofrecería ningún contrato.

Emeline había trabajado demasiado duro, durante demasiado tiempo, para llegar donde estaba. No podía permitir que todo se desmoronase. Si pudiera, de algún modo, comunicarse con su representante para decirle que estaba bien, que volvería pronto… Si lograba decirle que no cancelase la gira, quizá su carrera seguiría intacta cuando volviera.

Pero ¿cómo se lo iba a decir desde allí?

La atravesó de repente una punzada de añoranza. Quería recuperar su vida. Su vida de siempre, esa en la que no había dragones que quisieran comérsela ni hombres esperando para traicionarla, esa en la que lo único extraño era que el bosque aparecía en los momentos más inoportunos.

Echaba de menos las luces y los ruidos de Montreal. Echaba de menos sus bolos nocturnos. Hasta echaba de menos la lata de sardinas en la que vivía.

Las asistentas revoloteaban a su alrededor como polillas mientras la vestían, ajenas a su infelicidad. La ayudaron a ponerse un vestido azul marino con dos alas brillantes de chicharra cosidas con hilo dorado en la espalda que caían como una cascada desde el medio de sus omóplatos hasta sus muslos. Le deshicieron la trenza para cepillarle el pelo y, mientras trataban de deshacer los enredos, alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

—Ahora voy.

Tras terminar de mangonearla, las asistentas se fueron a toda prisa, dejando la puerta abierta.

Corvus, que la esperaba en el umbral, se apartó para dejar pasar a las tres mujeres. Era alto y esbelto, y llevaba un abrigo negro como la noche que le llegaba a las rodillas, y encima del corazón, un broche con una pluma de plata que refulgía cuando le daba la luz.

—Me han encargado que te acompañe a la cena. —Le tendió el brazo con una sonrisa pícara—. Date prisa, o llegaremos tarde.

Emeline le dio el brazo y él la condujo por los pasillos bañados de los colores dorados del atardecer. De los jarrones que adornaban las ventanas asomaban ramas de pino verde y tallos de zumaque de un rojo intenso. Emeline aceleró para poder seguir el ritmo de las largas zancadas de su acompañante, y la tela del vestido murmuraba con sus pasos.

—Debo decir que es un placer ver que sigues viva —dijo Corvus mientras pasaban por ventanas y más ventanas que daban a la ciudad bañada por el crepúsculo.

Emeline lo fulminó con la mirada, recordando lo que Albar le había contado sobre sus predecesores y sus prematuras muertes.

—Podrías haber mencionado los peligros que entrañaba ser la cantante del rey antes de que aceptara el puesto —le reprochó justo cuando llegaban al final del pasillo, donde esperaban dos enormes portones en forma de arco abiertos de par en par y flanqueados por setonelas con armadura de bronce. Enseguida le llegaron los aromas penetrantes de las especias y la carne asada, seguidos del repiqueteo de los cubiertos y el murmullo de las conversaciones.

—¿Habría cambiado algo?

Antes de que pudiera responder, Corvus tiró de ella hacia el interior de un oscuro salón de baile. El techo era tan alto como el del granero de su abuelo, y contó hasta cuatro salidas, cada una de

ellas guardada por un par de setonelas. A lo largo de las paredes, había velas encendidas en sus apliques de hierro cuya cera color miel goteaba en el suelo. Habían dispuesto las largas mesas llenas de comida en un círculo, y en el centro tocaba una banda mientras varias parejas danzaban. Sobre sus cabezas, las luciérnagas parpadeaban de forma intermitente.

A su paso, mientras Corvus la llevaba hacia su mesa, las conversaciones se acallaban. Los cortesanos miraban a la nueva trovadora del rey con curiosidad, volviendo las cabezas hacia ella y murmurando con las bocas escondidas tras las manos.

Emeline oyó su nombre en más de una ocasión.

«¿Estarán apostando cuánto tiempo duraré?».

Corvus esquivó bancos y cuerpos hasta que finalmente llegaron a una mesa casi llena que estaba al lado de la enorme chimenea, en la pared del fondo. Sable Thorne fue la primera a la que Emeline vio: estaba sentada junto al fuego y las llamas resplandecían sobre su piel dorada. Llevaba el pelo marrón rojizo alborotado, pero alguien se las había arreglado para recogérselo ayudándose de un ramillete de escaramujo sujeto entre los mechones castaños.

Tenía un aspecto… salvaje y hermoso.

A su lado estaba Albar.

Se había arremangado las mangas de lana hasta los codos, dejando al descubierto los antebrazos morenos. Tanto él como Sable estaban sentados en el banco que se hallaba contra la pared, pero mientras ella estaba reclinada hacia las sombras, con un brazo apoyado en la rodilla, él, inclinado sobre su copa, escuchaba a una joven que tenía enfrente y que hablaba con el rostro iluminado y gesticulando sin parar.

—¡Amigos! —anunció Corvus alzando la voz para hacerse oír por encima del murmullo de las conversaciones—. Os presento a la

nueva trovadora del rey: Emeline Lark.

Todos en la mesa se quedaron en silencio y se volvieron hacia ellos dos. Algunos levantaron su copa a modo de bienvenida; otros esbozaron sonrisas iluminadas por el vino desde detrás de sus cálices, pero muchos otros se la quedaron mirando, escudriñándola con ojos hambrientos. Emeline notó que le ardía la piel bajo el peso de sus miradas. Corvus la empujó hacia el único sitio libre en el banco, justo al lado de Albar, que apartó la vista enseguida, aunque no antes de que Emeline atisbara algo feroz que llameaba en sus ojos.

La única otra persona que no la miró fue Sable.

—Buenas noches, cantante —saludó Albar con la mirada clavada en su copa cuando ella se sentó a su lado.

—Buenas noches, recaudador de diezmos.

Sus rodillas se rozaron en el escaso espacio que había bajo la mesa, y Emeline sintió una descarga que la sobresaltó. Y, como dos imanes con polos opuestos, se apartaron al instante.

Corvus se sentó a su otro lado, de forma que quedó atrapada entre los dos. Albar le dirigió entonces una mirada acusadora al cambiaformas, pero este hizo caso omiso y alzó la voz para preguntarle a Sable:

—¿Dónde está Grace?

Ella señaló hacia los bailarines con el pulgar.

Albar cogió una jarra de cobre que contenía un líquido dorado con olor a vino.

—Me temo que tengo noticias poco alentadoras. —Emeline tardó unos instantes en darse cuenta de que le estaba hablando a ella, y no a la jarra de vino con la que le estaba llenando la copa—. Las pieles de sombra han atacado a tu profesora de canto durante su viaje. Ha sobrevivido, pero su caballo no. He mandado a un guardia

armado para que la escolte hasta la ciudad, pero, según lo que se encuentren por el camino, quizá tarde varios días en llegar.

Emeline cogió su copa con ambas manos.

—Pero si tengo que aprenderme las canciones en una semana…

Él asintió.

—No te dará tiempo. —Rellenó la copa de Sable, la de Corvus y, por último, la suya. Dejó la jarra sobre la mesa y, en voz baja, ofreció—. Puedo ayudarte yo hasta que ella llegue.

Emeline se volvió para mirarlo.

—¿Tú?

—Sé leer partituras —aclaró, mirándola de reojo—. Y, según tengo entendido, eso es lo único que necesitas.

La perspectiva de trabajar a solas con él la turbaba. Las palabras de Garra resonaron en su mente: «¡Al final te traiciona!».

—¿Es que no hay nadie más que pueda hacerlo? —Señaló a los músicos, que estaban tocando un vals en mitad del salón—. ¿Igual uno de ellos? Alguien que… —«Que no seas tú»—. ¿Alguien que sepa lo que hace?

Albar abrió la boca para responder, pero luego la cerró. Al final, contestó:

—En la corte del rey hay muchos músicos capaces. Por desgracia, ninguno de ellos está dispuesto a arriesgar su vida por lo que consideran una causa perdida. Por eso tuve que buscar a alguien en otra corte. Calíope corre un gran riesgo accediendo a ser tu profesora.

Emeline frunció el ceño. «¿Qué riesgo?».

—Si prefieres esperar a que llegue… —añadió Albar.

—Has dicho que no sabes cuándo será eso. —Él asintió—. Y solo tengo una semana para aprenderme las canciones.

—Correcto.

—Lo que significa que en realidad no tengo elección, ¿no? Si quiero aprenderme las canciones, he de empezar lo antes posible. Y si el único que está dispuesto a ayudarme eres tú…

«Pues tendrás que ser tú».

—Te propongo que empecemos mañana cuando salga el sol —dijo él, al darse cuenta de que ella se había rendido—. Le diré a tus asistentas que te lleven al conservatorio a primera hora —añadió, y al instante le dio la espalda, dando por finalizada su conversación, para volver a prestar atención a la chica que tenía sentada enfrente. Emeline había oído que la había llamado Álamo.

Albar le dio la espalda entonces, marcando el final de su conversación, y volvió a prestar atención a la chica que tenía sentada enfrente, a la que Emeline lo había oído llamar Álamo. La chica le sonrió con dulzura y ambos retomaron su charla.

«¿Podría ir a peor el día de hoy?».

Alguien carraspeó en el otro extremo de la mesa.

—Cantante, cuéntanos. ¿Cómo lo has vencido?

Emeline levantó la vista y descubrió que la mayoría de los comensales estaban dejando sus cubiertos sobre la mesa e inclinándose hacia delante, como si todos hubieran estado esperando ese momento.

Quien había hecho la pregunta era un joven pecoso con unos enormes ojos marrones que le recordaban a los de un cervatillo. Tenía la piel pálida y el rostro enmarcado por una melena alborotada que resplandecía como el cobre.

—Nadie ha vuelto nunca con vida del nido de piedra del dragón. Pero aquí estás tú.

«¿Nadie?». Le lanzó a Albar una mirada penetrante.

—Es cierto —intervino una chica con rasgos zorrunos y el pelo blanco como la escarcha—. El rey ha intentado varias veces

recuperar las partituras, pero los hombres y las mujeres a los que envió nunca regresaron.

—Oh, pero yo no vencí a Garra.

—Entonces ¿cómo es posible que estés aquí sentada? Albar nos ha dicho que fuiste tú la que consiguió recuperar las partituras.

Se extendió por la mesa un murmullo de asentimiento. Todos miraban a Emeline como si fuese una diosa recién salida de un mito griego, como una Artemisa dorada saliendo del bosque tras una caza de éxito, con su ciervo colgado de los hombros.

Ella negó con la cabeza.

—Lo único que hice fue cantarle.

Se hizo un silencio de perplejidad en la mesa. De repente, Emeline sintió el peso de la mirada de Albar, pero no se volvió hacia él.

—Yo… conseguí que se durmiera cantándole una canción.

De pronto, mientras todo el mundo intercambiaba miradas por encima de los cálices y los platos de comida, la historia le sonó absurda. «Se creen que me lo estoy inventando».

Pero no. Se equivocaba.

El joven pecoso levantó su copa.

—Por Emeline Lark —dijo en voz baja—. La conquistadora de dragones.

Uno a uno, todos fueron alzando sus copas para sumarse al brindis y susurraron su nombre como si ella fuese una especie de heroína. Noto el calor del rubor en sus mejillas y bajó la vista hacia el plato de borde dorado vacío.

—Yo no… —empezó a decir, pero nadie la estaba escuchando. Todos habían empezado a parlotear, emocionados, tras escuchar la historia. Ya les oía añadirle detalles para embellecerla.

—No les hagas caso, cariño —dijo una voz cantarina enfrente de

Emeline, elevándose sobre los murmullos—. Hacía años que no les daban una buena noticia.

Emeline levantó la vista y se encontró con un rostro buhesco que la miraba a los ojos. Tenía el pelo rubio oscuro, corto y rizado, y sus ojos de color ámbar eran un poco demasiado grandes para el resto de sus delicados rasgos.

—Me llamo Ortiga —se presentó.

—Encantada de conocerte, Ortiga.

—¿Estás disfrutando de tu estancia?

Emeline parpadeó, sin saber muy bien qué responder. «Sí —pensó mientras daba un trago de su bebida—. Es divertidísimo ser la prisionera de un rey aterrador, que casi te devore un viejo dragón y que te separen de todo lo que amas».

Recordó su teléfono móvil. Sin cobertura, no podía ponerse en contacto con Joel, y no tardaría en quedarse sin batería…, pero tal vez ese no fuera el único modo de comunicarse con él. Quizá alguien de ese lugar podría ayudarla.

—La disfrutaría más si pudiera hacerle llegar un mensaje a alguien, para que sepa que estoy bien. ¿Hay algún modo de hacerlo? ¿De mandar un mensaje a mi casa?

Si lograba hacerle llegar un mensaje a Joel en el que le explicase que de momento le era imposible volver… Él podría decirle a su padre que no se preocupara, que estaría preparada para actuar la noche del inicio de la gira.

Ortiga alargó los brazos por encima de la mesa y le quitó la copa de las manos para cogérselas con fuerza. Tenía los dedos ásperos y un poco curvados, casi como garras. Emeline bajó la vista, pero… no. Eran dedos, sin duda, con unas uñas perfectamente redondeadas pintadas de dorado. Se sintió desorientada. Trató de ignorar la sensación mientras la cambiaformas se inclinaba hacia

ella.

—Pobrecita… —la voz de Ortiga se convirtió en un susurro, como si fuesen dos amigas compartiendo confidencias—. Y este joven que has dejado atrás… ¿es un amante?

Albar se atragantó con el vino.

Emeline se puso como un tomate.

—Mmm…

Ortiga chasqueó la lengua con tristeza.

—A menudo tienen amantes… los cantantes que terminan aquí.

Alertado por la tos de Albar, Corvus se inclinó hacia ella.

—No le hagas caso a Ortiga. No la socializaron correctamente.

Emeline liberó sus manos de las de Ortiga y bebió un largo trago de su copa, deseando con desesperación que aquella conversación llegase a su fin. Sin embargo, a juzgar por la expresión de la cambiaformas, todavía estaba esperando una respuesta.

«¿Es un amante?».

La noche que había invitado por primera vez a Joel a subir a su habitación de hotel, lo había hecho por culpa del bosque. Ese verano había estado viajando de festival en festival, tratando, como siempre, de correr más rápido que aquella cosa oscura que la perseguía. Pero siempre la atrapaba: se extendía de una multitud a otra y se arrastraba con sigilo hasta cada escenario al que se subiera a cantar.

Pero no fue solo por ese bosque implacable, fue también por aquel dolor que parecía crecer con cada actuación. Aquel vacío cavernoso que se le alojaba entre las costillas, como si le faltara algo, solo que ella no sabía qué. La hacía sentir como un rompecabezas al que le faltaba una pieza. A veces, después de un concierto, se quedaba despierta en su cama, frotándose ese lugar en mitad del pecho donde imaginaba que estaría el agujero.

Estaba muy cansada de huir. Del bosque y del dolor. Joel estaba allí, y quería estar con ella. Se lo había dejado muy claro. Siempre le escribía, tonteaba con ella y la invitaba a salir con sus amigos; iba a todos sus conciertos y la acompañaba a casa caminando cuando terminaban.

Así que, igual que había hecho con todos los que habían venido antes que él, Emeline lo había dejado pasar, erigiéndolo como un escudo entre ella misma y las cosas de las que huía, utilizándolo como un modo de fingir normalidad.

—Ay, la pobre… —Ortiga acarició las manos de Emeline, tras haber decidido ella sola la respuesta a su propia pregunta—. Qué trágico. —Suspiró, casi feliz, como si le encantase una buena tragedia.

—Ahórrate la compasión —intervino Albar en tono cortante—. Emeline estaba avisada. Hice lo posible para disuadirla de que viniera.

Emeline resopló.

—Más bien me mentiste todo lo posible.

Él la miró a los ojos. Sus iris grises llameaban bajo la tenue luz.

—La cantante no me hizo caso —continuó, como si ella no hubiese dicho nada—. Y ahora sufre las consecuencias.

Emeline bajó las manos a su vestido y se aferró a su falda, arrugando la seda de color azul marino.

—Si no hubieras secuestrado a mi abuelo —le reprochó con los dientes apretados—, no habría tenido que hacerte caso. ¡Nunca habría venido al bosque!

Antes de que él le pudiera responder, intervino la chica con la que había estado conversando antes.

—¿Y no podrías tú hacer llegar ese mensaje, Albar? —Tenía los huesos largos y delicados, unas pestañas entre blanco y dorado y los

ojos como suaves gemas. Miró el anillo que el recaudador lucía en la mano, una alianza blanca que contrastaba con el suave tono canela de su piel. Emeline no se había fijado antes en él—. Eres el recaudador de diezmos. Puedes adentrarte en su mundo siempre que quieras.

—Sí, Albar —intervino Sable cruzándose de brazos. Tenía el ceño ligeramente fruncido, como si estuviesen hablando sin palabras—. ¿No puedes hacerlo tu?

Una llamita de esperanza se encendió en el corazón de Emeline. ¿Podría?

Él miró al frente, sin centrarse en nadie en concreto.

—Creo que ya he dejado claro lo que opino sobre el asunto.

—Lo que opinas, sí —respondió Emeline, que de repente estaba desesperada por convencerlo. Su carrera dependía de ello—. Pero no has contestado.

Le dirigió una mirada penetrante.

—No pienso llevarle una carta de amor a tu novio. ¿Te vale como respuesta?

—No sería…

—Emeline… —Pareció costarle pronunciar su nombre, lo hizo apretando la mandíbula con terquedad—. No me lo vuelvas a preguntar.

Corvus entornó los ojos.

—Albar, en serio, ¿es necesario que seas tan desagradable?

Mientras los dos hombres se fulminaban con la mirada, Ortiga se apresuró a sonreír a Emeline, pero había algo inquietante en su sonrisa. Se curvaba de un modo que sugería que, en realidad, se trataba de una criatura jugando a ser humana.

—Albar también se enamoró una vez. —La sonrisa de Ortiga se transformó entonces en un gesto que a Emeline le recordó a una

serpiente. A una culebra preparada para atacar—. ¿No es cierto, recaudador de diezmos?

A Albar se le tensó súbitamente la mandíbula. Aferrado a su copa de vino, la tensión irradiaba de él como vapor caliente.

—Disculpadme —dijo a nadie en particular.

Con un ágil movimiento, se levantó del banco y se marchó, dejando allí su copa vacía. Emeline se lo quedó mirando mientras se alejaba.

«¿Qué narices acaba de pasar?».

Sable y Corvus intercambiaron una mirada.

—Ya voy yo —dijo él, con una mueca de contrariedad. Se levantó y se fue tras el recaudador, abriéndose paso a través de la multitud de invitados del salón.

Ortiga hizo un ruidito compasivo mientras los miraba y luego se inclinó de nuevo hacia Emeline.

—Dicen que fue una humana quien hizo que se transformara en alguien tan horrible. Por lo visto, le partió el corazón. Nunca ha vuelto a ser el mismo.

—Ya basta. —La voz de Sable cortó el aire como un cuchillo. Se inclinó hacia ellas desde donde estaba sentada, al lado del fuego, con los ojos dorados brillando de ira—. Vete a esparcir tu veneno a otra parte, Ortiga.

La cortesana de rasgos de búho se molestó, pero justo cuando parecía que iba a replicar, una sombra cayó sobre la mesa. Sable levantó la vista y lo que vio la ablandó como si se hubiese convertido en mantequilla.

—¿Emeline? —dijo una voz femenina—. ¿Emeline Lark?

La joven levantó la vista y, al ver al rostro familiar que la miraba, sintió que la envolvía una nube de confusión. Por un instante, no comprendió a quién tenía delante.

—¿Grace?

Se puso de pie.

Allí, de pie en el extremo de la mesa, estaba Grace Abel. La chica que se había marchado de Edgewood hacía dos veranos para estudiar en Oxford.

A la luz las velas, sus rizos del color de la noche resplandecían alrededor de su cara y sus hombros. Tenía las caderas más anchas y las mejillas de un tono avellana oscuro, más sonrosadas que la última vez que Emeline la había visto. Iba vestida con una blusa de seda holgada metida dentro de unos pantalones entallados de color crema, y llevaba un sencillo anillo de hierro en un dedo.

«¿Se puede saber qué haces aquí?», parecía decirle la expresión de Grace.

Y Emeline se estaba haciendo exactamente la misma pregunta.

Grace se acercó, tiró de Emeline y le dio un fuerte abrazo. Olía a lavanda. Sin embargo, la estaba apretujando demasiado, y su voz sonó a advertencia:

—Ven conmigo ahora mismo.

Grace se apartó sin darle tiempo a reaccionar. Dedicó una sonrisa radiante a todos los que seguían sentados y luego le tendió la mano y, con una voz tan cálida como el sol, una voz que no daba pistas de esconder secreto alguno, le dijo:

—¿Te apetece bailar?

QUINCE

Emeline se mordió la lengua para no hacerle un sinfín de preguntas, la cogió de la mano y la siguió, lejos de la mesa. Mientras Grace la conducía hacia la pista de baile, le apretó las manos con los dedos.

—No te acerques a Ortiga —la advirtió con rotundidad—. Es como un gato al que le gusta jugar con su presa antes de matarla. No te ha dado nada, ¿no? ¿Te ha ofrecido vino? ¿Whisky?

—No, ¿por qué?

Allí el aire era mucho más cálido y la música sonaba alta, sofocando sus voces. Grace aminoró la marcha y se acercó más a ella para que pudiera oírla.

—Es el juego preferido de Ortiga: hechiza a sus amigos mezclando conjuros en sus bebidas. El mes pasado celebró una fiesta y todos los asistentes se enamoraron de su peor enemigo durante un día.

«¿Qué?». Emeline puso unos ojos como platos.

—¿Le hace eso a sus amigos?

Se adentraron en la multitud de bailarines que aplaudían y zapateaban. Muchas de las caras que la rodeaban eran como las de Ortiga, con unos rasgos demasiado extraños para ser humanos. Con los ojos demasiado grandes o demasiado pequeños. Con sonrisas

llenas de dientes serrados u orejas peludas escondidas bajo el pelo.

Grace no se detuvo. Se limitó a esquivar y sortear a los bailarines cambiaformas hasta llegar al otro lado del círculo. Allí, se dirigió a la salida, llevándose a Emeline con ella.

Los setonelas, con su armadura de bronce amartillado y sus cascos en forma de vainas de semillas, siguieron mirando al frente cuando las dos pasaron entre ellos en dirección al pasillo. Una vez que hubieron salido del salón de baile, Grace le soltó la mano, pero siguió andando.

—Eres la nueva trovadora del rey, ¿no es así? —Tenía los ojos castaño cobrizo brillantes de preocupación—. ¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —balbuceó Emeline—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

Grace negó con la cabeza y los rizos negros rebotaron a los lados de su cabeza.

—Ya te lo explicaré luego. Hay cosas más importantes que necesitas saber antes. —Giró bruscamente hacia una escalera de piedra y empezó a bajar los escalones a toda prisa—. ¡Por aquí!

Al llegar al final, la oscuridad las rodeó y la temperatura bajó de golpe. Emeline se estremeció y se frotó los brazos, tratando de mantener el frío a raya. Más adelante, había una enorme puerta de madera iluminada por dos antorchas, colocadas en sendos apliques en la pared. Grace cogió una de ellas, abrió la puerta tirando de la anilla de hierro y entró.

Emeline la siguió.

Dentro estaba negro como la noche. Se oían sus pasos apresurados sobre el suelo de piedra, que estaba tallado en losas que el paso del tiempo había pulido y que tenían palabras grabadas. Gracias a la luz parpadeante de la antorcha de Grace, Emeline atisbó algunos nombres. Fechas. Inscripciones.

«Son tumbas —pensó, mirando a su alrededor. Aflojó el paso al comprender dónde se encontraba—. Estamos en una cripta».

A pesar de la oscuridad, casi podía distinguir las formas de las estatuas talladas en mármol y las lápidas que sellaban los nichos en los que descansaban los muertos.

Grace le sacaba ya varios metros de ventaja. Estaba frente a una pared blanca, sosteniendo la antorcha en lo alto, sobre su cabeza. Emeline acudió a su lado a toda prisa; no quería quedarse sola en la oscuridad.

—¿Para qué hemos…?

La pregunta murió en sus labios cuando se acercó a la pared que Grace estaba mirando. Enseguida se dio cuenta de que, si parecía blanca, era porque estaba cubierta de hileras y más hileras de calaveras humanas, de cientos de ellas. Con las cuencas de los ojos vacías y los dientes al descubierto. Había tantas que llenaban toda la pared desde el suelo al techo y de un extremo a otro.

—Son los cantantes del rey… y sus profesores.

A Emeline se le heló la sangre.

«Por eso tuve que buscar a alguien en otra corte —le había dicho Albar—. Calíope corre un gran riesgo accediendo a ser tu profesora».

Aquello era mucho peor de lo que pensaba.

—¿Ha sobrevivido alguno?

Grace negó con la cabeza.

Entre ellas y la pared había un podio de mármol que les llegaba al pecho. Encima vio un saquito de terciopelo carmesí, abierto, con las cuerdas desatadas. Entre sus pliegues rojos se distinguía otra calavera.

Emeline se acercó y acarició las palabras grabadas en la placa de bronce.

—El Mago Cantor —leyó.

—Lo que queda de él —dijo Grace—. Dicen que la bruja que lo mató mandó su cabeza al rey dentro de ese saco.

Emeline recordó lo que Albar le había contado sobre esa bruja, la que le había dado a Garra las partituras del Mago Cantor para que las custodiara, y se sintió horrorizada al imaginar la sangre goteando a través de la tela y dejando un reguero rojo en los suelos relucientes de palacio.

—Debía de odiarlo con todas sus fuerzas.

—Al parecer, lo amaba. Pero él no la amaba a ella. —Grace le dio la espalda a la pared de la muerte—. Así que lo mató.

Emeline enarcó las cejas, sorprendida.

—Muy razonable.

Una comisura de la boca de Grace se curvó hacia arriba, pero enseguida se puso seria de nuevo. Miró la calavera y Emeline la imitó. Contempló los restos del amado trovador del rey. Contempló los dientes negros, los agujeros ensombrecidos, el hueso que amarilleaba.

—¿Qué tenía de especial? —le preguntó.

—Venía de nuestro mundo —le explicó Grace—. Era un cantante humano famoso por su cautivadora voz, pero vino aquí, a la Ciudad del Rey, y no quiso marcharse. Así que intercambió su voz por un lugar en la corte.

Emeline ladeó la cabeza, confundida.

—¿Cómo cantaba, si no tenía voz?

Grace negó con la cabeza.

—No, su voz más allá del bosque. Aquí podía hablar y cantar, pero se quedaba mudo en cuanto ponía un pie en nuestro mundo.

Emeline se llevó una mano al cuello. No poder cantar…

—Eso debió de terminar con su carrera.

Grace asintió.

—Más allá del bosque, sí. Pero aquí, en este mundo, el sacrificio encierra magia. Y el suyo le dio poder. Mucho poder. Dejó de ser un simple trovador de la corte y se convirtió en el Mago Cantor, un hombre que utilizaba la magia de su voz para el bien del bosque. Cuando el Mago Cantor era el trovador de la corte, el del Rey del Bosque era un reino próspero. Fue la edad dorada de este lugar, o eso dice la gente.

—Y ahora la edad dorada ha terminado porque el Mago Cantor está muerto.

—Y el bosque está maldito —añadió Grace—. Esa es la razón por la que no puedes quedarte.

Emeline recordó las últimas palabras que Garra le había dedicado a Albar.

«No vivirás mucho tiempo, recaudador de diezmos. Lo he visto: la maldición de mi ama engullirá la Ciudad del Rey con todo lo que hay en ella».

—Albar me dijo que la maldición está envenenando el bosque.

Grace asintió y, apartándose de las calaveras, empezó a guiar a Emeline hacia la salida de la cripta.

—La maldición tiene tres partes. La primera es la Mácula. Está pudriendo el bosque desde dentro y va ganando terreno día a día esparciendo su veneno. Cada vez está más cerca de la Ciudad del Rey. Con la Mácula vienen las pieles de sombra. Cada semana se produce un ataque en el bosque, y cada vez hay más de ellas que cruzan la frontera de los árboles y causan estragos en Edgewood y los otros territorios fronterizos. Se alimentan primero de los miedos de la gente y luego se dan un festín con su carne. Pero lo peor de todo es que la maldición hace que todo vuelva a su forma verdadera.

Emeline miró al rostro de Grace, iluminado por la llama de la antorcha.

—¿Qué significa eso? ¿Y por qué es lo peor?

Grace asintió como si a ella también se lo hubieran tenido que explicar un día.

—Un cambiaformas, por ejemplo, tiene dos formas… Tú conoces a Corvus, a Ortiga y a Sable solo como humanos o, al menos, como algo parecido a un humano, pero eso no es lo que son en realidad. Cada día, la maldición obliga a más de ellos a adoptar su forma verdadera permanentemente, impidiéndoles que vuelvan a transformarse. Y cada mes la ciudad está más vacía, porque la maldición gana fuerza.

Cuando llegaron ante la puerta de la cripta, Grace se volvió hacia Emeline.

—Por eso no puedes ser la trovadora del rey. —Le brillaban los ojos, casi febriles a la luz naranja de la llama—. La maldición es cada vez más poderosa. Tienes que escapar de aquí antes de que nos devore a todos. Corres demasiado peligro.

Emeline enarcó las cejas.

—¿Y tú no?

Grace frunció ligeramente el ceño.

—Yo…

Fuera lo que fuese lo que se disponía a decir, quedó interrumpido cuando se abrió la puerta de la cripta.

Ambas dieron un brinco, con los corazones desbocados.

Al otro lado estaba Sable, con los ojos iluminados bajo la tenue luz.

—¡Aquí estabas! —Sus delgados hombros se relajaron de alivio al ver a Grace— Te estaba busc…

Sable se puso rígida y dio un paso atrás al ver a Emeline.

—Emeline, esta es Sable —dijo Grace—. Sable, Emeline.

La joven asintió.

—Ya nos conocemos.

Grace miró a Sable y se le ensombreció la mirada. Parecía confundida. Apretó los labios en una fina línea y una intensa emoción le cruzó fugazmente el rostro.

—¿Ya os conocéis?

Sable abrió la boca, como si quisiera hablar, pero Grace la interrumpió, dirigiéndose una vez más a Emeline.

—Escucha. —Le dio la antorcha a Sable y aguantó la puerta para que Emeline pasara—. En la ciudad hay un bar llamado La Bellota. Sable, yo y unos cuantos más nos juntamos allí cada viernes por la noche. —Mientras Sable volvía a colocar la antorcha en su aplique, Grace y Emeline empezaron a subir las escaleras—. Nos vemos allí el viernes al atardecer, ¿vale? Podemos trazar un plan.

—Vale —dijo Emeline, a pesar de que no pensaba ir a ninguna parte hasta que su abuelo no estuviera a salvo, lejos de las garras del Rey del Bosque.

—Encontraremos el modo de llevarte a casa. —Grace se detuvo al llegar al final de las escaleras, a esperar a la cambiaformas de ojos dorados que subía tras ella—. ¿Estás lista?

Sable asintió.

—Nos vemos el viernes —le dijo Grace—. Intenta seguir viva para entonces, ¿de acuerdo?

Las dos chicas se fueron en la dirección contraria al salón de baile, pero Emeline escuchó parte de su discusión, a pesar de que trataban de hablar en susurros. Le llegó a los oídos tanto la voz irritada de Grace como las respuestas cortantes de Sable.

—¿No te pareció que querría saberlo?

—No me enteré hasta anoche.

—Ya, ¿y desde anoche no has encontrado un momento para contármelo?

Cuando doblaron la esquina, el pasillo se quedó en silencio.

DIECISÉIS

A la mañana siguiente, las asistentas de Emeline la llevaron a una sala abovedada para que recibiera su primera lección de canto. Las paredes curvas estaban hechas de cristal y ofrecían una vista de pájaro de la ciudad, que se extendía debajo. Las calles adoquinadas serpenteaban bajo los tejados de terracota hasta llegar a los muros de la ciudad. Más allá de ellos, las copas de los árboles teñidos de otoño se extendían sin fin, pues el bosque llegaba hasta donde alcanzaba la vista.

Emeline miró al norte, la dirección en la que se encontraba Edgewood, pero no había ni rastro de su mundo.

De repente, alguien carraspeó detrás de ella y se puso rígida antes de volverse.

Albar estaba en el centro de la sala, bañado por la luz del sol. Llevaba un jersey de punto azul marino y tenía las manos juntas a su espalda. Y… lucía la misma expresión enfurruñada de siempre.

Ella se cruzó de brazos al verle. Seguía enfadada por su negativa a llevarle un mensaje a Joel.

—Me acaban de informar de que el rey quiere una exhibición mañana a medianoche.

—¡¿Mañana?! —Emeline dejó caer los brazos a los lados del

cuerpo—. Pero ¡si ni siquiera hemos empezado!

Albar asintió.

—No hay tiempo que perder. —Se volvió hacia un árbol joven y delicado que crecía en el centro de la estancia, un árbol diminuto en forma de atril. Entre sus ramas frondosas había una pila de hojas de vitela: las partituras del Mago Cantor. La superficie blanca como la leche estaba cubierta de elegantes líneas de tinta y notas negras, con las letras de las canciones escritas debajo—. Debería bastar con que te aprendas tres o cuatro piezas antes de mañana. Lo único que quiere es una prueba de tu talento y de tu obediencia.

Emeline se tragó su decepción y asintió.

—Pues empecemos.

Se pasaron toda la mañana en aquella sala, bajo la luz de sol que la inundaba a través de los ventanales y la cúpula de cristal, acompañados por los bosques que, más allá de los muros, se extendían en todas las direcciones.

Emeline se descubrió agradablemente sorprendida con la encantadora voz de barítono de Albar. Estaba un poco oxidado —era evidente que hacía mucho tiempo que no cantaba—, pero la aspereza de su voz solo lo hacía más entrañable.

Nunca había estado allí, con Albar en el palacio del Rey del Bosque, cantando las canciones de un hombre muerto, y, sin embargo, en cuanto él empezó a cantar, le sobrevino una desconcertante y poderosa sensación de *déjà vu*. Un recuerdo trataba de abrirse paso en su mente mientras él cantaba, pero la eludía en cuanto ella trataba de atraparlo.

No tardaron en coger un ritmo cómodo. Una vez que Albar le enseñaba las notas y las pausas, Emeline unía su voz a la suya, siguiéndolo nota a nota, respiración a respiración, y memorizando los giros y el fraseo.

Albar cantaba los versos; Emeline los repetía. Cuando una progresión le costaba, él hacía que la repitiera una y otra vez, sin piedad, hasta que la cantaba bien. Y, cuando lo lograba, pasaba enseguida a la parte siguiente, sin darle ni un minuto de descanso.

Le exigía un nivel muy alto, pero Emeline estaba a la altura.

«¿Lo ves? —pensó—. Estabas equivocado conmigo. No soy ninguna estúpida que no sepa dónde se ha metido. Cantar es lo que se me da bien».

Si no se revelaba ante la presión a la que él la estaba sometiendo, si se derretía bajo el fuego de sus exigencias, era solo porque su vida —y la de su abuelo— dependían de que se aprendiera aquellas canciones y complaciera al rey.

No tenía nada que ver con la admiración que ardía en los ojos de Albar, no. Ni con la sonrisa que disimulaba cuando ella daba una nota perfecta, ni tampoco con la brusquedad con que apartaba la vista en cuanto ella lo pillaba mirándola.

Le iban trayendo jarras de agua cuando él las pedía, para que estuviera siempre hidratada. El mediodía llegó y pasó. Había once canciones en total, y ella quería aprenderse tres aquel día, si era posible.

Cuando los rayos del final de la tarde resplandecían a través del cristal, elevando la temperatura de la sala de alta a demasiado alta, Albar empezó a tirar del borde de su jersey para quitárselo.

—Dentro de un rato pararemos. No quiero que hagas un sobreesfuerzo.

Al quitarse el jersey, arrastró con él la tela de la camiseta y Emeline atisbó fugazmente su abdomen tonificado. Apartó la vista a toda prisa; de repente, también su temperatura corporal estaba demasiado alta.

Él se bajó la camiseta y terminó de quitarse el jersey.

—Me gano la vida cantando. —Emeline puso los brazos en jarras y clavó la mirada en el suelo—. Conozco mis límites. Necesito seguir.

Y, como si su estómago quisiera contradecirla, justo en ese momento rugió sin disimulo. Albar enarcó una ceja. Llevaba el pelo ligeramente alborotado y se pasó los dedos para peinárselo un poco.

—Me parece que más bien necesitas comer algo. —Emeline abrió la boca para decirle que estaba bien, pero entonces cayó en la cuenta de que no recordaba cuándo había comido por última vez—. Puedo hacer la cena mientras tú sigues practicando —se ofreció él. Estiró el cuello y rotó los hombros, haciendo una pequeña mueca. Era evidente que tenía los músculos agarrotados después de haberse pasado el día de pie, o tal vez aún no estaba recuperado del ataque de Garra del día anterior. Se secó el sudor brillante de la frente con el dorso de la mano y miró a través de las paredes de cristal—. Además, no me vendría mal cambiar de ambiente. Mi casa no está lejos.

Se echó el jersey de punto encima del brazo, cogió las partituras del atril y fue hacia la puerta de la sala abovedada.

Emeline no estaba muy segura de haberlo entendido bien, así que le preguntó:

—¿Es eso una invitación a cenar?

Sin detenerse, se volvió y contestó:

—Si quieres que lo sea…

A ella se le aceleró el corazón.

Era un desalmado al servicio del Rey del Bosque. No debería cenar con él. Y menos a solas.

Pero solo se había aprendido dos de las once canciones del Mago Cantor. Si su actuación iba a ser al día siguiente, a medianoche, tendía que tratar de aprenderse al menos una más antes de dar la noche por terminada. Así podría pasarse el día siguiente

perfeccionando las tres canciones. Albar era el único que podía ayudarla.

Le volvió a rugir el estómago, sacándola de sus pensamientos.

«Una no puede sobrevivir solo a base de canciones. Tienes que comer».

—¿Vienes o no? —le preguntó Albar desde la puerta.

Emeline aunó coraje y siguió al recaudador del diezmo.

Y no fue hasta que no salió de la cúpula de cristal cuando se dio cuenta de que, esa vez, los bosques no habían ido a buscarla mientras cantaba. No la había rodeado ningún enjambre de insectos, y a las partituras no les había salido musgo. El bosque había estado ausente todo el tiempo.

«Qué extraño».

Tal vez fuera porque había conseguido lo que deseaba, que Emeline se quedara atrapada dentro de sus límites. Pero ¿por qué el bosque estaba tan empeñado en retenerla en la espesura?

Emeline le dio vueltas y más vueltas a la pregunta, pero no se le ocurrió ninguna respuesta. Se sacudió de encima el mal presagio que sentía y se apresuró a alcanzar al recaudador de diezmos.



Se alejaron de los terrenos del palacio y del centro de la ciudad y llegaron a un sendero que atravesaba una tranquila arboleda. El camino los llevó hasta un pequeño puente de piedra que cruzaba un arroyo en el que el agua bajaba con fuerza. El sol casi se había puesto del todo y los árboles se habían tornado oscuros bajo sus copas.

La casa de Albar estaba al otro lado del puente, cubierta de

hiedra verde que trepaba por la piedra polvorienta y se enrollaba en las contraventanas. El patio estaba delimitado por un muro de piedra seca salpicado de musgo.

Él abrió la puerta, entró primero y empezó a moverse en la oscuridad. Emeline, en cambio, se quedó paralizada en el umbral. De repente, la advertencia de Garra resonaba en su mente con la fuerza con la que repican las campanas.

«Cuidado con este».

Y de pronto cayó en la cuenta de que estaba a solas con él, muy lejos de los ojos de palacio, y las piernas empezaron a temblarle como si fuesen de gelatina. Apoyó una mano en el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

Oyó una cerilla al prenderse.

—Pareces aterrorizada —observó Albar mientras prendía los candiles—. No te voy a asesinar, te lo prometo.

—Promesas de un mentiroso —replicó. Se obligó a adentrarse en la oscuridad y cerró la puerta tras ella—. Qué reconfortante.

Las velas y la luz de los candiles pronto suavizaron la oscuridad y Emeline pudo echar un vistazo a lo que la rodeaba. Suelo de madera de pino limpio bajo sus pies; olor a harina y a levadura, como si alguien hubiese horneado pan hacía poco.

No parecía la casa de alguien peligroso.

Pero, a veces, las apariencias pueden ser engañosas.

Mientras Albar encendía el fuego en la chimenea, Emeline observó la estancia en busca de pistas. Cualquier cosa que le diera información sobre el recaudador de diezmos del rey, sobre sus motivos y sus secretos. Cerca de la ventana había una mesa de madera rústica con dos banquitos y, sobre ella, una lámpara de llama tenue que iluminaba un libro. Tenía la cubierta de color carmesí y el lomo fino y agrietado. Se acercó.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada, versaba el título. De Pablo Neruda.

¿Para qué leería Albar un libro de un mundo que no era el suyo?

Había encendido varias lámparas repartidas por toda la estancia, y gracias al resplandor dorado de sus llamas, Emeline vio que las estanterías estaban repletas de libros.

Cientos de libros.

Ordenados alfabéticamente, por autor.

Atraída por ellos, levantó los dedos y leyó los lomos gastados. Acarició con las puntas de los dedos obras de Rumi, Christina Rossetti y W. H. Auden. Encontró *Antígona* y *La Ilíada*. *Meditaciones* y *Guerra y paz. Al este del Edén* y *El blues de Beale Street*.

En una estantería había solo una serie de libros con los lomos en blanco y manchados. «¿Cuadernos de dibujo?», se preguntó. Recordó las manchas de grafito que le había visto en los dedos el día interior.

Se volvió para mirar a Albar, que estaba agachado ante la chimenea, soplando para avivar las llamas. La camiseta de lana gris se le ajustaba a la espalda, revelando la forma de los omóplatos.

Allí, en su casa, parecía muy humano.

Estaba entre dos sillones de color verde musgo, colocados uno frente al otro, y en las mesas que había junto a cada uno de ellos, había más libros. Encima de la chimenea había un cuadro muy vívido en el que una mujer se estaba transformando en árbol. La mitad inferior de su cuerpo era de corteza y de raíces que se hundían en la tierra, pero su cintura y su pecho se arqueaban hacia arriba y las manos trataban de alcanzar el cielo. El pelo oscuro de la ninfa era una masa enredada de ramas alrededor de su cabeza de las que brotaban hojas de un verde muy vivo.

Era el mito de Dafne, la ninfa que rogó al dios del río que la

salvara del acoso de Apolo y fue transformada en un laurel.

—Debe de ser horrible… —dijo Albar de repente, sobresaltándola.

Seguía agachado frente al fuego, pero ahora miraba a la mujer del cuadro. Tenía el antebrazo izquierdo manchado de hollín.

—¿A qué te refieres?

Albar observó a la ninfa con ojos brillantes.

—Perder tu humanidad ha de ser algo espantoso.

—Pero fue decisión de Dafne —contestó Emeline, que sentía la necesidad de defender a la ninfa. Si el dios del río no la hubiera convertido en un laurel, habría caído en manos de Apolo—. Ella le pidió al dios del río que la salvara.

La luz del fuego danzaba sobre el rostro de Albar. Su mirada gris se encontró con la de ella, que se la sostuvo.

—Que la salvara… —murmuró, pensativo—. ¿Es eso lo que hizo el dios del río? Al convertirse en árbol, Dafne perdió su vida. Jamás volvió a ser humana. Nunca volvió a reír, ni a cantar. Nunca volvió a pensar, ni a amar… ¿No crees que habría preferido que el dios del río derrotara a Apolo, o que lo ahuyentara, en lugar de arrebatarle algo tan precioso?

Emeline se lo quedó mirando en silencio. Toda su atención estaba sobre ella, como si la estuviera empujando a oír algo que no le estaba diciendo. Como si ya no estuviera hablando sobre Dafne, sino sobre algo —o alguien— distinto.

Se le erizó la piel, y apartó la vista.

—Al menos está a salvo. Si es un árbol, no hay nada que pueda hacerle daño.

Albar no respondió.

En la cocina, Emeline decidió dejar de pensar en esa conversación tan extraña e insistió en ayudarle. En su mente se

estaba gestando un plan. Allí, en su hogar, Albar parecía… menos rígido. Más cómodo. Si ella también dejaba de estar tanto a la defensiva, si se mostraba amable y dispuesta a colaborar, podía tratar de pedirle de nuevo que le hiciera llegar ese mensaje a Joel. Podía explicarle por qué su carrera dependía de él. Quizá, en esa ocasión, Albar fuese más comprensivo.

Él le pasó una tabla de cortar de madera y dos cebollas dulces para que las picara.

Se cortó casi de inmediato.

—¡Maldita sea!

Del corte de su dedo índice manaba sangre roja y brillante. Albar levantó la vista desde la cocina de leña, donde estaba asando unos tomates.

—Tendría que haberte avisado. —Acudió junto a ella—. Las hojas de Sable pueden cercenar siete dedos con un solo corte. Déjame ver.

Emeline miró el cuchillo que resplandecía sobre la encimera de madera. Era una hoja hermosa, con un borde muy afilado y un elegante estampado de rosas grabado en el mango de ébano.

—¿Lo ha hecho Sable?

Recordó cómo, la noche anterior, la chica había saltado en defensa de Albar durante la cena. «Deben de ser amigos».

Él llegó a su lado justo cuando Emeline se metía la punta del dedo en la boca. Succionó con suavidad para detener la sangre y su sabor salado se le extendió por la lengua.

Albar se quedó mudo al instante.

—Es la espadera del rey —murmuró sin dejar de observarla. Cuando ella se sacó el dedo de la boca, la cogió de la muñeca para examinar su mano—. Deja que te la vende.

El corte ya no era más que una delgada línea roja, así que Emeline negó con la cabeza.

—No hace falta.

Albar la soltó, dio un paso atrás y puso el cuchillo manchado en el fregadero. Tras coger uno limpio, picó las cebollas con rapidez y eficiencia.

—¿Qué te parece si te vas a hacer lo que se te da bien y me dejas lo de picar verduras a mí? —le propuso, señalando con la cabeza las partituras que estaban sobre la encimera.

Metió las cebollas en la cazuela y luego cogió una ristra de ajos entre blancos y púrpuras que colgaba de la ventana sobre el fregadero.

Ella se cruzó de brazos.

—¿No me ves capaz de ayudarte?

—¿A hacer qué?

Cogió una de las cabezas llenas de hojuelas, sacó cuatro dientes y se puso a aplastarlos y picarlos.

—¡A cocinar!

Él se detuvo unos instantes y la miró con una ceja enarcada.

—¿Seguro?

Lo último que se había cocinado en Montreal era un paquete de fideos instantáneos. Apartó la vista y cogió el montón de partituras.

—La verdad es que no se me da muy bien, no.

—Bueno, pues resulta que a mí sí. Así que relájate. —Señaló con la cabeza el alféizar de la ventana, donde había una garrafa. Otro objeto de su mundo. «Qué curioso»—. Bebe un poco del aguardiente de Corvus, quizá te ayude. Y luego canta las dos canciones que hemos estado ensayando. Cuando termines, la sopa ya estará hirviendo y podré ayudarte con la siguiente.

Emeline cogió impulso para subirse a la encimera de madera pálida y cogió la garrafa de aguardiente. La destapó, se la llevó a la nariz para olisquearlo y luego a los labios. Dio un trago justo cuando

Albar metía el ajo en la cazuela junto con las cebollas.

Al bajar por su garganta, el líquido la quemó como si estuviese tragando leña humeante y un calor que se le extendió por todo el cuerpo.

—Oh… —murmuró, sorprendida por lo fuerte que era.

Mientras el aroma de las cebollas dorándose inundaba la cocina, dio un trago más largo, apoyó la espalda en los armarios y empezó a hacer lo que Albar le había propuesto: con las partituras del Mago Cantor sobre las piernas, cantó las canciones que había aprendido.

Las dos eran baladas sobre una mujer «marcada por la luna». En ellas, el Mago Cantor alababa a su musa, describiendo su pelo del color de la medianoche, su boca rosada y su fortaleza de carácter. Eran odas a la belleza sin parangón de esa mujer.

—Estaba un poco obsesionado —comentó Emeline al terminar—. Hasta sus dientes lo hechizaban. ¡Sus dientes! —Echó un vistazo a la siguiente balada, también dedicada a esa mujer marcada por la luna —. Y debía de tener unos tobillos bastante sexis, porque hay una estrofa entera dedicada a ellos en la siguiente canción…

Albar esbozó una media sonrisa.

—Quizá los tobillos eran su debilidad.

Emeline miró al joven que le estaba preparando la cena y pensó que era como el bosque. Callado e inalterable, pero con un sinfín de secretos en su interior.

«¿Y cuál es tu debilidad?».

Emeline se aclaró la garganta y trató de ignorar el calor que empezaba a invadirle las mejillas. Dio otro trago del aguardiente de Corvus y añadió:

—Al parecer, todo en ella es su debilidad. Me parece demasiado bonito para ser verdad.

Albar, absorto en su tarea, no dijo nada.

A medida que el alcohol se filtraba en su torrente sanguíneo, Emeline empezó a sentir que un suave calor la inundaba. Y también se sentía como más despierta. Mientras miraba cocinar a Albar, volvió a sorprenderla lo humano que parecía. Recordó su preocupación por la humanidad perdida de Dafne y echó un vistazo a su sombra. No se retorcía como la de Corvus o Sable. No daba pistas de esconder ninguna otra forma.

Decidió atreverse a hacerle una pregunta. A tantear el terreno a antes de pedirle lo de Joel.

—¿Albar?

—¿Mmm?

—¿Qué eres?

Él, que en ese momento estaba dándole la vuelta a los tomates con una cuchara de madera, se quedó de piedra.

—¿Cómo dices?

Pensó en los libros de las estanterías.

—Vives aquí, en la corte del Rey del Bosque, pero no eres un cambiaformas. —Señaló con la cabeza su sombra, que se alargaba como la suya sobre el suelo de madera.

Él bajó la cuchara.

—Soy humano —contestó, rígido—. Como tú.

—¿Y cómo acabaste siendo el recaudador de diezmos del rey?

Él la estudió en silencio. Estaba levantando sus barreras, aquellos ojos grises se estaban tornando fríos y desconfiados.

Antes de que se cerrara en banda por completo, Emeline dio otro trago de aguardiente —para que le infundiera coraje— y bajó de la encimera. Se dirigió a la cocina de leña y le puso la garrafa en la mano.

—Ayer te salvé de un dragón, Albar Fell. Lo mínimo que puedes hacer es responder a mi pregunta.

Él la recorrió con la mirada, dejándole un rastro de calor en la piel. Cogió el aguardiente, se lo llevó a los labios y, echando la cabeza hacia atrás, dio un largo trago. Le devolvió la garrafa y se secó la boca con la muñeca.

—No soy nadie. Confía en mí.

«No confío en ti».

Le había escondido cosas desde el principio.

Albar se volvió hacia los tomates, que estaban empezando a ennegrecerse.

—Ya casi he terminado con esto —dijo, como si el tema anterior hubiese quedado cerrado—. Ahora nos ponemos con la siguiente canción.

Emeline dejó que eludiera sus preguntas —por el momento— y se volvió a sentar en la encimera. Lo observó mientras añadía los tomates, un poco de albahaca fresca y sal a la olla.

—Prueba —le dijo él al cabo de un rato. Mojó la cuchara en la sopa, puso la mano debajo para que no goteara y fue hacia ella. Se colocó entre sus rodillas mientras soplaba despacio para que no se quemara.

Tenerlo tan cerca despertó en Emeline todos sus sentidos. Estaba pegado a la encimera, con las caderas encerradas entre sus piernas. Si se movía unos centímetros hacia delante, sus cuerpos quedarían pegados.

Se le aceleró el corazón.

Él le llevó la cuchara a la boca.

—Dime si te gusta.

Ella abrió la boca, obediente, y él le puso la sopa de tomate asado en la lengua y contempló cómo cerraba los labios alrededor de la cuchara.

«Mmm…». Estaba deliciosa. Su sopa era sabrosa y tan

reconfortante como estar acurrucada bajo las mantas al lado del fuego en los fríos día de invierno mirando caer la nieve por la ventana.

Levantó la vista y descubrió que él le estaba mirando la boca. Como si la sopa fuese lo último en lo que estaba pensando.

Una chispa se prendió entre los dos. El aguardiente vibraba en la sangre de Emeline, hacía que la estancia en la que se encontraban se emborronara y que él fuese lo único que veía con nitidez. Había bebido demasiado y demasiado rápido, con el estómago demasiado vacío, y ahora su sangre se estaba convirtiendo en fuego.

Eso la hacía imprudente.

—Juguemos a un juego —susurró.

Albar sonrió. Dejó la cuchara y apoyó las dos manos en la encimera, una a cada lado del cuerpo de Emeline.

—¿Qué tienes en mente?

Ella apoyó la cabeza en el armario y lo miró a los ojos.

—Yo te hago una pregunta y, si te niegas a responder, das un trago. —Señaló la garrafa—. Y luego cambiamos.

Él la miró pensativo unos instantes, como si se diera cuenta de que aquel juego era un disparate. Pero no se apartó. Al contrario: se acercó más a ella y la miró con avidez.

—Vale. Empiezas tú.

«¡Al final te traiciona!», la advirtió la voz de Garra en su mente.

Emeline no sabía cómo conciliar al joven que había conocido en el bosque, contra el que Garra le había advertido, con el que tenía delante. Alguien a quien le gustaba leer, que tenía una casa acogedora y que preparaba sopa casera para sus invitados.

Se sentía como si la cuerda con la que la había asegurado para su descenso al nido de piedra siguiera enrollada en su cintura y él estuviera tirando de ella. Atrayéndola hacia él.

«Quizá Garra esté equivocado».

Pero, aunque así fuera, Albar se había llevado a su abuelo y le había mentido al respecto. Lo que era, de forma indirecta, la razón por la que estaba allí atrapada. Y si no lograba hacerle llegar un mensaje a Joel, Albar sería la razón —también indirecta— de que su carrera musical se fuese al garete.

—¿Por qué no quieres llevar mi mensaje? —preguntó, y él frunció el ceño—. No creo que entiendas…

—Lo entiendo perfectamente. —Un instante antes estaba relajado, pero ahora era evidente su tensión; se le habían puesto los brazos rígidos. Sin embargo, no se apartó de ella—. Ya te he dado mi respuesta.

Ella alargó una mano hacia su jersey, que él se había vuelto a poner durante el trayecto desde el palacio porque hacía frío, y lo arrugó suavemente en la mano. La lana le arañaba la piel.

—Tenía la esperanza de que lo reconsideraras.

Sus rostros estaban a escasos centímetros de distancia. Él la recorrió con la mirada y un calor impactante llameó en sus ojos. El cuerpo de ella respondió con un eco de calor que bajó desde sus mejillas a los dedos de sus pies.

—Quizá eres tú quien debería reconsiderarlo —murmuró él, cogiéndole la muñeca con los dedos callosos—. Si tan desesperada estás, llévale el mensaje tú misma. Vuelve con él.

Parecía que la estuviese desafiando.

Emeline entornó los ojos.

—Ya sabes que no puedo irme. No sin mi abuelo.

—Entonces esta discusión se ha terminado. —Se cerró en banda; ella lo notó en su expresión. Le soltó la muñeca abruptamente y dio un paso atrás. Fuera de su alcance.

Ella lo fulminó con la mirada, irritada.

Y no pudo evitar hacerle otra pregunta; esta era más profunda, más apremiante.

—¿Por qué lo hiciste?

La habitación empezaba a darle vueltas por culpa del aguardiente.

—¿Por qué hice qué?

—¿Por qué te llevaste a mi abuelo?

Albar se quedó quieto como una estatua. Y ella vio cómo se cerraba en banda, cómo levantaba sus barreras lo más alto posible.

—Eres el recaudador de diezmos —insistió Emeline, deslizándose hacia el borde de la encimera—. No sé qué diezmo entregó mi yayo al Rey del Bosque, pero podrías haber decidido que era suficiente. O podrías haberte llevado otra cosa. No tenías por qué llevártelo a él.

Albar negó con la cabeza y dio otro paso atrás.

—No quiero hablar de esto.

Emeline bajó de la encimera.

—Necesito que me lo expliques. Podrías haber tenido piedad de él. No es más que un anciano inofensivo que está perdiendo sus recuerdos. —Siguió acercándose a él, obligándolo a retroceder hacia la pared de la cocina—. ¿Por qué lo arrancaste de su propia cama, donde estaba a salvo, y me mentiste al respecto?

Él apretó los dientes.

—¡Contesta!

Albar se detuvo y se mantuvo firme.

—No era su propia cama.

Emeline se paró en seco, a pocos centímetros de él.

—¿Qué?

—Era una cama en la que lo habían obligado a dormir. —Apartó la vista—. No debía estar allí. Debía estar en su casa, con sus viñedos, cerca de la gente que lo quiere. No atrapado detrás de

unas puertas cerradas con llave, esperando a alguien que no va a venir a rescatarle. Así que sí, me lo llevé. ¡Me lo llevé porque él me suplicó que lo hiciera!

Fue como si a Emeline le tirasen un jarro de agua fría encima.

«¿Qué?».

—Ewan Lark se entregó a sí mismo como diezmo para el rey.

Ella se lo quedó mirando. Se había quedado sin palabras. Primero sintió calor, y luego frío.

—Eso es mentira.

—Ah, ¿sí? —contestó él en un susurro. Se negaba a mirarla—. Ese hombre te quiere más que a su propia vida.

A Emeline le escocían los ojos.

—Y tú lo metiste en esa residencia para olvidarte de él —añadió.

—Para.

—Tendrías que haberlo visto por aquellos pasillos, yendo de un lado a otro, buscándote. Tendrías que haberlo visto al lado de las ventanas, esperando a ver si te veía llegar. Sentado al lado del teléfono horas y horas. Pero tú ni siquiera llamabas.

Emeline se sentía como si tuviera carbón hirviendo en su interior. Tenía ganas de empujarlo. Tenía ganas de tirarse al suelo y llorar.

—¡¿Para qué lo iba a llamar si no sabe ni quién soy?! —gritó—. ¡No se acuerda de mí! ¡Anoche, cuando lo desperté sin querer, se asustó muchísimo! ¡De mí! ¡De su propia nieta! —Cerró las manos en dos puños temblorosos—. Pensaba que era una desconocida que quería hacerle daño.

La tensión que reinaba en la estancia se partió como una cuerda de guitarra demasiado tirante. Albar dio un paso atrás al tiempo que las lágrimas empezaban a rodar por las mejillas de Emeline. Ella dio media vuelta y salió de la cocina, secándose la cara con las manos con brusquedad.

—Fue él quien me pidió que lo metiera en esa residencia —susurró—. Fue su decisión.

Era cierto y a la vez no lo era. Su abuelo se lo había pedido, sí, pero por el bien de ella. Quería que Emeline quedara libre de la carga que suponía para ella cuidarlo.

—Emeline…

No podía quedarse allí, en aquella casa, sabiendo que Albar pensaba que era una persona egoísta y sin corazón. Y ¿acaso no lo era? ¿No era esa la razón por la que se sentía tan culpable?

—Emeline, espera…

—Ya sé dónde está la puerta —dijo ella mientras se dirigía a la salida.

Cerró de un portazo y escapó en mitad de la noche.

DIECISIETE

A la mañana siguiente, mientras esperaba a que empezase su lección bajo la cúpula de cristal, Emeline se paseaba de un lado a otro, con los nervios de punta. La noche anterior no había pegado ojo. Se la había pasado reproduciendo mentalmente su última conversación con Albar.

Había bebido demasiado. Había sido demasiado atrevida. No tendría que haberle insistido tanto.

Sintió que le ardía el rostro al recordar las palabras que le había escupido a la cara: «¡Me lo llevé porque él me suplicó que lo hiciera!». La vergüenza la abrasaba. Su yayo, obligado a entregarse él mismo como diezmo porque ella lo había abandonado en aquel lugar. Porque, para él, ser prisionero en el palacio del Rey del Bosque era mejor que estar solo.

La pena se arremolinaba en su interior como una marea creciente. Emeline dejó de pasearse y se tapó la cara con las manos.

De repente, el móvil le vibró, devolviéndola al presente.

Lo sacó a toda prisa, pensando que tal vez se hubiese obrado un milagro y le hubiese llegado un mensaje. Que tal vez estuviese en una especie de punto mágico donde había cobertura y Joel estuviera tratando de contactar con ella, muerto de preocupación y deseoso

de saber dónde estaba.

Pero cuando miró la pantalla se le cayó el alma a los pies.

No era más que una notificación automática de Elegy, su aplicación de música.

Echó un vistazo a la esquina superior de la pantalla. Seguía sin cobertura. Sin forma de contactar con Joel. Y casi no le quedaba batería.

Al ver la fotografía del fondo de pantalla, Emeline se aferró con fuerza al teléfono y se quedó mirándola. Era una vieja foto de su abuelo y ella. Él estaba sentado en el asiento del conductor de un tractor y el remolque que llevaba enganchado detrás estaba lleno hasta los topes de cestos gastados por el sol llenos de uvas verdes y brillantes. Una Emeline de cinco años estaba sentada en su regazo y lo miraba. Tenía las manitas bronceadas alrededor de la oreja de él, y él sonreía mientras escuchaba el secreto que ella le estaba contando.

Emeline tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta.

«¿Cómo pueden cambiar tanto las cosas en tan poco tiempo?».

Una notificación de Elegy tapaba parte de la imagen. Emeline la leyó: «CHLOE DEMARCHE HA SUBIDO UN NUEVO ARCHIVO A CARPETA COMPARTIDA HACE 3 DÍAS».

Había pasado de la notificación cuando la había recibido por primera vez, pero, como estaba allí atrapada, esperando a que empezase su clase, abrió la aplicación, que permitía que los archivos estuvieran disponibles también sin conexión, y empezó a mirar lo que contenía.

Todos los archivos de música estaban escritos por Chloe, su compositora. Sin embargo, en lugar de abrir el nuevo archivo que le había enviado, bajó hasta el final de la lista, hasta llegar a una carpeta protegida con contraseña que conocía bien. Contenía sus

viejas canciones, muchas de ellas las había escrito hacía mucho, a sus catorce años, antes de haberse marchado a la ciudad con un sueño en el corazón, una melodía en la garganta y el convencimiento de que lograría el éxito cantando sus propios temas.

Las canciones de aquella carpeta no estaban tan bien acabadas como sus canciones actuales. Si es que podía llamarlas suyas.

Unos meses después de mudarse a Montreal, cuando todavía sentía el peso de su decisión, le costaba pagar las facturas y llevaba dos meses de retraso en el alquiler, su representante la convenció de recurrir a una compositora. Alguien con oído comercial que escribiera canciones más vendibles. A Emeline no le gustó la idea. Ella quería cantar sus propias canciones, temas que significaran algo para ella. Sin embargo, las facturas estaban empezando a acumularse. Casi había llegado al límite de su tarjeta de crédito solo por mantener el seguro del coche y llenar el depósito de gasolina. No sabía cuánto tiempo aguantaría así.

Al final comprendió lo joven que era y lo poco preparada que estaba. Y cedió.

Su estilo cambió de un día para otro, pero empezó a tener más visibilidad y a conseguir más bolos: a la gente le gustaba su nueva música. Firmó con una pequeña discográfica y sacó un álbum profesional. Y, de repente, podía pagar todas las facturas. De repente, se encontraba en una curva ascendente en lugar de en una espiral en la que se hundía cada vez más.

De repente, podía respirar.

En aquel entonces, Emeline grabó demos de todas sus viejas canciones, las subió a aquella carpeta y la protegió con una contraseña, con la esperanza de que tal vez un día, en el futuro, pudiera recuperarlas y cantarlas de nuevo.

Irónicamente, durante el tiempo que había pasado desde que

había creado esa carpeta, se había olvidado de la contraseña. Lo más probable era que fuese cosa de su subconsciente, que le estaba diciendo que cerrase ese capítulo y mirase al frente.

Pero, a veces, si tenía algo de tiempo que matar antes de un concierto y necesitaba calmar sus nervios, Emeline abría Elegy, bajaba hasta el final de todo e intentaba dar con la contraseña hasta que llegaba la hora de subirse al escenario. Pero aún no lo había conseguido. Ni siquiera recordaba por qué había llamado a la carpeta «Es tan largo el olvido».

Emeline tocó la carpeta protegida y saltó una notificación.

«No has accedido a es tan largo el olvido en 546 días. ¿Quieres borrar la carpeta?».

Tocó el no.

«Esta carpeta está protegida con una contraseña. Introduce la contraseña».

Se quedó con los dedos suspendidos sobre la pantalla.

Al final, no intentó adivinarla. Cerró la ventana y volvió a la nueva canción de Chloe. Albar todavía no había llegado, así que por qué no escucharla. Dentro de poco empezaba su gira (una gira que tenía intención de hacer, dijera lo que dijese el maldito Rey del Bosque) y necesitaba añadir unas cuantas canciones más a su repertorio.

Quizá aquella canción fuese justo lo que le hacía falta.

Antes de que la batería de su móvil muriera del todo, Emeline buscó el nuevo archivo de audio y pulsó el botón de play. La voz rasgada e intimista de Chloe surgió por el altavoz del móvil, cantando, en tono grave y profundo, sobre un amor no correspondido. Era muy Chloe. Pop contemporáneo con un rollo country. No era el estilo de Emeline, pero comprendía por qué a la gente le gustaba. Con una sonrisa, la escuchó una vez, y luego dos,

y luego tres, y empezó a pensar en los cambios.

Poco después estaba cantando junto a la grabación, dándole su toque a la canción, mientras contemplaba cómo el sol empezaba a elevarse sobre la Ciudad del Rey. Mientras cantaba, su mirada viajó por encima de las relucientes paredes blancas del palacio, más allá de la cúpula. Pensó en el Rey del Bosque, sentado en su trono blanco; en los pasillos iluminados por velas y las asistentes revoloteando como polillas; en el hocico plateado de Garra emergiendo de entre las sombras; en Corvus cayendo de rodillas ante Cenagal, y en la espeluznante pared de calaveras de la cripta…

Era lo habitual. Siempre que cantaba una canción por primera vez, grababa un recuerdo en su melodía. Como un regalo que estuviera envolviendo para su futuro yo. Lo hacía desde que tenía memoria.

De ahora en adelante, siempre que cantara esa canción, volvería a ese momento, volvería a contemplar la Ciudad del Rey. Recordaría las cosas que pasaron allí.

Si sobrevivía, claro.

Cuando le hubo dado a la canción de Chloe una forma que le gustaba, la cantó una vez más, esta vez, sin la original de Chloe, y tocó antes el botón de grabar. Luego subió el archivo a la carpeta con el repertorio.

—¿Eso lo has escrito tú? —dijo una voz tras ella.

Emeline se dio la vuelta. Albar la miraba desde el umbral de la puerta, apoyado en el marco con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho.

La tensión que de inmediato se adueñó de la estancia le encendió una llama en las entrañas. Aquella mirada penetrante la hacía sentir muy expuesta. Se guardó el móvil en el bolsillo del pecho de su jersey de rosas y obligó a su voz a adoptar un tono

igual que el de él: frío e indiferente.

—No me había dado cuenta de que tenía público.

Él se quedó en la puerta.

—Esa canción no parece tuya.

«Esto…, ¿qué?». Emeline se lo quedó mirando perpleja.

—¿Disculpa?

Albar se apartó del marco de la puerta despacio y entró en la habitación.

—¿Todo lo que cantas es así?

Ella se cruzó de brazos; estaba empezando a cabrearse.

—¿Así, cómo?

—Soso y superficial.

Aquello le dolió.

No. De hecho, era perfecto. Que el sicario del Rey del Bosque volviera a ser el mismo tipo hosco y cruel de siempre. Eso le venía estupendamente. No necesitaba su amistad. Lo único que necesitaba de él era que la ayudase a aprenderse las canciones del Mago Cantor.

Él dio otro paso, adentrándose más en la estancia.

—No me parece que sea tu estilo.

Emeline se clavó los dedos en las mangas del jersey.

—Tú no sabes nada de mí.

Él no le respondió. Se limitó a otear la ciudad tras ella y a apretar los dientes.

—¿Empezamos? Tu actuación es esta noche.

No, no se iba a salir con la suya. No podía provocarla y luego pasar a otra cosa como si nada… Pero por desgracia tenía razón: su discusión le estaba robando tiempo de clase, y tenía que actuar esa misma noche. Debía ponerse manos a la obra.

Así que Emeline contuvo su ira, cogió la siguiente canción del

montón de partituras del Mago Cantor y se la dio. Tratando de no sonar demasiado gruñona, le dijo:

—Empieza con esta.



La tensión los acompañó durante toda la clase. Emeline notaba que sus emociones amenazaban con desbordarse en cualquier momento. Sentía ira, vergüenza y… algo más. Algo frágil, algo que se estaba gestando y que necesitaba contener.

Albar tampoco tenía un buen día. Se fijó en sus ojeras y en que su pelo de color arce oscuro estaba tan despeinado como las plumas alborotadas de un cuervo, como si no hubiera parado de manoseárselo.

Quizá no había sido ella la única que no había podido dormir.

Durante la clase del día anterior, él había sido todo un ejemplo de contención. Había llevado la voz cantante, había mantenido el control y la había guiado con maestría en las primeras dos canciones.

Ese día, en cambio, era como si se hubiese resquebrajado algo en su interior.

Sin embargo, siguieron adelante, desenmarañando juntos las partes más difíciles de las dos canciones siguientes. Cuando Emeline lograba captar la esencia de cada una, cuando cantaba las notas justo de la forma correcta, buscaba, a pesar de todo, un discreto gesto de aprobación por su parte, un asentimiento, un amago de sonrisa que le dijera que estaba impresionado.

Sin embargo, lo que vio fue a un hombre derrumbándose. Tenía las manos apretadas y los ojos sedientos. Era como si quisiera

beberse el sonido de su voz. Como si quisiera bebérsela a ella hasta que no quedase ni una gota.

Cuando sus ojos se encontraron, él apartó la vista, cerrándose en banda, encerrándose en una tumba de paredes de piedra. Era como si la voz de Emeline le afectara de una forma que él no quería y estuviese tratando con todas sus fuerzas de protegerse de ella… y fracasando en el intento.

Era como si el día anterior se hubiese estado conteniendo. Como si hubiese estado frenando algo.

Y a Emeline la idea de que quizá pudiera derribar sus defensas la hacía sentirse bien, en parte porque se le antojaba un desafío delicioso y en parte como venganza porque se hubiera negado a llevarle su mensaje a Joel. Anhelaba derribar esas barreras con las que se protegía y obligarlo a enfrentarse a ella al desnudo, solo para demostrar que era capaz de hacerlo.

—Otra vez —ordenó él cuando se equivocó de nota. Seguía presionándola. Seguía exigiendo lo mejor de ella.

Emeline cantó la canción otra vez, y luego otra.

Y en esta ocasión, cuando sus voces empastaron y sonaron como una sola, la sangre de Emeline vibró como un diapasón. Sintió que estaba al borde de conseguir algo. Albar también lo notó, y vaciló: con voz temblorosa, empezó a retraerse. Estaba a punto de cerrarse en banda de nuevo.

«No te atrevas —pensó ella, mirándolo a los ojos—. No hemos terminado».

Emeline sentía la imperiosa necesidad de obligarlo a seguir cantando con ella. Se olvidó de su enfado y trató de sujetarlo con la melodía, de dejarlo anclado en el sitio con su voz. Necesitaba saber qué escondía detrás de esas barreras tras las que se protegía. Quería sus secretos.

«Mírame».

Albar se había convertido en un rehén de su voz.

«Baja tus barreras o las derribaré».

Y, para su sorpresa, él continuó cantando, y volvió a alzar su voz para encontrarse con la de ella. Fundieron sus miradas y mezclaron sus voces, que fueron elevándose, como si se tratara de una sola, en un *crescendo*. Pero sus voces no fueron lo único que se unió.

Emeline sintió que la embargaba un calor repentino, potente y embriagador, acompañado de sentimientos de felicidad y orgullo.

«No se limita a aprender la canción; la transforma en algo hermoso».

La joven titubeó. Ese era un pensamiento de Albar que se había vertido en ella. Como si le hubiera servido una taza de té caliente.

«Su voz conoce la canción mejor que las notas de la partitura».

Por el bien de Albar, debería haberlo dejado aquí. Debería haber parado de cantar.

Pero no lo hizo.

Emeline siguió indagando en su interior, en busca de lo que había enterrado bajo sus pensamientos. Algo de raíces profundas e insaciables. Algo que se podía podar y cortar y tratar de desenterrar, pero que nunca se podría arrancar del todo. Así que volvía a renacer, una y otra vez, cada más sediento, convirtiéndose en un anhelo amargo e insaciable. Un dolor para el que no había bálsamo, un…

—¡Basta!

Albar se liberó de su embrujo. Fue algo tan repentino que la sala empezó a dar vueltas. Emeline se agarró con tanta fuerza al atril para mantenerse en pie que se le pusieron los nudillos blancos.

Y, entonces, una gruesa capa de agotamiento cayó sobre ella, como si romper las defensas del chico le hubiese exigido mucha más energía de la que pensaba.

Albar dio un paso atrás para alejarse de ella.

Emeline levantó la vista y vio que la estaba mirando con los ojos fuera de las órbitas y que jadeaba rápidamente. De repente, al darse cuenta de lo que ella le había hecho, las mejillas morenas se le tiñeron de rojo. Se sonrojaba igual que florecen las magnolias.

Lo había desnudado con su voz. Había mirado dentro de su alma. Le había robado algo que él no había querido darle.

—Albar…

La sala pareció empequeñecerse; de pronto, era demasiado pequeña, demasiado asfixiante, a pesar de lo vasto del espacio. Emeline reparó en que estaba oscuro. La luna estaba en lo alto del cielo.

«¿Cuánto rato llevamos aquí?».

—Creo que he llegado a mi límite por hoy. —Su voz angustiada se le clavó a ella como un cuchillo—. Ya estás preparada y es casi medianoche. Ya no me necesitas. —Su rostro era inescrutable—. Te deseo suerte, cantante.

Albar dio media vuelta antes de que ella pudiera detenerle.

—Espera…

Pero él se marchó, acompañado del sonido desesperado de sus pasos, que reverberó a través de la cúpula.

—Lo siento —susurró Emeline.

Pero él ya se había ido.

DIECIOCHO

Antes de su actuación, las asistentas de Emeline le trenzaron el cabello negro en una corona y luego entrelazaron en ella guirnaldas de estrellas plateadas. Le espolvorearon colorete en las mejillas y los labios y la vistieron de negro, con más estrellas diminutas bordadas en los bordes de las mangas.

Mientras trabajaban, Emeline contempló su reflejo en el espejo entelado, pensando en cuando su voz se había enredado con la de Albar. En cómo la canción lo había atado a ella. En sus pensamientos vertiéndose en el interior de su mente, seguidos de aquel ardiente dolor, aquel anhelo.

Aquello lo había hecho ella. No sabía cómo, pero lo había hecho ella.

Y, si era sincera, había algo en lo que había ocurrido que le resultaba increíblemente satisfactorio. Albar había demostrado el poder que tenía sobre ella, primero mintiéndole y engañándola y luego negándose a hacerle llegar un mensaje a Joel, y Emeline le había pagado con la misma moneda derribando las barreras con las que se protegía.

Pero también había algo que la perturbaba. Recordó la piel de sombra que había entrado en su mente sin que ella pudiera hacer

nada por impedírselo y le había quitado recuerdos que no tenía ningún derecho a quitarle para luego utilizarlos en su contra…

Aquello le asustaba. Pero ella no sería capaz de llegar tan lejos…

Fuera lo que fuese lo que le había hecho a Albar, no podía volver a hacérselo.

Poco después llegaron dos setonelas para llevarla a la arboleda donde había visto por primera vez al Rey del Bosque. Lo árboles se elevaban hacia el cielo nocturno, tan altos como los recordaba, pero sus hojas se habían transformado, pasando del verde al dorado. Habían encendido las altas farolas y los bichitos nocturnos zumbaban en las sombras. Igual que en su primera reunión con el rey, había cortesanos en las lindes del claro, esta vez sentados en elegantes mesas, aguardando su actuación.

Albar no estaba entre ellos, pero Emeline vio a su yayo y a su asistente sentados a una mesa, cerca del centro. Alguien le había lavado y peinado el pelo canoso. Estaba muy guapo, con la camisa recién planchada.

Había evitado a su abuelo desde que lo había asustado hacía unos días, pero aquella noche parecía el mismo de siempre. Estaba tranquilo y contento entre los demás cortesanos.

Cuando la vio, Emeline se dio cuenta, por su expresión, de que estaba esforzándose por ubicarla. La observó cruzar el claro de la arboleda como si supiera que era una persona importante, pero no lograra recordar por qué.

Emeline le sonrió.

«Te quiero —pensó—. Siento haberte metido en este lío».

Y, despacio, él le devolvió la sonrisa.

Si todo iba acorde con lo planeado, su yayo no tardaría en estar en casa.

«Y yo me quedaré aquí atrapada —pensó, de nuevo con los pies

en la tierra—. Sola». Hasta que encontrase un modo de escapar, si es que eso era posible. Y, si lo era, ¿cuánto tiempo tardaría?

Pensó de nuevo en la gira. En los representantes de Daybreak Records. En Joel, que se estaría preguntando dónde estaba.

«Si Albar no fuese tan testarudo… —pensó mientras su rabia despertaba de nuevo—. Si accediera a llevarle un mensajito de nada…».

Pero el recaudador no tenía ninguna intención de ayudarla. Si quería salvar su carrera, Emeline tendría que encargarse ella misma de hacerlo.

El rey descansaba en su trono pálido como la escarcha, bañado por la luz de las estrellas. Llevaba una túnica de flores blancas. Emeline observó con incredulidad cómo algunos de los delicados pétalos se abrían al tiempo que otros se marchitaban, se tornaban marrones y morían.

Lo flanqueaban dos setonelas, erguidos como dos abedules.

Emeline hizo acopio de coraje y caminó hasta el centro del claro. La brisa le acariciaba el pelo y le refrescaba la piel.

—Buenas noches, cantante. —La voz del Rey del Bosque resonó en el claro, como una ráfaga de viento descontrolado.

Ella inclinó la cabeza en una reverencia.

—Señor, antes de empezar, tengo un favor que pediros.

Su voz se propagó por todo el claro. El rey la observaba con el rostro inescrutable, pero movió los dedos, apremiándola a continuar.

—Llevo ya varios días en vuestra corte, y nadie sabe que estoy aquí. A estas alturas, la gente que me conoce ya debe de estar poniéndose en lo peor. —Dio un paso al frente al ver que el monarca no la interrumpía—. Lo único que necesito es mandar un mensaje a casa para que sepan que estoy bien. —Se lo mandaría a Joel. Le explicaría lo ocurrido y le pediría que le dijera a su representante

que, por favor, ¡por favor!, no cancelara su gira, porque no tardaría en volver.

Pero eso no lo dijo.

Se hizo un silencio. Aquella quietud se extendió al rey: las flores que lo envolvían dejaron de florecer y los pétalos se arrugaron, doblándose sobre sí mismos hasta formar tensos capullos.

—Puedes pedirle a mi recaudador de diezmos que lleve tu mensaje.

Emeline se aferró a la tela de su vestido.

—Ya se lo he pedido, mi señor, y se ha negado.

—En ese caso, no hay nada más que pueda hacer. Él es el único miembro de mi corte capaz de cruzar a las tierras fronterizas. Que dé comienzo tu actuación, por favor.

A Emeline le ardía la sangre. «¿No podéis obligarlo? —quería decirle—. ¿Acaso no sois el rey?». Pero el monarca lo llevaba escrito en la frente: no le importaba. Había sido una estúpida por pensar lo contrario.

Aquella era la misma criatura que había atormentado a Edgewood desde que ella tenía memoria. Emeline no era nada para él. En aquel lugar, carecía de todo poder.

«Salvo por una cosa».

Alzó la barbilla mirando al Rey del Bosque, que seguía esperando en su pálido trono. La ira la hacía imprudente, pero también la experiencia. Sus años como música le habían enseñado que sin riesgo no había recompensa.

—Recuperé las partituras del Mago Cantor que tenía Garra, una gesta que nadie más en vuestra corte logró por vos. —Trató de que la ira no se filtrara en su voz—. He estado aprendiéndome las canciones de vuestro adorado trovador para complaceros, mi rey. Enviad un mensaje por mí y estaré encantada de cantároslas.

La amenaza velada estaba clara: «Sin mensaje, no hay canciones».

El público empezó a murmurar y el monarca entornó los ojos negros.

Y, como una sombra elevándose lentamente por una pared, se levantó del trono.

—¿Te atreves a negociar conmigo, criatura de polvo?

A Emeline se le pusieron los pelos de punta. Se había adentrado en terreno peligroso, pero decidió mantenerse firme. Tanto Albar como Grace le habían dicho que el rey añoraba profundamente a su Mago Cantor, y ahora era ella la que tenía su música. Se había aprendido cuatro de sus once canciones en solo dos días. Aquello tenía que ser más valioso que el favor que le estaba pidiendo.

El monarca se acercó a ella con aire amenazador. A su paso, caían pétalos marchitos y muertos, que se esparcían por la tierra. Una vez que estuvo frente a Emeline, su sombra la envolvió por completo, fría como el invierno.

—Canta —ordenó, separando los labios de los dientes leñosos y descascarillados y cerrando las manos en puños, nudosos y toscos como los anudamientos de un árbol. Bajo su aroma, todo tierra y musgo, Emeline percibió el hedor de la descomposición.

Le aguantó la mirada.

—Lo haré cuando mi mensaje haya sido enviado —le prometió.

De repente, las manos del rey se abalanzaron sobre ella. Antes de que le diera tiempo a apartarse, la agarró del cuello con los dedos ásperos y apretó.

Su fuerza la dejó anonadada. Emeline sintió que el hielo se le propagaba por el cuerpo. Trataba de coger aire, pero ni una gota de oxígeno le llegaba a los pulmones. Le cogió las muñecas y trató de clavar las uñas en su carne pétrea para hacer que la soltara, pero

era tan dura como el tronco de un árbol.

Oyó unos gritos. Vio que su abuelo se levantaba de la silla y gritaba su nombre. Vio que trataba de abrirse paso entre los cortesanos, tembloroso y tropezándose, para llegar hasta ella.

Pero, si lo lograba, el rey le haría daño a él también.

¿Qué era lo que le había dicho Albar? «La maldición le ha deformado la mente».

El rey seguía estrangulándola. Si apretaba un poco más le partiría el cuello. Le ardían los pulmones; necesitaba aire. El dolor hizo que empezasen a estallar estrellas ante sus ojos, que se le habían llenado de lágrimas. La arboleda se difuminó y, junto a ella, desapareció también la imagen de su abuelo.

No veía nada más allá de las pupilas blancas del rey. La forma de luna creciente era más gruesa que nunca, como si aumentase y disminuyese con el ciclo lunar.

Había cometido un grave error. Había osado desafiar al Rey del Bosque y pagaría un alto precio: iba a morir estrangulada allí mismo, ante los ojos de su abuelo, cuyos gritos de terror serían lo último que escucharía nunca.

No podía respirar.

No podía.

No pod…

A un mundo entero de distancia, una voz rasgada dijo:

—Si le dañáis las cuerdas vocales, no os servirá de nada, mi señor.

—¡Ya no me sirve de nada!

—Con todos mis respetos, mi señor, me veo obligada a contradeciros. No solo recuperó las partituras del Mago Cantor que custodiaba Garra, sino que durmió al dragón cantándole. Creo que os demostrará su valía… si le permitís vivir.

Las manos de hierro que le atenazaban la garganta se aflojaron de repente y el aire frío entró de golpe en sus pulmones. Cayó sobre sus rodillas. El suelo estaba frío y duro; inhaló con fuerza una y otra vez, y fue llenándose de aire mientras, poco a poco, empezaba a ver de nuevo el mundo con nitidez. Primero, el Rey del Bosque, aún cerniéndose sobre ella. Luego, los altos árboles de la arboleda. Y, por último, el rostro de su abuelo, que corría hacia ella gritándole al rey.

Cuando sus jadeos se transformaron en un ataque de tos, el anciano llegó a su lado por fin, se agachó y la rodeó con sus brazos temblorosos. Emeline apoyó la cara en su hombro y dejó que la abrazara mientras se maldecía en silencio por haberse atrevido a desafiar al monarca.

Ahora ya conocía los límites de la piedad del Rey del Bosque.

Cuando se recuperó, miró a su alrededor para averiguar quién la había salvado. Sable Thorne estaba de pie entre Emeline y el Rey del Bosque. Era evidente que estaba esforzándose por controlar su ira. Tenía los ojos encendidos, llenos de un fuego dorado, y el cuerpo tenso de un modo que indicaba que estaba dispuesta a desenvainar sus hojas si el rey se atrevía a volver a tocar a Emeline.

Pero ¿por qué? Sable apenas la conocía; cuando se habían visto, casi no le había hecho caso.

En presencia de su espadera, la mirada enloquecida del rey se fue dispersando, como la niebla cuando aparecen los rayos del sol. Su túnica botánica empezó a florecer de nuevo y él se frotó los ojos con las manos, como si estuviera despertando de un sueño.

—Vete ahora mismo —le dijo Sable a Emeline sin apartar la vista del rey—. Coge a Ewan y largaos los dos de la arboleda.

DIECINUEVE

De nuevo a salvo en sus aposentos, Emeline llevó a su abuelo a la terraza que compartían para que ambos pudiesen calmarse bajo la luz de las estrellas. El jardín estaba prendido de libélulas; vivo gracias al canto de los pájaros nocturnos. Sin embargo, era una noche fría. Tras sentar a su abuelo en una butaca, lo arropó con una gruesa manta y fue a buscar una para ella.

Cuando regresó, y salió a la terraza oscura a través de su puerta, él dio un respingo.

—¿Quién anda ahí?

Emeline vaciló, paralizada entre la puerta y su abuelo.

—Soy yo. Emeline.

Su voz sonaba áspera como el papel de lija. Sobresaltada, se llevó una mano al cuello en un gesto protector y lo frotó con suavidad para evaluar los daños. Recordó la sensación que le habían provocado las manos del Rey del Bosque. Recordó el dolor que había sentido cuando la estrangulaba. El terror que había experimentado al tratar de coger aire y descubrir que le era imposible.

«Tengo que sacar a mi abuelo de aquí».

Pero había setonelas apostados en las puertas de su alcoba, y también patrullando el jardín, siempre con los ojos pegados a

Emeline. Además, aunque lograse esquivarlos —y lograse que su abuelo los esquivara también—, las puertas de palacio estaban todavía mejor vigiladas.

Y luego tendría que pasar por la puerta de la ciudad…

—Emeline, sí. —La noche le ocultaba el rostro de su yayo—. Claro que sé quién eres.

Emeline se sorprendió. «¿De verdad?», pensó mientras se sentaba en una silla a su lado.

—Planté un árbol para ti el día que naciste —añadió, y sonrió al recordarlo. A ella le dio un vuelco al corazón—. ¿Qué pasó con ese árbol? —preguntó, frunciendo el ceño de repente—. Un día estaba y al siguiente había desaparecido.

Emeline apartó la vista.

—Lo cortaste cuando me fui.

—¿Qué dices? —Se volvió bruscamente hacia ella. Su rostro estaba hecho de sombras—. ¿Por qué diablos lo iba a cortar?

Emeline se encogió de hombros. Creía que lo había hecho porque la había olvidado y, por tanto, también había olvidado la razón por la que lo había plantado.

De niña, le encantaba ese árbol. Trepaba por sus ramas, le contaba todos sus secretos y le cantaba sus canciones. Había sido para ella como un buen amigo.

—Escucha, patito, sé que estoy perdiendo la cabeza —dijo mirando a la oscuridad—. Me estoy olvidando de las cosas. Lo sé. Pero jamás cortaría tu árbol.

Lo miró aún más sorprendida. Hacía gala de una extraña lucidez; recordaba su nombre y quién era. Recordaba su árbol.

—Aquel árbol fue una ofrenda —dijo en voz baja, como si se lo estuviese contando a él mismo—. Un regalo para el Rey del Bosque. Si yo quería que el bosque te mantuviera a salvo, tenía que ofrecerle

algo a cambio.

Emeline frunció el ceño. Nunca se lo había contado. Sin embargo, tenía sentido: los vecinos de Edgewood eran gentes supersticiosas. Aquello no difería mucho de colgar ramitas de espino sobre los dinteles para protegerse.

Ambos permanecieron en un cómodo silencio. Echó de menos su guitarra, pues le habría gustado guardar ese momento en una canción. Encapsular aquellos ojos que la habían reconocido, conservar cómo había pronunciado su nombre, con afecto y familiaridad. Como antes.

—Emeline —le dijo, rompiendo el silencio. La miró a los ojos, clavándole la mirada azul, seria y penetrante—. Quiero que hagas algo por mí. Quiero que te largues de este sitio.

—Lo haré en cuanto tú estés a salvo. Pero antes quiero llevarte a casa.

Entonces se volvió del todo hacia ella, inclinándose sobre el reposabrazos. Emeline estudió las arrugas familiares de su rostro, el mechón rebelde de su pelo cano.

—A mí se me está acabando el tiempo, patito. En cambio, a ti… —Bajó la vista hacia sus manos abiertas—. Nunca quise que pasara esto. —Negó con la cabeza—. Estás aquí por mi culpa. —Justo cuando ella se disponía a discutírselo, él alargó los brazos en el espacio que los separaba y le cogió sus delgadas manos para estrecharlas entre sus manazas—. Quiero que me dejes aquí y te vayas a casa, Emeline. Quiero vivir el poco tiempo que me queda sabiendo que eres feliz y que estás a salvo. —Esbozó una sonrisa triste—. ¿Harías eso por mí?

La joven tragó saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta y le estrechó las manos.

No podía volver a abandonarlo.

«Tendrías que haberlo visto por aquellos pasillos, yendo de un lado a otro, buscándote».

De repente, alguien llamó con fuerza a la puerta de la habitación, salvándola de responder a aquella pregunta.

—¿Emeline? —dijo una voz al otro lado de la puerta.

«Ya está. —Apartó las manos de las de su abuelo—. Los guardias del rey han venido a por mí».

—Soy Sable.

«Oh».

Emeline recordó cómo la muchacha de ojos dorados se había interpuesto entre el rey y ella, como un escudo. Cómo se había puesto en riesgo al atreverse a desafiarlo.

«¿Por qué?».

Emeline entró en la alcoba y abrió la puerta.

Sable estaba apoyada en la pared de al lado, mirando al techo, con el cuerpo irradiando tensión. Cuando la puerta se abrió, se puso en alerta de golpe. De repente, parecía desconfiada, como un lobo acorralado.

Hasta que sus ojos se detuvieron sobre el cuello amoratado de Emeline.

Su desconfianza se esfumó en un segundo. Sable frunció el ceño y se apartó de la pared.

—Albar no debería haberse negado a llevar tu mensaje. —En una mano llevaba un pergamino enrollado, y en la otra, una pluma estilográfica negra—. Toma. —Se los tendió—. Escribe tu carta.

Emeline se quedó mirando los objetos mientras trataba de procesar lo que estaba pasando.

—¿Es una trampa?

Sable negó con la cabeza.

—No es ninguna trampa. Albar lo llevará esta noche. Me he

encargado yo de que acepte.

La sensación de alivio se le extendió hasta las puntas de los pies. Quizá, al final, lograse salvar su carrera musical.

Cogió la pluma y el pergamino y corrió al escritorio que había junto a las ventanas. Apartó la silla, se sentó en el cojín de terciopelo verde y, tras inclinarse, aplanó la vitela sobre la madera oscura y empezó a escribir.

No le dio muchos detalles. Le dijo a Joel que estaba bien, que había encontrado a su abuelo y que tenía que ocuparse de algunos asuntos. Le dijo que volvería antes de la gira y le pidió que, por favor, le dijera a su padre que no hiciera nada más que cancelar sus conciertos antes de entonces.

Sopló la tinta y, cuando estuvo seca, dobló el pergamino y se lo entregó a Sable.

—Corvus ha convencido al rey de que te dé otra oportunidad —dijo la espadera—. Pero ha puesto una condición: quiere que cantes las once canciones del Mago.

¡Once canciones! De momento, solo se sabía cuatro.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Tu actuación será a medianoche, dentro de tres días.

«Siete canciones en tres días».

Se le hizo un nudo en el estómago.

Pero si así conseguía enmendar su desobediencia de aquella noche, si con eso lograba conseguir la libertad para su abuelo, lo haría. Tenía que hacerlo.

Si el Rey del Bosque estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad, no pensaba desaprovecharla. Se aprendería el resto de las canciones del Mago Cantor, demostraría su valía ante el rey y salvaría a su abuelo.

Luego escaparía.

Antes de darse la vuelta para marcharse, Sable se detuvo un instante en la puerta y dijo:

—Si me aceptas un consejo… No se te ocurra volver a desafiarle.



A la mañana siguiente, mientras caminaba hacia la cúpula de cristal, Emeline acariciaba con los dedos la piedra fría de palacio, conteniendo el aliento. Había estado practicando qué le diría a Albar al verlo. Para cuando empezase su clase, ya le habría entregado su carta a Joel, así que le parecía que disculparse por lo que había pasado en la lección del día anterior era lo más justo.

«Comenzamos con mal pie —le diría—. ¿Qué te parece si empezamos de cero?».

Pero cuando se adentró en la brillante luz de la sala abovedada, se encontró con que no era Albar quien la esperaba, sino una mujer menuda con una melena marrón como la corteza de un árbol cortada a ras de la barbilla.

—¿Emeline Lark? —Sus ojos de color ocre se entrecerraron en dos medias lunas.

La joven asintió, mirando a su alrededor. No había ni rastro del recaudador de diezmos.

—Soy Calíope. —La mujer dio una palmada—. Tu profesora de canto.

—Oh… —Emeline dejó de buscar. Era la profesora a la que Albar había sustituido temporalmente. A la que las pieles de sombra habían abordado de camino a la ciudad.

Se obligó a sonreír y miró el sitio junto al atril donde Albar se había puesto los últimos días. Con los pies plantados con firmeza en

el suelo. Con los brazos cruzados con fuerza. Mirándola cantar.

—Encantada de conocerte.

Se dijo que aquello era bueno. De todos modos, ¿en qué estaba pensando? ¿Que Albar y ella podían ser amigos? Ahora la idea se le antojaba absurda. No hacían más que discutir.

No, cuanta más distancia hubiera entre el recaudador del diezmo y ella, mejor.

—¿Empezamos?

VEINTE

Calíope era una profesora completamente distinta. Mientras Albar interrumpía a Emeline a media canción y le hacía repetir el fragmento complicado hasta que lo cantaba con perfección, Calíope la dejaba terminar y luego señalaba lo que debía mejorar y le ofrecía sugerencias. Albar le exigía, la presionaba hasta acariciar sus límites. Calíope, en cambio, la persuadía, dejando que ella encontrase su propio camino.

Emeline se sentía agradecida por su ayuda, pero, hacia el final de la clase, se dio cuenta de que necesitaba la presión. Echaba de menos la intensa severidad de Albar, y ansiaba volver a vivir esos momentos en que sus voces empastaban en una armonía tan perfecta que todo su cuerpo se ponía a canturrear.

«No —pensó, recordando la expresión del rostro de él cuando consiguió liberarse del hechizo de su voz—. Eso no».

—Muy bien —dijo Calíope, comprobando la posición del sol en el cielo. Eran ya las últimas horas de la tarde y sus sombras se alargaban bajo la cúpula—. Nos vemos aquí mismo mañana.

«¿Y ya está?», pensó Emeline mientras la profesora se ponía su abrigo amarillo. Solo habían ensayado una canción nueva.

Antes de que pudiera pedirle más tiempo, Calíope añadió:

—Ah, Emeline… Me he dado cuenta de que faltan algunas hojas de la última canción. —Con las puntas de los largos dedos de color tostado, dio unos golpecitos en el montón de partituras que descansaban sobre el árbol joven que hacía las veces de abril—. ¿No sabrás dónde están?

—¿Qué? —Una chispa de pánico se prendió en su interior. Dio un paso al frente y hojeó las páginas—. No puede ser…

—No te preocupes, ya aparecerán —respondió Calíope con dulzura mientras se abrochaba el abrigo amarillo—. Quizá estén en tus aposentos.

Antes de irse, le dedicó una fugaz sonrisa a Emeline y luego dio media vuelta y se marchó.

Una vez sola, Emeline revisó la última canción, o más bien lo que quedaba de ella. Tal como le había dicho Calíope, faltaban varias páginas, incluida la portada. Con la esperanza de que se hubieran mezclado con las de las otras canciones, revisó todas las partituras, y las fue separando y ordenando en pequeños montones en el suelo.

Lo hizo varias veces, y la última canción siempre le aparecía incompleta. Solo estaban las dos últimas páginas; faltaban las primeras cuatro.

El corazón le martilleaba contra el pecho.

«No te dejes llevar por el pánico. Calíope tiene razón. Deben de estar en mis aposentos».

Así que Emeline se fue para allá a buscarlas. Revolvió en todos los muebles. Miró debajo de la cama, en el armario, sobre el escritorio.

Pero no las encontró.

El terror empezó a deslizarse por su cuerpo, extendiéndose como la escarcha en un cristal. Si no encontraba las partituras que faltaban, no podría cantar la última canción. Y si dentro de dos días

no le cantaba todas las canciones al rey, su yayo nunca saldría de ese lugar. Y quién sabe lo que el rey le haría a ella.

¿Dónde podían estar?

Había llevado las partituras a casa de Albar la noche que él le había preparado la cena. Era posible que, en su prisa por macharse, se le hubieran caído algunas hojas. Tal vez estuvieran allí.

Se puso una chaqueta y las botas y salió en dirección a su casa.

Las hojas amarillas salpicaban el camino a través de los árboles como monedas de oro, y resplandecían bajo la luz del sol poniente. Los árboles canturreaban y se mecían a su alrededor, grandes, gruesos y altísimos. Allí, con aquel silencio, casi podía oírlos respirar: respiraciones profundas y rítmicas que se hundían hasta sus raíces.

Emeline siguió el camino por el bosque silencioso hasta el pequeño puente que pasaba por encima del arroyo. Lo cruzó y se dirigió a la puerta de la casa de piedra. Llamó con los nudillos.

—¿Albar?

Nadie respondió.

Llamó más fuerte.

—¡Albar!

Al ver que no había respuesta, probó a abrir girando el pomo.

Estaba cerrada con llave.

Emeline soltó un gemido, dio un paso atrás y echó un vistazo a la casa.

—¿Dónde estás? —susurró. Solo se había aprendido una canción en todo el día, no encontraba la última y su actuación era dentro de dos días.

«Te necesito».

Pero no salía humo de la chimenea ni se veía ninguna luz a través de las ventanas. La casa parecía oscura y dormida.

Albar no estaba.

¿Quién más podía ayudarla? Pensó en Sable y en Corvus, pero no tenía ni idea de dónde vivía ninguno de los dos.

Pensó en Grace.

«En la ciudad hay un bar llamado La Bellota —le había dicho—. Nos vemos allí el viernes al atardecer. Podemos trazar un plan».

Y entonces cayó en la cuenta: era viernes.

Emeline corrió a La Bellota.



Tras pasearse por las calles iluminadas por farolas de la ciudad durante una hora, pedir indicaciones (dos veces) y verse obligada a cambiar de rumbo (otras dos veces) por fin vio el cartel de La Bellota balanceándose encima de una puerta. Tenía la forma del fruto y era de cobre forjado y deslustrado. De las ventanas del bar salía el resplandor dorado de las luces que iluminaban su interior. Estaba abarrotado.

Emeline cruzó la puerta y se adentró en el local cálido y ruidoso. Olía ligeramente a cerveza y las lámparas emitían una luz tenue. En una esquina, había un par de violinistas batiéndose en duelo, tocando enérgicamente con sus arcos y pataleando en el suelo al ritmo de su melodía. Los dos músicos sonreían cada vez más ampliamente, a medida que el ritmo de su dueto se aceleraba y se aceleraba, hasta llegar al final, cuando fueron vitoreados por el público.

Emeline echó un vistazo a las mesas abarrotadas de gente. Corvus fue el primero al que vio. Estaba sentado justo en el fondo, y le estaba contando a Grace, que estaba sentada enfrente, algún chiste escandaloso mientras la miraba con los ojos oscuros y

brillantes. Álamo, la amiga de Albar, de iris como gemas y rasgos delicados que había visto la otra noche durante la cena, también estaba con ellos. Y a su lado, Ortiga.

Fue hacia ellos y se sentó en el banco, al lado de Corvus.

—¡Emeline! —Sonrió y le puso un brazo sobre los hombros. El aliento le olía a cerveza y su sonrisa era de un blanco radiante—. Deja que te invite a una copa. ¿Qué te apetece?

Ya se había puesto de pie.

—Eh… Elige tú.

Cuando se fue, Emeline miró a Grace y le preguntó:

—¿Has visto a Albar?

—Ha ido a visitar a un amigo —respondió Álamo desde su extremo de la mesa—. Vendrá más tarde.

«¿Un amigo?».

—¿Estás segura?

La melena suelta de Álamo brillaba bajo la luz de las lámparas.

—Eso es lo que me dijo anoche mientras cenábamos.

Al instante, la imagen de Albar preparando la cena para la preciosa Álamo se coló en los pensamientos de Emeline. Los imaginó a los dos solos, cenando juntos a la luz de las velas. No se la podía sacar de la cabeza.

«¿Fue solo una cena? ¿O hubo algo más?».

Notó que se le hacía un nudo en las entrañas.

Sorprendida con su propia reacción, se apresuró a enterrar esos sentimientos en lo más profundo de su ser.

«¿Qué problema tienes?». Lo que Álamo y Albar hicieran juntos daba igual. No era asunto suyo.

Corvus volvió en ese preciso instante y, antes de volverse a sentar, apretujándose a su lado, le pasó un vaso de whisky.

Grace ladeó la cabeza y la miró con atención.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza.

El sudor le corría por el cuello porque llevaba demasiadas capas en un lugar donde hacía demasiado calor. Mientras se desabrochaba el abrigo y se lo quitaba, explicó el apuro en el que se hallaba: que el rey le había dado una segunda oportunidad, que tenía que aprenderse las once canciones y que le faltaban unas partituras.

—No sé qué hacer.

Al reflexionar un poco más sobre el asunto, pensó que, si se hubiera dejado las partituras que faltaban en casa de Albar, él las habría visto y se las habría devuelto. Emeline estaba segura de que el recaudador quería que se aprendiera aquellas canciones con la misma desesperación que lo quería ella.

—Solo tengo dos días para encontrarlas.

Dio un largo trago de whisky para tratar de adormecer el pánico que chisporroteaba en su interior. El líquido le ardió en la garganta.

—Esta es justo la razón por la que hago una copia de todos mis archivos —masculló. En su aplicación de Elegy y también en la nube.

—Quizá el Mago Cantor también tuviera copias de sus canciones —sugirió Grace, que iba vestida con una blusa lavanda claro con mangas de encaje. Sus ojos de color cobrizo refulgían bajo la luz—. Y, aunque no fuera así, habrá algún borrador, ¿no? ¿En su casa, quizá?

Grace era una genia. ¡Pues claro que tenía que haber algún borrador! Como último recurso, si no podía encontrar esas partituras perdidas, tal vez pudiera recomponer la canción a partir de las notas que hubiese, si es que encontraba alguna.

Una llamita de esperanza se prendió en su interior.

—¿Alguien sabe dónde vivía?

Se hizo el silencio en la mesa.

Álamo se puso rígida y a Corvus se le borró la sonrisa de la cara en un santiamén. Pero Ortiga se inclinó hacia ella con entusiasmo, con unos ojos tan redondos como dos lunas.

—La finca del Mago Cantor está justo al salir de la ciudad, al oeste de las puertas.

—Es más una ruina que una casa —intervino Corvus—. Como ha pasado con todos los asentamientos más allá de los muros de la ciudad, la maldición la ha conquistado. Allí ya no va nadie.

—Porque está embrujada —añadió Álamo.

Emeline los miró.

—¿Embrujada?

—Por la Vil —le aclaró Ortiga, con una sonrisa demasiado ancha y demasiado radiante que le recordó la advertencia de Grace: «Es como un gato al que le gusta jugar con su presa antes de matarla».

Emeline miró a Grace para que se lo explicara.

—¿Qué es la Vil?

—La bruja de la que te hablé —respondió Grace—. La que le mandó al rey la cabeza del Mago Cantor dentro de un saquito de terciopelo.

—Estaba locamente enamorada de él —le explicó Álamo—. Pero él la rechazó. Estaba enamorado de otra.

—Así que ella le arrancó el corazón —relató Ortiga. Los ojos de color ámbar le brillaban, como si la historia la excitara en lugar de entristecerla.

—Y ahora es una criatura terrorífica —continuó Corvus—. Se cree que fue ella quien creó las pieles de sombra, y que estas la obedecen.

—Por eso no puedes ir a su casa —concluyó Álamo—. No creo que te la quieras encontrar.

Corvus asintió.

«¿Y si no tengo elección?», pensó Emeline, aunque no dio voz a su pensamiento. A juzgar por sus miradas, dudaba que la animasen a ir. Salvo, tal vez, Ortiga.

De repente, la música cambió. Los violinistas empezaron a tocar una pieza más lenta; su canción se transformó en un vals. Grace se puso de pie y miró a Emeline.

—Quien me suele acompañar a la pista de baile no ha venido esta noche —dijo. La alianza de hierro que llevaba en el dedo parpadeó—. ¿Te importa? Necesito practicar.

—Yo…

Los ojos de Grace encerraban un secreto y, por cómo enarcó la ceja, casi como si la estuviera desafiando, Emeline se preguntó si querría compañía para algo más, además de bailar.

Se levantó del banco y fue con ella.

—No sé bailar el vals —admitió mientras se alejaban de la mesa.

Grace hizo un gesto con la mano como quitándole importancia.

—Yo te enseño.

Cuando se adentraron entre la multitud de parejas que danzaban, Grace se volvió hacia Emeline con los ojos brillantes y preocupados. Su olor a lavanda se mezclaba con el olor a sudor y a cerveza.

De repente, los bailarines empezaron a percatarse de que quien se hallaba entre ellos era la cantante del rey, la muchacha que había conquistado a un dragón y desafiado al mismísimo monarca. Oía los murmullos y notaba el peso de sus miradas.

Grace hizo caso omiso de los mirones y le puso a Emeline una mano en el hombro.

—En la Mácula todo parece igual. Allí es fácil perderse —dijo mientras empezaba a guiarla en los pasos del vals—. Pero Sable tiene montones de mapas de los bosques. No se dará cuenta de que

le falta uno. Yo lo traeré.

Emeline frunció el ceño mientras trataba de seguir los pasos de Grace, con una mano en su cintura.

—¿Qué quieres decir?

Al ver que una pareja se acercaba demasiado a ellas, Grace se alejó danzando, hasta que estuvo a una distancia desde donde no podrían oírla, y bajó la voz.

—Voy a acompañarte a la casa del Mago Cantor. —Emeline bajó el ritmo y estuvo a punto de tropezarse con Grace—. ¿A qué hora termina mañana tu clase de canto?

«A juzgar por la clase de hoy con Calíope…».

—Al final de la tarde.

—Perfecto. Podemos ir y estar de vuelta antes de que caiga la noche.

Sus palabras encerraban cierta autoridad. A Emeline, su tono de voz le recordó que Grace era la mayor de tres hermanas y estaba acostumbrada a salirse con la suya.

—¿Estás segura? Ya los has oído… —Emeline señaló la mesa del fondo con la cabeza—. Parece peligroso.

El vals terminó antes de que Grace tuviera ocasión de responderle, y uno de los camareros se interpuso entre ellas. Era alto y delgado, con los hombros encorvados, como los de un halcón. Llevaba un delantal de cuadros atado a la cintura.

—Algo reconfortante —le dijo, tendiéndole un vaso de lo que parecía el mismo whisky que Emeline se había dejado en la mesa—. De parte de un amigo.

La joven le dio las gracias, convencida de que ese amigo era Corvus. Cogió el vaso, echó la cabeza hacia atrás y se bebió la copa de un solo trago. No era tan suave como el aguardiente que Albar tenía en el alféizar de la ventana, y notó un regusto extraño en la

garganta, un sabor como a miel y pétalos. De repente, se le revolvió el estómago. Se apretó la barriga con las manos, pensando que iba a vomitar.

Pero se le pasó enseguida.

Cuando levantó la vista, vio que Grace estaba fulminando a alguien con la mirada. Se volvió para mirar.

En la esquina, en la mesa en la que estaban sentados los demás, Corvus estaba enfrascado en una conversación con Álamo. El vaso de Emeline seguía allí. Era Ortiga quien las estaba observando. Tenía los ojos de búho clavados en el vaso vacío que Emeline tenía en la mano y esa sonrisa un poco demasiado extraña pintada en la cara.

«Es el juego preferido de Ortiga —resonó la voz de Grace en su mente—. Hechiza a sus amigos mezclando conjuros en sus bebidas».

Emeline notaba un cosquilleo en la sangre.

A Grace se le ensombreció el rostro.

—¿Qué hago? —susurró la joven, horrorizada.

—Vete. —La voz de Grace era afilada como las espinas de un rosal—. Vete a dormirla. Mañana por la tarde iré a buscarte. Saldremos desde la cúpula de cristal.

Emeline pensó en Albar, que aún no había aparecido. Todavía quería preguntarle por las partituras que faltaban.

Pero ¿estaba dispuesta a que el hechizo de Ortiga surtiera efecto cuando él estuviera por allí?

Ni hablar.

Se fue directa al palacio.

VEINTIUNO

Emeline se metió en la bañera caliente. Por su sangre corría el hechizo que Ortiga le había puesto en la bebida, que, fuera cual fuese, aún no había hecho en ella ningún efecto. Tenía intención de quedarse allí escondida, en la bañera, hasta que la piel se le pusiera blanca y arrugada.

Hasta que ahogara el hechizo en el agua.

Cuando el agua empezó a enfriarse, salió de la bañera y, mientras se secaba el pelo con una toalla, oyó unas risas amortiguadas a través de la pared que separaba su cuarto del de su yayo. «Qué raro». Inclinó la cabeza y prestó atención. ¿Quién habría ido a visitarlo a esas horas?

Oyó las risas otra vez. Se puso una bata de seda que le llegaba justo por encima de las rodillas y caminó descalza, dejando charquitos de agua a su paso, hasta llegar a la puerta que daba a los aposentos de su abuelo.

Tras girar con cuidado el pomo de cristal, abrió la puerta una rendija para escuchar.

—¿Quién me has dicho que eras? —oyó preguntar a su yayo.

Le contestó una voz áspera y suave a la vez.

—Soy Albar.

Emeline se quedó de piedra.

Echó un vistazo a través de la rendija y vio a su yayo y al recaudador de diezmos sentados en dos sillones de cara al fuego, cada uno con una taza humeante en las manos.

Estaba perpleja. ¿Qué hacía Albar con su abuelo?

«Ha ido a visitar a un amigo», le había dicho Álamo.

—Bueno, Albar… Alguna vez te has parado a preguntarte qué sentido tiene.

Emeline hizo una mueca. Era la pregunta que más a menudo hacía su yayo. Seguro que ya se la había hecho tres veces, mientras ella estaba en la bañera. Pero, si era así, Albar ni se inmutó.

—La verdad es que sí que me lo pregunto —contestó, sorprendiéndola. La mayoría de la gente desconectaba cuando su abuelo le hacía la misma pregunta por segunda vez—. Me lo pregunto todo el tiempo.

—¿Y se te ha ocurrido alguna buena respuesta? —El anciano se inclinó hacia él, como si fuesen dos buenos amigos contándose secretos.

Albar también esbozó una sonrisa, reflejo de la de su yayo. Dio un trago de su bebida y respondió.

—Hay un libro que estoy leyendo… En realidad, es más bien un poema largo. *Beowulf*, se titula. ¿Lo conoces?

Su abuelo negó con la cabeza.

—No puedo decir que lo conozca, no.

—Bueno, hay una frase en latín, *ubi sunt*, que describe el espíritu del poema. Su traducción es una pregunta, algo parecido a: «¿Adónde fueron a parar…?».

Emeline lo escuchaba con el corazón latiéndole con violencia. ¿Qué estaba pasando allí exactamente? ¿Estaba el secuaz del Rey del Bosque pasando el rato con su abuelo? ¿Estaba hablando con él

de poesía?

—¿Adónde fueron quiénes? —preguntó el anciano.

—Los que vinieron antes que nosotros. En *Beowulf*, *ubi sunt* significa… O, al menos, eso creo… ¿Qué sentido tiene el coraje? ¿Luchar contra los monstruos? ¿Hacer las cosas lo mejor posible? ¿Qué sentido tiene todo si todos vamos a morir al final?

Su abuelo se arrellanó en el asiento, pensativo.

—No es una respuesta a tu pregunta —añadió Albar alzando su taza—. Pero significa que tú y yo no estamos solos en nuestra búsqueda.

Su abuelo alzó su taza y brindó con Albar.

Cuando bostezó, un instante después, el recaudador de diezmos se terminó la bebida y dijo:

—Es tarde. Debería irme. —Su abuelo asintió y ambos se pusieron de pie—. Nos vemos mañana.

¡¿Mañana?! ¿Cada cuánto iba a visitarlo?

Cuando vio cómo Albar sonreía a su abuelo, con tanto respeto y admiración, se le aceleró el pulso. Se aferró al pomo de la puerta hasta que le dolieron los nudillos. Los chicos que había llevado a casa nunca habían tratado así a su yayo. Como si fuera alguien de quien querían ser amigos, alguien que mereciera el mayor de los respetos.

Con el corazón martilleándole en los oídos, cerró la puerta antes de que la vieran y luego se apoyó en ella, con todo el cuerpo tenso, en alerta, mientras escuchaba cómo su abuelo acompañaba a su invitado a la puerta.

Poco después, oyó el eco de los pasos de Albar en el pasillo. Emeline se cerró bien la bata de seda y fue tras él.

Cuando salió de sus aposentos, lo vio a varios metros de distancia, en el pasillo iluminado por las velas. Las pequeñas llamas

iluminaban su cuerpo de piel tostada.

—Albar, espera…

Se detuvo.

Todavía goteaba después del baño, y caminaba descalza con los pies mojados sobre el mármol frío. Cuando él se volvió, se detuvo de golpe y se resbaló. Albar la cogió del codo para que no se cayera.

Llevaba un jersey verde oscuro, un color que, por su tono de piel, le favorecía. Como un abeto a finales de otoño.

—Emeline, ¿qué…?

Su mirada se detuvo al instante sobre su cuello amoratado. Mientras estudiaba atentamente las marcas, unas nubes de tormenta se gestaron en sus ojos y una marcada línea apareció en su frente. Dio un paso hacia ella y levantó una mano, pidiendo permiso en silencio.

Y ella se lo dio, mostrándole el cuello desnudo.

—No es tan grave como parece.

Le acarició los moratones, que estaban tiernos y doloridos, y al notar sus dedos deslizándose por su cuello, a Emeline le empezó a latir el corazón a una velocidad extraña.

—¿Por qué tienes que ser tan imprudente? —Sonó más a ruego que a reproche.

—Quizá esté en mi naturaleza.

Se acercó más a ella, trayendo consigo aquel calor como de fuego.

—Quizá. —Le puso la mano en la nuca, enredó los dedos en su pelo y le levantó la barbilla con el pulgar para seguir examinándola —. Deberías estar muy lejos de aquí, Emeline Lark. En un lugar seguro.

—Ajá —respondió ella, coincidiendo con poco entusiasmo. Cuando le acarició suavemente la mandíbula, a ella se le encendió la

sangre y se le escapó un gemido. Él malinterpretó el sonido, apartó las manos y dio un paso atrás.

Emeline lo cogió del brazo antes de que tuviera ocasión de marcharse.

—Espera. He venido a darte las gracias.

Albar frunció el ceño.

—Si es por lo de la carta…

Ella negó con la cabeza, perdida en la imagen de Albar ante el fuego, disfrutando de la compañía de su abuelo.

—Tratas a mi abuelo como si fuera alguien importante.

Se hizo un silencio entre los dos.

—Es importante —dijo él con voz suave.

Emeline cerró los ojos, temerosa de que se diera cuenta del efecto que tenían en ella sus palabras.

Aquel hombre no debería gustarle. No debería gustarle el sonido de su voz testaruda, ni la sorprendente suavidad de sus caricias, ni la fuerza embriagadora de su presencia. Albar Fell no era para ella. Servía al Rey del Bosque. Era de otro mundo.

Sin duda, no era un buen candidato para ser su novio.

Además, ella estaba con Joel. Más o menos.

Y lo más importante: aquello era una pesadilla de la que ella pensaba escapar muy pronto. Emeline dejaría todo ese mundo atrás en cuanto salvara a su abuelo y volvería a su vida normal.

Albar la recorrió lentamente con la mirada. Se detuvo en su pelo mojado, bajó por su clavícula, y luego descendió para contemplar cómo la fina bata de seda se le pegaba a las curvas, revelando demasiado.

O, a juzgar por el fuego que llameaba en su mirada, revelando lo justo.

La pasión floreció en el vientre de Emeline, sobresaltándola,

seguida de un extraño dulzor en su garganta. Como el de la miel y las flores.

Se le agudizaron los sentidos. De repente, era muy consciente del aroma a pino que permeaba el aire, de lo cerca que Albar estaba de ella.

Y el fuego se transformó en un incendio descontrolado.

«Mierda».

El hechizo de Ortiga.

—Estás temblando —observó él con el ceño fruncido.

«¿Temblando?». Emeline se sentía arder, se sentía febril. Bajó la vista y vio que tenía la carne de gallina.

—Aquí hace frío. Deberías volver a tus aposentos, allí entrarás en calor.

«Ven conmigo», pensó.

Encerró ese pensamiento en una jaula. «Tiene razón. Vuelve. Ahora mismo no eres capaz de controlarte».

Albar estaba diciendo algo más, pero las palabras se emborronaban en sus oídos. Oyó su nombre, pero el encantamiento enseguida la rodeó con más fuerza, envolviéndola en una red lenta y plateada.

«Estoy a punto de humillarme como nunca», comprendió.

Pero, en lugar de dar un paso atrás, lo dio hacia delante, acercándose a él, atraída como una abeja al polen. Incapaz de contenerse.

—¿Albar?

Él se quedó en silencio mientras ella deslizaba las palmas de las manos por su pecho, sobre la delicada lana de su jersey. Él le envolvió la muñeca suavemente con los dedos, pero no la detuvo. No medió palabra.

«Avísalo. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde».

Emeline se acercó a él. Le rozó un lado de la cara ligeramente con la nariz, y Albar cogió aire con brusquedad y le apretó más la muñeca con los dedos.

—Albar, hay una cosa que…

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, él le puso la mano que tenía libre en la nuca y Emeline sintió que se derretía con su calor. Él inclinó la cabeza hacia ella, con los ojos oscuros de pasión, y al verlo, al ver ese deseo…, algo se partió en su interior.

Tomó su rostro entre las manos y lo besó.

Albar tampoco dudó, y su beso la hizo arder como un fuego salvaje. Tenía el cuerpo entero encendido. Sin embargo, en lugar de calmar su hambre, la tornaba todavía más ávida de él.

Lo empujó contra la pared del pasillo y recorrió sus hombros con las manos, deleitándose con sus huesos y sus músculos. Albar capturó su cintura con un brazo y la atrajo hacia él; la necesitaba más cerca. Con una mano temblorosa, le acarició la mandíbula, el cuello y la clavícula, como si quisiera grabársela a fuego en la memoria. Como si ella fuera un bálsamo para un dolor oculto que lo atormentaba.

Pero entonces, cuando Emeline lo besó de forma aún más apasionada, Albar se puso rígido de repente y se echó atrás, como si se hubiese metido algo amargo en la boca. Le clavó los dedos en los hombros y la apartó.

Ella, jadeante, inspiró profundamente. La habían sacado a la fuerza de un sueño en el que habría querido quedarse, así que fue de nuevo a por él. Quería más.

—No —dijo Albar—. Noto el sabor.

Ella parpadeó, tratando de mantener aquel anhelo salvaje bajo control.

—Estás hechizada. —Su mirada amenazaba tormenta—. ¿Quién

ha sido?

Pero a Emeline eso le daba igual. Solo quería seguir besándolo. Quería sentir sus manos fuertes y cálidas sobre su piel y…

—¡Emeline! —exclamó. La cogió con más fuerza de los hombros y el fuego de su interior rugió todavía más alto—. Dime quién ha sido.

—Ortiga —murmuró. La piel le ardía en todos los lugares en los que la había tocado—. Me ha dado una bebida.

Los ojos de Albar estaban negros como la noche.

—La voy a matar.

VEINTIDÓS

Aquella noche, Emeline durmió fatal. En sus sueños, Albar estaba por todas partes. Albar abriéndole la bata y deslizándosela por los hombros. Albar en su cama, con el cuerpo pegado al suyo. Albar, susurrándole cosas bonitas con la boca pegada a su piel.

Se tapó los ojos con una mano e intentó arrancarse aquellos sueños de la mente.

«¿Cómo lo voy a mirar de nuevo a la cara?». Lo que había hecho la noche anterior era demasiado vergonzoso. Era imposible recuperarse de algo así.

Quizá podían fingir que nunca había ocurrido y pasar página. «Al fin y al cabo, solo fue un hechizo». Quizá las cosas no tenían por qué ser raras o incómodas. Podían limitarse a evitarse el uno al otro hasta que ella salvase a su abuelo y escapara de ese lugar. Y después de eso no tendrían que volver a verse nunca más.

Emeline sacó a Albar de su mente para concentrarse en sus clases. Se pasó la mañana y la tarde con Calíope, trabajando duro en la música del Mago Cantor, y contraatacando la paciencia de su nueva profesora con la firme motivación de aprender tanto como pudiera.

Las canciones eran más de lo mismo: odas a la musa del

trovador, la mujer marcada por la luna cuya belleza lo tenía completamente hechizado. Emeline estaba empezando a preguntarse si no se la habría inventado. Era tan… perfecta. Una mujer tan perfecta no podía existir.

Hacia media tarde, se las había arreglado para aprenderse dos nuevas canciones, así que ya se sabía siete. Eso significaba que todavía le quedaban cuatro canciones por aprender —contando la que estaba perdida— antes del día siguiente a medianoche.

No tenía ni idea de si sería capaz de hacerlo.

Todo dependía de lo que encontrase esa noche en la casa del Mago Cantor.



Grace y Emeline llegaron a la finca del Mago Cantor a la hora de las brujas. A pesar de que los portones de hierro estaban abiertos, sus caballos se negaron a cruzarlos. Se encontraban en la Mácula, y los árboles enfermos parecían descoloridos bajo la luz del sol que se filtraba desde el cielo. La putrefacción había tornado sus hojas grises.

—¿Es aquí? —Emeline miró más allá de la tierra masacrada por la maldición, más allá del estanque de aguas negras y estancadas, al final del camino que llevaba a la enorme mansión. Aquella casa estaba teñida de oscuridad. El tejado hundido estaba cubierto de musgo muerto, como una alfombra, y las ventanas estaban plagadas de grietas llenas de telarañas.

No le parecía un lugar en el que se pudiera vivir. Ni aunque fueras una bruja.

—Según el mapa de Sable, sí. —Grace enrolló el mapa y lo volvió

a meter en el cilindro que llevaba sujeto a su silla de montar—. Es aquí.

A su alrededor, los árboles de la Mácula murmuraban, ansiosos. «Cuidado. —Sus hojas acariciaron las mejillas de Emeline—. El horror acecha en esa casa».

Ninguna de las dos mujeres se atrevía a bajar del caballo.

—En fin —dijo Grace, y alzó la barbilla, claramente tratando de aunar el coraje necesario para desmontar—. Será mejor que no nos entretengamos.

Dejaron los caballos, cruzaron los portones y se acercaron a la casa con desconfianza. El camino estaba bordeado de olmos putrefactos, que observaban a Emeline pasar bajo ellos y que le susurraban a medida que se acercaba a la puerta: «Da media vuelta, Emeline». Echó un vistazo a Grace, que o bien no oía las advertencias de los árboles o bien había decidido ignorarlas.

La madera podrida de la puerta estaba húmeda y resbaladiza, y el pomo, frío como un témpano. Cuando Emeline lo rodeó con los dedos y abrió, descubrió que en el interior el aire era todavía más frío. Que la temperatura de allí adentro era antinatural.

Grace se estremeció.

—¿Qué es lo que estamos buscando exactamente?

—Partituras. Borradores de canciones. Cualquier nota sobre música que dejase el Mago Cantor.

—Vale. Lo he pillado. Seamos rápidas.

Emeline miró de reojo la empuñadura de una espada corta que Grace llevaba atada a la bota. «Por si nos metemos en algún lío», le había dicho.

El suelo de madera, mohoso y podrido, se hundía bajo sus pies, los muebles estaban rotos y volcados, y los años de humedad habían cubierto los alféizares de las ventanas de moho. Mientras

tanto, el sol del final de la tarde se filtraba alegremente por las ventanas, como si nadie le hubiese avisado de lo espeluznante que era todo allí dentro.

A Emeline se le cayó el alma a los pies. Si las partituras estaban esa casa, lo más probable era que estuvieran dañadas o en descomposición.

Grace se iba abriendo paso entre el caos.

—Iremos más rápido si nos separamos.

Emeline asintió.

—Yo voy a buscar arriba —dijo—. Llámame si… si ves algo.

—¿Algo como una bruja sedienta de sangre? —bromeó Grace, tratando de levantarle el ánimo.

Pero, en ese momento, una brisa súbita hizo temblar los cristales y ambas dieron un brinco, sobresaltadas.

Emeline empezó a subir la enorme escalinata que nacía en la entrada principal. Cada escalón crujía bajo su peso. Se detuvo arriba de todo, donde el papel pintado amarillo, despedazado, colgaba hecho jirones de la pared. Era como si algo lo hubiese desgarrado con uñas afiladas. Los retratos que antaño colgaban del pasillo estaban rotos y tirados en el suelo, y en el aire reinaba un olor agrio.

Emeline buscó en una habitación tras otra, pero solo encontró más de lo mismo: destrucción. Abrió cajones podridos y miró en armarios desvencijados. Por fin, entró en algo que parecía una sala de música. En la parte trasera de la casa había una pared de cristal que ofrecía unas vistas panorámicas de la Mácula. En el interior de la habitación, había un arpa volcada en una esquina y una guitarra que habían retorcido hasta partirla en dos. Los pedazos rotos estaban desperdigados sobre la alfombra sucia.

Buscó en medio de todo aquel desorden, pero lo único que encontró fueron varios pedazos de papel arrugado y una libreta

empapada. Los textos escritos estaban tan emborronados que era imposible leer ni una sola palabra.

—¿Emeline? —La voz de Grace llegaba débil y amortiguada desde la planta inferior—. Creo que tendrías que bajar.

Emeline retrocedió sobre sus propios pasos y descendió. Grace estaba delante de la chimenea con una caja de cerillas en una mano y una cerilla en la otra. Tenía el ceño fruncido.

—Hay ceniza seca en la chimenea —dijo—. Y allí hay leña, seca también. —Señaló con la barbilla una cesta llena de fajina. A su lado había unos cuantos troncos ordenados de forma prolija en un montón—. Y estas cerillas deberían estar demasiado húmedas para encenderse. —Pasó una por el rascador de la caja y se prendió al instante. Miró a Emeline a los ojos—. Alguien ha estado aquí hace poco.

—¿La Vil?

Grace se quedó mirando la cerilla mientras se consumía y no respondió.

Quizá ir allí había sido una mala idea.

—Y hay algo más.

Grace miró al suelo, donde había una alfombra doblada. Al apartarla, había descubierto una trampilla. Se agachó, cogió la anilla de hierro fría y negra y tiró de ella. Una parte del suelo se elevó. Debajo había unos escalones de madera que se hundían en la oscuridad.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada.

Grace cogió una lámpara de aceite del estante que había sobre la chimenea y prendió otra cerilla para encenderla. Cuando la llama empezó a resplandecer suavemente tras el cristal, se la tendió a Emeline y le dijo:

—Después de ti.

Emeline la cogió y empezó a descender a la húmeda y densa oscuridad. Tenía un mal presagio. Tuvo que pasarse la mano para aplanar el vello que se le había puesto de punta.

Para no obcecarse con el miedo, le susurró a Grace:

—No me contestaste a la pregunta que te hice en la cripta.

—¿Qué pregunta era?

Un aroma familiar flotó hasta ellas. Como las uvas que fermentaban en la bodega de su yayo.

—¿Por qué vives aquí? Siendo el rey como es, y con una maldición que amenaza a todo el reino… ¿Por qué no te escapas a la ciudad? —«Se supone que estás estudiando en Oxford».

Por un instante, el único sonido que se oían eran los peldaños de madera que crujían bajo sus pies.

—Porque no quiero escapar —respondió Grace. Emeline la miró, sorprendida. La luz de la lámpara hacía que a su amiga le brillaran los ojos y le resplandeciera la piel. Se puso un mechón de pelo rizado detrás de la oreja y el anillo de su mano izquierda parpadeó —. Y aunque quisiera… No puedo. Le entregué al rey mi vieja vida como diezmo. Nunca podré volver.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así?

Grace bajó la barbilla. Una sonrisa cómplice le adornaba los labios.

—Por amor, claro. ¿Por qué otra cosa lo iba a hacer?

«¿Por amor?».

Grace siguió hablando.

—A los humanos ya no se nos permite residir en la Ciudad del Rey. Por culpa de la maldición, es demasiado peligroso, y son pocas las excepciones. Así que le hice al Rey del Bosque una oferta que no podía rechazar. Le di como diezmo lo más valioso que poseía: mi vida entera más allá del bosque: mi familia, mi educación, mi

futuro… —Tragó saliva con suavidad—. Por amor.

Emeline agachó la cabeza para no golpearse con el techo y siguió bajando.

—Así es como funciona este mundo —prosiguió Grace, con la voz embargada por la nostalgia—. Tienes que entregar algo precioso si quieres algo precioso a cambio.

De repente, el pie de Emeline tocó el suelo firme. Se habían acabado las escaleras y la densa oscuridad la envolvía por completo. Alzó la lámpara y entornó los ojos, tratando de distinguir dónde se encontraban: un sótano húmedo con suelos de tierra. A ambos lados había estantes de madera que recorrían toda la pared. Estaban llenos de botellas de color verde hierba.

—¿Una bodega? —musitó Grace.

Una forma en la oscuridad, cerca del fondo de la bodega, llamó la atención de Emeline. Se dirigió hacia ella hasta que el resplandor de la lámpara la iluminó. Era un colchón cubierto de mantas y un cubo al lado. A juzgar por la sustancia oscura que brillaba al fondo, estaba casi segura de que lo habían usado como orinal.

—No creo que lo único que tenga aquí abajo sea vino —observó Grace en un tono extrañamente inexpresivo mientras miraba a un punto en la pared, por encima del colchón.

Había dos pesadas esposas de hierro colgando de los ladrillos, atadas con cadenas.

—Parece que tiene a gente encerrada.

Un escalofrío recorrió la espalda de Emeline, haciéndola estremecer. Estaba a punto de dar media vuelta, de decirle a Grace que se largaran de allí de inmediato. Pero, entonces, algo la detuvo.

—Aguántame esto.

Le dio la lámpara a su amiga y se acercó al colchón. Parecía estar descomponiéndose: el interior mohoso estaba saliéndose por

las costuras; había una parte desperdigada por el suelo. Las mantas también estaban viejas y húmedas y, cuando examinó las esposas, descubrió que estaban cerradas y oxidadas.

—Creo que hace mucho tiempo que aquí no hay nadie —dijo.

Cerca del suelo había un objeto diminuto y resplandeciente. Emeline lo cogió. Era una horquilla de cobre, retorcida y deformada, como si la hubieran usado para forzar una cerradura. Tenía aspecto de ser algo producido en masa, algo que quizá viniera en un paquete de diez comprado en una tienda de todo a un dólar. En un extremo había una mariposa de cobre con pequeñas espirales dibujadas en las alas. A Emeline le resultaba familiar.

Pero no sabía por qué.

De repente, se oyó un portazo. Ambas dieron un brinco y se miraron por encima del resplandor de la lámpara. Oyeron el eco de unos pasitos lentos y chirriantes sobre sus cabezas, seguidos de un murmullo suave.

«Nos hemos dejado la trampilla abierta», recordó Emeline.

Los pasos viajaron hacia ellas. Descendieron despacio los peldaños de madera; el murmullo se fue acrecentando.

Emeline se metió la horquilla en el bolsillo y miró rápidamente a su alrededor. No había otra salida más que la trampilla por donde habían bajado. Grace señaló hacia los dos botelleros de las paredes opuestas. Debajo de cada uno de ellos había espacio para una persona tumbaba.

Emeline comprendió el plan. Asintió y fue rápidamente hacia el que tenía más lejos. Se puso de rodillas y se metió debajo. Notó la dureza de la tierra en las manos y en la mejilla. Además, estaba húmeda y fría. Mientras iba tan hacia el fondo como podía, las telarañas le acariciaban la piel y se le enganchaban en el pelo. Trató de no temblar.

Cuando las dos estuvieron bien escondidas, Grace apagó la lámpara.

La bodega se quedó a oscuras… salvo por una luz: alguien estaba bajando las escaleras.

—Salid, salid —dijo una voz áspera y bronca—. Oigo el latido de vuestros corazones.

VEINTITRÉS

El monstruo estaba en la bodega con ellas.

La criatura dejó la vela en el suelo de tierra y Emeline vio a Grace tumbada boca arriba bajo el botellero, con el rostro hacia el techo y los puños apretados.

La Vil —si es que aquello era la Vil— era una forma negra en la oscuridad. Emeline percibió un aroma familiar: huesos y podredumbre.

Vio un destello de tendones grises y de garras negras. Estaba yendo hacia Grace. Claro, si oía los latidos de sus corazones, sabía dónde estaban escondidas. Grace y Emeline eran un blanco fácil.

«Esto es culpa mía. —Emeline contempló, paralizada de terror, cómo la Vil reptaba lentamente hacia su amiga—. Grace no estaría aquí si no fuera por mí». Pero ¿qué podía hacer? El pánico la había inmovilizado: le había agarrotado los brazos y las piernas, se los había convertido en piedra. El corazón le martilleaba contra el pecho a un ritmo demencial, pero su cuerpo se negaba a obedecerla. Era incapaz de moverse.

Y, aunque no fuera así…, no tenía forma de detener a aquel monstruo.

«Tal vez no tenga que detenerla —pensó mientras miraba a la Vil

acercarse cada vez más a su amiga—. Quizá solo tengo que distraerla el tiempo suficiente para que Grace pueda huir».

Y, mientras la Vil se agachaba para mirar bajo el botellero de la pared de enfrente, ya a punto de atrapar a su presa, Grace retrocedió y gritó, tratando de apartarse.

«Haz algo —se ordenó Emeline a sí misma—. Llama su atención».

Y entonces hizo lo único que se le ocurrió. Buscó una vieja canción y empezó a cantar.

—Qué será, será…

La Vil se puso rígida. Se olvidó de Grace y se volvió despacio, de forma inquietante, hacia la fuente del sonido. Emeline paró un instante y dijo entre dientes:

—¡Corre, Grace!

Su amiga no vaciló. Salió a toda prisa de debajo del botellero y huyó hacia la oscuridad. El monstruo la dejó ir; estaba más interesado en su otra presa, la que cantaba. Se desplazó hacia la luz de la vela y reptó hacia Emeline, murmurando para sí.

El terror le atenazó la espalda. Seguía sin ser capaz de obligar a su cuerpo a moverse.

El miedo la tenía paralizada.

Desesperada por tranquilizarse, por desbloquear sus miembros y desterrar el pánico, cerró los ojos y siguió cantando. Al fin y al cabo, había elegido aquella canción por algo.

El recuerdo atrapado en la canción cobró vida en su interior. Emeline tenía siete años. Acababa de despertarse de una pesadilla y estaba llamando a gritos a su abuelo en medio de la oscuridad. Recordó sus fuertes y rápidos pasos atronando por el pasillo. Recordó que presionó el interruptor e inundó su cuarto de luz.

«Tranquila, patito. Estoy aquí. No pasa nada».

Era un hombre fuerte, que desprendía calidez. Ella se acurrucó en su regazo y él empezó a cantarle para ahuyentar las pesadillas mientras la acunaba entre sus brazos y la calmaba con su voz, que era como un faro en la oscuridad.

«Qué será, será…».

Esa canción le recordaba los buenos tiempos, que ya habían quedado en el pasado. Al hombre que la había criado y protegido. Le recordaba lo mucho que lo quería.

Le temblaba la voz, pero no titubeó. No se detuvo.

La Vil, en cambio, sí lo hizo.

Emeline abrió los ojos y vio la forma encorvada y vacilante del monstruo. Tenía la mirada perdida, como si también ella estuviera recordando. Como si también ella tuviera historias asociadas a esa canción.

La Vil dio un paso atrás, sacudió la cabeza y se tapó los oídos, tratando de evitar que la canción siguiera inundando su mente.

Emeline recordó entonces que, a veces, su voz hacía cosas extrañas como invocar a los bosques contra su voluntad, dormir a dragones o derribar las barreras con las que Albar protegía sus pensamientos más íntimos.

De repente, una garra se le clavó en la camiseta y le arañó la piel con las uñas. La Vil la arrastró fuera de su escondite, la levantó por los aires y la estampó contra las botellas.

Un estallido de dolor se le extendió por la espina dorsal, dejándola perpleja.

La Vil clavó sus ojos pálidos como el hielo en los de Emeline. La piel translúcida dejaba entrever las venas azuladas y verdosas que había debajo, como si fuese una criatura que vivía tan adentro de la espesura que el sol no la tocaba jamás.

—Qué noble —dijo la Vil con voz rasposa, sonriendo como un

niño que se dispone a hacer algo muy malo. De ella irradiaba un hedor putrefacto, a sangre y podredumbre. A Emeline se le puso el estómago del revés—. Cuando me haya mondado los dientes con tus huesos, daré caza a tu amiga y…

Un golpe sordo hizo que aquel monstruo se tropezase y parpadeara, confundido. Entonces se oyó otro golpe, con un eco metálico, y luego un tercero: los tres sobre su cabeza.

La Vil soltó la camiseta de Emeline, se tambaleó y cayó de cuatro patas.

Grace estaba detrás de la criatura sujetando con ambas manos el cubo que habían visto antes junto al colchón. A sus pies, se había derramado el líquido brillante que contenía. La Vil gemía, todavía a cuatro patas, desconcertada y con la mirada fija en el suelo. Grace soltó el cubo, cogió la lámpara y la mano de Emeline y dijo:

—¡Vamos!

Y echaron a correr.

Subieron las escaleras y, cuando ya estaban ante la chimenea, Emeline bajó la trampilla, cerrándola de un portazo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Grace, que ya estaba en la puerta. Echaron a correr por el camino hacia los caballos que esperaban junto a los árboles grises. Emeline iba pisándole los talones, con el corazón desbocado. La adrenalina la hacía correr más rápido de lo que había corrido jamás.

Montaron a lomos de los caballos a la vez y los espolearon con un golpecito para ponerlos al galope. La tierra atronaba bajo ellos; sus cascos aporreaban el lecho del bosque, llevándoselas lejos, muy lejos, de la finca del Mago Cantor.

Cabalgaron sin descanso hasta llegar a la ciudad.

Hasta que no estuvieron a salvo, tras sus muros, Emeline no cayó en la cuenta de que no habían encontrado las páginas que

faltaban de la última canción.



Todavía a lomos del caballo, protegidas por las paredes de la ciudad, Grace condujo a Emeline por un vecindario tranquilo que daba a los viñedos del rey. Se detuvieron ante una enorme puerta abierta cuyos barrotes de hierro forjado imitaban rosales que trepaban hacia arriba y cuyas rosas se iban haciendo más grandes a medida que se acercaban a la parte más alta.

Grace desmontó de su yegua ruana moteada y abrió. Emeline bajó también de su caballo prestado, que era de Sable, y siguió a su amiga al interior.

Ante ellas, un camino de losas planas que atravesaba un jardín de preciosa hierba verde. Al final había una casa de dos plantas. Tenía contraventanas de color rosa palo y una buhardilla blanca cuya ventana sobresalía sobre la puerta principal.

Emeline se quedó boquiabierta. ¿Grace vivía en esa preciosa casa?

Como respuesta a la pregunta a la que no había dado voz, su amiga la condujo a la parte trasera. En el fondo había un establo rodeado de sauces llorones, pero Grace se dirigió a otro edificio, uno hecho de piedra blanca.

El aire a su alrededor ondeaba de calor, y olía a humo y a acero.

Al oír los cascos de los caballos, alguien abrió la puerta y salió. Tenía el pelo castaño rojizo enredado, pegado a la cara, y la cara roja del calor. Sable. Sus extraños ojos se iluminaron al ver a Grace mientras se limpiaba las manos manchadas de hollín en el delantal de cuero que llevaba atado a la cintura.

Grace soltó las riendas del caballo, corrió hacia ella y la abrazó tan fuerte que estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Lo siento —oyó que murmuraba mientras enterraba la cara en el cuello de la cambiaformas.

Sable arrugó el ceño, pero no dijo nada. Se limitó a rodear la cintura de Grace con un brazo, en un gesto protector, y en atraerla hacia sí. Luego deslizó la mano por sus rizos oscuros con sorprendente ternura.

Fue entonces cuando Emeline se fijó en la alianza de hierro que Sable llevaba en el dedo anular. Una copia exacta de la de Grace.

«Le di como diezmo lo más valioso que poseía —le había dicho su amiga—. Por amor».

Emeline era incapaz de apartar la vista de ellas, de dejar de contemplar la ternura que encerraba el abrazo de Sable, la desesperación con que Grace se aferraba a ella…

Ella nunca había abrazado a nadie así.

De repente, volvía a estar en la carretera, en el verano pasado. Cuando aquel dolor tan familiar, aquel anhelo, aquella soledad, la perseguían. Cuando cobraba vida en los momentos más inoportunos. En la *green room*, sobre el escenario, cuando estaba en el bar con los demás músicos. Era lo que la había empujado a los brazos de Joel el verano anterior, y a los brazos de incontables otros antes que él.

Ese dolor siempre había estado ahí. Una señal de que le faltaba algo.

«No necesitas a nadie de ese modo», se dijo.

Tenía su música. Tenía una carrera en alza. No le hacía falta nada más.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz traviesa.

Corvus salió de la forja. Él también tenía las manos manchadas

de hollín, como si hubiera estado ayudando a Sable.

Y detrás estaban Albar y Álamo.

A Emeline se le encogió el estómago al ver al recaudador de diezmos.

Cuando sus miradas se encontraron, saltó una chispa. El aire se volvió eléctrico, como un instante antes de que caiga un rayo, y Emeline no pudo evitar recordar su beso en los pasillos. El calor de su boca sobre la suya. La fuerza de su pecho bajo las palmas de sus manos. Y cómo ella se había abalanzado sobre él, enferma de deseo.

¿Había sido el hechizo de Ortiga lo que lo había obligado a besarla? ¿O la había besado porque quería hacerlo?

«No importa. Deja de darle vueltas».

Estaba bajo los efectos de un hechizo. Por eso había sentido que el beso de Albar cubría todas sus carencias. Por eso, incluso en ese momento, quería volver a besarlo.

El rubor floreció en sus mejillas.

«Estabas hechizada. No sería lo mismo. Seguro que lo odiarías».

Miró a Sable, presa del pánico.

—Gracias por prestarme el caballo —dijo con la voz demasiado aguda.

La espadera enarcó las cejas, recordándole que ella no tenía ni idea de su viajecito a casa del Mago Cantor. Grace no se lo había contado y, por lo tanto, tampoco debía de haberle pedido el caballo.

Dejaría que se lo explicara Grace.

Esta cogió las riendas de la yegua.

—Ya la llevo yo.

Emeline soltó al caballo. Notaba el peso de la mirada de Albar, y estaba a punto de volverse y largarse de inmediato, pero Grace le tocó el codo y dijo:

—Gracias por haberte jugado el cuello por mí.

Emeline tragó saliva, asintió y luego se despidió y echó a andar. Necesitaba poner tanta distancia como pudiera entre ella y Albar Fell.

VEINTICUATRO

La noche se cernió sobre Emeline mientras atravesaba las calles adoquinadas e iluminadas por farolas de la ciudad, tratando de encontrar el camino de vuelta a palacio. Iba mirando las fachadas de las hileras de casas blancas que flanqueaban las calles, con la esperanza de encontrar algo que le resultara familiar.

Mientras caminaba, recorría con el pulgar la forma retorcida de la horquilla de la mariposa, y trataba de recordar por qué le resultaba tan familiar. En la casa del Mago Cantor habían encontrado muchas cosas que no tenían sentido alguno, como esa horquilla procedente de su mundo o las esposas de la bodega, y también había visto cómo su canción había provocado a la Vil…

La Vil era aterradora, pero no era su monstruosidad lo que secuestraba los pensamientos de Emeline una vez tras otra, no. Era aquel colchón mohoso. Las cadenas oxidadas pegadas a la pared.

Mientras acariciaba la horquilla en el bolsillo, se preguntaba a quién debía de haber tenido allí encarcelado.

De repente, se descubrió delante de La Bellota, con su cartel de cobre en forma de fruto encima de la puerta y sus ventanas brillantes por la luz de las lámparas.

Era la tercera vez que pasaba por delante.

Emeline se abrazó a sí misma. Cada minuto que pasaba, hacía más frío y estaba todo más oscuro, y era evidente que estaba…

—¿Perdida? —dijo una voz conocida desde las sombras, una voz que envió un sinfín de sensaciones que la atravesaron. De repente, volvía a estar en aquel pasillo, apretujándolo contra la pared, acariciándole el cuerpo con las manos…

Se puso rígida, tragó saliva y aserenó la voz.

—¿Qué pasa? ¿Me estás siguiendo?

—No te lo creas tanto. Corvus y yo hemos venido a tomar algo.

Se dio la vuelta y vio que, en efecto, el cambiaformas iba con él.

«Oh».

—Puede que sí te estuviéramos siguiendo. —Corvus sonrió—. Por si te perdías en el camino de vuelta.

—Bueno, pues no me he perdido. —Esquivó sus miradas de escepticismo y se volvió hacia la dirección contraria, para luego acelerar sus pasos por el suelo adoquinado.

Oyó que Corvus le decía algo a Albar y que este gruñía alguna cosa como respuesta.

Unos segundos después, Albar la alcanzó. Como si nada. Ella miró atrás y vio que Corvus entraba en La Bellota sin él.

—Te acompaño.

«No, por favor —pensó ella—. No tengo fuerzas para esto».

—¿No ibas a tomar algo con Corvus? —señaló sin dejar de caminar.

—A él no le importa.

Su voz sonaba más fría que el acero. Emeline desvió la mirada hacia el gesto perfectamente contrariado de su boca, que le decía que lo sabía todo: que había ido a la casa del Mago Cantor desobedeciendo los consejos de sus amigos, que había puesto a Grace en peligro y que a duras penas había logrado escapar con

vida.

¿Y para qué? No le había servido nada. No había encontrado las partituras perdidas. Lo único que tenía era una horquilla estropeada.

Emeline era justo lo que él había dicho que era: una estúpida y una imprudente.

Y había venido a restregárselo por la cara.

Se sentía como un nervio expuesto. Como un cable echando chispas.

—¿Por qué no me dijiste que pensabas ir a la casa del Mago Cantor?

Emeline se metió las manos en los bolsillos y acarició de nuevo la horquilla con el pulgar.

—Porque me lo habrías impedido.

—Pues claro que te lo habría impedido.

Un grupo de amigos se dirigió hacia ellos por la acera, montando un escándalo. Debían de ir a La Bellota.

—Fui a buscar las partituras que faltan. Te lo habría contado si hubiera podido dar contigo. —Aunque sí que lo había encontrado: en el pasillo de sus aposentos, la noche anterior. Donde ella se había puesto en ridículo estrepitosamente. Se sentía arder de humillación. Bajó la voz y añadió—: Siento haber puesto en peligro a Grace.

El grupo estaba cada vez más cerca. Gritaban y se reían, y no parecían tener intención alguna de dejarlos pasar. Sintió que el calor que él irradiaba se filtraba en su piel, sobre todo cuando le puso una mano en la parte baja de la espalda y esquivó al grupo metiéndose por un callejón, y tirando de ella.

—Grace me ha asegurado que ha ido contigo por su propia voluntad —respondió él cuando se quedaron a solas—. Según me ha dicho, fue ella quien tuvo que convencerte a ti para que la dejaras ir. —La cogió del codo y la giró para que lo mirase—. Me refiero a ti,

Emeline. No haces más que ponerte en peligro. Una vez tras otra. —La dejó clavada en el sitio con su mirada furiosa—. ¿En tan poca estima te tienes?

—¿Poca estima? —Lo fulminó con la mirada. Hacía tres noches, en mitad de su cocina, la había acusado de ser la persona más egoísta que conocía—. Abandoné a mi abuelo para dedicarme egoístamente a mi música, ¿no te acuerdas?

—Ya. Tu música…

Emeline se enfureció de inmediato.

—¿Qué narices significa eso?

Él apartó la mirada enseguida y torció la boca.

—Nada.

La soltó y volvió a la calle principal, que volvía a estar en calma.

Emeline fue tras Albar, indignada.

—Dime lo que querías decir.

Él oteó en la distancia.

—¿Cómo puedes decir que es tu música si solo cantas canciones de otras personas?

Aquello le dolió. Pensó en la música que tenía guardada en aquella carpeta, en su móvil, y murmuró:

—Nadie quiere escuchar mis canciones.

Le dio la espalda y siguió caminando.

—¿Según quién? —preguntó, con la voz teñida de ira.

—Según todo el mundo. Joel, mi representante, las discográficas, ¡todo el mundo! Por eso tengo una compositora —replicó irritada—. ¿Podemos dejar el tema? No quiero hablar de ello.

Pero Albar sí quería.

—Entonces ¿ese es tu gran sueño? ¿Cantar las canciones facilonas de otra persona en un escenario noche tras noche? Eso es la sombra de un sueño, Emeline.

Se detuvo en seco. Era absurdo que sus palabras le afectaran tanto, pero el caso es que así era. Le dolían. Como si lo que él pensaba tuviese importancia. Como si él tuviese importancia.

—Que te follen —le dijo, volviéndose hacia él—. Ni siquiera me conoces.

Albar abrió la boca para responder, pero ella lo interrumpió.

—He hecho lo que tenía que hacer. —Su voz sonaba demasiado aguda y temblorosa. Cerró las manos en dos puños, tratando de controlarla—. No podía quedarme en Edgewood, así que me fui. No podía enfrentarme a que mi abuelo olvidase, así que lo metí en una residencia. Mis canciones no eran lo bastante buenas para pagar las facturas, así que canto las de otra persona. —Era como si él hubiese arrancado una costra y ya no pudiese detener la sangre—. Ahí fuera estoy sola, Albar. No tengo a nadie que me ayude. No tengo a quien recurrir cuando las cosas se ponen difíciles. La única persona a la que he querido no se acuerda de quién soy. ¿Eres capaz de imaginarte lo que se siente?

Al oír esa pregunta, una emoción llameó en el rostro de él, intensa y salvaje, como un rayo. Pero, antes de que ella tuviera ocasión de descifrarla, él la enjauló de nuevo.

—Sé que soy una cobarde, ¿vale? —Se le hizo un nudo en la garganta. Le empezaron a escocer los ojos—. Créeme, ya lo sé.

Albar se la quedó mirando sin decir nada, y luego dio un paso vacilante hacia ella.

Emeline retrocedió enseguida.

Porque lo cierto era que, en el fondo, sí deseaba poder cantar sus propias canciones. Lo deseaba más que cualquier otra cosa. Lo echaba de menos. Añoraba sacar palabras de sus profundidades como agua de un pozo. Juntarlas como las piezas de un puzle. Encontrar la melodía precisa que encajara con ellas.

Y odiaba que él hubiera conseguido que lo admitiera en voz alta.

—Emeline…

Y otra cosa que odiaba era cómo pronunciaba su nombre. Que su voz pareciera invocar hasta su alma, hacer que asomara a la superficie de su piel.

Se suponía que ya lo había superado.

—Perdóname. —Los ojos le brillaban en medio de aquella semioscuridad—. No tendría que haber dicho eso.

Esa vez, cuando él dio otro paso hacia ella, no se apartó. No la tocó, pero estaban tan cerca que podría haberlo hecho. Olía el bosque en su piel. Sentía su calor como una caricia.

Cuando se miraron a los ojos, el aire ardió.

De repente, ya no estaban rodeados por calles llenas de faroles, sino por los muros del palacio del rey. La luna llena no brillaba sobre sus cabezas; en lugar de eso, la luz provenía de las velas encendidas de los pasillos.

Como por arte de magia, la había acompañado a la puerta de sus aposentos. Como si aquello fuera una cita, y él, un caballero.

—Conocí a una chica una vez —dijo en voz baja— cuyas canciones la ayudaban a enfrentarse a todas las fuerzas más poderosas que ella. —Con cierta vacilación, alargó una mano para acariciar un mechón de pelo que se le había escapado del moño despeinado. Cuando lo hizo, el anillo blanco y sencillo que llevaba en el dedo reflejó la luz de las velas—. A veces me recuerdas a ella.

Emeline se quedó muy quieta observándolo.

—Para ella, cantar era como respirar —prosiguió, sonriendo al recordar, como si pudiera visualizar a esa chica cantando—. Cuando cantaba, se transportaba a un lugar en el que nadie podía tocarla.

¿Sería esa chica la persona que había mencionado Ortiga? ¿La que le había roto el corazón?

—¿Qué le pasó?

Aquella pregunta lo rompió todo. Él dejó caer la mano enseguida y retrocedió, como si acabase de despertar de un hechizo.

—¿Adónde fue? —insistió Emeline.

Él bajó la vista.

—Lejos de mí.

Un silencio pesado se extendió entre los dos. Albar se aclaró la garganta.

—Que duermas bien, Emeline.

Y entonces se dio la vuelta y desapareció.



Aquella noche, tumbada en la cama, Emeline trató de recordar a su antiguo yo. ¿Qué pensaría esa chica de ella, que enterraba sus canciones en una carpeta protegida y se dedicaba a cantar las de otros?

Sintió que le picaban los dedos; anhelaba las cuerdas de una guitarra. De repente, quería aquellas viejas canciones, pero solo podía recordar pedacitos de algunos versos, una progresión de acordes a medias. Por mucho que se esforzara, la eludían, y estaban encerradas detrás de una contraseña que era incapaz de recordar.

«Es tan largo el olvido».

¿Qué clase de pista era esa? Emeline frunció el ceño, molesta consigo misma por haber elegido algo tan abstruso.

Se incorporó. Había luna llena; brillaba, blanca y resplandeciente, a través de la claraboya. Se levantó de la cama y se dirigió a la pared llena de instrumentos para ver qué había. Deslizó la mirada sobre las guitarras hasta detenerla en un ukelele hecho a

mano. Estaba fabricado con arce claro y su manufactura era más exquisita incluso que su Taylor. Tenía una correa con rosas grabadas en el cuero unida a sus dos extremos.

Recordó las páginas que faltaban de la última canción. Era posible que no aparecieran antes de la medianoche del día siguiente y, aunque lograse encontrarlas, tenía menos de veinticuatro horas para aprenderse tres canciones más, además de esa.

«¿Y si la reescribo ahora?», pensó. Tenía las últimas páginas, así que sabía cómo terminaba. También sabía que era un vals. Podía escribir letras nuevas, siguiendo el estilo de las otras canciones del Mago Cantor, y darle su toque personal. El rey estaba loco; lo más probable era que no se diese cuenta. Al fin y al cabo, su Mago llevaba años muerto y su música había estado escondida en el estómago de Garra desde entonces.

Al menos, eran un plan alternativo.

«Pero hace tanto tiempo que no compongo una canción… ¿Y si no me acuerdo de cómo se hace?».

Aun así, podía intentarlo.

Emeline cogió el ukelele de su soporte, se arrellanó en los cojines de terciopelo dorado que había sobre el banquito de la ventana y empezó a afinarlo. Mientras tocaba las cuerdas y componía, pensó en su yayo. En quiénes habían sido el uno para el otro en el pasado. En el aterrador poder del olvido.

Empezó a tocar, probando palabras.

Respiro lento, respiro suave.
El sueño me lleva con él.
Recorro los caminos, azul medianoche,
que se extienden bajo tu piel.

Fue cambiando la letra mientras cantaba, reordenando palabras

y versos. Haciendo que encajasen con los acordes.

Una parte de mi espíritu perdida.
La busco sin encontrarla.
Una parte de belleza extinguida
porque tú has olvidado mi nombre.

Le llevó toda la noche, pero, por la mañana, tenía una canción casi terminada y sentía que su cuerpo irradiaba luz. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había escrito algo propio. Había olvidado lo que la hacía sentir.

«Me hace sentir así de bien», pensó con una sonrisa mientras sus asistentas la ayudaban a prepararse. La metieron en la bañera, la enjabonaron y la frotaron. Le cepillaron el pelo hasta que brillaba tanto como un río bajo el sol del mediodía.

Se sentía como si el mundo por fin se hubiese quedado quieto. Como si todo el peso que no la dejaba avanzar fuese, de repente, ligero como una pluma. Como si estuviese a la altura de cualquier tarea que le pusieran delante.

Se preguntó por qué habría dejado de componer.

VEINTICINCO

Ese día, Emeline se dejó la piel para aprenderse el resto de las canciones. Calíope, al darse cuenta de que a la trovadora del rey apenas le quedaban unas horas antes de su actuación, se compadeció de ella y se quedó bien pasado el crepúsculo para asegurarse de que su pupila se supiera las canciones de cabo a rabo.

Tras la clase, Emeline volvió a sus aposentos, cenó y repasó cada tema por última vez. La última canción —el vals que ella misma había escrito— era la que estaba más verde de todas. Necesitaba ensayarla más.

Dos horas antes de la actuación, cansada de pasearse por sus aposentos, Emeline se colgó el ukelele deslizando la correa sobre el hombro de su vestido gris paloma que llevaba delicados lirios blancos bordados en el cuello y se marchó a dar una vuelta.

Recorrió descalza los suelos fríos de los pasillos del palacio del Rey del Bosque. Su voz reverberaba suavemente mientras rasgueaba el ukelele, marcando con los pasos el ritmo de la canción. Cuando llegó a la sala de la cúpula de cristal, donde había estado aprendiendo las canciones, entró.

Allí, bajo la cúpula, recordó la lección de vals improvisada de Grace en La Bellota y dejó que sus pies siguieran el ritmo. Con el

ukelele en los brazos, cerró los ojos y permitió que sus pies danzaran mientras canturreaba la melodía, tratando de dominarla.

Cuando por fin se detuvo, satisfecha, alguien carraspeó.

Emeline abrió los ojos, sobresaltada. Albar estaba en la entrada, medio escondido en las sombras. No había ninguna lámpara encendida, solo los iluminaba la luz de las estrellas, pero aun así distinguió su jersey de color carbón y el hueco oscuro en el nacimiento de su cuello.

—Te precipitas en el primer compás todo el rato. Intenta alargarlo un poco más.

Emeline apretó el ukelele. Había ido a corregirla, por supuesto.

—¿No decías que no me estabas persiguiendo?

Emergió de las sombras y le tendió la mano.

—Puedo enseñártelo, si quieres.

Emeline se quedó paralizada como un cervatillo asustado, mirándole la palma de la mano.

¿Le estaba pidiendo un baile?

¿Allí? ¿En la oscuridad?

La esperó pacientemente, mirándola con ojos sinceros. Emeline tragó saliva con fuerza, se movió el ukelele sobre el hombro, de forma que quedase pendido de su espalda, y puso su mano sobre la de él.

Cuando Albar reposó su otra mano en la curva de su cintura, ella notó el calor de su piel a través de la seda del vestido. Emeline le puso entonces la mano en el hombro y permitió que la suave lana del jersey le acariciase la palma de la mano.

—Estás demasiado lejos —dijo él, tirando de ella. Su olor estaba por todas partes. Cuero, lana y pino. La tenía cautivada—. Necesitamos algo que marque el tempo. ¿Puedes tararear la canción que estabas cantando?

Emeline se puso roja. ¿Cuánto de ella habría oído?

—Es una de tus canciones, ¿verdad?

Se puso más roja todavía. Estaba como un tomate, seguro. Para disimular, bajó la vista y se quedó mirando los dedos de sus pies, que asomaban bajo el dobladillo del vestido.

—Me ha gustado —insistió él—. Mucho.

La alabanza hizo que se le acelerase el pulso.

—No es mía del todo —admitió.

En lugar de presionarla para que siguiera hablando, Albar asintió y empezó a bailar el vals siguiendo un tempo invisible, dando énfasis al primer compás. Y así, en silencio, danzó con ella por toda la estancia.

—Joel parece majo, por cierto.

Emeline se tropezó. Era lo último que se esperaba que dijera.

Albar esperó a que se recuperase de la sorpresa y continuó.

—Guapo, con labia, bueno con la guitarra…

—¿De qué estás hablando?

—De tu novio. Lo conocí la otra noche, cuando le entregué tu mensaje.

«Ya». Pensar en que Albar hubiera conocido a Joel, en que hubieran mantenido una conversación, la hacía sentir mal.

—No… no es mi novio.

Albar enarcó una ceja.

—¿Estás segura?

Ella lo miró a los ojos. Lo que fue un error, porque solo consiguió animarlo a seguir hablando de Joel.

—Hablamos sobre ti. Dice que lo haces muuuy feliz.

Le molestó su tono burlón, pero no pudo evitar sonrojarse otra vez.

—¿Por qué no te muerdes un poco la lengua, Albar?

Esbozó una media sonrisa y le brillaron los ojos, como si se estuviera imaginando haciendo otras cosas con la lengua.

De nuevo en silencio, la mirada de él se deslizó sobre ella. Viajó despacio por su mandíbula, por su cuello, por sus clavículas, y se detuvo un instante de más en la curva de su hombro. Como si estuviese indicándole todos los lugares que más le gustaría explorar con la lengua.

Y Emeline no pudo evitar imaginárselo. Sus labios sobre su piel desnuda. Pequeños mordisquitos entre beso y beso.

Una llama se prendió en su interior.

«¿Me está provocando?».

Apartó la vista enseguida y dirigió la mirada tras él.

—Lo que te voy a decir ahora no te va a gustar nada —añadió él, sin dejar de hacerla girar y girar por la sala.

—¿Y en qué se diferencia eso de todas las otras veces en las que abres la boca?

Esta vez sonrió abiertamente. Emeline decidió que le gustaba el efecto que una sonrisa tenía en sus labios.

—Ya. Bueno, escúchame. —Ella lo miró, recelosa, pero le hizo un gesto para que continuase—. El rey está cada vez más inestable. Me preocupa lo que pueda a hacer hoy si no puedes cantarle la última canción.

—¿Y qué sugieres?

—Que te marches.

Emeline se tropezó otra vez.

—¡¿Qué?!

La cogió con más fuerza de la cintura para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Yo puedo ayudarte. —Bajó la voz y miró rápidamente las sombras que los rodeaban—. Pero tendrías que irte ahora. Antes de

la actuación.

Emeline no lo entendía. Había guardias por todas partes. En el palacio, patrullando la ciudad, en las puertas…

—¿Cómo?

—Hay una manera —se limitó a decir.

Ella lo miró de hito en hito, bajando el ritmo, obligándolo a él a bajarlo también.

—¿Y mi abuelo? ¿Lo ayudarás a él también?

Se miró los pies.

—Ewan se entregó a sí mismo como diezmo. No puedo hacer nada en todo lo que se refiere a los diezmos. Va en contra del juramento que le hice al rey. Si lo hiciera… —tragó saliva de forma audible—, yo no tendría un buen final. Pero tú… —Levantó la vista —. En lo que respecta a ti, no he hecho ningún juramento.

—¿Esperas que abandone a mi abuelo otra vez? —Negó con la cabeza. No pensaba hacerlo—. No pienso huir.

«No cuando hay una maldición que está devorando el bosque. No cuando estoy tan cerca de lograr lo que me he propuesto».

—Ewan está de acuerdo conmigo —insistió Albar en voz baja—. Fue él quien me sacó el tema. Le dije que haría lo que estuviera en mi mano para convencerte.

Emeline abrió la boca para decirle que no le gustaba nada que hubiera hecho eso a sus espaldas, pero entonces recordó que su yayo le había dicho exactamente lo mismo hacía tres noches.

Y Albar no había terminado.

—Tendrás tu libertad. —La miró con una intensidad sobrecogedora—. No habrá nada que te retenga. Es lo que quieres, Emeline. Es lo que Ewan quiere.

Habían dejado de bailar. La sala de cristal seguía dando vueltas y vueltas alrededor de ellos, pero ellos se habían quedado quietos, y

fueron apartando poco a poco las manos el uno del otro.

Ella lo observó a la luz de las estrellas. Solo los separaban unos centímetros, pero como ahora conocía a qué sabía su boca, conocía el calor que transmitían sus manos al tocar su piel, le parecía que estaba demasiado lejos. Era como una droga y ella se estaba volviendo adicta poco a poco. Cada vez necesitaba una dosis más alta.

—¿Es eso lo que quieres tú? ¿Que me vaya y no vuelva nunca más?

Él respiró hondo.

—Sí —susurró—. Eso es exactamente lo que quiero.

Pero Emeline ya había aprendido a reconocer sus mentiras. Sabía cómo se le tensaba la voz cuando le decía una.

Pensó en el Rey del Bosque, maldito y de ojos salvajes.

«He visto morir a montones de trovadores por ofensas tan nimias como desafinar en una sola nota».

Pensó en aquellas manos duras como la corteza de un árbol, apretándole la garganta, asfixiándola, estrangulándola con fuerza…

Emeline se estremeció. Era posible que esa noche volviera a ocurrir; sabía que lo era. Se había aprendido diez de las canciones del Mago y había reescrito el vals perdido, pero tal vez no bastara con eso.

«He de intentarlo».

Porque la alternativa era escapar sin su yayo y abandonarlo allí, a merced de la maldición. Y la sola idea la atravesaba como una flecha.

Negó con la cabeza. Había abandonado a su abuelo una vez y no pensaba volver a hacerlo. Ni aunque él mismo lo quisiera.

Se puso de puntillas y besó a Albar en la mejilla.

—Gracias por la oferta —susurró—. Pero tengo que probar suerte

con el rey.

Emeline lo dejó allí, bajo la cúpula de cristal, y volvió a su habitación, donde la esperaban sus asistentas.

VEINTISÉIS

Justo antes de la medianoche, su yayo la acompañó hasta el claro donde iba a actuar. Iba bien pegada a él, por si se tropezaba, con el brazo entrelazado con el suyo. Mientras caminaban, él tarareaba la melodía de «Goodbye, Irene», transportando a Emeline a los tiempos en los que él la tocaba al acordeón mientras ella hacía los deberes junto a la chimenea.

Emeline se aferró con fuerza de su brazo.

Poco después se adentraron en la arboleda del rey. El cielo nocturno estaba encapotado, y los gigantescos abedules que los rodeaban tenían las ramas desnudas. Ayudó a su yayo a sentarse a una de las mesas vacías, donde se habían reunido los cortesanos.

Él le estrechó la mano antes de que ella se alejase.

La tierra dura crujía bajo el peso de Emeline, que iba camino de enfrentarse al rey. Se había puesto un chal de punto para protegerse del frío de la noche, pero la temperatura en la arboleda era agradable. El aire parecía resplandecer a su paso. La joven se preguntó si el rey lo habría encantado para que no pasaran frío.

Por fin llegó ante el Rey del Bosque. Esa noche iba vestido de polillas. Miles de ellas se arracimaban sobre su cuerpo, plegando y desplegando sus alas cremosas, como miles de ojos parpadeantes.

Tras él, el trono blanco estaba cubierto de moho negro, y la hierba a sus pies era gris y estaba marchita.

El olor de la magia en el aire era tan denso que Emeline se sintió un poco mareada.

El monarca se inclinó hacia delante.

—¿Estás lista, cantante?

—Sí, mi señor.

—Pues escuchemos esas canciones.

Al principio, al notar la intensidad de la mirada del rey fija sobre ella, le resultó difícil. Estaba acostumbrada a que la cegaran las luces, a que le resultase imposible distinguir los rostros de su público. Pero se dio cuenta de que si se concentraba en la canción que estaba cantando, en lugar de en lo que había a su alrededor, lograba que el rey, la arboleda y los cortesanos se desvanecieran.

Esa noche, lo único que importaba era la música del Mago Cantor, y no tardó en coger el ritmo. Su cuerpo canturreaba, cálido; tamborileaba el ritmo en el suelo con el pie, y las letras brotaban de sus labios: odas a una mujer marcada por la luna, canciones que inmortalizaban su cabello de medianoche y sus ojos azul cobalto.

Mientras Emeline cantaba, una melancolía familiar se fue adueñando de ella.

«Echo de menos esto».

La pureza de la energía de una sala de conciertos. Que cada público fuese distinto. Que la mantuviera despierta, con ganas de complacerlos.

Le devolvía la vida.

Anhelaba salir de gira, ir de ciudad en ciudad, de escenario en escenario. Cantar para un público nuevo cada noche. Ver su nombre en letras grandes, iluminado por los paneles blancos de una marquesina.

«Pronto —pensó—. Pronto estaré en casa, y esta volverá a ser mi vida».

El monarca sonreía mientras la escuchaba. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, presa del embrujo de la voz de Emeline.

Y al ver así a su rey, sereno, los cortesanos se relajaron también, dejándose llevar por las canciones. Movían la cabeza al compás de la música y tamborileaban con los pies.

Lo había logrado.

Había complacido al Rey del Bosque.

Emeline sonrió feliz. Sintió el calor en las mejillas mientras cantaba; por su frente asomaban gotas de sudor fresco. Al cabo de un rato, ya solo le quedaba una canción por cantar. Pronto su abuelo sería libre.

Empezó la última canción. Su canción. La que había escrito con la melodía del vals del Mago Cantor.

Respiro lento, respiro suave.
El sueño me lleva con él.
Recorro los caminos, azul medianoche,
que se extienden bajo tu piel.

Cuando empezó a cantarla, el rey estaba tranquilo y con los ojos cristalinos, en calma. Sin embargo, a medida que avanzaba, la suavidad de su postura comenzó a cambiar.

O tal vez se lo estuviera imaginando.

Una parte de mi espíritu perdida.
La busco sin encontrarla.
Una parte de mi belleza extinguida
porque tú has olvidado mi nombre.

Cuando terminó la segunda estrofa, los ojos del monarca eran dos rendijas. Tenía las manos de corteza tensas y apretadas, como garras.

Sintió una punzada de miedo.

«El rey está cada vez más inestable —le había dicho Albar—. Me preocupa lo que pueda a hacer hoy…».

Cuando empezó la tercera estrofa, el monarca se puso de pie con el rostro encendido de furia. Las polillas que lo vestían abrían y cerraban sus alas de forma errática. Algunas se fueron volando y se perdieron entre las sombras.

—¿Te atreves a desafiarme otra vez, cantante? ¿Otra vez? —Su voz era bronca y estridente, como el graznido de un cuervo.

Emeline sintió un escalofrío.

—La he tenido que reescribir —explicó, retrocediendo, pues él avanzaba hacia ella amenazante como un lobo—. Faltaban partituras. Si no la hubiera reescrito, no habría podido cantarla.

—¡Prendedla!

—Pero yo…

La agarraron de los brazos.

—Me has contrariado profundamente, Emeline Lark. —El rey se cernió sobre ella y su olor a barro y podredumbre la envolvió. Era como si se estuviera descomponiendo—. Te pedí las canciones de mi Mago, no las tuyas. ¿Acaso crees que tu música o tu talento pueden compararse con los de él?

Se le hizo un nudo en la garganta al oír el insulto. No era nada que no hubiese escuchado antes: que sus canciones no eran lo bastante buenas. Que ella no era lo bastante buena. Pero, de todos modos, le dolía. Siempre dolía.

El Rey del Bosque clavó en ella su mirada negra, como una víbora a punto de atacar.

—Como castigo por tu desobediencia, serás ejecutada esta misma noche.

Se le heló la sangre.

—¡¿Qué?!

Con el rabillo del ojo, detectó movimientos entre la multitud de cortesanos. Buscó a su yayo, pero una formación de setonelas le tapaba la vista. Los guardias cercaron a Emeline en el claro.

Cuando se volvió de nuevo hacia el rey, en su lugar se encontró con el hombre más alto y fornido que había visto nunca. Llevaba el mismo uniforme y el mismo casco que los setonelas, pero, en lugar de una lanza, sujetaba un gigantesco cuchillo de carnicero. La luz de la luna se reflejaba en la hoja.

Le empezaron a sudar las manos.

«Mi verdugo —pensó, incapaz de apartar la mirada del cuchillo. Albar la había advertido de que aquello podía pasar. Y Grace también —. ¿Me cortará la cabeza de un solo golpe? ¿O le harán falta varios?».

Estuvo a punto de echar a correr.

Pero de poco le habría servido: estaba rodeada por todas partes. En lugar de huir, empezó a apartarse poco a poco del hombre del cuchillo, pero cuatro setonelas abandonaron su posición de inmediato para apuntarla con sus lanzas de punta de acero y a acorralarla de nuevo ante el verdugo.

—Apártate de ella —dijo una voz áspera y suave a la vez.

Emeline se volvió y vio a Albar abriéndose paso entre el círculo de guardias, seguido de Corvus y de Sable. La sonrisa deslumbrante de Corvus no estaba por ninguna parte, y Sable tenía la boca fruncida en un gesto de rabia.

Los tres iban armados. Como si ya se esperasen que habría problemas.

Albar se puso al lado de Emeline, y Sable y Corvus se colocaron tras ella, como escudos a su espalda.

Emeline miró a Albar.

—¿Qué estáis haciendo?

Estaban jugándose la vida por ayudarla.

—¿A ti qué te parece?

Estaba allí plantado, firme, enraizado a su lado, con el rostro endurecido por la furia. No apartaba la vista del verdugo, que seguía avanzando hacia ellos.

—Solo conseguiréis que os mate a vosotros también —le dijo.

—La maldición viene a por todos nosotros. Estamos condenados, hagamos lo que hagamos.

Antes de que ella le pudiera responder, Albar desenvainó la espada que llevaba a la espalda, arañando la vaina con la hoja de acero, que luego silbó en el aire.

El verdugo se detuvo, inseguro de repente.

—¿Qué significa esto? —bramó el rey desde su trono, al que había regresado para disfrutar del espectáculo. Se puso de pie con brusquedad y las polillas que lo envolvían se desperdigaron por los aires y huyeron revoloteando en la oscuridad de la noche—. ¿Así es como vas a pagarme todo lo que he hecho por ti?

Emeline miró a Albar. ¿Qué había hecho el rey por él?

Los ojos del monarca eran dos dagas que apuntaban a su recaudador de diezmos.

—Con todos mis respetos, mi señor, creo que en esta corte ya se ha derramado suficiente sangre. No puedo quedarme quieto y dejar que derraméis aún más.

—¿Te crees que puedes detenerme? ¿A mí? ¡Soy el rey! —Su voz rascaba de forma estridente, como las ramas muertas de un árbol sobre un cristal—. ¡Prendedlos a todos!

El cerco de setonelas se estrechó. Sus armaduras repiqueteaban mientras enjaulaban a sus presas.

Emeline se acercó a Albar. «¡Piensa!». ¿Cómo podía salvarlos? ¿Qué deseaba el Rey del Bosque por encima de todas las cosas?

«Recuperar a su Mago Cantor».

Eso no se lo podía dar. Pero si no era eso…

Su versión del vals del Mago había enfurecido al monarca: quería la canción de su queridísimo trovador, y no la suya. Si, de algún modo, lograba llevarle la canción perdida del trovador muerto, ¿bastaría eso para sacarlos de aquel atolladero?

Tenía que intentarlo.

—¡Sé dónde están las partituras que faltan! —farfulló.

—¡Emeline! —la reprendió Albar entre dientes, imaginando que era mentira.

Pero como el plan de Albar consistía en blandir la espada con la esperanza de que los setonelas, que superaban en número a él y a sus amigos, recularan, ella no le hizo caso. Miró a los ojos al Rey del Bosque, cuya mirada feroz había abandonado a su recaudador de diezmos.

Lo único con lo que contaba Emeline era con su miedo y su ingenio, así que se aferró a ellos con uñas y dientes.

—Dejad que vaya a buscar las partituras que faltan —le rogó con voz firme, clara y sonora como el repicar de una campana—. Dadme una última oportunidad. Si lo consigo, tendréis todas las canciones de vuestro querido Mago. Si después de eso, os vuelvo a contrariar, vuestro próximo trovador podrá cantároslas.

—Dime dónde están las partituras —ordenó el rey con avidez en la mirada.

—En las tierras fronterizas —mintió—. Dejadme ir a por ellas. Os las traeré, lo prometo.

El monarca entornó los ojos.

—Dime dónde están y mi recaudador de diezmos irá a buscarlas.

Ella negó con la cabeza.

—Solo yo puedo encontrarlas.

—¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que voy a confiar en que regreses?

—En ese caso, obligadla a volver —intervino Albar. Ella lo miró, sorprendida—. Permitidme ser su garantía.

«¿Garantía?».

El rey guardó silencio y los contempló, pensativo. Algunas de las polillas que habían escapado volvieron para posarse con vacilación sobre sus hombros y su cabeza, abriendo y cerrando las alas de nuevo.

—Que así sea. —La voz del monarca había adoptado un matiz letal. Se volvió hacia Emeline y dijo—: Te daré permiso para ir a las tierras fronterizas a buscar las partituras. Y si no vuelves… —Dirigió a Albar una mirada cruel—. Tu garantía pagará el precio de tu desobediencia.

«¿Que pagará el precio?».

—¿Qué significa eso?

—Acepta y punto, Emeline —dijo Albar.

Estaba molesta. No. Necesitaba saber en qué se estaba metiendo exactamente, por si había algún truco.

—¿Qué precio pagará Albar si no regreso?

El Rey del Bosque sonrió.

—Si no regresas, será ejecutado en tu lugar.

Se le cayó el alma a los pies. «¿Ejecutado en mi lugar?».

Negó con la cabeza.

—No. De ningún modo. —¡Ni siquiera sabía dónde estaban las partituras! Era imposible que volviera a tiempo para salvarlo.

—¿Qué otra opción tienes? —dijo Albar—. O morimos todos aquí esta noche o aceptas su oferta.

Emeline miró atrás, a Sable y Corvus, que también estaban rodeados. Habían acudido en su defensa con valentía. No podía permitir que murieran allí.

Pero se negaba a permitir que ejecutaran a Albar en su lugar, así que, como no sabía dónde estaban las partituras, tendría que volver y aceptar que el rey la matara a ella. Tragó saliva y miró a la multitud de cortesanos, buscando a su abuelo. Había una persona más a la que tenía que salvar.

—Está bien. Acepto. —Por fin lo localizó con la mirada. La estaba mirando desde detrás de los setonelas—. Pero solo si mi abuelo viene conmigo. —Se volvió hacia el rey—. Y una vez que salga del bosque, quiero vuestra promesa de que jamás volveréis a tocarlo.

En los ojos del monarca llamearon chispas de fuego negro, pero, fuera cual fuese la ira que ella había incitado, el hombre la mantuvo a raya.

—Muy bien. Así será. Tienes dos días, Emeline Lark. Si no has cruzado mis puertas en el crepúsculo del segundo día, tu sentencia será ejecutada, y será Albar quien ocupe tu lugar.

Hizo un gesto a dos de los guardias, que se dirigieron hacia el recaudador. Albar envainó su espada al verlos, se la quitó de la espalda y la entregó. Los dos hombres lo obligaron a darse la vuelta y luego le ataron las manos.

—Emeline…

Ella asintió.

—A la hora del crepúsculo, dentro de dos días. Lo sé. Volveré antes de esa hora.

—No —se negó Albar con voz firme, obligándola a mirarlo a los ojos—. Si te queda algo de sentido común, para entonces ya estarás

muy lejos de aquí.

Emeline frunció el ceño. ¿Le estaba pidiendo que huyera y lo dejara morir?

—No pienso abandonarte. No pienso dejar que te maten.

Él bajó la vista hacia la hierba.

—Soy demasiado valioso para el rey. No permitirá que me hagan daño.

Pero el monarca estaba maldito y era inestable; él mismo se lo había dicho. Y, por si su comportamiento aquella noche no era prueba suficiente, la pared de calaveras de la cripta también lo atestiguaba. Emeline no tenía ninguna duda de que el rey cumpliría su amenaza.

Albar le estaba mintiendo para salvarla.

Enfadada porque estuviese tratando de engañarla de nuevo, y esta vez pagando el coste con su propia vida, apretó los dientes y dio un paso hacia él.

—Un día de estos vas a tener que rendir cuentas por todas tus mentiras, Albar Fell.

Él la miró fijamente a los ojos.

—Ya he tenido que hacerlo, cariño. Créeme.

Albar no dejó de mirarla mientras los guardias tiraban de él, alejándolo de ella. Había mucha tristeza en su mirada despareja. Algo que le recordaba cómo miraba ella a su abuelo en sus peores días.

Era un pensamiento extraño en un momento como aquel. Un pensamiento extraño que se le alojó entre las costillas como un peso muerto.

Cuando Lamento dejó a Emeline y a su abuelo en la linde del bosque ya casi despuntaba el alba. Ella desmontó de la yegua mientras el cielo se encendía. Tras ayudar al anciano a bajar de la silla, ambos se volvieron hacia la casa a la vez.

Casi no podía creerlo.

Inhaló el olor de los viñedos y dejó que la calma que emanaban la anegara. El sol todavía no había salido y en el aire había una suerte de resplandor, como una promesa. Su corazón canturreaba con ella.

«Mi casa».

Pero, a la vez, era una imagen agridulce. En lugar de sentirse libre de la corte del Rey del Bosque, era como si tuviera unas esposas invisibles en los tobillos con unas cadenas que llevaban directas al monarca.

Le había mentido. No tenía ni idea de dónde estaban las partituras que faltaban, y dudaba mucho que se encontraran allí, más allá del bosque. Pero si no regresaba dentro de dos días con esas partituras, Albar sería ejecutado.

Se le encogió dolorosamente el corazón.

«Al menos lo he salvado a él», pensó mientras lo miraba cruzar la linde de los árboles y avanzar hacia la casa. Pero si ella estaba muerta dentro de dos días, ¿quién se aseguraría de que cuidaran de él? Cuando se disponía a seguir a su abuelo, Lamento le mordió el jersey, impidiendo que se alejara.

Emeline miró a la yegua con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Lamento la soltó y dio unos golpecitos con el morro a una pequeña alforja, como pidiéndole que la abriera. Emeline desabrochó las hebillas de latón y metió la mano en el saco de cuero. Dentro había un paquetito envuelto en seda de color azul

medianoche y atado con un lazo dorado. Desató el lazo a toda prisa, movida por la curiosidad. La seda cayó enseguida, revelando un pequeño puñal envainado. Era del mismo tamaño que la navaja que su yayo llevaba siempre en el cinturón cuando trabajaba en sus viñedos.

Acarició la funda de cuero, que estaba enaceitada y cosida con mimo, y luego sacó el puñal. La empuñadura era de madera rojiza, de cerezo, tal vez. Tenía un nudo, lo que le confería una extrañeza elegante. Sin embargo, fue la hoja lo que más llamó su atención. La superficie brillaba del mismo modo que la espada de Albar, como si contuviera una especie de hechizo.

Había también un pedacito de papel doblado. Lo desdobló y leyó la nota escrita con mano temblorosa:

El acero corriente no les hace nada a las pieles de sombra,
pero este sí. Lleva este puñal contigo.

Sable

Emeline pensó en la cambiaformas de ojos dorados y miró a toda prisa por entre los árboles, a los que la luz apenas empezaba a iluminar. Pero allí no había nadie.

No se sentía merecedora de un regalo como ese.

—Si la ves, dale las gracias de mi parte —le pidió a Lamento.

La ascuaballo resopló a modo de respuesta.

Emeline se dio la vuelta y abandonó el bosque.

VEINTISIETE

Cuando Maisie se enteró de que su abuelo estaba en casa, organizó un festín e invitó a todos los vecinos a cenar.

Estaba a punto de ponerse el sol, y la casa de su abuelo era una fiesta.

Las conversaciones se elevaban sobre ellos como nubes de humo, pues sus vecinos, los hombres y mujeres que habían ayudado a su abuelo a criarla, estaban sentados a la gran mesa del salón. El olor de las patatas con romero y el cordero asado hacía que a Emeline le rugiera el estómago. Se frotó los ojos; tenía la sensación de no haber dormido en una semana.

—¡Emmie! —gritó Corny desde el otro extremo de la mesa. Era un hombre entusiasta de complexión atlética y voz atronadora. Su mujer y él eran los dueños de la bodega de Edgewood—. Ewan está contando unas historias muy raras. ¿No nos lo podrás explicar tú?

Emeline miró a su alrededor y recordó cómo, hacía apenas una semana, no creía en aquellas historias que aquellos mismos vecinos le habían contado durante su infancia. Historias sobre un rey cruel y su corte de monstruos que ella había considerado poco más que desvaríos, formas de lidiar con las injusticias de la vida.

Pero ahora sí creía en ellas. Y cuando relató a sus vecinos que su

yayo se había entregado a sí mismo como diezmo para escapar de la Residencia Páramo, que ella lo había salvado por los pelos de las garras del Rey del Bosque y que este quería que ella fuese la trovadora de su corte, también la creyeron. Sin dudarlo ni por un solo segundo.

Cuando terminó de contar su historia, Anya, la mujer de Corny, se inclinó hacia ella, asomando por delante de su marido. Tenía el pelo rojo y fino delante de los ojos.

—¿Cómo es montar en ascuaballo?

Después de que le contestara, Abel, el padre de Grace, que estaba sentado al otro lado de la mesa, dijo:

—Yo vi un ascuaballo una vez. Estaba comiendo manzanas de los manzanos de mi huerto. Primero pensé que uno de los caballos de Corny estaba pastando donde no le tocaba, pero cuando fui a recogerlo para devolvérselo, el animal me miró y vi que sus ojos eran rojos como el fuego.

Aquello suscitó más preguntas.

—¿Cómo escapaste de la piel de sombra, Emmie?

—¿Has conocido a algún cambiaformas?

Y a las preguntas siguieron más y más historias.

Eshe, la madre de Grace, contó lo que le ocurrió a ella la primera vez que vio una piel de sombra. Había estado merodeando por su casa, pisoteándole las flores del jardín, y se había asomado por todas las ventanas. Ella estaba escondida en la planta de arriba.

Anya relató su último avistamiento de un cambiaformas. Los coyotes tenían aterrorizados a sus caballos, así que un día, después de atisbar a uno cerca de los establos, había cogido el rifle de Corny y lo había seguido por el bosque. Cuando por fin lo pilló, lo que encontró no era un coyote, sino un niño con ojos lobunos y una maraña de pelo negro.

Mientras todos iban contando sus historias, Tom estaba apoyado en el respaldo de su silla, callado, con la mirada perdida en su copa de vino. A Emeline le pareció extraño. Él era el único que había estado en la corte del Rey del Bosque o, al menos, eso les había contado, así que estaba segura de que tendría más historias que contar que ninguno de ellos.

Al final, empezaron la cena y las conversaciones viraron hacia otros temas.

—¡Ewan! —Corny señaló a su abuelo con el tenedor—. ¿Dónde tienes el acordeón? ¿No nos vas a tocar nada?

El anciano se toqueteó el reloj.

—Bah… Qué interés vais a tener en ver tocar a un viejo…

—¡Pues todo el del mundo! —Corny estaba un poco rojo. Emeline se peguntó cuánto vino habría bebido—. ¿Dónde está? Yo voy a buscarlo.

—Después de cenar, Corny —le dijo Anya sin levantar la vista, ya que estaba cortando el cordero.

—¿Qué haces? —le preguntó Corny al abuelo en voz baja—. ¿Por qué te miras el reloj todo el rato?

Encima del anciano había un cuadro enorme de su finca. En él, los viñedos estaban medio escondidos detrás del granero marrón rojizo, y más allá de los campos, se divisaban los bosques.

Su abuelo sacudió la muñeca y luego giró la ruedecita de metal.

—Creo que está roto.

—¿Qué hora marca? —Corny echó un vistazo a su muñeca.

—Las once y media.

—A ver… Marca las siete y media. —Corny hizo un mohín cuando levantó la vista del reloj para mirar a su abuelo, pero enseguida recuperó su radiante sonrisa—. Igual que el mío. ¡No te preocupes! Funciona perfectamente.

Él anciano frunció el ceño preocupado, y estudió la superficie de cristal del reloj. A Emeline se le encogió el corazón, pero Corny ni se inmutó, y tampoco pareció preocuparse en absoluto por su amigo.

En ese momento, a pesar del bullicio de las diferentes conversaciones entre los vecinos, Emeline oyó que alguien llamaba a la puerta. Se puso de pie y fue a ver quién era.

No estaba preparada para ver a la persona que se encontró al abrir.

—¿Joel?

El resplandor de las luces del porche iluminaba a un joven alto y delgado, pero fuerte. Llevaba unos vaqueros oscuros que se ajustaban a sus piernas tonificadas, y el pelo rubio rapado por los lados, pero más largo por arriba. Se lo apartó de los ojos. En la entrada, su Volkswagen rojo soltaba algún que otro chasquido mientras el motor se enfriaba después del largo viaje.

—¡Menos mal! ¡Llevo días intentando llamarte! —Joel la sacó del umbral de un tirón y la abrazó, estrechándola con fuerza. Con él llegó el olor a café fuerte, a su perfume y a todo lo que le resultaba familiar. Le recordó que había todo un mundo ahí afuera. Su mundo. Un mundo al que quería regresar desesperadamente.

—¿Has venido conduciendo desde Montreal? —preguntó ella, escapando de entre sus brazos. Estaban casi en octubre, y su aliento ya formaba pequeñas nubecillas en el aire frío.

—Sí, estaba preocupadísimo. —La examinó con los ojos azul cielo—. Supe que algo no andaba bien en cuanto apareció aquel bicho raro con tu nota.

Emeline se quedó de piedra. «Debe de referirse a Albar».

—¿Estás bien?

Tragó saliva, y con ella el recuerdo del recaudador de diezmos, y asintió.

—No hacía falta que vinieras. Te dije en mi carta que no te preocuparas.

Él se encogió de hombros.

—Quería verte.

Emeline debería haberse alegrado de verle y, en cambio…, no sentía nada. Nada en absoluto.

Él ladeó la cabeza.

—¿Es que no vas a invitarme a pasar?

—Ah, sí. Claro. —Dio un paso atrás para dejarlo entrar—. Estábamos cenando.

Joel la siguió al interior de la casa, se quitó el abrigo, lo dejó en el respaldo de una silla y se quitó los botines de una patada.

—¿Quién era el tipo que me trajo tu nota? Estuvo mirándome fatal todo el rato. No sé qué le hice para caerle tan mal.

—Mira mal a todo el mundo. No le des más vueltas. —Se volvió y lo condujo hasta el comedor. Allí, cogió una silla más, lo presentó y luego fue a buscarle un plato.

Joel parecía estar a punto de continuar con la conversación cuando Corny apareció en la puerta.

—¡Ewan! ¡He encontrado tu acordeón!

—Corny, en serio… —empezó a protestar su mujer, pero se interrumpió al ver que el anciano se levantaba poco a poco de la silla.

Joel se acercó a Emeline y susurró:

—Vaya fiesta, ¿no?

Ella asintió. Las cenas en Edgewood siempre lo eran.

—No sé si me voy a acordar… —se excusó su abuelo mientras cogía las dos gruesas cuerdas rojas que le tendía su amigo.

Corny sostenía el acordeón blanco y plateado, vacilante, sin saber muy bien si el anciano podría aguantar su peso.

—¿Necesitas ayuda?

Ewan negó con la cabeza.

—No, no; estoy bien. —Se colgó las correas de los hombros, de forma que el acordeón quedó frente a su pecho, y fue hacia la salita adyacente al comedor, donde había más espacio.

Allí, con su rebeca gris oscuro y la atención de todo el mundo, descansó la mano derecha en las teclas blancas y negras que recorrían uno de los lados del instrumento. La izquierda la puso sobre los botones plateados del lado opuesto.

Titubeó solo un instante, y luego empezó a tocar. Con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás.

Con las correas de terciopelo rojo colgadas de cada brazo, avanzaba despacio. Movía los dedos con seguridad sobre las teclas, apretando botones mientras abría y cerraba el acordeón, haciendo que el instrumento se alargara y se acortara, con su interior rojo moviéndose como una lengua.

Tocó canción tras canción sin vacilar.

Emeline estaba perpleja. Lo observó sin poder quitarse de la cabeza que hacía apenas unos minutos no había sido capaz de leer la hora en su reloj. Sin embargo, ahí estaba: aunque debía de hacer años que no cogía el acordeón, acababa de tocar cinco canciones seguidas. ¿Cómo era posible que fuese capaz de hacer eso y no recordase algo que sabía hacer el día anterior?

En la sexta canción, sus dedos empezaron a tropezarse y se le aceleró la respiración. Tocó la misma parte dos veces.

Corny fue junto a él al darse cuenta.

—¡Ewan! ¡Ha sido fantástico!

El anciano se quitó las correas y Corny cogió el pesado instrumento y lo dejó en el suelo. Luego ayudó a su amigo a volver a la mesa y todos en la sala prorrumpieron en aplausos. En el rostro

de su yayo empezó a dibujarse poco a poco una sonrisa, y finalmente acabó haciendo una reverencia con gesto juguetón.

Joel rodeó los hombros de Emeline con el brazo.

—¿Quieres que nos larguemos de aquí?

Ella lo miró con el ceño fruncido. ¿Cómo iba a querer irse si ella y su abuelo prácticamente acababan de llegar? Pero, claro, Joel no lo sabía. Y tampoco sabía que disponía de muy poco tiempo para estar con la gente a la que quería. En su carta, no le había contado nada del Rey del Bosque ni de su corte, así que Joel pensaba que llevaba allí toda la semana y que debía de estar desesperada por escapar.

—Me gustaría quedarme, si no te importa.

—Vamos, Em… No te he visto en una semana. —Deslizó el dorso de los dedos por un lado de su cuello. A ella se le puso la piel de gallina, irritada—. He conducido durante siete horas solo para verte.

«A pesar de que te pedí que no lo hicieras», pensó ella.

—Me gustaría tenerte para mí un ratito. —Cogió la cerveza que ella le había traído de la nevera, de una marca que le gustaba a Corny y a su abuelo, y dio un trago. Enseguida arrugó la nariz y, tras echarle un vistazo a la lata, la dejó sobre la mesa—. Dentro de dos días te irás de gira, y entonces a saber cuándo podremos volver a vernos.

¡La gira! Había estado tan centrada en aprenderse las canciones del Mago Cantor que casi se había olvidado de la gira. En solo unos días, sería la telonera de los Perennials, y no solo compartiría el escenario con ellos, sino que se pasaría casi un mes viajando con el grupo por tres países distintos.

Solo que… no.

Aquello no sucedería nunca. A no ser que se obrase un milagro y encontrase las partituras perdidas del Mago Cantor. «O eso, o hago

lo que Albar me ha propuesto y no vuelvo a la corte del Rey del Bosque nunca más… y dejo que muera en mi lugar». Un escalofrío se le extendió por todo el cuerpo y notó que se le helaba el corazón. Tenía que tratar de encontrar las partituras.

Pero ¿por dónde iba a empezar?

Joel la atrajo hacia sí y el olor de su perfume invadió sus sentidos. Normalmente, no le molestaba, pero esa noche le resultaba artificial y sofocante. Además, mientras él la tenía así cogida, con el brazo rodeándole el cuello, se sintió atrapada.

Cerró los ojos y respiró hondo. Sin embargo, cuando exhaló, la sensación permaneció con ella.

«No quiero estar con él», comprendió.

Era lo que le pasaba siempre.

Con todos y cada uno de los hombres con los que había salido.

—Ahora vuelvo —se excusó, abrumada por la necesidad de escapar. Se desenredó de Joel, se levantó de la silla y huyó del comedor abarrotado de gente.

No tenía ningún plan; solo un impulso. Y ese impulso la llevó a la puerta del jardín, donde metió los pies en unas botas de agua que no eran suyas (por su tamaño, debían de ser de Maisie) y se puso un gorro de lana (que, por el olor dulce a tabaco, debía de ser de Tom) y una de las rebecas de su yayo.

Fuera, la noche derramó su frío aliento sobre su piel. Emeline se dirigió a los árboles, que aguardaban bajo el cielo negro, con sus ramas ululando y rozando el viento.

«Emeline —susurraron—, vuelve con nosotros».

Emeline quiso culpar al bosque por su incapacidad de tener una vida normal. Por tener que llevarse al bosque con ella a cada bolo, cada escenario y cada concierto. Por no ser capaz de mantener una relación durante demasiado tiempo con chicos majos y normales, ya

que rompía con ellos en cuanto querían algo más serio.

En ese momento, mientras contemplaba los árboles oscuros, se preguntó:

«¿Y si no es el bosque? ¿Y si soy yo?».

Se detuvo cuando llegó al hueco en el seto a respirar el aroma a corteza y a pino, a escuchar los gemidos y las llamadas del bosque. Tan distintos de los ruidos discordantes y los olores de la ciudad.

El bosque se alzaba a su alrededor, vasto e impredecible. Allí, en el sotobosque, bajo los helechos, yacía algo inmenso y sin nombre, algo que se enredaba con las raíces de los viejos árboles, que palpitaba bajo las plantas de sus pies. Allí, la hambrienta canción de los bosques latía como un corazón. Y la llamaba.

Su poder la aterrorizaba.

«¿Y si me aterroriza porque lo deseo?».

Dio un paso atrás para alejarse de la linde del bosque.

«No».

Emeline se había pasado la infancia entera soñando con grandes ciudades. Con las luces resplandecientes, con su energía vibrante. Siempre había sido presa del embrujo embriagador de la ciudad.

Sí, en ella, los olores y los sonidos eran distintos. Y nunca oscurecía. No de verdad. No lo bastante para ver las estrellas.

Tampoco había nada salvaje en la ciudad.

No había nada libre.

Pero ella era música y aquel era su ambiente. «Aquí es donde están las oportunidades —le decía a menudo su representante—. Aquí es donde tienes que estar». Y ella estaba de acuerdo con él. Edgewood era un pueblucho perdido en mitad de la nada del que nadie conseguía largarse jamás. Ella era una de las pocas que lo había conseguido.

Entonces ¿por qué se sentía constantemente llamada a volver?

VEINTIOCHO

A la mañana siguiente, cuando Emeline se despertó, encontró a Joel en la cama, a su lado, mirando el móvil.

—Buenos días, preciosa. —La abrazó y la atrajo hacia sí sin dejar de mirar la pantalla. Cuando le deslizó una mano por la barriga, los últimos retazos de sueño que le quedaban se desvanecieron al instante. Se le puso todo el cuerpo tenso. «Tengo que acabar con esto. Ahora mismo».

—Joel…

—Dime.

—No puedo seguir…

Él bajó el móvil y la miró.

—¿Seguir… con qué?

Ella se quedó mirando al techo, buscando con ahínco formas en el gotelé blanco.

—Con lo nuestro.

Joel se quedó en silencio. El aire pareció enrarecerse entre los dos.

—Has pasado por unos días difíciles, Em…

Sí, era cierto. Pero el problema no era ese.

O quizá fuera exactamente ese.

—Ya hablaremos de esto cuando lleguemos a Montreal, ¿vale? —añadió él—. Cuando estés lejos de este sitio y vuelvas a ser la de siempre.

A Emeline le entraron ganas de reír. ¿La misma de siempre?

«¿Y esa quién es?».

—No voy a cambiar de opinión.

Él no la oyó. O quizá estaba pasando de ella. Era algo que hacía a veces, cuando pensaba que estaba equivocada. Era como si no tuviera intención de discutir, como si se limitase a seguir adelante y hacer lo que él quisiera de todos modos.

—Lo siento —dijo ella, mirándolo.

Como era de esperar, él cambio de tema.

—¿Esta es tu madre? —Alargó una mano hacia la mesita de noche, donde había un marco con una fotografía.

Emeline no quería dejar el tema. Quería terminar su relación con Joel de una vez y pasar página. Sin embargo, cuando él se tumbó, alzó el marco con las dos manos y se quedó en silencio.

—Bueno, pues ya sabemos de dónde sacas esa belleza. —Joel sonrió y le pasó la fotografía. Luego le dio un beso en la mejilla y se levantó de la cama.

Emeline se quedó mirando la foto con atención. A Joel ya ni lo veía ni lo oía.

La foto era de su madre y de Tom, cuando era mucho más joven. Estaban en la playa, de espaldas a la cámara y mirándose el uno al otro, ofreciéndole a Emeline una imagen de sus rostros de perfil. El cielo, en la distancia, era del más puro azul. Tenían arena brillante pegada a la piel y en la espalda de Tom había una raya blanca de protector solar. Rose tenía un pequeño tatuaje en el pálido omóplato. Una luna creciente.

Pero lo que más le llamó la atención fue la expresión en el rostro

de su madre.

En el interior del marco, Rose Lark estaba mirando a Tomás Pérez y sonriendo como si le fuese a estallar el corazón de felicidad.

No era la primera vez que Emeline veía una sonrisa como aquella. Era la misma que había en el rostro de Grace Abel cuando miraba a Sable Thorne.

Cogió el marco de fotos con tanta fuerza que se hizo daño en los dedos.

Tom y ella nunca habían hablado de ello, pero Emeline lo sabía de todos modos: Tom y su madre habían tenido una historia. Una vez, cuando ella era más pequeña y estaba horneando tartas con Maisie y Eshe, oyó que la primera le susurraba a la segunda que Tom y Rose habían salido juntos durante años. Todo el mundo pensaba que eran una pareja consolidada… Hasta que Rose le rompió a Tom el corazón quedándose embarazada de otro hombre. Un hombre cuyo nombre se negó a revelar.

En aquel entonces, Tom viajaba constantemente de un sitio a otro sacando fotografías para *National Geographic*. Cuando se enteró de la noticia, aceptó un proyecto en el otro lado del mundo y pasó mucho tiempo sin volver a Edgewood.

Nadie había visto a Rose ni había sabido nada de ella en diecinueve años. No desde el día que había abandonado a su bebé recién nacida, Emeline, dejándola en la cuna, llorando.

Una historia que antes la entristecía, pero que ya no le despertaba ninguna emoción.

¿Qué hacía esa foto en su mesita de noche? Debería estar en el garaje, junto a los demás objetos personales que había empaquetado antes de poner la casa en venta.

Miró a Tom y recordó lo callado y reservado que había estado durante la cena. Había sido él quien le había descrito la Ciudad del

Rey cuando era niña, quien le había enseñado a distinguir a los cambiaformas por sus sombras.

Si Tom había pasado tiempo en la corte del Rey del Bosque, tal vez supiera algo sobre las partituras perdidas del Mago Cantor. Aunque era mucho pedir. Pero, aunque no supiera eso, sí que sabría otras cosas. Cosas que tal vez pudieran ayudarla.

Unos números rojos iluminaban su viejo reloj digital. Las 12.13. Ya era más de mediodía.

Había dormido toda la mañana.

Se levantó de la cama, se puso unos vaqueros limpios y una camisa de flores y se metió el puñal de Sable en el cinturón. Tras pasar sigilosamente junto al baño, donde Joel se estaba duchando, se fue a buscar a Tomás Pérez.



El sendero que cruzaba los viñedos de su yayo despedía cierto calor bajo sus pies desnudos. Serpenteaba por detrás de la granja de Eshe y Abel, y era el mismo camino que había recorrido de niña, cuando iba de una casa a otra de sus vecinos. Llevó a Emeline fielmente a su destino: una casa revestida de tablones blancos que estaba en la linde del bosque.

La puerta del garaje de Tom estaba abierta de par en par, dejando pasar los olores a metal y grasa de su taller. Emeline se dispuso a entrar, pero giró al verlo aparecer por detrás de la casa.

Tom se volvió hacia ella al oír sus pasos. Se le hinchó el pecho al coger aire con brusquedad, como si hubiera visto un fantasma.

—Emmie… —Sacudió la cabeza—. Por un segundo me ha parecido que… —Tenía las mejillas sonrosadas del frío y el viento le

echaba el pelo oscuro hacia atrás—. Cada vez me recuerdas más a tu madre.

Emeline arrugó la nariz. No le gustaba parecerse a la mujer que la había abandonado cuando era un bebé sin mirar atrás ni una sola vez. Así que cambió de tema.

—Cuando estuviste en la corte del rey, ¿llegaste a conocer al Mago Cantor?

Tom se puso tenso.

—Pues claro, pequeña.

—¿Qué sabes sobre él?

Tom se frotó los ojos con una mano.

—Que para el Rey del Bosque tiene un valor incalculable. Que no es solo un trovador, sino una especie de hechicero. Si el rey necesita algo, el Mago Cantor se lo consigue gracias a la magia de su voz.

Le resultaba extraño. Tom hablaba como si el Mago no estuviese muerto.

El hombre se volvió hacia el bosque.

—Pero sacrificó algo muy valioso a cambio de su poder. Dio su voz a los bosques como diezmo, así que, si algún día quiere volver a este mundo, será un hombre mudo. Una sombra del cantante famoso que era.

—¿Cómo sabes todo eso?

Hizo una mueca y apartó la vista.

—Porque tu madre me lo contó.

Emeline lo miró de hito en hito.

—¿Mi madre? ¿Qué quieres decir? ¿Y cómo sabía ella todo eso? —Y, como hablaba del trovador como si siguiera vivo, añadió—: El Mago Cantor está muerto, Tom.

Se volvió hacia ella con brusquedad.

—¿Muerto?

—Lo mató una bruja a la que llaman la Vil.

Él arrugó el ceño.

—Muerto… No puede ser. ¿Estás segura?

Emeline asintió.

—Dices que mi madre lo conocía. ¿Cómo es eso posible? —insistió.

Tom respiró hondo y se pasó una mano por el pelo alborotado por el viento.

—No va a salir nada bueno de esto, cariño. Déjalo estar.

Emeline se interpuso entre Tom y los bosques. De ningún modo iba a dejarlo estar. Se sacó la fotografía, que llevaba doblada en el bolsillo, la desdobló y se la enseñó.

—La fecha del dorso es de un año antes de que yo naciera. ¿Cómo es posible que a ti te estuviera mirando así entonces, como si fueras lo único que amaba en el mundo, y unos meses después se quedase embarazada de otro?

Tom cogió la foto con fuerza, como si se estuviese ahogando y fuese un salvavidas.

—Quería impresionarla —susurró—. O quizá quería impresionarlos a ellos, no lo sé. —Desvió la mirada hacia el bosque, y su nuez subió y bajó visiblemente cuando tragó saliva. Era como si, pronunciando esas palabras, estuviese perdiendo una batalla—. Yo mismo la llevé a la Ciudad del Rey. Quería que la viera. Que la amara igual que la amaba yo. Y así fue. Pero además…

Dobló la fotografía y se la devolvió.

—Tienes que contármelo todo. —Emeline lo miró fijamente—. Era mi madre.

Él asintió. Tenía los ojos brillantes.

—Se enamoró de otra persona.

—¿De quién?

—No me lo quiso decir. —Pero, a juzgar por la mirada que le ensombreció el rostro, albergaba sus sospechas—. La tenía absolutamente encandilada. Empezó a no presentarse a su trabajo en la cafetería, como si ya no le importase nada. Se olvidaba de comer, no dormía… Era… inalcanzable. Vivía en un sueño. Así que, cuando, después de haberse pasado meses en la corte, volvió a casa embarazada, no lo soporté. No fui capaz de verla y… Y me fui.

—Porque el bebé era de ese hombre… —murmuró Emeline.

Pero eso significaba…

«Mi padre es alguien del bosque».

De repente, sintió que perdía el equilibrio.

Tom la cogió del brazo para que no se cayera. La tristeza que se había adueñado de él desapareció, dejando espacio a una cálida ternura.

—Cuando volví, tras pasar fuera tres años, no quería ni mirarte. Evité ir a casa de Ewan durante meses. De hecho, evitaba ir a casa de nadie por si tú estabas allí. Y entonces, un día, Ewan vino a verme hecho una furia y me dijo: «Ya vale, ¿no? Esta es Emeline Lark, mi orgullo y mi alegría». Solo me hizo falta mirarte una vez para que mi rabia se esfumara de golpe. Con una de tus sonrisas tímidas derretiste toda mi ira.

A Emeline le escocían los ojos. Tom la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza.

—¿Por qué nadie me había contado nada de esto? —susurró con la cara pegada a su chaqueta, respirando el familiar olor a tabaco.

—Porque tu madre no quería que lo supiera nadie, y yo le prometí que le guardaría el secreto.

Emeline se apartó y lo miró.

Él estaba mirando de nuevo al bosque con los ojos entelados.

—A veces me pregunto si malinterpreté las señales. Hacia el final

estaba tan… vacía. Era como si el amor la estuviese consumiendo. Como si le estuviese haciendo olvidar todas las cosas que habían sido importantes para ella. Casi como si… —Tom sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar un mal sueño—. Estoy seguro de que era cosa de mi imaginación, de que solo veía lo que quería ver. En cualquier caso, ahora ya no importa. Rose tomó su decisión.

—¿Volvió con él después de abandonarme a mí?

Tom alzó las manos con las palmas mirando al cielo.

—Supongo que sí. Siempre he pensado que debía de estar viviendo feliz con él en la Ciudad del Rey. —Sin Emeline. Sin ninguno de ellos.

Ambos se quedaron mirando los árboles.

¿Era posible que su madre siguiera allí?

Grace le había contado que a los humanos no se les permitía residir en la Ciudad del Rey; que se concedían pocas excepciones. A Emeline le había dado la impresión de que ella, su yayo y Grace eran aquellas excepciones, pero tal vez hubiera otras. Tal vez Rose Lark también estuviera viviendo en la Ciudad del Rey.

—Si está allí, la encontraré —decidió Emeline.

VEINTINUEVE

Las palabras de Tom la perseguían como una sombra mientras rodeaba los huertos de Eshe y Abel y luego cruzaba por los viñedos de su abuelo. El sol ya estaba descendiendo y teñía las hojas verdes de tonalidades doradas. El segundo día casi había terminado y Emeline no estaba más cerca de encontrar las partituras perdidas. Tendría que presentarse ante el rey con las manos vacías, y cuando él se diera cuenta de que le había mentido…

Jamás tendría ocasión de encontrar a su madre.

«Si es que está en el bosque».

Desdobló la fotografía y observó con atención el perfil de Rose Lark mientras caminaba. Su madre tenía los ojos tan azules como los huevos de un petirrojo, el pelo negro como las plumas de un cuervo y la sonrisa de mujer enamorada. Pero esta vez lo que llamó su atención fue otra cosa. Su mirada se detuvo sobre el pequeño tatuaje negro de su pálido omóplato: una luna creciente.

Se detuvo.

«Marcada por la luna…».

Los viñedos se empequeñecieron de repente, como en el final de una película antigua: los bordes se contrajeron hacia el centro hasta que la imagen se convirtió en un puntito. Todas las canciones que

había estado aprendiéndose durante una semana estaban dedicadas a la misma musa: una mujer marcada por la luna.

«Solo es una coincidencia», se dijo.

Pero cuanto más miraba el tatuaje de su madre con más fuerza resonaba en ella lo que le acababa de contar Tom, y menos segura estaba de que realmente fuese una coincidencia.

«¿Era mi madre la musa del Mago Cantor?».

Cuando llegó por fin a casa de su abuelo, el corazón le martilleaba contra el pecho. Sin embargo, en lugar de entrar, se fue directa al garaje.

Allí la esperaban torres y torres de cajas. Se movió entre ellas, buscando una en particular. Las fue bajando al suelo una tras otra, leyendo las etiquetas y apartándolas después. Cuando solo le quedaban unas pocas, por fin encontró la que quería: una caja rectangular en la que había escrito ROSE con rotulador permanente negro.

Emeline la bajó al suelo.

Ella misma la había empaquetado. Había recogido todos los recuerdos de su madre que quedaban por la casa y los había encerrado entre paredes de cartón. La había cerrado bien. Demasiado bien. Casi como si no quisiera que la abrieran jamás.

Por suerte, el puñal encantado de Sable estaba bien pegado a su cadera, con la vaina enganchada al cinturón de sus vaqueros. Lo sacó, cortó la cinta y luego lo volvió a envainar. Se sentó en el frío suelo de cemento con las piernas cruzadas y abrió la caja de cartón.

En su interior había fotos, joyas y varios vestidos de verano. Cosas que habían pertenecido a su madre. Emeline empezó a sacarlas una a una. No estaba muy segura de qué estaba buscando exactamente; solo sabía que era algo. Alguna pista.

En una foto, salía su madre riéndose con la cabeza hacia atrás.

Su larga y frondosa melena ondeaba, suelta, y tenía las mejillas sonrosadas de alegría. En otra sonreía con tantas ganas que casi no se le veían los ojos. En otra, acababa de abalanzarse sobre un joven Tom, que se estaba reincorporando con una sonrisa, ahora con ella colgada de la espalda.

Y pronto, demasiado pronto, la mujer de las fotografías cambió por completo.

En las siguientes estaba embarazada. Con las mejillas hundidas, el pelo apelmazado y los ojos apagados. Su espíritu alegre se había esfumado, extinguido como un incendio inconveniente.

«¿Eso te lo hice yo? —pensó Emeline, acariciando la barriguita de su madre—. ¿Es que no me querías?».

No, claro que no la quería. Por eso la dejó chillando en su cuna y no miró atrás ni una sola vez.

Emeline apartó las fotos y empezó a sacar las demás cosas. Un vestido amarillo chillón. Un collar de perlas falsas. Una nota manuscrita de Tom que no leyó por respeto a su intimidad.

Pronto llegó al fondo de la caja, que estaba lleno de papeles. La documentación de un vehículo. Facturas del piso en el que vivía. ¿Por qué no había tirado todas esas cosas? Emeline había revisado la mitad de los papeles cuando descubrió un último objeto, medio escondido en las aristas de la caja: una horquilla de cobre.

«¿Es eso…?».

La cogió y clavó la mirada en la diminuta mariposa que había en un extremo.

Recordó el sótano del Mago Cantor. La horquilla idéntica a aquella que había encontrado en el suelo y lo familiar que le resultaba. El colchón mohoso, el cubo y las esposas.

Se le puso el estómago del revés.

«No…».

Era demasiado horrible. No podía ser. No era posible que su madre hubiera estado encerrada en aquel sótano. Que hubiese sido ella quien había forzado los cerrojos de aquellas cadenas. Quien hubiera dormido en ese colchón mohoso.

Emeline recordó lo que Álamo le había dicho sobre la Vil. «Estaba locamente enamorada de él. Pero él la rechazó. Estaba enamorado de otra».

—De mi madre —susurró Emeline—. Estaba enamorado de mi madre.

«Así que lo mató», resonó la voz de Grace en su mente. La Vil mató al Mago Cantor porque estaba enamorado de Rose Lark y no de ella.

«¿Por eso encerró a mi madre en aquel sótano? ¿Para castigarla porque el Mago Cantor la prefirió a ella?».

El mundo se estaba desmoronando ante Emeline. No: eran solo los papeles que tenía en las manos, que se resbalaban de sus dedos, desperdigándose por el suelo.

Y entonces las vio. Allí, sobre el cemento agrietado.

Partituras.

Cuatro páginas de partituras.

Con las manos temblorosas, se inclinó para recogerlas. Una, dos, tres, cuatro páginas. Miró la primera. En la misma letra que las demás canciones que había estudiado, el Mago Cantor había escrito el título de aquella última: «El vals de Rose».

Debía de haber sido la última canción que había escrito antes de que la Vil lo asesinara.

«¿Sería por eso…?».

¿Estaba ya muerto el hombre al que Rose amaba cuando le habían hecho esas fotos en las que aparecía embarazada y triste? ¿Parecía tan perdida porque su corazón estaba roto sin remedio?

Si nunca volvió a buscar a su bebé, ¿fue porque la Vil la encarceló?

«Si fue así, ¿dónde está ahora?».

El sonido de unos cristales rotos la sacó de sus pensamientos. Luego se oyó un grito estremecedor. Ambos ruidos venían del interior de la casa. El corazón de Emeline empezó a latir desbocado.

«Yayo».

Su mente pasó por los peores escenarios posibles. Cogió las partituras y corrió hacia la puerta principal. Al abrir, se encontró a Joel en mitad del salón, retrocediendo poco a poco hacia la pared y mirando la cocina con unos ojos como platos.

Y entre Joel y lo que fuera que hubiese allí estaba su abuelo.

—No te acerques, Emeline. —A su abuelo le temblaba la voz, a pesar de que trataba de hacerse el fuerte.

Pero ella se acercó y encontró a Maisie pegada al fregadero con una copa de vino rota a sus pies. Tenía el rostro cuajado en lágrimas y contemplaba, horrorizada, la cosa que tenía delante, como si estuviese atrapada en una especie de trance. Sobre Maisie se cernía una sombra encorvada más negra que la medianoche, como si se dispusiese a devorarla. Al ver su forma alargada y sus manos como garras, Emeline se detuvo.

Una piel de sombra.

¿Qué hacía dentro de la casa de su abuelo?

«Tienes que sacar a Maisie de ahí».

Emeline se acercó. Sintió una punzada de dolor al cortarse el talón de un pie con un pedazo de cristal roto, pero no se detuvo. Cogió a su vecina del brazo para apartarla del monstruo y se colocó entre ella y él, como un escudo.

—Vete, Maisie.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Qu…qué?

—Saca a mi abuelo de aquí.

La piel de sombra no hizo nada por retener a Maisie. Se limitó a fijar su atención en Emeline. No tenía ojos, y sin embargo parecía verla. Conocerla. Como si ambas tuvieran cuentas pendientes.

Como si Emeline fuese la razón por la que estaba allí.

«Emeline Lark». La voz rezumaba como sangre a través de las grietas de su mente. Para su horror, Emeline sintió que el cuerpo se le quedaba rígido como una piedra.

De repente, en el salón se produjo un alboroto, pero no pudo volverse a ver qué pasaba. Unos dedos fríos estaban atravesando su mente y el terror la tenía clavada en el sitio. Como si estuviese hojeando las páginas de un diario con la punta de un dedo, el monstruo revisaba sus pensamientos, miedos y deseos más secretos.

La sonrisa de la piel de sombra se ensanchó y se ensanchó, hasta que su boca se convirtió en una enorme raja abierta que partía su rostro en dos.

La imagen de un joven asomó a su mente. Tenía los ojos de dos grises distintos y el pelo de color arce oscuro, y era alto y fuerte como un roble. «Albar». Estaban en su cocina y ella estaba sentada en la encimera. Era tan real que podía oler el humo de la leña en su ropa. Albar se inclinó sobre ella y le cogió con las manos el dorso de sus pantorrillas desnudas. Tenía una sonrisa torcida pintada en el rostro, como si se dispusiese a hacer alguna travesura.

De repente, la escena cambió. La cocina desapareció y en su lugar vio una arboleda iluminada por la luz de la luna. Dos setonelas se llevaban a Albar arrastrándolo de los brazos y lo obligaban a ponerse de rodillas. Le empujaron la mejilla contra una piedra plana y gris y lo inmovilizaron.

Entonces apareció el Rey del Bosque. Tenía el cuerpo leñoso envuelto en liquen gris, como carne podrida, y en la mano nudosa llevaba el cuchillo de carnicero.

Emeline trató de moverse, de correr a ayudar a Albar, pero su cuerpo se negaba a obedecer. El miedo la atravesó cuando el monarca alzó el cuchillo y su hoja reflejó la luz de la luna.

Ver a Albar muerto le robó todo el aire de los pulmones.

«Tienes dos días, Emeline Lark. Si no has cruzado mis puertas en el crepúsculo del segundo día, tu sentencia será ejecutada, y será Albar quien ocupe tu lugar».

Emeline sacudió la cabeza para librarse de aquella visión y se encontró frente a frente con la pesadilla que se cernía sobre ella. Por detrás de la criatura, a través de las ventanas, el sol poniente pintaba el cielo de rojo sangre.

El crepúsculo.

«No…».

La fuerza de aquella insignificante palabra rompió el hechizo de la piel de sombra, lo que le dio a Emeline un segundo para recordar que llevaba el puñal de Sable envainado a la cadera.

«El acero corriente no le hace nada a las pieles de sombra, pero este sí».

Desenvainó el puñal resplandeciente.

«¡Eres mía!», siseó el monstruo mientras alargaba sus garras hacia ella para hundírselas en el pecho y arrancarle el corazón. Pero Emeline se le adelantó y le clavó el puñal en el cuello.

La voz fría que se había adueñado de su mente enmudeció. La piel de sombra retrocedió, tambaleándose confundida, mientras su oscuridad brotaba de la herida. La criatura cayó sobre sus rodillas y acabó desmoronándose por completo. Al cabo de unos segundos, el polvo de su cuerpo se transformó en ranúnculos dorados que

florecieron en mitad del suelo de la cocina.

La estancia cobró forma a su alrededor. Su yayo, Maisie y Joel estaban allí, mirándola fijamente. La mujer tenía una pala en la mano, levantada, como si estuviese a punto de darle un palazo a algo, y Joel empuñaba una palanca de hierro y estaba preparado para hacer lo mismo.

En el cielo, a través de las ventanas, el crepúsculo seguía sangrando.

«Si no vuelves, Albar pagará el precio de tu desobediencia».

Con las partituras del Mago Cantor arrugadas en el puño y el puñal de Sable envainado en la cadera, Emeline cruzó la cocina descalza y fue directa hacia la puerta trasera.

—¡Pequeña! —Maisie trató de cogerla—. ¿Estás bien?

Asintió sin despegar la vista de los bosques, de aquel hueco vacío entre los árboles.

—Volveré en cuanto pueda.

Joel estaba mirando los ranúnculos con la boca abierta.

Emeline le dio un fuerte abrazo a su abuelo y se fue, dejando en el suelo un rastro de la sangre que manaba del corte de su talón. Cuando llegó a la linde del bosque, echó a correr lo más rápido que pudo.

No sentía el dolor en el pie. No sentía el ardor de sus pulmones.

«Por aquí —decían los árboles—. Síguenos».

La llevaron hasta Cenagal, el punto de entrada más cercano a la Ciudad del Rey.

Mientras el cielo se oscurecía, la forma fangosa se elevó del pantano y se deslizó hacia ella goteando barro.

—Te daré la mitad de la sangre que tengo si me dejas pasar ahora mismo.

—Es una pena —contestó Cenagal, sorbiendo con fuerza—. Tu

paso ya lo ha pagado Grace Thorne.

«¿Lo ha pagado Grace?». Emeline no tenía tiempo de preguntar ni cómo ni por qué, pero se sintió, de repente, henchida de gratitud. Corrió por la pasarela, se agachó y esquivó las lianas grises hasta que, por fin, apartó la cortina final y entró en la ciudad. Las calles estaban cada vez más oscuras, y las farolas se iban encendiendo.

A Emeline le martilleaba el corazón.

Tenía que salvar a Albar… Si no llegaba demasiado tarde.

Siguió corriendo.

Cuando alcanzó las puertas del palacio, los setonelas la dejaron entrar. No esperó a que la condujesen ante el trono; conocía el camino. Siguió corriendo, a pesar de las punzadas de dolor en el talón, viendo como el sol se escondía tras las copas de los árboles a través de las ventanas.

El cielo estaba rosa como el coral cuando los interminables pasillos por fin desaparecieron y emergieron los abedules gigantes de la arboleda. Emeline fue directa a ver al rey, que esperaba sentado en su trono.

«¿Es demasiado tarde?».

Cuando respiraba, le dolían los pulmones. Tenía la piel cubierta de sudor.

—He encontrado las páginas que faltaban —anunció, jadeando con fuerza mientras le tendía las partituras.

Aquellos ojos negros se detuvieron sobre ella. Sus pupilas blancas en forma de luna refulgían con fuerza. Le tendió una mano nudosa que a ella le recordó a la rama de un árbol en invierno, desnuda y sin hojas. Se acercó y dejó las partituras enrolladas en la palma de su mano. El rey las desenrolló y las observó con atención.

Emeline miró a su alrededor, pero la arboleda estaba vacía. No había cortesanos. Ni había guardias.

Tampoco vio a Albar.

«¿He llegado a tiempo?».

—Bien hecho —contestó aquella voz áspera y terrosa—. Estaba convencido de que mentías.

Emeline abrió la boca para contestar, pero enseguida decidió que era mejor no hacerlo. ¿De qué serviría confesarle la verdad?

Se quedó allí plantada y respiró hondo varias veces, preparándose para el momento en el que el monarca decidiera declarar alegremente que había llegado demasiado tarde y que Albar ya estaba muerto. Pero el rey se limitó a devolverle las partituras.

Las cogió.

—Has demostrado tu lealtad, Emeline Lark. —Se arrellanó en el trono y la observó con atención—. Serás una buena cantante para mi corte.

Emeline no tenía ninguna intención de ser un miembro permanente de esa corte, pero se lo calló.

—¿Y Albar? ¿Está…?

—¿Vivo? —Una sonrisa desquiciante se deslizó por los labios secos y cuarteados del Rey del Bosque—. Ve a su casa y compruébalo tú misma.

Como con aquello le daba permiso para marcharse, Emeline echó a correr. Se marchó volando de la arboleda, recorrió los pasillos iluminados por la luz de las velas, salió por las puertas de palacio. Medio corrió, medio cojeó por el camino que llevaba a casa de Albar y no bajó el ritmo hasta que no llegó al puentecillo que cruzaba el arroyo, cuyas aguas siempre susurraban. En ese momento, vio que dos setonelas armados estaban cruzándolo en la otra dirección hacia ella, como si su trabajo con Albar ya hubiera terminado.

Ninguno de ellos trató de detenerla, así que Emeline siguió corriendo hacia la casa de piedra. No se molestó en llamar: abrió la

puerta e irrumpió en el interior.

—¿Albar?

No había fuego en la chimenea. En mitad de la mesa había un cuenco de manzanas silvestres. A su lado, una taza de té a medio beber. Emeline la tocó. Estaba fría.

—¡Albar!

Corrió a la cocina, pero estaba vacía. Luego al dormitorio. También vacío. Buscó en todas las habitaciones; abrió todas las puertas. Pero no estaba. No había nadie. Emeline respiraba rápido y de forma superficial y entrecortada. Sus pensamientos estaban descontrolados, sumidos en una espiral de pánico.

«He llegado demasiado tarde».

Pero ¿por qué el rey no se lo había dicho?

El chasquido de un hacha cortando leña rompió el silencio. Al oírlo, le dio un vuelco el corazón.

Fue hacia la puerta principal, la abrió de par en par y salió. Cuando volvió a oír el ruido, se le aceleró aún más el pulso. Lo siguió hacia la parte trasera de la casa, más allá del establo.

Aminoró la marcha al verlo.

Albar estaba al lado de un montón de troncos colocados con pulcritud, vivito y coleando. Llevaba las mangas de color verde pino arremangadas hasta los codos y sujetaba con ambas manos la empuñadura de un hacha. La alzó sobre su cabeza y la descargó con fuerza, cortando el tronco limpiamente en dos antes de reemplazarlo con el siguiente. Tenía los ojos ensombrecidos y la mandíbula apretada, como si cortar leña fuese lo único que le ayudaba a mantener la calma mientras esperaba su sentencia de muerte.

Cortó dos troncos más antes de percatarse de la presencia de Emeline.

Levantó la vista. Le cambió la cara al verla, al reparar en el pelo

alborotado y las mejillas quemadas por el sol.

—Emeline…

Algo brillante y ardiente llameó en su interior. Fue a su encuentro trastabillándose, cojeando por culpa del dolor en el talón.

Él clavó el hacha en el tajo y se volvió hacia ella justo cuando se estaba lanzando a sus brazos, presionando la frente en la curva de su cuello y estrechándolo con fuerza.

Albar también la abrazó, arrullándola con su calor. La apretujó contra él y, mientras le acariciaba la parte baja de la espalda con una mano, con la otra condujo su cabeza hacia su pecho y apoyó la barbilla sobre ella.

—Estás vivo.

—Y tú estás temblando.

Emeline lo abrazó con más fuerza todavía.

—Pensaba que había llegado demasiado tarde.

Albar se apartó de ella y le miró el pie. Al ver el talón ensangrentado, la cogió en brazos, deslizando un brazo bajo sus rodillas, y la llevó en volandas al interior de la casa.

TREINTA

Mientras Albar le curaba el pie, Emeline le enseñó las partituras de «El vals de Rose» y la foto de su madre. Tras señalar su tatuaje en forma de luna, le explicó lo que Tom le había contado sobre Rose: que se había enamorado de alguien que formaba parte de la corte del Rey del Bosque.

Albar estaba sentado a horcajadas en el banco junto a la mesa, de cara a ella. Delante de él tenía un cuenco humeante de agua caliente y, en la mesa, la garrafa del aguardiente de Corvus y unas gasas limpias de algodón blanco. Le cogió el talón con ambas manos y lo revisó para ver si quedaban esquirlas de cristal clavadas en la herida antes de empezar a limpiársela.

—Mi madre era la musa del Mago Cantor —le dijo ella—. Estoy segura.

Mientras la escuchaba, Albar limpió con cuidado el barro y la sangre de su pie, primero evitando el corte y luego curándolo con suaves golpecitos hasta que estuvo limpio.

—Creo que su muerte le rompió el corazón. Ojalá tuviera las fotos aquí, para enseñártelas. Parecía… como si estuviese muerta por dentro.

«Lo opuesto a cuando estaba con Tom».

Albar estaba inusualmente callado. No había dicho nada desde que ella había empezado a relatarle lo ocurrido. Destapó la garrafa de aguardiente y, con su pie en una mano y la garrafa en la otra, levantó la vista y la miró, como pidiéndole permiso.

Emeline asintió.

Se agarró con fuerza del banco cuando él le vertió alcohol en la herida para desinfectarla. Siseó entre dientes mientras aguantaba el dolor. Cuando por fin terminó, respiró hondo y se relajó.

—Es posible que mi madre siga aquí, en la Ciudad del Rey.

Aún en silencio, Albar cogió unas gasas y le vendó el talón generosamente. Cuando terminó, se puso su pie en el regazo y, con mucha delicadeza, empezó a masajearle el tobillo trazando círculos con el pulgar.

—No conozco a ninguna Rose Lark que viva en la ciudad —le dijo al final, casi distante—. Pero el Mago Cantor y su consorte vivieron… antes de mi llegada. Puedo preguntar. Puede que Álamo sepa algo. Su padre era el sastre del Mago Cantor.

Le resultaba difícil concentrarse mientras él la acariciaba de ese modo. Ella temblaba… en el buen sentido. Temblaba por fuera y por dentro.

Él se quedó en silencio de nuevo.

—¿Emeline?

Ella apartó la vista de su pulgar para alzarla hacia sus ojos. Todavía había sombras que nadaban en ellos, y su voz adoptó una cautelosa cadencia.

—Si las historias son ciertas y la Vil tenía celos de ella… —Detuvo los suaves movimientos del pulgar y frunció el ceño—. Es posible que matase también a tu madre.

Emeline apartó el pie y asintió en silencio. Ella también lo había pensado.

La horquilla torcida de la mariposa era la prueba de que alguien había tratado de escapar de aquel sótano. «Pero ¿lo consiguió?». Hasta que no encontrase pruebas que indicasen lo contrario, Emeline tenía que albergar la esperanza de que su madre siguiese viva.

—Y si todo lo que me has dicho es cierto —prosiguió él—, eso significa que el Mago Cantor era tu padre.

Ella asintió de nuevo, con la mirada fija sobre el suelo de pino, justo debajo de los calcetines de lana gris de Albar. «Mi padre». Aún no se había atrevido a pronunciar esas palabras en voz alta. Eran demasiado extrañas.

¿Sería esa la razón por la que su voz, a veces, hacía cosas inesperadas?

Recordó cómo, en la última sesión de canto con Albar, un poder desconocido había fluido a través de ella mientras cantaba para desnudarle a él el alma. Había podido ver cosas íntimas del muchacho que no tenía ningún derecho a ver.

Algo pitó en la cocina. Albar se volvió bruscamente.

—El pan…

Volvió a enroscar el tapón del aguardiente y luego limpió la mesa.

—Debería irme —dijo ella poniéndose de pie—. Si he de encontrar a mi madre… —No tenía mucho tiempo para buscar. Necesitaba estar en Montreal al cabo de dos días, para el primer concierto de su gira.

Lo que no tenía claro era cómo iba a llegar a ese primer concierto. Dudaba que el rey le diese permiso para marcharse, por mucho que hubiera encontrado las partituras que faltaban. Pero era un problema al que se enfrentaría más tarde.

Cuando Albar la cogió de la muñeca para detenerla, su piel

chisporroteó con el contacto.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Emeline se llevó una mano a la barriga vacía.

—Ayer.

—Pues quédate a cenar y después podemos ir a ver a Álamo y preguntarle a su padre por Rose Lark. Aún tardará unas horas en llegar a casa, así que tienes tiempo.

Como Emeline no tenía más hilos de los que tirar, asintió.

—Vale.

Si Albar pensaba que aquel hombre podía ayudarla, se podía permitir unas horas de espera.

Él cogió las gasas, el aguardiente y el cuenco de agua tibia y los llevó a la cocina, donde Emeline lo oyó lavarse las manos. Cuando volvió, llevaba en una mano un cuenco de cerámica cubierto con un trapo de cuadros rojos y blancos y en la otra una bolsa grande de muselina llena de harina. Dejó ambas cosas sobre la mesa y, después de arremangarse de nuevo hasta los codos, quitarse del dedo su sencillo anillo blanco y meterlo en el bolsillo, apartó el trapo que tapaba el cuenco. Dentro había una bola de masa blanca.

Ella acudió a su lado.

—¿Te ayudo?

Él enarcó una ceja oscura.

—¿Sabes cómo?

«Pues no». El procedimiento de manufactura del pan era un completo misterio para ella, pero Maisie hacía pan constantemente, así que se arremangó y se encogió de hombros.

—No creo que sea muy difícil.

Él sonrió con sorna.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa? ¿No me ves capaz?

—Ahora lo veremos.

Metió la mano en la bolsa de muselina, sacó un puñado de harina y lo espolvoreó sobre la superficie de la mesa. Emeline se trenzó el pelo y luego fue a lavarse las manos. Cuando volvió, Albar le tendió una mano manchada de harina.

—Primero tienes que darle un puñetazo a la masa, para quitarle el aire.

Ella le dio la mano, decidida a acabar con su escepticismo. Él dobló los dedos sobre los suyos y tiró de ella para ponerla entre la masa y él, en el extremo de la mesa. Su calor invadió su espalda y se propagó por todo su cuerpo como un incendio descontrolado.

Y, delante de ella, tenía el cuenco de masa.

¿De verdad tenía que darle un puñetazo o le estaba tomando el pelo?

—Todavía no has empezado y ya eres un caso perdido —murmuró él, y su aliento le acarició la nuca—. Primero, cierra el puño. —Oyó en su voz que todavía tenía una sonrisilla pintada en los labios mientras cerraba la mano sobre la de ella, doblándole los dedos sobre la palma de la mano—. Luego echas el codo hacia atrás…

—Vale, vale —le interrumpió ella—. Sé perfectamente cómo dar un puñetazo.

Él la soltó y dejó la mano sobre la suave curva de su cadera.

—Pues adelante.

Emeline cerró la mano en un puño y dio un puñetazo en mitad de la masa.

¡Puf!

Observó cómo la bola de masa se hundía despacio, como un globo deshinchándose. Albar alargó los brazos a los lados del cuerpo de ella y aplastó la masa con las manos para alisarla. Olía como el

bosque. A tierra, musgo y pino.

—Hay que sacarle el aire —le explicó él. Se apartó de detrás de ella y le dio la vuelta al cuenco, dejando caer la masa sobre la mesa espolvoreada con harina. Luego la rompió en seis pedazos iguales—. Coge uno con las dos manos y pliégalo así, hacia dentro. —Dobló una bola de masa y luego hizo con ella una bolita perfecta en menos de un minuto.

Emeline trató de imitar sus movimientos, pero su porción de masa terminó convertida en una bola informe que se le pegaba a los dedos.

Albar esbozó de nuevo una sonrisilla.

—Te estás obcecando demasiado.

O tal vez no se estaba obcecando lo suficiente, porque solo pensaba en las manos de él, en la eficiencia con que las movía. En que sabían exactamente lo que debían hacer.

Metió el brazo de nuevo en la bolsa de muselina y, cuando lo sacó, llevaba otro puñado de harina blanca. La esparció sobre la mesa, dejándola caer con suavidad como si fuese nieve.

—Cúbrela con más harina y prueba otra vez.

Mientras ella trabajaba en su desastre amorfo, Albar terminó con su segunda porción, y luego con su tercera, cogiendo la bola con ambas manos y moviéndola en círculos hasta transformarla en una esfera perfecta. Trabajaba deprisa y habilidosamente. Para cuando terminó de dar forma a su cuarta porción, Emeline había convertido su masa en un mazacote pegajoso.

La soltó sobre la mesa.

—La estoy estropeando.

Él le dio la última porción de masa y le tendió la bolsa de harina, instándola a empezar otra vez. Emeline metió la mano, cogió un puñado de harina y la esparció sobre la mesa como él le había

enseñado…

O no.

Porque había cogido demasiada, y se le cayó por entre los dedos de golpe y no poco a poco. Una nube polvorienta se elevó desde la mesa, forzándola a cerrar los ojos.

Cuando los abrió, una neblina blanca le cubría las pestañas. Notaba los labios secos y polvorientos y tenía la camisa y los vaqueros cubiertos de harina. Miró a Albar confundida, parpadeando, y vio que él también se había puesto perdido de harina.

Emeline se echó a reír al ver su pelo oscuro salpicado de blanco.

Él enarcó ambas cejas, como diciéndole: «¿Con que esas tenemos, eh?». Metió la mano en la bolsa y le lanzó un puñado de harina. Ella ahogó un grito cuando el polvo la golpeó, desperdigándose sobre su camisa como una suave bola de nieve.

Una sonrisa se dibujó poco a poco en su rostro. «A este juego sí que le puedo ganar».

Cogió la bolsa de harina y se la vació entera en la cabeza.

Era como estar en mitad de una borrasca de nieve: la habitación había desaparecido en mitad del polvo blanco. Emeline no veía la mesa, ni la masa, ni siquiera a Albar.

Pero, de repente, ahí estaba: abalanzándose sobre ella a través de la nube blanca. Lo esquivó a toda prisa, chillando y riendo, y corrió hacia el otro extremo de la casa. Él la atrapó cuando ya casi había llegado al dormitorio: la agarró de la cintura y la levantó en volandas.

—¡No hemos terminado!

Ella intentó resistirse mientras él medio la arrastraba, medio la llevaba en brazos de vuelta a la mesa, pero se estaba riendo con tantas ganas que casi no podía ni patalear.

La dejó delante de la mesa y, todavía rodeándole la cintura con

un brazo, la retuvo pegada a él, espalda contra pecho. La risa le suavizaba la voz.

—Inténtalo otra vez —le susurró, con la boca casi pegada a la mejilla.

El roce de sus labios hizo que un anhelo cálido se despertase con ferocidad en su interior. Se le cortó la risa de golpe.

—Tú mismo lo has dicho —contestó, sin aliento, y tragó saliva—. Soy un caso perdido.

Logró zafarse de su agarre y se giró para mirarlo cara a cara. Él dejó caer el brazo.

Solo los separaba un pequeño espacio. Emeline se apoyó en la mesa que tenía detrás, agarrándose del borde, y lo miró a los ojos. Él alzó una mano y, con el pulgar, le quitó la harina del pómulo con dulzura, provocando que un pensamiento la sobresaltara, llameando en su interior.

«Lo quiero».

Y no como había querido a los otros. No quería utilizarlo, no buscaba un escudo entre ella y las cosas de las que huía. No lo quería para sentirse normal. Para calmar el dolor y la soledad.

Lo quería a él. Quería su brusquedad y su sorprendente ternura, y su fuerza silenciosa. Quería que le acercase una cucharada de sopa casera a la boca en aquella casa acogedora y ordenada que olía a pan recién hecho. Quería verlo hablar sobre poesía con su abuelo en la oscuridad. Quería ese beso ferviente y desesperado en los pasillos de palacio.

Deseaba a Albar Fell. Al secuaz del Rey del Bosque.

Quizá no era un buen candidato para ser su novio, pero le daba igual. La llamaba igual que la llamaba el bosque. Invocaba algo profundo y olvidado en su interior, algo que ansiaba volver a la vida.

Emeline cogió la mano con la que él le había limpiado la mejilla,

y él se lo permitió. Le permitió ponerla boca arriba entre los dos y acariciar los callos y las líneas cubiertas de harina.

Manos fuertes y capaces.

—Emeline…

El pelo oscuro le caía sobre los ojos como piedras de río. Unos ojos que estaban, en ese momento, completamente cautivados con ella. El silencio hervía; saltaban chispas entre los dos. Ella le miró la boca, que tan cerca estaba de la suya. Tan cerca que la volvía loca. Le soltó la mano para acariciarle la cara, saboreando la aspereza de su barbilla con las palmas de sus manos.

—¡Emeline! —Casi rugió su nombre, con una voz a medio camino entre la advertencia y el deseo. Pero, fuera lo que fuese lo que pretendía decirle, se perdió en la suavidad de la boca de ella, que se inclinó para besarlo.

Le enredó los dedos en el pelo arce oscuro y lo atrajo hacia sí.

—No podemos hacer esto… —murmuró él, pero deslizó las manos tras sus muslos y la subió al borde de la mesa—. ¿Qué pasa con Joel?

Ella le mordió con suavidad la curva de la mandíbula.

—He roto con él.

Esas palabras bastaron para que Albar se rindiera ante ella: colocó las piernas de ella alrededor de sus caderas y la atrajo hacia él. El deseo ardía en el interior de Emeline; le vibró la sangre cuando él enganchó un dedo en el cuello de su camisa y tiró suavemente hacia abajo. Los botones se abrieron uno detrás de otro, y Emeline cogió aire con fuerza cuando el aire frío le acarició la piel. Él le bajó la camisa por los brazos y la besó en la suave curva del hombro, arañándole la piel desnuda con los dientes.

A ella se le escapó un gemido.

La miró con ojos vidriosos. De repente, su boca cálida estaba

sobre la de ella, besándola con lengua impaciente. Ella le devolvía los besos, pegándose más a él, apretándose, y sin que, aun así, fuera suficiente.

Quería que la tumbase.

Quería que le…

Empezó a manosearle el cinturón, tratando de desabrochárselo. Y, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, de lo que ella deseaba, Albar se quedó quieto. Apartó las manos de ella; le envolvió las muñecas con los dedos.

—Emeline, cariño… —le dijo con voz ronca y entrecortada—. No podemos.

Una burbuja de frustración se hinchó en su interior. Siguió mordisqueándole entre el cuello y el hombro, demostrándole su contrariedad.

—¡¿Por qué no?!

No le respondió. Se limitó a desengancharse sus piernas y dar un paso atrás, para examinarla, para evaluar el daño causado. Dio un paso al frente otra vez de inmediato para abrocharle los botones de la camisa con dedos ligeramente temblorosos.

Tenía el rostro encendido, el pelo alborotado. Parecía… al límite.

Le entraron ganas de volverlo al besar.

Albar pareció darse cuenta, porque abandonó los botones a medio abrochar y se apartó. Emeline bajó de la mesa.

—Dime por qué.

Él se pasó ambas manos por el pelo.

—Si las circunstancias fuesen otras… —Apartó la mirada, pero no antes de que ella viera el deseo ardiente que flotaba en sus ojos—. Aceptaría de buen grado lo que me ofreces. De muy buen grado.

Emeline se agarró del borde de la mesa; no confiaba en ella misma. ¿Qué eso de «si las circunstancias fuesen otras»? ¿A qué se

refería? ¿Si no fuese ella una prisionera en aquel lugar? ¿Si no estuviese planeando escapar en secreto y dejar todo aquello atrás?

«Igual es eso».

Emeline recordó lo que Ortiga le había contado la noche que se habían conocido: que, en el pasado, alguien le había roto el corazón a Albar. Se acordó de la chica a la que él había mencionado la noche que la había acompañado a casa.

«¿Adónde fue?».

«Lejos de mí».

—Amaste a alguien y esa mujer te traicionó. —Emeline tenía la voz rota—. ¿Es eso lo que pasa? —«Porque fuera quien fuese esa chica no soy yo».

—Sí. —Su mirada se tornó pétrea—. Y no. Hay cosas que no sabes.

Ella se cruzó de brazos.

—Pues infórmame.

Él se frotó la cara con las manos, alterado. Miraba a todas partes, salvo a ella.

—No me traicionó. —Se detuvo un largo instante. Luego la miró a los ojos por fin y, en voz muy baja, confesó—: Yo la traicioné a ella.

TREINTA Y UNO

Emeline lo miró sin acortar el espacio que los separaba.

—¿Qué quieres decir con que tú la traicionaste a ella?

Pero, antes de que él pudiera responderle, la puerta se abrió de par en par y un vendaval entró silbando en la casa, esparciendo las partituras por toda la habitación. Emeline se abrochó a toda prisa los últimos botones mientras la puerta se mecía sobre las bisagras, para finalmente estamparse contra la pared con un fuerte golpe.

Sable entró en la casa, seguida de Corvus.

Ambos estaban sin aliento.

—¡Pieles de sombra! —consiguió farfullar la muchacha, cuyo pecho subía y bajaba al compás de sus jadeos. Tenía el pelo castaño rojizo despeinado y enredado—. ¡Han entrado en la ciudad!

Albar llegó hasta a ellos con tres grandes zancadas; su discusión con Emeline se la había llevado el viento que había entrado silbando en la casa.

—¿Estáis seguros?

Fue Corvus quien respondió, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara.

—No hay error posible. La ciudad entera ha recibido órdenes de cerrar sus puertas con llave y armarse lo mejor posible.

—Pero ¡¿cómo ha podido suceder?! —Albar ya se estaba poniendo las botas—. Las murallas de la ciudad siempre han sido inexpugnables. La magia del rey…

—Siempre hemos sabido que la maldición era cada vez más poderosa —le recordó Corvus; sus ojos castaño oscuro parecían casi negros—. El rey no puede contenerla para siempre.

—Yo misma he matado tres por la calle de camino hacia aquí. —Sable tenía en las manos la espada envainada de Albar, la misma que los setonelas le habían arrebatado cuando se había ofrecido como garantía para Emeline. Se la devolvió—. No hay tiempo que perder.

Él se la sujetó a la espalda.

—Voy con vosotros —afirmó Emeline, acercándose a la puerta, donde estaban reunidos—. Quizá pueda seros de ayuda.

Todavía tenía el puñal de Sable sujeto a la cadera, y ese día ya había matado a una piel de sombra con él.

—Estás herida —apuntó Albar, mirándole el talón vendado—. Te ralentizará, y a nosotros también.

—¿Y tengo que quedarme aquí esperando?

—Ve al palacio con Corvus. Una vez estés dentro, a salvo, quédate allí.

Emeline abrió la boca para discutir, pero Albar ya estaba saliendo de casa, detrás de Sable. La puerta se le cerró en las narices en cuanto salieron.

El pomo de latón deslustrado parpadeó. La casa se quedó en silencio alrededor de Corvus y ella.

Cerró las manos en puños.

«Tiene razón —dijo una voz en las profundidades de su mente—. ¿Qué vas a hacer tú? Lo único que tienes es un cuchillito contra un bosque lleno de monstruos».



Una vez en palacio, mientras la luna plateada se elevaba en el cielo de terciopelo negro, Emeline empezó a pasearse de un lado a otro, tratando de distraerse con «El vals de Rose». La última canción que el Mago Cantor le había escrito a su madre. Leyó la letra una y otra vez, pero las palabras se deslizaban fuera de su mente como arena por un colador.

Corvus le había asegurado que Albar y Sable estaban bien entrenados y acostumbrados a enfrentarse a pieles de sombra. Que el ejército del rey acabaría con la amenaza. Que todo iría bien.

Pero sus palabras no habían logrado calmarla en absoluto.

Justo después de la medianoche, los paseos nerviosos de Emeline fueron interrumpidos por una llamada a la puerta. Cuando abrió, se encontró a Sable al otro lado, con los hombros encorvados, el pelo marrón rojizo convertido en una maraña enredada y un corte ensangrentado en la mejilla.

—Seguimos a un par de ellos al bosque. —Sable estaba asustada y empequeñecida; no parecía ella—. Era una emboscada. Cuatro pieles de sombra me inmovilizaron para llevárselo.

Se refería a Albar.

—No hago más que pensar y… ¿Por qué no nos han matado y punto? ¿Por qué me han dejado viva? —Sable se tapó la cara con las manos—. Ha sido como si quisieran que yo fuera testigo de cómo se lo llevaban.

Albar. En manos de las pieles de sombra.

¿Le habrían ya retorcido la mente hasta dejarla irreconocible?

¿Lo habrían matado?

—Corvus está reuniendo una partida de búsqueda.

«Llegarán demasiado tarde», pensó Emeline.

—Lo encontraremos.

«Ya es demasiado tarde».

La verdad la anegó como un mar frío y poderoso. La sacó de golpe de su perplejidad. Cuando Sable se hubo marchado, Emeline se puso sus botas, se echó el abrigo sobre los hombros y salió al pasillo.

Tal vez no fuese capaz de blandir una espada, tal vez no estuviese entrenada para luchar contra los monstruos; pero no estaba indefensa. Se negaba a quedarse sentada tranquilamente tras los muros de palacio a la espera de todavía peores noticias.

Cojeó rápido por las calles vacías, hasta llegar a las puertas de la ciudad, que estaban cerradas y muy vigiladas: había más setonelas que de costumbre; la tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta que llevaba a la pasarela de Cenagal, pero esta había desaparecido. Recorrió la pared de piedra blanca con las manos y luego volvió sobre sus propios pasos, pero la puerta estaba oculta. Entonces cayó en la cuenta de que ella solo había salido de la ciudad en compañía de Albar o Grace. Era posible que una prisionera del rey solo pudiera marcharse si estaba acompañada, o quizá las entradas y salidas de la Ciudad del Rey estuvieran selladas tras la irrupción de los monstruos.

Aporreó la pared con los puños, frustrada, pero entonces algo rasposo le rozó la mejilla. Dio un brinco y, al levantar la vista, se encontró con la rama de un sicómoro cercano.

«Ven», susurró el árbol.

La corteza del sicómoro se estaba pelando, revelando un tronco verde y moteado. Lo siguió hacia las alturas con la mirada y vio que sus ramas más altas quedaban por encima de los muros. Tras sus

ramas, se veía la luna, casi llena.

«Sube», le dijo.

Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, Emeline se acercó al árbol, se cogió de la primera rama que logró alcanzar y se impulsó.

Si hubiera estado en mejor forma, no le habría costado tanto trepar. Llegar arriba de todo le tomó más tiempo del que le habría gustado. Respiraba de forma superficial y el sudor le humedecía la piel. Se sentó a horcajadas en la rama más gruesa de la copa y luego avanzó deslizándose sobre ella para poder llegar al muro. Cuando estaba a punto de alcanzar la piedra blanca y plana, la rama se dobló y a Emeline le dio un vuelco el corazón, segura de que estaba a punto de partirse. Se agarró con fuerza, preparada para recular, pero cuando miró atrás descubrió que no era la rama lo que se estaba doblando, sino el árbol.

«Ve», le dijo mientras la depositaba sobre la muralla, que empezaba a estar cubierta de algunas motas de moho negro. Emeline arrugó la nariz al percibir el olor mustio a podredumbre, y recordó las paredes mohosas de la casa del Mago Cantor, en las profundidades de la Mácula.

¿Había llegado la enfermedad a la Ciudad del Rey? ¿Era esa la razón por la que las pieles de sombra habían logrado entrar?

Si así era, no era el momento de preocuparse por ello. Tenía que encontrar a Albar.

Cuando sus pies tocaron por fin la piedra, se soltó de la rama, aunque se tambaleó un poco al no contar ya con su apoyo. La parte superior del muro tenía poco más de medio metro de ancho. Cuando miró abajo, descubrió que la caída debía de ser de al menos seis metros. Se le encogió el estómago. Se puso a cuatro patas de inmediato, esquivando el moho tan bien como pudo, y bajó con

cuidado hasta quedar colgada del otro lado del muro.

—Gracias —le susurró al sicómoro.

Cerró los ojos, contó hasta tres y se dejó caer.

El sotobosque acudió enseguida a su encuentro. Cuando sus pies tocaron la tierra, dobló las piernas para protegerse los tobillos, que aun así se llevaron la peor parte.

—¡Ay! —se quejó. Se puso de rodillas y esperó a que el dolor agudo remitiera para levantarse e internarse cojeando en el bosque. La enfermedad estaba tiñendo de plata también los troncos de aquellos árboles.

La inquietud le retorcía las entrañas.

A través de las hojas de las tupidas ramas entraban pedacitos intermitentes de luz.

—¿Dónde está? —preguntó a los árboles, que empezaron a murmurar y a mecerse, como si estuviesen consultándose entre ellos.

«Por aquí», susurraron, y la condujeron a un río de aguas impetuosas que brillaba como un lazo de plata bajo la brillante luna. «Síguelo hacia el oeste».

Mientras cojeaba junto a las corrientes susurrantes, la tierra empezó a tronar bajo sus pies, como si estuviera siendo martilleada por miles de cascos. Emeline hizo una pausa y prestó atención. ¿Eran ascuaballos?

«No te detengas», dijeron los árboles.

Miró a su alrededor. Una luz roja parpadeaba en la distancia. Entornó los ojos y se concentró en el resplandor, y vio entonces una manada de ascuaballos que galopaba. Se detuvieron en un bosquecillo cercano, resoplando humo y pataleando con sus cascos de fuego dorado. A diferencia de Lamento, que era un animal tranquilo, sus relinchos eran agudos y estridentes, y movían la

cabeza con brusquedad, inquietos y salvajes. Pero, a diferencia de los ascuaballos salvajes que había visto una vez galopando en una estampida por los bosques, aquellos llevaban arneses de acero en el morro, y el metal se les hundía en la carne, dejándoles heridas abiertas y ensangrentadas.

Y lo peor de todo era que quienes los montaban eran pieles de sombra.

Emeline contuvo el aliento mientras contemplaba a los monstruos. A lomos de los animales que habían capturado, no dejaban de mirar a un lado y a otro, como si estuviesen dando caza a algo.

Uno de ellos miró hacia donde ella estaba. Emeline se escondió enseguida entre los arbustos, con el corazón desbocado. Prestó atención, respirando de forma entrecortada, pero nada se acercó; no oyó ni los cascos feroces ni horripilantes pasos.

«Date prisa», rogaron los árboles.

Se arrastró valiéndose de los codos y fue abriéndose paso a través de las hojas, los erizos y las espinas. Si conseguía poner distancia de por medio sin que la vieran…

Una voz suave y áspera a la vez atravesó el silencio.

—¿Emeline?

Dejó de arrastrarse.

«¿Albar?».

—¿Eres tú? —Le temblaba la voz, como si estuviera asustado. Sonaba muy cerca de allí.

Debía de estar en manos de aquella partida de caza de pieles de sombra. Debían de haber sido ellas quienes se lo habían llevado.

—¡Ayúdame, Emeline!

Su voz, presa del pánico, la llamaba, la apremiaba, la atraía hacia él. Emeline se puso de pie. Le dio la espalda al río y avanzó

con sigilo hacia el sonido de su voz, moviéndose de un árbol a otro y escondiéndose lo mejor que podía.

«¡No!», dijeron los árboles.

Las ramas puntiagudas le arañaban las mejillas y se le enredaban en el pelo, era como si los árboles estuviesen tratando de detenerla. Emeline no les hizo caso, y justo entonces una figura apareció, situándose entre ella y los ascuaballos cautivos.

—¿Albar?

La figura se detuvo y se giró hacia ella con una rapidez sobrenatural. Otras dos formas se unieron a ella. Emeline se quedó muy quieta, observando tras las llamas del abeto tras el que estaba escondida, con la mirada fija en aquellas tres sombras oscuras. Eran criaturas altas y delgadas, más negras que la noche, y no tenían ojos.

—¡Emeline! —la voz aterrorizada de Albar le rodeó con fuerza el corazón.

Se movió sin pensar. Cogió el puñal de Sable mientras las hojas muertas crujían bajo sus pies. Estaba a punto de gritar, de decirle que ya iba, cuando una mano le tapó la boca de repente.

Alguien la cogió desde atrás, rodeándole el abdomen con un brazo, y tiró de ella hacia atrás. Se retorció, corcoveó y pataleó, tratando de resistirse, valiéndose de los codos y los pies. Intentó gritar, pero la mano le tenía la boca tapada con demasiada fuerza y sofocó el sonido.

—¡No es él! —le susurró al oído—. No es él.

Emeline respiró el aroma del humo y el acero.

«¡Sable!».

Cuando la espadera apartó la mano, ella insistió:

—Sí es él. —Seguía luchando contra Sable, resistiéndose a que se la llevara de ahí, pero la cambiaformas la arrastró hacia el tronco

hueco de un viejo árbol. En el centro había un agujero vacío que les permitía ver las estrellas—. ¡Le están haciendo daño!

—Calla. ¡Calla! —Sable la atrajo hacia ella—. No es él. Te lo prometo. —Se inclinó contra la pared del tronco hueco y se deslizó hacia el suelo, arrastrando a Emeline con ella—. Cállate y no te muevas.

Los gritos torturados de Albar sonaban cada vez más cerca. La llamaba y la llamaba. Su voz reverberaba en aquel hueco, envolviéndola.

Emeline se retorció contra Sable. Necesitaba llegar hasta él.

Pero la cambiaformas la sujetó con más fuerza todavía.

Cuando Emeline le dio un codazo en las costillas, con el objetivo de hacerle daño y que la soltara, Sable comenzó a cantar. Empezó como un murmullo en lo más profundo de su garganta, tan suave como el terciopelo, como una madre que estuviese tratando de calmar a un niño desconsolado.

Emeline se quedó muy quieta al oír la melodía.

Pero no era la voz de Sable lo que la embelesaba, sino la canción que había elegido. Era una de las que ella había compuesto.

Una vieja canción enterrada en la carpeta protegida de su teléfono.

«¿Cómo es posible que…?».

La melodía no era más que un susurro, pero sus familiares subidas y bajadas tenían a Emeline totalmente hechizada. Apenas recordaba aquella canción, ni ninguna de las demás que había guardado en aquella carpeta. ¿Cómo era posible que Sable la estuviese tarareando?

Como cualquier otra canción que Emeline hubiese oído o cantado, aquella también trajo consigo un recuerdo. Tendría, quizá, unos catorce años, y estaba sentada en la viga del segundo piso del

granero de su yayo, balanceando las piernas desnudas mientras cantaba. Estaban en pleno verano y todo se le pegaba a la piel sudada: la ropa, el pelo, el polvo que flotaba en el aire. Y no estaba sola. Había alguien a su lado, repanchingada, tumbada boca arriba en la viga. Una chica con el pelo enmarañado y los ojos dorados y brillantes. La escuchaba con una sonrisa y movía el pie descalzo y sucio al ritmo de su canción.

«Sable».

El recuerdo explotó como una burbuja.

«¡¿Qué?!».

No tenía ningún sentido. Emeline y Sable se acababan de conocer. ¿Estaría distorsionado el recuerdo atrapado en la canción? ¿O su cerebro había incluido a Sable porque era ella quien estaba cantando en ese momento?

De repente, perdida como estaba en mitad de tanta confusión, el terror de la voz de Albar dejó de llamarla. Sus gritos de ayuda se acallaron, se alejaron por el bosque. Por fin, pudo oír la verdad que encerraba aquella voz: bajo aquella cadencia familiar yacía una podredumbre infecta y enfermiza, como la maldición misma.

Era un truco de las pieles de sombra. Un arma para hacerla caer en la trampa.

Sable tarareó hasta que los sonidos que había más allá del hueco se acabaron silenciando. Cuando la piel de sombra se hubo marchado, la cambiaformas se quedó en silencio y soltó a Emeline.

Sus respiraciones entrecortadas reverberaban en el espacio oscuro.

—Deberíamos irnos antes de que vuelvan. —Sable se puso de pie.

TREINTA Y DOS

—¿De dónde has sacado esa canción?

Sable, cuyos ojos lobunos era evidente que veían en la oscuridad, iba varios pasos más adelante que ella, como si estuviese tratando de poner distancia entre las dos. Como si Emeline estuviese envuelta en alambre de espino y ella fuese a cortarse si se acercaba demasiado.

—¿Qué canción?

—La que estabas tarareando.

Era posible que Emeline la estuviese confundiendo con otra canción. Quizá aquella melodía era solo parecida a la suya y, como hacía tanto tiempo que no la escuchaba, las estaba mezclando.

Pero no lo creía.

Quizá era el miedo que sentía por Albar, unido con la presencia repentina de Sable, lo que había que hecho que su cerebro alterase el recuerdo. Al fin y al cabo, los recuerdos eran una cosa complicada. Solo había que ver a su yayo, cuya memoria lo había traicionado con crueldad.

—No sé de qué la conozco, no me acuerdo —contestó la cambiaformas con la guardia alta. Las empuñaduras blancas como la nieve de sus largas espadas gemelas resplandecían a su espalda, en

el punto en el que se cruzaban—. Me he dejado llevar por el pánico. Ha sido lo primero que se me ha ocurrido.

Pero a Emeline no le había dado la sensación de que se estuviera dejando llevar por el pánico. Le había parecido muy tranquila. Aunque quizá esa era la naturaleza de Sable: en apariencia tranquila, como la superficie del agua de un estanque, pero con el caos agitándose en su interior.

Emeline decidió dejar el tema de momento, no solo porque Sable la había salvado, sino porque Albar estaba ahí fuera, en algún lugar. Tenían que encontrarlo.

—Gracias por haberme retenido —le dijo en voz baja.

Sable se volvió para mirarla.

—De nada. —Los ojos le brillaban como los de un lobo en la oscuridad. Hizo una pausa y esperó a que Emeline la alcanzara.

Siguieron adelante en silencio. Emeline escuchaba las indicaciones de los árboles y le decía por dónde debían ir a Sable, que en ningún momento pareció sorprenderse de que el bosque le hablase.

Tras un tiempo demasiado corto, los árboles adoptaron una translucidez blanca y enfermiza. Sus troncos marchitos reflejaban de forma espeluznante la luz de las estrellas.

La Mácula.

El aire era denso y estancado. No había brisa. No había pájaros que cantaran ni insectos que zumbaran.

«Allí», dijeron los árboles moribundos con voz ronca.

En el centro de un claro, iluminada por unas antorchas resplandecientes clavadas en el suelo, había una jaula de olmos blancos como huesos. Los árboles estaban dispuestos en un círculo perfecto, con un espacio de menos de un palmo de ancho entre cada uno. Tenían casi dos metros de altura y se curvaban hacia

dentro, enredándose como en un nudo y atrapando así a quien había encerrado en su interior.

«Albar».

Estaba tirado en la tierra, con el pelo pegado a las sienes y los ojos cerrados. Tan quieto como un muerto.

Emeline corrió hacia él.

—¿Albar?

No se movió.

—¡Albar!

Estudió los troncos de los olmos.

—¿Dónde está la entrada?

—No hay ninguna —respondió Sable, que estaba rodeando la jaula por segunda vez, analizando los olmos.

Emeline metió la mano entre dos troncos para ver si tenía pulso. Tenía la piel del cuello fría, y necesitó varios intentos, pero al final sintió los suaves latidos de su corazón con las puntas de los dedos. Exhaló un suspiro tembloroso.

—Al menos está vivo.

Cogió uno de los troncos más delgados y tiró, pero no logró moverlo. Sacó su puñal y, justo cuando se disponía a empezar a serrar, vio que Sable, que estaba al otro lado de la jaula, se ponía tensa y fijaba la mirada en algo que había detrás de Emeline.

Se dio la vuelta para verlo.

La Vil entró en el claro. Sonrió con la mirada pálida fija en la joven, ignorando por completo a Sable. Como si Emeline fuese el motivo por el que había capturado a Albar: el muchacho no era más que el cebo en una trampa que le había puesto a ella.

Emeline aguantó su mirada apretando fuertemente los puños, con las entrañas retorcidas por un odio frío y oscuro. Allí estaba el monstruo que había asesinado a su padre y que había encerrado a

su madre en un sótano.

Sable se movió con la rapidez del viento. Desenvainó las dos espadas a la vez y se interpuso entre Emeline y la Vil.

—Un paso más y te destripo como a un pez —la amenazó. El resplandor de las antorchas se reflejaba en el acero encantado.

La Vil hizo una mueca, despegando los labios de los dientes afilados.

—A mí tu acero mágico no me hace nada, cambiaformas.

Se oyó un crujido grotesco y repugnante, como de huesos partiéndose y articulaciones dislocándose, cuando la Vil abrió la boca y reveló hileras y más hileras de dientes afilados como agujas que nacían de encías manchadas de sangre oxidada. Sus fauces oscuras se ensanchaban y ensanchaban, como una caverna, como si quisiera engullir a Sable entera.

—¡Espera! —La voz de Emeline resonó en el claro. La Vil se volvió hacia ella y la miró fijamente—. Es a mí a quien quieres. Suéltalos, y yo seré tu prisionera.

La cambiaformas la miró perpleja y dijo:

—No vas a hacer tal cosa.

—Confía en mí —le susurró Emeline, mirándola a los ojos.

Ya había distraído a la Vil con su voz en una ocasión, y ahora que sabía que su padre era el Mago Cantor y que era posible que hubiese heredado parte de su magia, estaba segura de que podía volver a hacerlo. Así, al menos, ganaría el tiempo suficiente para huir, una vez que Sable y Albar estuviesen a salvo, lejos de allí.

Pero primero, y lo más importante, quería descubrir qué había hecho la Vil con su madre. Necesitaba saber si aún estaba viva.

Los ojos azul pálido del monstruo estaban clavados en ella.

—Si consigues sacarlo de esa jaula antes de que me coma a tu amiga, los dos quedarán libres. —La criatura volvió a mirar a la

cambiaformas. Esbozó una sonrisa espantosa y dio un paso hacia ella, clavando sus garras en el suelo.

—No te preocupes por mí —dijo Sable alzando sus espadas y apretando con fuerza sus empuñaduras—. Encuentra el modo de sacarlo de ahí.

Emeline asintió y se volvió hacia la jaula de olmos.

«Soy la hija del Mago Cantor», se dijo. Con su voz, invocaba a los bosques. Había dormido a un dragón y derribado las defensas de Albar. Incluso había distraído a la Vil en aquel sótano, aunque el trance en el que la había sumido hubiese sido breve.

¿Qué más era capaz de hacer?

Presionó uno de los troncos con la mano y oyó una suave vibración en su palma, como el pulso débil y perezoso de un corazón moribundo que latía bajo la corteza.

Quizá aquellos árboles enfermos todavía no se habían rendido del todo. Quizá todavía había algo vivo en su interior.

Oyó tras ella el siseo de una espada al cortar el aire. Se volvió y vio que la Vil estaba a apenas unos pasos de Sable, enseñándole los dientes, preparada para atacar.

Se le aceleró el corazón.

«Concéntrate».

Emeline rodeó dos de los troncos con las manos y recordó el día que había penetrado en la mente de Albar. Ese día quiso desafiarlo. Quiso derribar sus barreras, esas que él había levantado para impedirle conocer sus secretos.

Recordó cómo había arrullado a Garra con su voz hasta dormirlo. Mientras lo hacía, había estado pensando en su yayo, en cuando él le cantaba nanas a ella, de pequeña.

Quizá la intención tuviera algo que ver. Quizá, cuando su voz hacía cosas extrañas, las hacía en sintonía con aquello que deseaba.

«Emeline… —Las voces de los árboles susurraban como fantasmas—. Cántanos una canción verdadera».

Una canción verdadera.

Pero ¿qué significaba eso?

Cuando oyó de nuevo el silbido del acero de Sable cortando el aire, dejó de pensar y buscó la canción que había escrito con la melodía de «El vals de Rose». La letra era suya. ¿La hacía eso verdadera? Tarareó con dulzura la primera estrofa, adentrándose poco a poco en la canción y pensando en lo que deseaba: que Albar fuese libre.

El pulso que notaba bajo las palmas de sus manos se aceleró.

Cantó más alto, dejando que la canción creciera y, mientras lo hacía, el pulso encerrado en aquella salvia creció con ella, repicando como un tambor bajo sus manos, con fuerza, al ritmo de su balada. Como si estuviera armonizándose con su voz.

Era como cantar con Albar; volvía a sentir aquella intensa sensación de que había un diapasón que refulgía en su interior. Era capaz de percibir los sentimientos de esos árboles, que se vertían en ella. Que inundaban sus sentidos. Como si fuesen una sola cosa, ella y los árboles.

Una tristeza y aflicción inesperadas la infectaron. Un cansancio que se le hundió hasta las raíces. El bosque estaba enfermo, cansado y maldito…, pero aguantaba. Estaba decidido a seguir luchando.

De repente, la canción de Emeline ya no era lo único que surgía de ella. Había algo más. Un poder enorme y resplandeciente brotaba de ella como si manara sangre de una herida. El claro mutó a su alrededor, y las hojas pálidas y muertas empezaron a caer en cascada sobre el lecho del bosque como copos de nieve. Los troncos de los árboles dejaron de ser de un blanco polvoriento y adoptaron

tonalidades de un profundo marrón oscuro y de vivos verdes. Los colores se propagaban como el rubor, desde las raíces a las ramas. Las hojas nuevas empezaron a brotar y a desplegarse, rebosantes de vida.

Emeline miró el cuerpo inconsciente de Albar y cantó más alto.

«Dejadlo salir —pidió a los árboles—. Liberadlo».

Un gemido se elevó en el aire. Venía de arriba. Los olmos, siguiendo sus órdenes, se desenredaron —despacio, muy despacio— hasta que dejaron de formar la jaula que encerraba a Albar. Se arquearon, alejándose los unos de los otros en forma de uve, dejando a su prisionero el espacio suficiente para escapar.

Emeline entró en la jaula trastabillándose, acallando su canción. El bosque empezó a dar vueltas de inmediato a su alrededor y notó cómo el agotamiento caía sobre sus hombros como una ola. Se derrumbó de rodillas, al lado del muchacho.

Se sentía exprimida y gastada, como un trapo viejo.

Trató de rodear a Albar con los brazos, trató de levantarlo, pero no le quedaban fuerzas.

—Albar —susurró—. Albar, despierta.

El viento suspiró fuera de la jaula. Los árboles estaban tranquilos y en silencio; la suave luz de las estrellas parpadeaba.

Pero entonces el aire se agrió de repente y la podredumbre regresó con toda su fuerza, rápido, muy rápido, extendiéndose como tinta derramada. Emeline notó que los árboles trataban de resistirse, sintió su pánico y su desesperación. Pero la maldición era demasiado poderosa. Les chupaba la vida, tiñéndolos de nuevo de un blanco enfermizo.

Emeline no los había salvado.

¿Qué creía? ¿Que solo por ser la hija del Mago Cantor sería capaz de contrarrestar la maldición?

Envolvió el torso de Albar con los brazos y, con un grito desgarrado, tiró de él y lo saco a rastras de la jaula. La abertura entre los barrotes de troncos se cerró en cuanto hubo liberado su cuerpo inconsciente.

Se derrumbó sobre la tierra, agotada, y luego levantó la vista.

Sable se apartó de la Vil, cuyos ojos se oscurecieron de furia. Las venas se le estaban ennegreciendo como icor bajo la piel, y miraba a Emeline fijamente, como si jamás hubiese visto a una criatura más abominable que ella.

—Tal y como imaginaba. —La voz de la malvada criatura era chirriante, como el sonido de ramas invernales arañando cristales cubiertos de escarcha. Señaló a Albar con una uña afilada y le ordenó a Sable entre dientes—: ¡Llévatelo!

Una ascuaballo negra apareció entre los árboles, con las bridas puestas y preparada para ser montada. Sable vaciló, reticente. Era evidente que no tenía ningún deseo de dejar a Emeline sola con ese monstruo, pero ella necesitaba respuestas que solo la Vil podía darle, así que le dijo:

—Llévalo a un lugar seguro. —Y, al ver que Sable seguía sin moverse, Emeline se obligó a ponerse de pie, a pesar de que sentía su cuerpo tan pesado como una piedra—. O morimos todos aquí, o tú escapas y traes refuerzos.

Ante la lógica de su argumento, la cambiaformas entornó los ojos y dijo:

—Prométeme que seguirás viva.

Emeline asintió y luego, entre las dos, subieron a Albar a la yegua. Sable montó después y lo aguantó rodeándole el pecho con un brazo. Antes de que se alejaran, oyó la voz pastosa del chico:

—Sable…, ¿dónde estamos? —le preguntó a su amiga.

La cambiaformas miró atrás una última vez, antes de que la

yegua echara a correr hacia la oscuridad que había más allá del claro. Y desaparecieron.

La Vil avanzó hacia Emeline, examinándola como si fuese un manjar que se disponía a devorar. Ella, recordando el sótano, comenzó a cantar, en un intento por esquivar su ataque, pero la criatura parecía inmune a su voz. Esta vez no retrocedió, ni trató de liberarse del hechizo de su voz, sino que se limitó a fruncir el ceño.

—¡Engendro del Mago Cantor! —le espetó entre dientes el monstruo—. Él también se pensaba que el veneno de su voz era infinito. Pero se equivocaba.

La Vil se abalanzó sobre Emeline, que, con dedos temblorosos, desenvainó el puñal de Sable de su cadera… Pero no fue lo suficientemente rápida. La criatura lo apartó con facilidad de un manotazo y siguió avanzando hacia ella. Le agarró la mandíbula con una mano huesuda y le apretó las mejillas con fuerza mientras que, con la otra, le cogió la muñeca de la mano con la que sujetaba el puñal y se la estrujó hasta que no le quedó más remedio que soltarlo.

El arma cayó al suelo con un golpe sordo.

—Por eso me encerró en aquel sótano. Para obligarme a quedarme. Porque cada vez que el veneno de su voz se secaba, yo recordaba. ¡Lo recordaba todo!

Emeline frunció el ceño, confundida. ¿La Vil había sido la prisionera del sótano del Mago Cantor?

A la bruja se le dilataron las pupilas; se tragaron sus iris hasta que se convirtieron en una esfera negra. Soltó la muñeca de Emeline y acarició sus mejillas con los dedos translúcidos. Su tacto era áspero como las hojas secas y sus uñas afiladas le rascaban peligrosamente la piel.

—Me dijo que no podía abandonarlo nunca. Que me amaba

demasiado. —Arrugó la nariz, abriendo las rendijas que eran los agujeros, furiosa—. Así que lo maté.

Lo que la Vil decía no tenía ningún sentido. El Mago Cantor amaba a Rose Lark, la madre de Emeline, y no al monstruo que tenía delante.

Pero si a quien había encerrado en el sótano era a la Vil…

Recordó la horquilla de la mariposa.

Y un pensamiento espantoso se le alojó en las entrañas, profundo como las raíces de un árbol.

«No…».

La bruja le soltó el rostro y se agachó. Rebuscó entre las hojas cenicientas hasta dar con el puñal de Sable. Cuando se levantó, llevó la punta afilada al corazón de Emeline, sujetando la empuñadura con las dos manos, preparada para hundirlo en su carne.

—Sé que eres suya. Tienes sus ojos. Y su sangre… Pude olerla en ese sótano, igual que la huelo ahora. —Arrugó la nariz, repugnada—. Y esa canción… —Le enseñó los dientes—. ¿Por eso fuiste a su casa? ¿Para terminar lo que él empezó? ¿Para encarcelarme para siempre?

Los pensamientos de Emeline iban demasiado rápido. «No puede ser».

Era demasiado espantoso.

Sacudió la cabeza ciegamente mientras las imágenes de Rose Lark flotaban en su mente. La vio riéndose con la cabeza echada hacia atrás y los ojos brillantes de alegría. La vio mirando a Tom con una sonrisa de adoración.

«No puedes ser ella».

Los árboles empezaron a sisear a su alrededor. La jaula de olmos se le clavaba a Emeline entre los omóplatos. Se agarró de sus delgados troncos para inclinarse hacia atrás, para alejarse del puñal,

y mientras tanto intentaba que el mundo dejase de darle vueltas.

Pensó en los sicómoros que la habían ayudado a saltar los muros. Pensó en todas las otras veces que los árboles le habían echado una mano, advirtiéndola o guiándola.

Y recordó lo que su abuelo le había dicho la otra noche: que él le había presentado una ofrenda al rey el día de su nacimiento, a cambio de la protección del bosque.

¿Era por eso por lo que los árboles siempre la ayudaban? ¿Estaban intentando protegerla?

Rezó al bosque una oración desesperada. «Ayudadme de nuevo, ahora. Si podéis».

El viento se levantó, sacudiendo las ramas quebradizas. Aquel pulso débil vibró bajo la corteza, abriéndose paso hasta ella.

Un suave murmullo rompió el silencio: había algo que se hinchaba en el interior de la tierra, bajo sus pies.

La Vil se detuvo y prestó atención. Bajó el puñal mientras el suelo seguía cambiando. Subía y bajaba, como si hubiese algo deslizándose bajo las hojas que acababan de caer.

La bruja se dio la vuelta. Sentía la inminencia del peligro.

De repente, unas raíces blancas y retorcidas surgieron de la tierra, se estiraron como dedos, se enrollaron en sus tobillos y ascendieron enroscándose por sus piernas. La criatura se tropezó y perdió el equilibrio. La furia asomó a su rostro. Se incorporó y se volvió hacia Emeline, que todavía estaba a su alcance.

«¡Corre!», gritaron los árboles.

La joven se apartó justo antes de que la hoja del cuchillo le alcanzase.

La Vil chilló.

Emeline echó a correr. Huía de la rabia que había en aquel grito, del borde afilado de aquel puñal, pero, sobre todo, huía de lo que

acababa de comprender.

Que la Vil y Rose Lark eran una sola persona. La misma persona.

«Ese monstruo es mi madre».

TREINTA Y TRES

Algo la seguía. Iba pisándole los talones. O, mejor dicho, iban.

Emeline los oía tras ella, chocando con los zarzales llenos de espinas. Eran las pieles de sombra que la Vil había soltado contra ella. Los cascos de los ascuaballos cautivos aporreaban la tierra en un furioso tamborileo, y estaban cada vez más cerca.

Contó hasta una docena de pesadillas en la oscuridad.

Emeline vadeó a toda prisa el río susurrante, cuyas aguas frías le llenaban las botas. Le ardían las piernas y el talón en el que tenía la herida le palpitaba. Sentía que al respirar le dolían los pulmones.

Se le enganchó el pie en el que tenía el corte en un arbusto lleno de espinas y se cayó de bruces. Se dio la vuelta, tratando de incorporarse, pero ya era demasiado tarde. Los monstruos venían por todas partes.

Antes de que la atraparan, el cielo estrellado se oscureció.

El graznido de un cuervo atravesó la noche.

Emeline alzó la vista. Cientos de formas negras tapaban las estrellas. Eran cuervos que la sobrevolaban, que se preparaban para bajar en picado y atacar.

Pero los lobos llegaron primero.

Oyó sus aullidos antes de verlos. Su líder tenía el pelaje marrón

rojizo y los ojos dorados. «¿Sable?», se preguntó, recordando los colmillos de la sombra de la chica. El lobo se interpuso entre Emeline y las pieles de sombra y les gruñó con ferocidad.

Los demás lobos hicieron lo mismo y, al mismo tiempo, los cuervos cayeron sobre aquellas criaturas monstruosas desde las estrellas.

Los lobos se enfrentaron cuerpo a cuerpo con las pieles de sombra. Los cuervos se dejaban caer en picado sobre ellas para alejarlas de Emeline, mientras que, tras ellos, los árboles siseaban: «¡Corre! ¡Rápido!». La joven se puso de pie y echó a correr.

Pero se dio de bruces contra una de las pieles de sombra.

La criatura le sonrió y se quedó mirándola con su rostro sin ojos. De su espantosa boca salió la voz de su abuelo, diciéndole que todo iría bien. El poder de la piel de sombra se enroscaba en su mente como una serpiente, hasta que Emeline dejó de ver al monstruo que se cernía sobre ella y solo veía a su querido abuelo. Tenía los brazos extendidos, preparado para reconfortarla de cualquier cosa que le hiciera daño.

«Ven aquí, patito».

Su cuerpo traicionero se irguió para obedecer y se acercó a ese yayo que no era su yayo. Una chispa de miedo recorrió la espina dorsal de Emeline justo cuando él se disponía a estrecharla entre sus brazos.

Y, entonces, una espada resplandeciente le atravesó el pecho.

—¡No! —chilló Emeline, sin poder evitarlo.

Su yayo entreabrió los labios, sorprendido, y bajó la vista para mirar la hoja que sobresalía de su torso, inclinada hacia la tierra.

La figura de su abuelo se disolvió en una piel de sombra que se desplomó de rodillas.

Emeline retrocedió, tambaleándose, y levantó la vista justo

cuando Albar sacaba la espada del pecho de la criatura. Montado en Lamento, que resplandecía como una llamarada negra, refulgía bajo la luz de la luna con la furia pintada en la cara. Si estaba herido tras haber sido capturado hacía un rato, no daba muestras de ello.

La ascuaballo la observaba con sus enormes ojos rojos como el fuego. Resopló y le frotó el hocico en la mejilla, como diciéndole: «Dime quién te ha hecho daño y lo haré polvo bajo mis cascos».

La sensación de agotamiento seguía alojada en su interior, haciendo que lo viera todo borroso. Se agarró de la silla de Lamento para no desplomarse.

Albar descabalgó para ayudarla. Le deslizó una mano caliente por la nuca y la contempló con la mirada ensombrecida.

—¿Te ha hecho daño?

Emeline negó con la cabeza.

—No, solo estoy… —«Cansada».

Cansada de un modo antinatural.

Él, al darse cuenta, la cogió de la cintura y la ayudó a montar.

Y, justo después, Lamento se encabritó al ver que se acercaba otra piel de sombra. Elevó las patas delanteras para mostrarle los cascos encendidos, y Emeline se agarró con fuerza para no caerse mientras Albar clavaba su espada en el corazón de la criatura.

—Ve directa a las puertas de la ciudad —le indicó—. No te pares.

¿Pretendía que huyera y se escondiera mientras él luchaba solo contra las pieles de sombra? No. No pensaba dejarlo allí, rodeado de monstruos.

Pero, al oír el silbido del metal al desenvainarse, se dio cuenta de que no estaba solo. Allí estaba Sable, en forma humana, blandiendo su espada encantada y descabezando a las pieles de sombra, mientras los lobos y los cuervos se abalanzaban contra los monstruos en combates cuerpo a cuerpo, en luchas encarnizadas de

garras contra colmillos.

Mientras tanto, una horda de setonelas apareció por entre los árboles palteados. Los petos de bronce resplandecían, reflejando la luz de las estrellas, al tiempo que sus lanzas cortaban el aire. Desenvainaron sus espadas y se lanzaron contra las pieles de sombra, inundando el claro con sus cuerpos y el golpeteo metálico de sus armaduras. Superaban en número a los monstruos, con los que, gracias a sus espadas de acero encantado, estaban acabando rápidamente. Al darse cuenta de que las tornas habían cambiado, la mayoría de las pieles de sombra que quedaban vivas se apresuraron a huir. El resto sucumbió enseguida.

Cuando los bosques enmudecieron, Emeline miró a su alrededor desde el lomo de Lamento. Los setonelas seguían avanzando, en busca de los enemigos que hubiesen sobrevivido. Cerca de ellos, Sable acariciaba despacio el ala negra de un cuervo que se había posado en su hombro, como si estuviese comprobando si tenía algún hueso roto. Emeline no sabía cómo, pero estaba segura de que ese cuervo era Corvus.

—¿No te había dicho que cabalgaras hacia las puertas de la ciudad?

Emeline bajó la vista y se encontró con un par de ojos grises, uno oscuro y el otro claro. Albar se secó la frente sudada y se cogió del dorso de la silla para montar.

Ella sacó el pie del estribo y se inclinó hacia delante para que él montase. Albar la abrazó por la cintura, le apoyó la frente en el hombro y respiró hondo. Ella notó el olor salado del sudor sobre su piel.

—No tendrías que haber venido a buscarme. —Se dejó caer sobre ella, dejando que soportara su peso—. Pero me alegro de que lo hayas hecho.

Emeline miró a Sable, que le devolvió la mirada y asintió, diciéndole sin palabras que llevase a Albar a casa. La joven cogió las riendas, le indicó a Lamento que volviera a la ciudad y cruzaron al galope los bosques malditos y moribundos.



Salvo por los jadeos de la ascuaballo y el golpeteo de sus cascos, el trayecto de vuelta transcurrió en un completo silencio, lo que dejó a Emeline a merced de sus pensamientos.

Las palabras de la Vil la perseguían. Daban vueltas sin descanso en el interior de su mente: «Porque cada vez que el veneno de su voz se secaba, yo recordaba. ¡Lo recordaba todo!». Emeline comprendió a qué se refería. Recordaba su vida más allá del bosque. Recordaba las cosas que le habían arrebatado al llevársela. Recordaba al hombre al que amaba de verdad: Tomás López.

No al Mago Cantor.

«Por eso me encerró en aquel sótano. Porque me amaba demasiado».

A Emeline le entraron ganas de llorar.

El Mago Cantor había hechizado a Rose Lark. Había utilizado la magia de su voz para engañarla, para hacerle creer que estaba enamorada de él. Y cuando su magia había llegado a su límite, cuando no había podido seguir sosteniendo el hechizo, la había encadenado en su sótano para que no se marchase nunca.

Así que ella lo había asesinado.

«Y supongo que fue entonces cuando maldijo los bosques».

¿Se habría ya convertido en un monstruo cuando lo había matado? ¿O había sido el asesinato lo que la había transformado y

luego la maldición había hecho el resto?

«Si mi madre es un monstruo —pensó Emeline—, el Mago Cantor era aún peor». Un monstruo disfrazado de caballero. Un cantante reputado, muy estimado en la corte del Rey del Bosque, que escondía un perturbador secreto en el sótano de su casa.

«El portador de la maldición». Así lo había llamado Garra. Porque él lo sabía. Lo había visto.

De repente, le sobrevino un pensamiento aterrador.

«¿Es esto de lo que soy capaz?».

La bilis le trepó por la garganta. Porque ¿acaso no había usado ella el poder de su voz para la coerción? Primero con Garra, luego con Albar y, esa misma noche, con los árboles que lo tenían encerrado. Había hecho que todos ellos se doblegasen a su voluntad.

¿Y si la próxima vez hacía algo peor?

Cuando desmontaron, al llegar al establo que había en la parte trasera de la casa de Albar, Emeline guardó distancia con él. Esa nueva información la hacía sentir como una plaga, repulsiva y peligrosa. No quería a Albar cerca de ella. No quería que supiera lo que su padre había hecho y de lo que ella misma era capaz.

—Deja que lo haga yo —se ofreció mientras empezaba a desabrochar las hebillas que sujetaban la silla de Lamento—. Estás agotado. Entra en casa.

Si él se metía en casa, ella podría irse del bosque sin que lo supiera. Si se marchaba esa misma noche, podría protegerlo de los peligros de su voz. Y jamás tendría que enterarse de cuál era su retorcida herencia.

Marcharse siempre había sido su plan de todos modos. Siempre había tenido intención de escapar y volver a su vida real en cuanto se hubiese asegurado de que su abuelo quedase en libertad. Había

sido la búsqueda de Rose lo que había interrumpido el plan original, pero aquella búsqueda ya había llegado a su fin.

No podía hacer nada más.

Solo marcharse.

Además, era únicamente cuestión de tiempo que la maldición tomase también la Ciudad del Rey.

—Mejor me quedo —respondió él, mientras observaba cómo toqueteaba torpemente las hebillas. La única luz que los iluminaba era la de la lámpara de aceite del establo, así que no se veía bien—. Deja que…

—Ya puedo yo.

Tardó el doble de lo que habría tardado él, pero, aun así, Albar no se movió del sitio.

Cuando ella terminó, el muchacho cogió la silla y fue a colgarla a la pared. Con la esperanza de que él cambiase de opinión y entrase en casa, Emeline apoyó la frente en un flanco de Lamento e inhaló los olores del establo, a heno fresco, cuero viejo y madera.

Pero Albar volvió con una manta de lana y, con movimientos lentos, la echó sobre el lomo brillante de la ascuaballo. Emeline se preguntó si estaría herido.

—Puedo hacerlo yo —insistió—. Ve a casa.

—Lo haré cuando me digas qué te tiene tan asustada. —La cogió de las manos—. Estás temblando. ¿Qué ha pasado?

Recordó el odio que había deformado el rostro de su madre. Recordó sus toscos dedos apretujándole las mejillas y las uñas que le rascaban la piel. Recordó cómo había presionado la punta afilada del puñal de Sable sobre su pecho, a la altura del corazón.

Su madre no la había reconocido. O quizá sí lo hubiera hecho, pero quería verla muerta de todos modos. Porque Emeline era hija del Mago. Era un recordatorio de las cosas horribles que ese hombre

le había hecho.

Por supuesto que Rose odiaría ver a su hija.

A Tom tampoco querría ni verla cuando descubriera quién era su padre. No podría volver a mirarla a la cara.

¿Y qué pensaría el resto de Edgewood?

¿Qué pensaría Albar?

La sola idea le atenazaba la garganta. Los ojos le escocían, acuciados por lágrimas calientes. Soltó las manos de Albar, salió del compartimento de Lamento y se detuvo en la puerta del establo, donde soplaba una brisa fresca.

Quería huir muy lejos de allí.

Quería huir de la verdad.

—Emeline…

Notó el calor de Albar invadiendo su espalda. Al ver que no le respondía, él la cogió de la muñeca.

—¡Emeline!

Pero había algo más que deseaba. Algo más profundo, que vibraba como el pulso bajo su piel. Quería darse la vuelta y enterrar el rostro en el cuello de Albar, respirar su olor, besarlo y ahogarse en él.

«¿Era así como se sentía mi padre?».

Aquella pregunta la asustaba.

Desvió la vista hacia donde el muchacho la estaba tocando, rodeando suavemente su muñeca con los dedos.

—No me toques, por favor —susurró.

Él alzó las manos y dio un paso atrás.

—¿Puedes al menos decirme qué pasa? Quizá pueda ayudarte.

Ella esbozo una sonrisa amarga y se volvió.

—No puedes.

—Déjame intentarlo.

Emeline tragó saliva y apartó la vista. Negó con la cabeza. Pero si se iba a ir esa misma noche, ¿qué más daba? Podía decirle lo que había averiguado, ¿no?

—¿Qué me dirías si…? —Pero ¿cómo iba a confesarle algo así?

«Inténtalo».

—¿Qué me dirías si te dijera que el verdadero monstruo no es la Vil? ¿Que quien era un auténtico monstruo era el Mago Cantor?

Muy despacio, Albar dio un pequeño paso hacia ella.

—Te creería.

Los botones de latón de su abrigo brillaban bajo la luz de la luna. Emeline fijó la mirada en ellos.

—¿Qué me dirías si te dijera que el Mago Cantor deseaba tanto a su musa que la alejó de todo lo que amaba, la embrujó para que ella también lo deseara a él y, cuando el embrujo perdió su efecto, la encerró en su sótano?

Albar se detuvo, mirándola.

—¿Qué me dirías si te dijera… —Emeline bajó la voz hasta convertirla en un susurro— que yo soy el resultado? ¿Que ella…, la Vil…, es mi madre?

El tiempo se ralentizó a su alrededor. El silencio resonaba en sus oídos.

«Ahora dará media vuelta y se irá —pensó—. Me dejará aquí, en la oscuridad, repugnado por mi presencia».

Pero Albar se limitó a dar otro paso hacia ella.

—También te creería.

Le acarició la cadera, vacilante, resiguiendo su curva. La hacía pisar más firme. La enraizaba allí, en el establo, bajo la luz de la lámpara, con su sólida presencia. Luego deslizó la otra mano por la parte baja de su espalda, fuerte y cálida, para cogerla de la otra cadera y atraerla poco a poco hacia él.

Emeline quiso rendirse a la fuerza que emanaba de él. Apoyar la mejilla en la fina lana de su abrigo, dejar que sus brazos la estrecharan contra su pecho.

Pero mientras él le prodigaba reconfortantes caricias en el pelo, recordó aquel día bajo la cúpula de cristal. Cuando su voz había derribado sus barreras para arrebatarle algo que solo le pertenecía a él. Algo que él no quería darle.

Que fácil había sido.

«¿Y si no soy distinta de mi padre?».

Deseaba a Albar. Incluso en ese momento, la presión que su cuerpo ejercía contra ella encendía un fuego hambriento en su interior, avivado por cada caricia de sus dedos. El fuego llameaba y se propagaba mientras él le rozaba la mejilla con la mandíbula.

Deseaba muchas más cosas de él que un abrazo.

¿Hasta dónde la llevaría ese deseo? Su padre había deseado a su madre y había hecho cosas terribles para tenerla.

¿Y si ella le hacía lo mismo a Albar?

Se estremeció y se apartó de sus brazos.

Si, en ese instante, él la miraba a los ojos, tal vez viera su horrorosa alma. Así que, con la cabeza gacha, le dijo:

—Lo más inteligente sería que te mantuvieras lejos de mí.

«Vete —se dijo a sí misma—. Ahora mismo. Antes de que le hagas daño».

Ya no había nada que la retuviera allí. Su yayo estaba a salvo. El Rey del Bosque había recuperado las canciones de su padre; podía encontrar a otro trovador que se las cantase. Y su madre era un monstruo que quería verla muerta.

Y lo más importante de todo: Emeline tenía una vida que la estaba esperando.

No era demasiado tarde. Su gira empezaba dentro de dos días.

Una casa discográfica importante iría a ver su primera actuación, y si les gustaba le ofrecerían un contrato. Producirían su próximo álbum. Subiría el siguiente escalafón en su carrera. Solo tenía que hacer lo que había hecho siempre: fingir que era normal. Fingir que nada de todo aquello era real. Fingir que no había nada oscuro acechándola desde el fondo de su ser.

Se volvió para marcharse. Había tomado una decisión. Volvería a Edgewood y, desde allí, conduciría hasta Montreal. Se iría de gira. Se aseguraría de firmar un contrato con Daybreak. Salvaría su sueño.

Volvería a fingir normalidad.

Enterraría sus secretos en lo más profundo de su ser.

Lo único que tenía que hacer era huir.

«Ahora mismo».

Hizo ademán de salir del establo, pero Albar la cogió de la muñeca y, antes de que pudiera zafarse de él, le acunó el rostro con ambas manos y la besó. Lo hizo con ternura, acariciándole el labio inferior con los dientes, succionando lento, con dulzura, mientras deslizaba las manos en su pelo y le deshacía el moño despeinado.

El calor la lamía por dentro.

Su espalda chocó con la pared.

Inhaló con fuerza y se apartó.

—¿Qué haces?

—Ser poco inteligente. —La tenía allí inmovilizada contra la pared, mirándola con los ojos brillantes.

Y volvió a besarla. Esa vez, a ella se le encogió el estómago de deseo y se le escapó un ruidito dulce y hambriento.

«No».

Puso las manos sobre su pecho y lo empujó con fuerza. Él hizo una mueca. Lo miró con los ojos muy abiertos, sin respiración. Sentía la necesidad y el deseo enraizados en sus entrañas, y era una

insensatez.

—Mis padres son monstruos.

—Eso no significa que tú lo seas.

Antes de que tuviera tiempo de besarla otra vez, antes de que ella se rindiera a sus impulsos y tomase de él lo que quisiera, dio un paso atrás.

—Entra en casa —le repitió, pero él no se movió. ¿Y si recurría a su voz para obligarlo? Se estremeció ante aquel horrible pensamiento.

Pero ¿de qué otra forma podía protegerlo?

Pensó en la primera vez que se habían visto, cuando él le había mentido a ella. Había tratado por todos los medios de evitar que llegase a la ciudad y se encarase con el Rey del Bosque porque sabía lo que ocurriría si lo hacía.

Sabía que correría peligro.

«Miéntele».

—¿Es que no lo entiendes? Lo único que quiero es escapar antes de que el rey añada mi calavera a su vasta colección.

Él se detuvo, vacilante.

—Me marcho, Albar. Ahora mismo. Esta noche. —Transformó su voz en algo duro e implacable—. No quiero esto. Ni tampoco te quiero a ti.

Si paraba ahora, tal vez él viera las grietas que había en sus palabras, así que continuó.

—Lo que quiero es triunfar como cantante. Quiero mi vida de verdad. He trabajado mucho para llegar donde estoy. ¿Crees que tiraría todo eso por la borda? ¿Por esta pesadilla? ¿Por ti? —Negó con la cabeza—. Casi no te conozco.

Albar apartó la mirada de golpe.

—No claro que no, yo nunca… —dijo, pasándose las manos por

el pelo—. Yo nunca te pediría eso. Deberías irte, claro.

Dio un paso atrás con brusquedad.

—Te mereces conseguir todo lo que anhele tu corazón. —Sus palabras carecían de amargura, como si de verdad desease eso para ella; la felicidad, o algo parecido. Como si ya se hubiera resignado, mucho antes de aquel momento, a que ella acabaría marchándose —. Toma. Coge esto. —Se quitó algo de la mano. Dio un paso hacia ella, la cogió de la muñeca y le deslizó un anillo en el dedo—. Te ayudará a llegar a casa sana y salva. Piensa dónde quieres estar y te llevará hasta allí.

El anillo era blanco y fino y, como la prenda por el pago de un diezmo, despedía una frialdad antinatural. Le provocaba un cosquilleo en la piel, allá donde la tocaba.

Le recordó a algo que había oído decir a Álamo. «Eres el recaudador de diezmos. Puedes adentrarte en su mundo siempre que quieras».

¿Así era como lo hacía? ¿Con un anillo encantado?

Sin decir nada más, Albar se dio la vuelta y se dirigió a su casa. Como si siempre hubiera sabido cómo terminaría aquella historia.

«Espera —pensó ella, mientras lo miraba marchar—. No lo pienso de verdad».

Notó un golpe de calor a su espalda. Un resoplido de Lamento que la sobresaltó. La yegua había salido de su compartimento y estaba a su lado. La noche las rodeaba con sus fríos dedos, pero en el interior de Emeline yacía algo mucho más frío. Una esquirla de hielo alojada en su corazón. Apoyó la mejilla contra la ascuaballo y, cuando eso no sirvió para calentarla, rodeó el cuello de la yegua con los brazos.

Ni siquiera se habían dicho adiós.

TREINTA Y CUATRO

Tras pasearse por los establos durante diez minutos largos, tratando de convencerse de no hacer lo que tenía intención de hacer y fracasando en el intento. Emeline siguió a Albar al interior de la casa.

«Solo voy a despedirme —se prometió, dando vueltas al anillo que tenía en el dedo. Una despedida de verdad—. Y entonces me iré».

El fuego crepitaba en la chimenea. Al fondo del pasillo, oyó correr el agua. Albar se estaba preparando un baño. Recordó sus manos en su pelo cuando la había estampado contra la pared. Recordó cómo convertía su piel en fuego.

En el bañó oyó el repiqueteo de la hebilla cuando se desabrochó el cinturón, seguido del susurro de la ropa al caer al suelo, prenda a prenda. Tragó saliva. Oyó el chapoteo del agua cuando él entró en la bañera.

Emeline se quitó las botas y prestó atención. Su mente volvió al establo. A la sensación embriagadora que había nublado sus sentidos cuando él la había apretujado contra la pared.

La deseaba. Eso estaba claro. Así que no pasaba nada por satisfacer sus propios deseos, siempre que coincidiesen con los de

él. Solo una vez. Solo esa noche.

Después se marcharía.

Albar y ella pertenecían a mundos distintos. El de él estaba maldito y moribundo; el de ella albergaba sus sueños. Lo suyo jamás podría funcionar.

Pues claro que se iba a marchar. Eso no se ponía en duda.

Solo necesitaba despedirse antes.

Emeline se dirigió hacia los sonidos que provenían de la bañera, resiguiendo las paredes con dedos temblorosos. Se detuvo al llegar a la puerta y se quedó mirando la rendija de luz dorada de la lámpara que escapaba por debajo. El corazón le latía a mil por hora cuando puso la mano sobre el pomo de latón y lo giró para abrir la puerta.

Frente a ella había una ventana que enmarcaba la luna blanca sobre un cielo azul marino. Y bajo el cristal, una bañera de aluminio iluminada por el candil que descansaba en el suelo. Sentado en la bañera, con la cabeza hacia atrás, estaba Albar.

Cuando Emeline cerró la puerta tras ella, él levantó la vista.

Durante unos instantes, se limitaron a mirarse a los ojos, en silencio.

—Pensaba que te ibas.

Ella se alejó de la puerta.

—Me he olvidado una cosa.

—¿Entonces…?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se quitó la camisa y la tiró al suelo. Fuera lo que fuese lo que él iba a decirle, se le olvidó al instante. Se calló y tragó saliva.

Con el corazón latiéndole salvajemente, se desabrochó los vaqueros y los dejó caer al suelo. Cuando dio un paso para terminar de quitárselos y alzó de nuevo la vista, se dio cuenta de que él era a duras penas capaz de mantener la mirada en su rostro.

«Mírame —pensó ella—. Quiero que me mires».

Y por fin se rindió, y dejó que su mirada febril se deslizara por el pálido cuerpo de ella. Se agarró de los lados de la bañera con fuerza mientras Emeline se quitaba poco a poco el sujetador, y luego las bragas y los calcetines. El aire frío la envolvía, tensándole la piel.

Él respiraba de forma temblorosa. Al oír cómo se estremecía, la atravesó una oleada de deseo.

Un deseo que la empujó a recorrer con los pies descalzos la distancia que la separaba de la bañera, que la empujó a meterse y a dejar que el agua caliente y jabonosa le lamiera las piernas. Con un pie a cada lado de él, descendió sobre sus caderas.

Él inhaló con fuerza; los músculos se le tensaron de tanto contenerse.

—¿Te parece bien? —susurró ella—. ¿O prefieres que me marche?

Como respuesta, llevó las manos a sus omóplatos y las deslizó temblorosas por su espalda.

—¿Estás loca? —murmuró con los labios pegados a su cuello y besó su piel—. Te quiero justo aquí.

Su boca era como un hechizo que la desataba. Sintió que se iba deshaciendo poco a poco.

Mientras ella deslizaba las manos con firmeza por su pecho, sus clavículas y sus hombros, él mantuvo los ojos entrecerrados, y sus largas pestañas arrojaron sombras sobre sus mejillas. Cuando Emeline se arqueó contra él, Albar se quedó sin aliento y la agarró de la cintura para atraerla aún más hacia sí.

—Emeline…

El deseo que destilaba su voz la hacía arder aún más. Le mordió la clavícula, se aferró a sus hombros y se meció sobre él; primero despacio, y luego, más rápido y con más ímpetu.

Preso de la tensión, hundió los dedos en sus caderas.

A ella, el deseo la dejaba sin aliento. Lo necesitaba con urgencia.

Albar soltó un grave gemido. Con una mano en su muslo y la otra en su cabeza, atrajo su boca hacia la de él y la besó con ansias, adueñándose de lo que ella le ofrecía. El deseo de ambos se acumulaba, se intensificaba en un *crescendo*, mientras él pronunciaba su nombre en voz baja.

Cuando terminó, Emeline se dejó caer sobre él, jadeando con suavidad, y apoyó la cabeza en su hombro mojado. Allí acurrucada sobre su pecho, escuchó los latidos lentos y firmes de su corazón.

Todo su cuerpo vibraba de placer. No recordaba la última vez que se había sentido tan dichosa.

Mientras Albar la rodeaba con los brazos, apretujándola contra él y con las palmas sobre sus curvas, bajo el agua, apoyó la mejilla sobre su cabeza.

—¿Bien? —susurró ella, recorriendo con la yema del dedo los contornos firmes de su cuerpo. Tan nuevo para ella y a la vez tan familiar. Como una pieza que no sabía que faltaba en su rompecabezas.

Como respuesta, él le echó la cabeza hacia atrás y la besó en la boca, abriéndole los labios con su calor. Y, antes de que ella pudiera devolverle el beso, salió de la bañera, la envolvió en una toalla y la llevó en brazos a la cama.

Donde se entregaron de nuevo el uno al otro.

TREINTA Y CINCO

Emeline se despertó con los restallidos y el crepitar del fuego de leña. Tenía la nariz fría, pero la cama de Albar estaba calentita, así que se acurrucó más debajo de las mantas. Las sábanas olían a él y le trajeron los recuerdos de la noche anterior. De sus hábiles manos, su profundo calor y sus tiernos besos.

Pero, cuando alargó una mano para acariciarlo, lo que tocó en su lugar fueron las sábanas frías y vacías.

Emeline abrió los ojos.

En la almohada, al lado de la suya, había dejado tres anémonas atadas con una cuerda. Los delicados pétalos blancos temblaron bajo las caricias de sus dedos. Le recordaron a la anémona que había encontrado bajo su taburete aquella noche en La Rêverie. ¿De verdad era Albar aquel desconocido que la miraba desde la barra, bebiendo de su botella? Si era así, ¿qué hacía allí?

Su mente retrocedió todavía más, a la misteriosa Taylor que le había enviado un fan anónimo. Cuando le había llegado, las cuerdas de la guitarra estaban entretejidas de flores salvajes. Ranúnculos, margaritas… y anémonas.

«¿También fue Albar?».

Emeline frunció el ceño. No tenía sentido. Ambas cosas habían

ocurrido antes de que se conocieran.

Pero decidió que le preguntaría al respecto.

Se estiró y se preparó para levantarse. Al lado de la cama había un sillón azul gastado en el que estaba su ropa pulcramente doblada.

Le sobrevino un recuerdo borroso de él sentado en ese sillón, con un cuaderno en las rodillas, mirándola dormir.

«Me estaba dibujando —pensó—. ¿O lo he soñado?».

Emeline se incorporó. Allí, en la mesita de noche, estaba el cuaderno con cubiertas de cuero. Y un lápiz gris y manchado encima.

Se sentó, cubriéndose el pecho con las mantas, y lo abrió por la primera página. Allí, en suaves sombras de color gris, estaba Lamento. De algún modo, las líneas trazadas por Albar habían capturado la suavidad aterciopelada de su hocico y el brillo feroz e impaciente de sus ojos.

Al volver la página vio un boceto de Sable y Corvus, inclinados el uno hacia el otro ante la chimenea de Albar. Los había dibujado enfrascados en una conversación: las líneas de las manos alzadas de Corvus eran intensas y toscas, como si las estuviese moviendo para dar énfasis a su argumento. Sable tenía la barbilla apoyada en las manos y un gesto sereno en el rostro, como si estuviese pensándose su réplica. El dibujo siguiente era de Grace, sonriente y feliz, con la barbilla apoyada en un puño y La Bellota abarrotada de fondo.

Emeline siguió pasando páginas y contemplando más escenas: la alta arboleda donde el Rey del Bosque se sentaba en su trono, las vistas del vasto bosque desde la cúpula de cristal, la oscura ala de un cuervo con todas y cada una de sus plumas dibujadas con todo lujo de detalles.

Fue pasando una página tras otra hasta llegar al final.

El último boceto era de un pie descalzo —su pie— asomando bajo las mantas a los al final de la cama. Le había dibujado todos los dedos, y la suave curva de su arco, y las líneas del tobillo.

Los trazos eran de una ternura conmovedora.

Emeline volvió la página, ansiosa por ver más, pero ya solo quedaban hojas en blanco. Sin embargo, había muchos otros cuadernos en la estantería. Sintió el impulso de cogerlos todos a la vez, soltarlos encima de la cama y mirarlos uno a uno.

Una parte de ella era reacia a hacerlo. Sería una invasión de su intimidad, como leer su diario.

¿No?

«Sí». Claro que sí.

Se obligó a apartar la mirada de los cuadernos, salió de la cama y empezó a ponerse los vaqueros y la camisa. Estaba a punto de ir a buscar a Albar cuando echó una última mirada a la estantería.

¿Qué daño haría echar un vistazo a otro cuaderno? No creía que a él le fuese a importar.

Cedió a la tentación y eligió uno especialmente grueso que estaba en mitad de la estantería. Lo sacó, se sentó en el sillón con las piernas cruzadas y empezó a hojearlo con avidez, ansiosa por ver su contenido. Las primeras páginas eran estudios de árboles, cada uno con su nombre: castaño, fresno, sasafrás, cedro rojo, y muchos otros. Las hojas, las flores, los frutos y la corteza estaban dibujados con gran detalle. Sin embargo, en aquel cuaderno las líneas eran más temblorosas, tenían menos confianza. Cuando volvió a encontrar bocetos de Sable y Corvus, parecían varios años más jóvenes.

Siguió hojeando el cuaderno, pasando rápido por las páginas dedicadas a los árboles, ansiosa por dar con dibujos más personales. Vio una imagen de otro rostro que llamó su atención, pero pasó de

largo demasiado rápido y tuvo que volver atrás.

Cuando la encontró, se le paró el corazón.

Allí, con líneas oscuras, había un boceto suyo. Era ella, de perfil. Con el pelo recogido en un moño y una púa de guitarra entre los labios.

Se acercó más al papel para verlo mejor.

Aquella Emeline tenía las mejillas mucho más redondas que la actual, y sus rasgos eran más dulces. «Es una versión más joven de mí», comprendió. Era ella hacía tres o cuatro años.

Era ella cuando todavía no conocía a Albar.

Un cosquilleo frío se le extendió por la piel.

Se notaba el pulso acelerado en la base del cuello. Siguió pasando páginas y encontró más bocetos suyos, desperdigados entre las imágenes del bosque. Dos, cuatro… Contó diez en total. Cerró el cuaderno de golpe, tratando de respirar. Se quedó mirando la cubierta de cuero marrón unos instantes y fue a por otro.

Más de lo mismo. Árboles, plumas, Lamento. Corvus, Sable y escenas de la corte del rey. Y Emeline. Muchas Emelines. Emeline, sentada, dándole la espalda al artista. Emeline riéndose con la cabeza echada hacia atrás, como su madre en aquella foto. Emeline con un ukelele en el regazo, acariciando las cuerdas con los ojos cerrados.

«Pero ¿cómo…?».

¿Por qué había tantos dibujos suyos?

El último la golpeó con fuerza, y sintió que el impacto la atravesaba como una daga clavada en su barriga. Mientras contemplaba el boceto horrorizada, apretó el cuaderno con tanta fuerza que se hizo daño en los dedos.

En él, una Emeline más joven estaba tumbada, desnuda, sobre una superficie blanda. Tenía el codo doblado, haciéndole de cojín, y

un brazo de piel clara apoyado en la barriga desnuda. En sus ojos había un brillo líquido; miraba al artista con los labios entreabiertos en un gesto sensual.

No parecía tener más de diecisiete años.

El lápiz de Albar había capturado cada detalle a la perfección: el pelo suelto alrededor de su cabeza, las suaves curvas de sus pequeños pechos, el vello rizado y oscuro que asomaba entre sus piernas.

Cerró el cuaderno de golpe. Le costaba respirar. La habitación se había vuelto borrosa.

Los demás cuadernos estaban apilados desordenadamente sobre la cama. Emeline se tapó la cara con las manos y trató de acompasar su errática respiración, pero lo único que veía era su cuerpo joven, dibujado por Albar, una y otra vez.

«¿Qué coño significa todo esto?».

Se levantó del sillón. Le temblaban las piernas, y el corazón le latía con demasiada fuerza, pero fue hacia la parte principal de la casa con el último cuaderno en la mano.

La puerta estaba abierta, y justo en ese momento Albar estaba entrando. Emeline frunció el ceño ante la luz del sol que se colaba por el umbral. Silueteado contra el resplandor matutino, el joven en cuya cama había dormido estaba de pie en el marco de la puerta, con los brazos llenos de leña para la chimenea.

Al verla, arrugó el ceño.

—¿Qué ocurre?

Ella levantó el cuaderno de bocetos, abierto por el dibujo en el que se la veía desnuda. Le temblaban las manos, y las páginas temblaban también.

—¿Qué narices es esto?

Albar abrió la boca el ver el boceto. Bajó los brazos y los troncos

se cayeron a sus pies con un golpe sordo.

Emeline lanzó el cuaderno al suelo, furiosa.

—¿Por qué hay dibujos míos en todos tus cuadernos, Albar? ¿Por qué hay dibujos de mí de antes de que nos conociéramos? ¡Desnuda!

Él, de pie entre toda la leña desperdigada, se pasó las manos por la cara, angustiado.

—Ibas a renunciar a tus sueños —contestó, presionándose los ojos con las palmas de las manos—. Ibas a quedarte aquí por mí. —Dejó caer las manos y la miró—. No podía encadenarte de ese modo.

«¿Qué?». Emeline dio un paso atrás.

—¿De qué estás hablando?

Él la miraba como si el mundo se estuviese derrumbando a su alrededor, y no por primera vez. Tragó saliva con tanta fuerza que ella lo oyó.

—La chica de la que te hablé…, a la que traicioné… —Se le rompió la voz—. Eres tú.

Sus palabras la helaron por dentro. Notó un frío eléctrico, que empezó en su barriga y fue propagándose rápidamente por todo su cuerpo. «No es posible…».

De repente, Emeline recordó la canción que Sable le había cantado la noche anterior. Recordó que le pareció imposible que la cambiaformas la conociera. Era una balada que atrapaba un recuerdo extraño.

—Hace dos veranos —dijo Albar— me dijiste que ibas a renunciar a tu sueño. Me dijiste que ya no te importaba subirte a un escenario porque yo no podría estar allí contigo. Ibas a sacrificarlo todo para quedarte aquí. Aquí, donde no había nada para ti. Menos que nada. —Apartó la vista, desolado—. Fui a ver al rey y le pedí

que… Que te hiciera olvidar. Si olvidabas… Si me olvidabas a mí y todo lo que había en estos bosques, no tendrías nada por lo que quedarte. No habría nada que te retuviera.

A Emeline se le partió el corazón. Retrocedió otro paso más, alejándose de él.

—¿Me estás diciendo que…?

—Que tú y yo… —Negó con la cabeza y volvió a empezar—. Que hace mucho tiempo que nos conocemos. ¿Por qué, si no, aparecerías en mis bocetos? ¿Cómo, si no, iba a querer a Ewan como si fuese de mi propia familia? ¿Por qué, si no, sería Sable tan protectora contigo?

Sable. La canción. El recuerdo de ellas dos subidas a las vigas del granero. No debían de tener más de quince años.

—Cuando hice que me olvidaras a mí y olvidaras el bosque, hice que la olvidaras a ella también. Hice que lo olvidaras todo. Es algo que jamás me perdonará.

«No. No es posible. Me acordaría…».

Solo que no, no se acordaba de nada. No podía hacerlo si le habían robado los recuerdos.

Recordó cuando había llegado a la corte por primera vez. Sable guardaba las distancias, y Emeline había dado por hecho que, simplemente, era tímida. Más adelante, había intervenido cuando el rey había tratado de estrangularla, y Emeline no había comprendido por qué se había arriesgado de ese modo por ella. Pero si habían sido amigas…

Se dio cuenta de que le temblaba el pecho y se abrazó a sí misma, tratando de disimularlo.

—Si lo que me cuentas es cierto, ¿por qué Sable estaba tan empeñada en evitarme? —preguntó.

Albar apartó la vista.

—Supongo que por la misma razón que tú evitabas a Ewan.

Emeline se mordió el labio. Era cierto, había evitado a su abuelo. Se había negado a visitarlo o a llamarlo porque le dolía demasiado que la hubiera olvidado. Y aun así…

—Una verdadera amiga me habría contado la verdad.

—¿Y tú la habrías creído?

Emeline se paró un instante a recordar todas las veces que le había dicho a su abuelo la verdad, y cómo, a menudo, lo único que conseguía era retorcer su ya fracturada mente y sumirla aún más en el caos, como la noche que le había dicho que Rose los había abandonado.

¿Habría creído ella, al llegar a la corte del rey, que una cambiaformas que no había visto en su vida era, en realidad, una vieja amiga?

«No —comprendió—. Me habría parecido un disparate».

Pensó en los recuerdos perdidos de su yayo. Sin ellos, una parte de él se había perdido también. Eso era lo que había hecho Albar: había robado un pedacito de Emeline sin que ella se enterase.

Mientras la verdad se asentaba poco a poco en su interior, las paredes de aquella casa parecían encogerse, y Albar se interponía entre ella y la única salida. De repente, se sintió como Dafne, la ninfa. Engullida por la corteza de un árbol que la rodeaba, encerrándola en su interior. Enjaulándola.

Sintió ganas de salir de esa casa.

De esos bosques.

De la vida de ese muchacho.

Quería poner tanta distancia de por medio como pudiera entre ella y Albar Fell.

Se dirigió a la puerta, sorteando los troncos que había en el suelo.

—Espera —le pidió él. Cogió un pequeño libro carmesí de la mesa y se lo tendió—. Llévatelo. —Emeline se quedó plantada entre él y la puerta, congelada, sin saber muy bien qué hacer—. Por favor.

La voz le temblaba de angustia, y fue eso lo que la llevó a coger el libro, que se metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Adiós, Albar —susurró, incapaz de mirarlo.

Y entonces salió de esa casa y no volvió a mirar atrás.

En el jardín, la advertencia de Garra resonó en su mente: «¡Al final te traiciona!». Si el dragón se había equivocado con el orden en el que había visto el futuro, el final que había visto bien podría haber sido el ocurrido hacía dos años.

Mientras caminaba hacia el arroyo, en su cuerpo había una tempestad de ira y confusión. En el puente, se acordó del anillo blanco que llevaba en el dedo.

«Piensa dónde quieres estar y te llevará hasta allí».

Emeline se detuvo en seco.

«En casa. —Le ardía la garganta; le escocían las lágrimas que aún no había derramado—. Quiero estar en casa».

Y, en cuanto lo pensó, desaparecieron el arroyo, el puente y los árboles. Un segundo, tenía la casa de Albar detrás, y al siguiente estaba saliendo del bosque y entrando en el jardín de rosas de su yayo.

El anillo la había llevado a Edgewood.

TREINTA Y SEIS

Encontró a su abuelo en cuanto entró en casa. Estaba de pie, junto a la ventana de la cocina. Le rodeó los hombros con los brazos y lo abrazó con fuerza, inhalando su aroma a jabón, tratando que su familiar presencia la reconfortara.

Estaba a salvo. Allí, los bosques y las criaturas que vivían en ellos no podían tocarla.

Apretujó con fuerza a su abuelo.

—Venga, venga —murmuró él, acariciándole la espalda en círculos—. Todo va bien.

Maisie levantó la vista desde la mesa de la cocina, donde estaba preparando una tarta de manzana. Tenía los rizos grises y encrespados recogidos y el delantal manchado de harina blanca.

—¡Pequeña! —Estudió a Emeline con sus ojos avellana claro. La última vez que se habían visto, ella había matado a una piel de sombra en aquella misma cocina y luego había desaparecido en el bosque—. ¿Estás bien?

¿Lo estaba? Acababa de enterarse de que el chico al que amaba le había robado algo muy valioso. Pedacitos de su pasado. Pedacitos de sí misma.

Emeline tragó saliva y forzó una sonrisa.

—Sí, estoy bien.

El rostro bronceado de Maisie estaba cubierto de arrugas, como los anillos de un tronco. Miró a Emeline con atención, como si no estuviera convencida, pero no insistió.

—Joel se marchó ayer.

Emeline hizo una mueca. Joel. Ella se había ido sin darle ninguna explicación. No querer seguir con él no le daba derecho a ser una capulla. Tendría que redimirse de algún modo por haber sido tan maleducada.

—Me pidió que te dijera que ya os veríais en Montreal. Y no sé qué sobre tu gira.

«Oh, no».

—¿Qué día es hoy?

Maisie se limpió las manos en el delantal blanco de volantes y fue hacia el calendario que colgaba de la pared de la cocina.

—Seis de octubre.

El día antes del primer concierto de la gira.

A Emeline le dio un vuelco el corazón.

—Tengo que irme.

La mujer le dio la mano, entrelazando sus dedos con los suyos. La piel le olía a harina y a azúcar.

—¿Cuándo volverás?

La otra noche, durante la cena, las dos habían estado hablando de cómo se organizarían para cuidar a su abuelo y habían acordado que, mientras Emeline estuviera de gira, Maisie iría dos veces al día a ver cómo estaba, y que, cuando ella terminase de viajar, buscaría el mejor modo de que pudiera seguir viviendo en su casa.

—Dentro de tres semanas —respondió ella—. En cuanto mi gira termine.

Fue a su habitación y metió las cuatro cosas que había llevado

en la mochila. Luego cogió su teléfono de la mesita de noche, donde lo había dejado cargando. Si lograba llegar aquella noche a Montreal, tendría todo el día siguiente para repasar su repertorio. Pero para cubrir el trayecto de siete horas hasta la ciudad, al que tenía que sumarle una o dos horas más por el tráfico, tenía que irse de inmediato.

Nunca en su vida había ansiado más la normalidad. Quería un piso compartido lleno de compañeros con los que apenas hablase. Quería las luces, el ruido y las hordas de gente de la ciudad. Quería subirse a un escenario, tocar acordes y convertirlos en una canción, animada por el público escondido tras las luces. Quería sus aplausos y sus tamborileos para que le demostraran que ese era, en efecto, el lugar que le correspondía.

Aquella era su vida.

Necesitaba volver a vivirla.

Y olvidarse del bosque y de la maldición y del Rey del Bosque. Olvidarse de la Vil, que la odiaba con todas sus fuerzas y la quería ver muerta. Y, sobre todo, olvidar a Albar, que la había traicionado.

Pensar en ello hacía que le entrasen ganas de llorar.

Tras abrazar a Maisie y a su yayo, Emeline se echó la mochila al hombro, cogió sus llaves y entró en el coche.

Justo cuando avanzaba por el camino de entrada, vio a Tom, que venía por el sendero de la granja de Eshe y Abel con una fanega de manzanas amarillas en los brazos. Eran frutas imperfectas, a juzgar por las magulladuras. Debían de ser para la tarta de Maisie. Al verla, Tom arrugó los ojillos castaños y alzó la barbilla a modo de saludo.

Ella sintió una punzada en el pecho.

«He de contarle lo de Rose».

Le rompería el corazón.

Solo de pensarlo, de pensar en cómo cambiaría la relación que

los unía, se le abría una grieta en el pecho.

«Puede esperar —decidió. No quería estropear las cosas todavía —. Hablaré con él cuando termine la gira».

No paró el coche. Se limitó a saludar a Tom con la mano y lo observó desaparecer por el retrovisor cuando giró hacia la calle principal, de camino hacia la autopista.



Emeline paró a echar gasolina en cuanto cruzó la frontera de Quebec. Mientras estaba junto al surtidor, con la manguera en la mano, algo se cayó de su bolsillo trasero y fue a parar al suelo.

Se volvió para recogerlo, pensando que sería su móvil.

Pero no lo era. Era el librito que Albar le había dado antes de que se fuera.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada.

Emeline lo miró con desconfianza, pero lo recogió, sin dejar de llenar el depósito. La primera vez que se había fijado en ese libro había sido la noche que él le había preparado la cena. A pesar de todo, sentía curiosidad, así que empezó a hojearlo.

No tardó mucho en darse cuenta de que contenía exactamente lo que describía el título: poemas de amor. Un amor lleno de anhelo, fuego y tristeza. Las palabras hacían que le subiera la temperatura, la obligaban a apretar los dientes.

Cerró el libro de golpe.

No podía quedarse con él. ¿Un libro de poemas de amor de la persona que le había robado los recuerdos? Era demasiado.

«Lo voy a tirar», pensó, echando un vistazo a la papelera que había al lado del surtidor.

—Una elección excelente —dijo una voz grave cerca de ella.

Se dio la vuelta y vio a un hombre que echaba gasolina en su coche, detrás de ella. Llevaba barba y un turbante negro. Señaló el libro con la cabeza y añadió:

—A mi esposa le encanta Neruda. Así es como la encandilé.

Emeline levantó la vista y miró los amables ojos marrones del desconocido, con las comisuras arrugadas por el reflejo de su sonrisa. Tenía un aire dulce, como de abuelo.

—¿Está aquí con usted? —preguntó Emeline, tratando de desviar el tema del asunto del libro de Albar. Miró al asiento del copiloto del coche, pero estaba vacío.

A él se le ensombreció el rostro.

—Ah… No.

—Lo lamento —se apresuró a decir ella al darse cuenta de su error. A juzgar por la barba canosa y las profundas arrugas de su frente, debía de tener más o menos la misma edad que su abuelo.

Él chasqueó la lengua con gentileza.

—No te disculpes. Me encanta recordarla.

Y así fue como Emeline pasó sus siguientes minutos echando gasolina: escuchando a aquel señor hablarle del amor de su vida, a quien había perdido hacía cinco años por culpa de un cáncer.

Cuando fueron a pagar, él le sostuvo la puerta abierta para que pasara.

—Gracias por escucharme —le dijo.

Y ella le dio un abrazo.

Cuando volvió a su coche, un par de minutos después, le vibró el teléfono. Era un mensaje de su representante.

«¿Quieres conocer esta noche a tus compañeros de gira?».

Le dio un vuelco el corazón. «¿Conocer a los Perennials? ¿Esta noche?», respondió.

Sudaba solo de pensarlo.

«Van a ir a La Rêv a tomar algo. Les diré que te guarden un sitio».

Sintió un enjambre de mariposas revoloteando en su estómago. Con todo lo que le había pasado la última semana, no había tenido tiempo de emocionarse por la inminencia de su gira, ni de pensar cómo sería conocer a los que habían sido sus ídolos durante años.

Estaría bien que le presentaran a los Perennials esa noche, así, al día siguiente, ya no serían unos desconocidos en la *green room*. Se preguntó cómo sería pasar tres semanas con ellos en la carretera, si al final acabarían siendo amigos.

«Necesito amigos», pensó.

La sombra de un recuerdo asomó a su mente. Un caluroso día de verano; el polvo pegado a su piel. Las piernas colgando de las vigas del granero. Y una chica, tumbada a su lado, escuchándola cantar.

Sable.

El recuerdo la confundía. Intentó volver atrás. Intentó encontrar más viejos recuerdos de la cambiaformas, de antes de que se marchase de Edgewood por primera vez.

Pero lo único que encontró fue niebla. Un hueco. La nada.

La asustaba. Enterró la sensación en lo más profundo y luego se metió el móvil en el bolsillo. Justo antes de entrar en el coche, vio la misma papelera de antes y se detuvo un segundo.

Desvió la mirada hacia *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, que todavía tenía en la mano. Podía tirarlo en ese preciso instante. Sin embargo, cuando se dispuso a hacerlo, lo único en lo que pudo pensar era en el hombre del surtidor y en su esposa, la amante de la poesía. Le había hablado de ella como si hubiese sido el sol más radiante de su vida. Un sol que ya se había puesto, pero que, como el crepúsculo, permanecía en el horizonte, de donde

él no apartaría la mirada.

Emeline no pudo evitar sentir que tirar los poemas de Neruda a la basura era, de algún modo, como mancillar el recuerdo de aquella mujer. Así que abrió la puerta del coche, metió el libro en el bolso y luego volvió a la autopista y siguió conduciendo.



La Rêverie estaba abarrotada de gente; llena de calor y de ruido. Emeline movía la pierna bajo la mesa, nerviosa. Los miembros de los Perennials tenían las cabezas muy juntas y conversaban en voz baja. Eran unos años mayores que ella, y desde que había entrado y saludado, ni uno solo de ellos había hecho nada por incluirla en la conversación, a pesar de sus varios intentos de hablar con ellos.

Se dijo que acababan de aterrizar desde puntos distintos del país. Era evidente que eran un grupo con una relación muy cercana y tenían que ponerse al día. Emeline no podía reprochárselo.

Pero, de todos modos, sentía que allí sobraba.

Joel tampoco era de mucha ayuda. Le estaba girando la cara desde que había llegado, aunque tampoco podía culparlo por ello, teniendo en cuenta que el día anterior lo había dejado plantado. En ese momento, estaba fuera hablando por teléfono.

Emeline jugueteó con el anillo que tenía en el dedo, dándole vueltas y vueltas, hasta que recordó quién se lo había dado.

Albar.

Apretó la copa que tenía en la mano, pero enseguida aflojó los dedos. No tenía ninguna intención de pensar en el recaudador de diezmos del rey, ni en ninguna otra cosa que perteneciera a los bosques. Albar era un ladrón de recuerdos. El bosque estaba

maldito. Y todo lo que allí había quería verla muerta.

Aquel era el lugar que le correspondía.

Al día siguiente, por la noche se subiría al escenario y abriría el concierto para la banda de sus sueños. Era la culminación de todo su duro trabajo. Y, si lo hacía bien, firmaría con Daybreak y le producirían su siguiente disco. Tendría todo lo que siempre había soñado antes incluso de cumplir los veinte años.

Su mayor sueño, el sueño de su vida, estaba a punto de cumplirse.

—¿Estás preparada para mañana?

Emeline levantó la vista y vio que Edwin McCormick, el batería de los Perennials, la estaba mirando. Tenía los pálidos brazos cubiertos de coloridos tatuajes y el pelo negro y grasiento, como si esa semana todavía no se lo hubiese lavado.

Le sonrió.

—Claro. ¡Me muero de ganas! —Se estremeció en cuanto oyó el sonido de su voz, era demasiado alegre, demasiado falsa. Para disimular la vergüenza, dio un trago de su refresco. Las burbujas le hicieron cosquillas en la lengua.

—¿Alguna vez has hecho una gira por catorce ciudades?

Edwin tenía el brazo sobre los hombros de la joven que estaba sentada a su lado, Ashley Granger, la voz principal de la banda. Llevaba un flequillo corto y recto decolorado y teñido de rubio y el resto de la melena recogida en un moño, dejando al descubierto el rapado de debajo.

—No, es mi primera vez —admitió Emeline con un nudo en el estómago.

—Seguro que lo harás genial —dijo Ashley, que la observaba bajo el brazo de Edwin.

De repente, les interrumpió una voz pizpireta.

—¡Emeline Lark!

Toda la mesa se volvió para encontrarse con una rubia de generosas curvas con el rostro en forma de corazón y una sonrisa de labios pintados. Llevaba unos vaqueros oscuros con rotos en las rodillas y unas botas de vaquero.

Chloe Demarche.

Emeline se relajó al ver a su compositora. El nudo que tenía en el estómago se le aflojó un poco.

—¡Hace semanas que no sé nada de ti! —dijo Chloe—. ¿Adónde te habías metido?

Los pensamientos de Emeline iban a toda velocidad, en busca de una respuesta que no sonase completamente delirante.

—Estaba… cuidando de mi abuelo.

Era una media verdad.

La luz se reflejó en los flexibles rizos dorados de Chloe cuando se sentó en la silla que Joel había dejado vacía, con una expresión de sincera angustia.

—¿Se encuentra bien?

—Oye, Chlo… —dijo Ashley inclinándose sobre la mesa y señalando la silla con un dedo—. Esa silla está ocupada.

—¡Ah! —Chloe se puso de pie a toda prisa—. Perdón. Bueno, de todos modos, mis amigos están por allí. —Señaló como si nada al otro extremo de la sala, donde un grupo de gente estaba cogiendo sillas para sentarse a una mesa vacía. Luego se volvió hacia Emeline —. ¿Has podido escuchar las canciones nuevas que he subido a Elegy?

Emeline tenía cientos de notificaciones sin revisar en su móvil, que se habían ido acumulando durante su estancia en la Ciudad del Rey. Negó con la cabeza.

—Todas no, pero lo haré esta noche, te lo prometo.

—No hay prisa. Ya me dirás qué te parecen. —Chloe esbozó una sonrisa que le marcó los hoyuelos—. ¡Pásalo bien en la gira! —Saludó con la mano y volvió con sus amigos.

Cuando ya no podía oírlos, Ashley se inclinó hacia el centro de la mesa y susurró:

—¿Os habéis enterado de que va a grabar un disco?

—¿Qué? —dijo Heidi, la bajista.

—¿Con quién? —preguntó Edwin.

—Con Daybreak. —Ashley resopló con desdén—. Al parecer, firmó con ellos la semana pasada.

Emeline se movió en su asiento, incómoda. Oteó el bar, buscando a Joel con la mirada.

Heidi esbozó una sonrisilla.

—Bueno, encaja bastante.

Ashley asintió. Miró al otro lado del bar y arrugó la nariz.

—Dios, mira que es superficial. Como sus canciones.

A Emeline se le puso el estómago del revés. Las canciones de Chloe también eran las suyas. Se hundió en la silla.

Al otro lado de la sala, Chloe y sus amigas charlaban alegremente. «Ojalá estuviera allí», pensó, mirando a los Perennials, que se acercaban unos a otros para murmurar, intercambiando cotilleos como si les ardieran en la lengua.

Era una de las primeras cosas a las que se había tenido que acostumbrar cuando había entrado en ese mundo.

Recordaba su primer festival de música y la fiesta posterior. Había entrado en el bar emocionada después de un caluroso día saltando de un escenario a otro, con la esperanza de entablar amistad con algún novato como ella, y había terminado sentada a una mesa, apretujada entre cuatro músicos experimentados, con unos cuantos más enfrente. Les había preguntado por sus bolos, y

cuánto habían viajado, y hasta cuándo se quedaban, pero la conversación había tomado otros derroteros más mezquinos. Chismorreos sobre por cuánto habían firmado fulanito y menganito su último contrato, qué álbumes se esperaba que fuesen un fracaso, quién merecía ser finalista del premio Polaris y quién no…

En ese mundo, los cotilleos eran una moneda de cambio. Cuantos más tenías, más poder amasabas.

Ese día, Emeline se había sentido como un cervatillo bebé, convencida de que se estaba adentrando en un prado y emocionada por hacerse amiga de las demás criaturas silvestres, cuando donde se estaba adentrando en realidad era en mitad del tráfico.

Ese día, había sentido en todo el cuerpo la apremiante necesidad de huir, pero para irse de aquella mesa habría tenido que meterse por debajo y salir pitando.

Y, en ese momento, le pasaba lo mismo. También tenía ganas de irse de allí.

Solo que aquellos eran los Perennials. ¡Los Perennials! La banda con la que se iba a ir de gira tres semanas. Y allí estaban, la noche antes de que empezase, llamando vendida a la chica que componía sus canciones.

«¿Y de mí? ¿Qué pensarán de mí?».

Con aquella duda tan perturbadora en mente, Emeline se levantó de la silla y fue al baño. Cuando cerró la puerta tras ella, el ruido de las conversaciones de los clientes de La Rêv se acalló y se quedó casi en un completo silencio, envuelta en el suave olor del humo del tabaco. Las luces fluorescentes parpadeaban. Las paredes y las puertas de los baños estaban cubiertas de pegatinas.

La familiaridad del lugar le destensó el pecho.

Exhaló un suspiro.

«Vale —pensó, de pie junto a los lavabos—. Tus compañeros de

gira son unos capullos pretenciosos. ¿Y qué? Has lidiado con un montón de gente así».

¿Era esa la razón por la que era mejor que una no conociera a sus héroes?

Abrió un grifo y se salpicó la cara con agua fría. Alguien había apagado su cigarrillo en la pila de cerámica y la colilla estaba en el fondo, blanda y mojada.

Apoyó las manos en el borde de la pila y contempló su reflejo.

«Son solo tres semanas. Sobrevivirás».

Y, cuando aquellas tres semanas llegasen a su fin, tendría —o eso esperaba— un montón de ventas de su EP, mucha más visibilidad y un contrato con Daybreak, quienes querrían empezar a grabar un álbum cuanto antes.

«Recuerda por qué amas todo esto», se dijo.

Lo que amaba era la música. Que el mundo se quedara quieto y mudo en cuanto empezaba a rasguear las cuerdas. Olvidar todo aquello de lo que huía en el momento en que una canción asomaba a su garganta.

«Conocí a una chica una vez —la voz de Albar afloró de repente en sus pensamientos —. Para ella, cantar era como respirar. Cuando cantaba, se transportaba a un lugar en el que nadie podía tocarla».

Algo le atenazaba la garganta. Se aferró con más fuerza al lavabo; quería purgar su memoria de aquella voz suave y áspera, y de su olor a cuero y a pino, y de sus ojos como piedras de río.

Al día siguiente, cuando subiera al escenario, todo se convertiría en un torbellino, coger vuelos, registrarse en los hoteles, recuperarse del *jet lag*, y actuar, por supuesto. Duraría semanas. No tendría tiempo de pensar en Albar Fell, ni en nada más. Ni en el bosque maldito, ni en su cruel rey. Ni en la madre monstruosa que quería verla muerta. Y, sobre todo, no podría pensar en el poder

oscuro que acechaba en las profundidades de su ser.

«Adiós para siempre —pensó—. Adiós a todo eso».

Se apartó del lavabo y salió de los baños. Mientras volvía a la mesa, vio a los Perennials, aún más apiñados que antes. Joel todavía no había vuelto, y Edwin tampoco estaba. Cuando se acercó un poco más, oyó cuchichear a Ashley:

—Le doy un año antes de que desaparezca del mapa.

Emeline apretó los dientes. ¿Aún seguían hablando de Chloe? ¿Qué tenía esa chica para que les diera tanta rabia?

—No sé, Ash. A ver… Viene de gira con nosotros.

Emeline aminoró el paso.

—¿Estás de coña? —Ashley enarcó una delgada ceja en una expresión escéptica—. La única razón por la que viene de gira con nosotros es porque se está follando a Joel. Y Joel y Edwin son muy colegas.

Emeline se paró en seco. La boca se le había quedado seca como el algodón. Qué comentarios tan crueles y desagradables.

Y eran sobre ella.

—Joel nos pidió un favor. Ya sabes lo obsesionado que está con ella… Pero Emeline Lark no tiene talento, y todo el mundo lo sabe. ¡Si ni siquiera escribe sus canciones, por el amor de Dios!

Emeline se había quedado paralizada a varios pasos de distancia. Se dijo que lo que debería hacer era seguir andando, ir a la barra, pedir otro refresco, volver a la mesa y fingir que no había oído nada. Pero las palabras de Ashley se le habían clavado en lo más profundo. La habían dejado paralizada.

Se sentía fuera de lugar, como una nota que no armonizaba con las demás. Disonante. Desacompasada. Como si estuviese en la canción equivocada.

«No —se dijo con firmeza—. Este es mi sitio».

Tenía que ser fuerte y sobreponerse a aquello.

«Has sobrevivido a cosas peores».

De repente, alguien la golpeó por detrás y algo frío y mojado se extendió por su camisa. Se quedó perpleja.

—¡Oh, no! —Con su vaso, ya casi vacío, en la mano, Chloe miró la blusa empapada de Emeline—. Em, lo siento mucho.

La conversación en la mesa se detuvo de forma abrupta. Los miembros de los Perennials se volvieron hacia ellas.

Emeline le sonrió, luchando por controlar el nudo de su garganta.

—No te preocupes, no pasa nada. —Y, como sabía que los del grupo las estaban escuchando, la cogió del codo y añadió—: Por cierto, felicidades por haber firmado con Daybreak. Estoy muy orgullosa de ti.

Emeline se excusó y salió del local para respirar ávidamente aire fresco, y aprovechó para sacudir su camisa para intentar secarla. El aparcamiento estaba en silencio, salvo por algunos fumadores acurrucados en la curva y Joel, que seguía hablando por teléfono apoyado en el maletero de su coche. Apoyó la espalda en la pared de ladrillos, se deslizó hasta sentarse en la acera y marcó un número en su móvil.

—¿Sí?

Emeline cerró los ojos al oír su voz.

—Hola —murmuró.

—¿Quién es?

—Emeline. Tu nieta. Es solo que… necesitaba oír tu voz.

TREINTA Y SIETE

La noche siguiente, Emeline estaba sentada en el suelo de la *green room* del Ninfa, con la cabeza apoyada en la fría pared de yeso. Mientras tanto, los fans hacían cola fuera, esperando para entrar en el local. Tenía las piernas desnudas cruzadas a la altura de los tobillos, las orejas protegidas con unos auriculares con cancelación de ruido y los dedos ansiosos por tocar las cuerdas de su guitarra, que la estaba esperando en el escenario junto a su ukelele.

Estaba sola en aquella sala, que olía a café viejo y a cerveza. Movía el pie arriba y abajo, nerviosa, mientras las luces fluorescentes parpadeaban y parpadeaban, emitiendo un fuerte zumbido. Los Perennials todavía no habían llegado, pero eran famosos por salir tarde al escenario.

Emeline cerró los ojos y respiró, empapándose de todo: de su nombre en la marquesina del Ninfa, de la gira por catorce ciudades, de su (esperaba) nuevo contrato con una discográfica de las grandes. Después de todo lo que había pasado —después de machacarse tocando versiones en bares de mala muerte hasta las dos de la madrugada, de vivir en la carretera sin saber si podría permitirse llenar el depósito de gasolina, de cantar en la calle para ver si así llegaba a final de mes—, allí estaba. Alcanzando el éxito.

Y si los Perennials no eran las personas que ella creía, ¿qué más daba? No importaba. Lo que importaba era que estaba a punto de subirse al escenario del Ninfa —donde muchas de sus bandas preferidas habían tocado antes que ella— y cantar frente a un público de trescientas personas que había agotado las entradas.

Metió la mano en el bolso, buscando el móvil. Quería saber cuánto tiempo le quedaba antes de salir. Rozó algo rígido con el dedo, algo parecido al papel: el delgado lomo de un libro. Lo sacó.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada.

La cubierta se veía roja como la sangre sobre su vestido negro.

Estaba a punto de volver a meterlo en el bolso cuando un pedazo de papel cayó de entre sus páginas.

Se quedó mirando la nota doblada mientras el corazón le martilleaba contra el pecho. Aunó todo su coraje, lo recogió y lo desdobló. Encontró dentro un mensaje escrito en lápiz sobre las líneas marcadas en la página. El grafito se había emborronado y desvanecido en algunas partes que le costó más leer.

> Emeline:
>
> Si estás leyendo esto, es porque por fin he reunido la valentía suficiente para contarte la verdad o porque la has descubierto tú sola. Espero sinceramente que haya sido lo primero.
>
> He tratado de escribir esta carta un centenar de veces, y ninguna de ellas conseguí encontrar las palabras adecuadas. Lo que hice es imperdonable y cualquier disculpa será insuficiente, pero, por favor, quiero que sepas que nunca quise hacerte daño, sino ahorrártelo. Soy consciente de que no hay forma de deshacer lo que hice, y de que jamás podremos volver a ser los que éramos, pero si hubiese alguna forma de expiarme, si existiese algún precio que pudiera pagar para

empezar a reparar el daño que te he causado, créeme, lo pagaría sin dudar.

En este libro hay un poema que no entendí hasta que te fuiste. Ahora lo entiendo demasiado bien.

ALBAR

El corazón de Emeline parpadeó junto a las luces.

Echó un vistazo al libro de poesía, donde estaba escondida la nota. Una de las páginas tenía una esquina doblada. Abrió el libro por ahí y descubrió que un poema la estaba esperando.

«Puedo escribir los versos más tristes esta noche», empezaba.

Siguió leyendo.

«Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido».

El pulso le latía con fuerza en la garganta.

«Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella».

Siguió leyendo, bebiéndose las tristes palabras, hasta que un pequeño verso bastó para detener el mundo entero.

«Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».

Aquellas palabras la golpearon con una fuerza sin igual. El libro se le resbaló de los dedos y cayó sobre su regazo.

«Es tan largo el olvido».

Era el nombre de la carpeta protegida de la aplicación de Elegy. La que contenía sus viejas canciones.

«¿Y si la contraseña es parte del poema?».

Emeline cogió el bolso y rebuscó en él desesperada. Por fin, cuando encontró el móvil, lo sacó y abrió Elegy a toda prisa. Apareció una notificación: «No has accedido a es tan largo el olvido en 553 días. ¿Quieres borrar la carpeta?».

Tocó el no. Y luego tocó la carpeta.

«Esta carpeta está protegida con una contraseña. Introduce la

contraseña».

Aunque solo faltaban treinta minutos para que tuviera que subirse al escenario, Emeline cogió el libro de nuevo, lo abrió por la página marcada y releyó el poema.

Probó primero con el título. «Puedo escribir los versos más tristes (esta noche)».

La notificación se tiñó de rojo y el móvil vibró.

«La contraseña es incorrecta».

Volvió a probar, esta vez con todo en minúsculas. Luego con todo en mayúsculas.

Más vibraciones. Más rojo.

Emeline gruñó mirando la pantalla. Echó un vistazo al reloj. Le quedaban veinticinco minutos para subirse al escenario.

Revisó el poema hasta que sus ojos volvieron a detenerse en un verso: «Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».

Encorvada sobre el móvil, con la pantalla a escasos centímetros de la cara, escribió: «es tan corto el amor».

La carpeta se abrió y apareció la lista de sus viejas canciones, montones de ellas. Se quedó paralizada, mirándolas fijamente. Llevaba casi dos años tratando de encontrar la contraseña y fracasando en su empeño. Nunca había logrado abrir la carpeta, nunca había podido escuchar esas canciones.

Con manos temblorosas, conectó los auriculares al móvil y tocó el botón de play.

Las canciones la llevaron atrás en el tiempo, al momento en el que las escribió. Y, mientras cada una se fundía en la siguiente, mientras su voz cantaba letras y melodías de su pasado, los recuerdos estallaban como brochazos de color sobre un lienzo negro.

Porque dentro de todas y cada una de aquellas canciones, que había escrito antes de marcharse de Edgewood por primera vez,

había escondido un recuerdo.

Emeline se dejó arrastrar por ellos. Con los ojos anegados en lágrimas calientes, abrió un archivo tras otro, y tras otro, y escuchó a toda prisa todas las canciones y, con ellas, recuperó todas las vivencias que le habían robado. Imágenes de una joven Sable aparecían ante sus ojos, entretejidas con las de un joven Corvus. Y las de alguien más.

Albar.

Estaba por todas partes, con su pelo oscuro y sus extraños ojos. Las canciones estaban tan llenas de él, que sentía que se estaba ahogando en el muchacho. Albar sentado junto al fuego con un libro. Albar quitándose la camiseta y zambulléndose en un estanque iluminado por la luz de la luna. Albar trepando por la ventana de su habitación. Besándola en la oscuridad.

Lo había engarzado en su música.

Porque, para Emeline, las canciones nunca eran solo canciones. Eran cápsulas de memoria; cada una de ellas contenía un momento atrapado en el tiempo.

Cuando el siguiente tema empezó a sonar a través de sus auriculares, la imagen de un árbol asomó a su mente. Veía sus raíces sedientas, la corteza retorcida y enrevesada entre gris y marrón, las ramas nudosas que se alargaban hacia el cielo. Un centinela silencioso que montaba guardia en la linde del bosque.

Su árbol.

Y, mientras crecía allí, en su mente, algo se quebró.

El Olvido se partió.

Y una ola de recuerdos perdidos rompió sobre ella.

TREINTA Y OCHO

Emeline tenía trece años cuando su árbol desapareció.

Ocurrió en una fresca mañana de abril que amaneció con todo cubierto de perlas de escarcha. Al despertar, encontró a su abuelo en el balcón, mirando hacia el bosque con el ceño arrugado.

—Se lo han llevado —murmuró. Ella no supo si aquello que teñía su voz era ira… o miedo.

Cuando miró hacia donde él miraba —el hueco en el seto—, comprendió que se refería a su árbol.

Ya no estaba.

Se lo habían llevado. Ellos. Las cosas que vivían en los bosques; a eso se refería. Pero ese mes no tocaba entregar diezmo, así que ¿por qué habría decidido llevárselo el Rey del Bosque?

Cuando su yayo se fue a los viñedos, Emeline, en lugar de ir a la parada de autobús, como de costumbre, se adentró en la espesura del bosque, a pesar de las advertencias de los vecinos y de las historias que resonaban en su mente. Pensaba que quizá podría encontrar al Rey del Bosque y convencerlo de que le devolviera aquel árbol que tan especial era para ella.

Pero cuanto más se adentraba, más cambiaba y mutaba el bosque a su alrededor, hasta que dejó de ser el mismo que

bordeaba Edgewood. Los árboles eran demasiado grandes, demasiado majestuosos; el canto de los pájaros, demasiado extraño. Y por todas partes flotaba el aroma asfixiante de la magia.

¿Y si no hallaba nunca la salida?

No encontró su árbol, pero le ocurrió algo que no esperaba. Estaba totalmente desorientada y perdida cuando alguien se acercó a ella por detrás y le tapó la boca con la mano para impedirle gritar.

—Quédate muy quieta —susurró su captor—. A no ser que quieras que te coman.

Emeline no podía ver el rostro de su atacante, pero lo notó señalar hacia el río con la cabeza, donde había una sombra larga y negra como la noche que reptaba por la orilla cubierta de rocío, por entre los árboles que empezaban a brotar. No tenía ojos, pero sí unas garras largas y afiladas.

Decidió arriesgarse a obedecer al desconocido que la sujetaba por la espalda.

Poco a poco, este le apartó la mano de la boca e, igual de despacio, entrelazó sus dedos con los de Emeline y tiró de ella con suavidad, llevándola por el bosque a toda prisa, silencioso como un árbol. Y así siguieron hasta que cruzaron el seto de vuelta a Edgewood.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella, volviéndose hacia él para memorizar sus rasgos: el pelo de color arce oscuro, la piel tostada como la tierra, los ojos como dos piedras de río. Parecía, más o menos, de su misma edad.

—Prométeme que no volverás a adentrarte en el bosque —le pidió él, memorizando a su vez los rasgos de ella— y te lo diré.

Pero ahora que sabía que entre aquellos árboles no había solo horrores, Emeline no estaba segura de poder prometérselo.

—En este bosque hay cosas que pueden hacerte mucho daño —

insistió.

—Tú estás en el bosque —señaló ella— y no me has hecho daño.

—Cierto —concedió—, pero hay otras criaturas que sí te lo harían.

Emeline ladeó la cabeza.

—Si no me acerco, ¿cómo volveré a encontrarte?

Él curvó la boca en una media sonrisa y bajó la barbilla, agachando la mirada.

—Ya te encontraré yo.

—Entonces, te lo prometo —respondió ella—. Ahora dime cómo te llamas.

Él se quedó pensativo unos instantes, como si se lo estuviera pensando mucho. Y luego, en voz muy baja, dijo:

—Soy Albar.



Albar volvió a menudo. Poco después, sus amigos empezaron a acompañarlo: una chica tímida y seca llamada Sable y un chico travieso llamado Corvus. Eran cambiaformas de la Ciudad del Rey, que estaba en lo más profundo del bosque. Le contaban historias de fieros ascuaballos que galopaban, salvajes, por entre los árboles, y de un dragón cascarrabias forjado en piedra. Y, en voz más baja, hablaban también sobre pieles de sombra, sobre la Vil y la Mácula, una maldición que estaba devorando el bosque.

Sus historias se le habían colado debajo de la piel. Quería ver ese mundo con sus propios ojos.

Sin embargo, cada vez que les pedía que se lo enseñaran, ellos agachaban la mirada y negaban con la cabeza.

—A las gentes de la frontera ya no se les permite la entrada. Es demasiado peligroso.

Poco después, Sable empezó a ir también sola a visitarla. Emeline le enseñó todos sus discos preferidos. Se pasaban el fin de semana escuchando música en su habitación mientras se atiborraban de la tarta de manzana de Maisie. A Sable le encantaba mirar a Tom en la forja, donde trabajaba con cobre, plata y hierro. A veces, él le enseñaba a trabajar el metal mientras Emeline escribía canciones en el patio.

Un día, cuando tenían quince años, Emeline la invitó a ir a verla cantar a un café no muy lejos de Edgewood. Los propietarios necesitaban a alguien que tocase música en directo, y como Corny, el amigo de su yayo, que era su cliente habitual preferido, no se sacaba de la boca a Emmie Lark y su voz mágica, le pidieron que fuese a tocar.

Aquella noche era una prueba: si a ellos y a sus clientes les gustaba su música, podría ir cada jueves por la noche. Incluso le habían dado permiso para sacar un tarro para las propinas.

Emeline estaba muerta de miedo.

¿Y si se equivocaba con los acordes o se olvidaba de la letra? ¿Y si nadie la aplaudía o nadie la escuchaba siquiera? ¿Y si no les gustaban sus canciones?

—No puedo ir —le dijo Sable, abatida—. Lo siento mucho.

—Los cambiaformas no podemos ir más allá de las tierras fronterizas —le explicó Corvus.

Así que Emeline fue sola.

Llegó al café temprano para prepararse, y los propietarios le ofrecieron té de menta y galletas de jengibre. Emeline comprobó y recomprobó el micro, y también el amplificador. Afinó y reafinó el ukelele. Estaba tan nerviosa que tenía ganas de vomitar.

De repente, dieron las siete de la tarde.

Hora de cantar.

—Hola —saludó por el micro un poco demasiado rápido mientras miraba las mesas llenas de gente que sorbía café y cortaba sus postres con los tenedores. Se aclaró la garganta y lo volvió a intentar—. Esto… Soy Emeline Lark y yo… voy a cantar algunas canciones.

Era evidente. ¿Qué iba a hacer, si no, sentada en un taburete con un ukelele?

Le ardieron las mejillas de vergüenza.

Varias personas hicieron una pausa en sus conversaciones para mirarla; otras, en cambio, siguieron charlando. Al fondo de todo, vio a Grace Abel, sola, junto a la ventana. Tenía la cabeza inclinada sobre una libreta y movía la mano con ahínco sobre la página. Debía de estar estudiando. Emeline no coincidía con ella en ninguna clase, ya que Grace iba a un curso superior.

—Esta canción es sobre mi mejor amiga. —La había escrito para Sable hacía unos meses—. Esto… —«¡Ya vale! ¡Deja de decir "esto"!»—. Espero que os guste.

Varias personas apartaron la vista y retomaron sus charlas.

«Igual no soy capaz —pensó—. Igual debería decir que no me encuentro bien e irme a casa. Ahorrarme la humillación, y ahorrarle el mal rato también a esta pobre gente».

Pero, en el fondo, había una persona que todavía la observaba. Una persona que no había apartado la vista ni una sola vez desde que había empezado a hablar. Un muchacho con el pelo oscuro. Estaba recostado hacia atrás, con el codo enganchado a la silla y un dedo dentro del libro para no perder la página. No le quitaba los ojos de encima.

Albar Fell.

Emeline ni siquiera le había contado que actuaba esa noche. ¿Se lo habría dicho Sable?

No importaba. Ahora tenía a alguien para quien tocar.

Emeline empezó a rasguear las cuerdas del ukelele y luego a cantar. Mientras lo hacía, miraba a Albar, que era la única persona en todo el local que le prestaba toda su atención, y se concentró solo en el placer cálido que asomaba a sus ojos mientras la escuchaba.

Enseguida le pilló el tranquillo. La voz no le temblaba. Los dedos no se le tropezaban. Tocó sus canciones como si nada, como si estuviese en los campos de su abuelo, con Sable tumbada en la hierba a su lado.

Y, poco a poco, las demás cabezas también empezaron a volverse hacia ella, una a una. Las conversaciones se acallaron. La gente comenzó a seguir el ritmo con los pies y con la cabeza. Hasta Grace dejó de estudiar para escucharla. Pero Emeline solo miraba a Albar, temerosa de sufrir algún tropiezo si se atrevía a apartar la mirada de la única ancla que tenía en aquel local.

Hacia la mitad del concierto, cuando ya había cambiado el ukelele por la guitarra, otra llegada se anunció con un olor terroso, rico y blando que floreció en el aire. Y con él llegó un latido débil pero firme, como el de un corazón antiguo, que palpitaba bajo las plantas de su piel, al ritmo de sus canciones.

Los bosques vinieron con gentileza. Con respeto. Como un viejo amigo que quisiera mostrarle su admiración y su apoyo. Su acechante presencia se quedó en los laterales del bar, para escucharla tocar y cantar, y cuando Emeline terminó la última canción y dejó la guitarra en su soporte, vio que unos helechos diminutos habían brotado a través del suelo y habían empezado a crecer alrededor de sus pies.

Fue la primera vez que el bosque fue a escucharla cantar.

Mientras terminaba de recoger sus cosas, los propietarios del café le pidieron que volviera la semana siguiente. Incluso le dieron galletas para el camino. Y, al salir, se encontró a Albar apoyado en el capó de la camioneta de su yayo, esperándola. El anciano, que había ido a recogerla, estaba dentro charlando con unos vecinos.

—Hola —saludó Albar. El pelo oscuro le tapaba los ojos. Llevaba unos vaqueros de color claro y una camiseta gris carbón.

—Hola —respondió ella, cohibida de repente por haberse pasado todo el concierto mirándolo. Tras poner los instrumentos en el asiento trasero, añadió—: Gracias por venir. No tenías por qué.

Él esbozó una media sonrisa.

—Pero quería hacerlo.

Sintió un estallido de calor en el estómago. Como un enjambre de mariposas sobresaltadas.

Hacía ya un tiempo que las cosas con Albar eran así. Extrañas e incómodas. Conversaciones forzadas llenas de largas pausas; miradas esquivas.

Emeline cerró la puerta de la camioneta. Se había puesto como un tomate.

—¿Quieres que te llevemos? A mi abuelo no le importará.

Él dudó, pero luego señaló una bicicleta atada a un árbol cercano.

—No hace falta.

—Vale. —¿Había sido demasiado directa ofreciéndose a llevarlo? —. Bueno, pues ya nos veremos. Supongo.

Abrió la puerta del copiloto y Albar se apartó del capó. Pero, en lugar de marcharse, dio un paso hacia ella y cogió la puerta de la camioneta por arriba mientras ella se sentaba.

—Has estado increíble.

Emeline levantó la vista, pero él ya se había dado la vuelta y se

estaba dirigiendo a su bicicleta.

—Gracias —susurró ella, con el corazón acelerado.



Cuando tenía diecisiete años, Tom le compró unas entradas para ver a una de sus bandas preferidas, Death Valley's Little Sister, en Toronto, pero se hizo un esguince el día antes del concierto.

Tenía una entrada de sobra y, como Sable no podía acompañarla, invitó a Albar. Cuando la multitud empezó a moverse hacia delante, atraídos por el escenario en el que tocaban los Death Valley, el chico se chocó con ella y, cuando notó su pecho contra su espalda, una descarga le recorrió la espina dorsal.

Ella miró atrás y lo descubrió mirando con el ceño fruncido a los chicos borrachos que iban dando tumbos. Se puso entre ellos y Emeline y, tras acercarse más a ella, le preguntó:

—¿Estás bien?

Para él, era su primer concierto, pero para Emeline no, así que estaba acostumbrada a que la gente se acercara demasiado y empujara. Sabía que lo único que podías hacer era aguantar donde estabas y procurar no perder tu sitio. O empujar tú también.

Asintió.

—Sí, estoy bien.

Al cabo de unas cuantas canciones, la tensión empezó a disiparse. Estaba tan cerca que Emeline olía el bosque en su piel. Era más poderoso que el olor a cerveza y a cuerpos sudorosos, y le gustaba notar su calor tras ella, porque le parecía tan agradable como la luz del sol, y le gustaba sentir los latidos de su corazón, más fuertes que los redobles de la batería.

De repente, era incapaz de no pensar en su presencia, así que dejó de concentrarse en la música. Miró a varias parejas que había a su alrededor y se fijó en cómo se abrazaban. ¿Cómo se sentiría si Albar la rodearan con los brazos de ese modo? ¿Si la apretujara contra su cuerpo? ¿Cómo sería que le apoyara la barbilla en la cabeza?

No llegó a descubrirlo. Poco después, el concierto había terminado y ya estaban en un tren camino a casa.

Emeline quería revivir ese momento, así que lo invitó al concierto siguiente.

Y al siguiente.

Y, cada vez, él se acercaba un poquito más.

Una noche, mientras volvían caminando a Union Station después de un concierto en un local pequeño y estrecho llamado Cierta Oscuridad, Emeline, borracha de las luces, los sonidos y el zumbido eléctrico de la ciudad, dijo:

—Algún día quiero hacer eso.

Albar apartó la vista de los edificios iluminados que los rodeaban y la miró, con el rostro bañado en colores.

—¿El qué? —preguntó, como si hubiera estado ensimismado en sus pensamientos.

—Quiero dedicarme a la música. —Se pararon a esperar que el semáforo se pusiera en verde; mientras tanto, los coches tocaban el claxon. Ella bajó la voz hasta convertirla en un susurro, como si se dispusiera a contarle algún secreto inconfesable—. A veces, el deseo es tan fuerte que no me deja dormir. Quiero cantar mis canciones en un escenario. Ver mi nombre en una marquesina.

Albar la miró con atención.

—Lo harás.

Lo dijo como si fuese un hecho. Como si estuviera predestinada

a hacerlo.

El semáforo se puso en verde. Aún perpleja tras ver lo mucho que creía en ella, Emeline echó a andar, pero enseguida se dio cuenta de que él ya no la seguía. Se volvió a mirar y lo descubrió todavía en la acera, embelesado con un escaparate.

Ella volvió junto a él y vio que era una librería de libros usados.

En la puerta colgaba el cartel de abierto.

Los libros eran una de las dos grandes pasiones de Albar. Emeline se había enterado durante sus conversaciones en los trayectos en tren para ir y volver de la ciudad. La otra era el arte.

Apoyó la frente en el cristal y entornó los ojos para leer los lomos de los libros antiguos del escaparate.

Emeline le abrió la puerta.

—Pero perderemos el tren —le dijo él, mirándola.

—Sale otro dentro de una hora.

Albar sonrió como un niño al que le han dado permiso para elegir un premio. Al pasar por su lado para entrar, le rozó la mano con la suya. Ella lo siguió al interior.

Se separaron de inmediato: Emeline fue a la sección de música y Albar a la de ficción. Media hora después lo encontró en la de poesía.

—Escucha —dijo él, y la cogió de la muñeca, distraído, sin apartar la mirada del libro que tenía en la mano, para acercarla a él. Se titulaba Holding the Dark*. Era de una poeta llamada Melanie Cameron. Emeline se apoyó en las estanterías para observarlo—. «No sabía que sería así» —recitó—. «No sabía que te encontraría en la oscuridad».*

Ella se quedó mirando su boca, cautivada por la cadencia de su voz. Leía con una expresión ávida, como si hubiese descubierto un delicioso secreto y quisiera dárselo a probar. Como si fuese una fresa

roja y madura bañada en chocolate.

Cuando me tumbo contigo con los ojos cerrados
llevo tu cuerpo conmigo.
En la oscuridad,
llevo todo tu cuerpo dentro de mí,
y en esa oscuridad te conozco
mucho mejor de lo que se conoce con manos y boca.
Te conozco,
como si fueras tú la oscuridad dentro de mí.

Levantó la vista del papel y, al mirarla con esa misma avidez, ella se sintió paralizada. Y una sensación cálida brotó en su vientre.

—Está bien —murmuró.

Él enarcó una ceja.

—¿Bien? —Esbozó una media sonrisa al tiempo que alzaba una mano para apoyarla en la estantería, junto a ella.

Ella lo miró y arrugó la nariz.

—Sí, es bonito.

—Yo diría tierno. E… —bajó la mirada hacia su boca— íntimo.

Emeline sentía algo muy extraño en el pecho. Era como si tuviera dentro un millón de estrellas diminutas a punto de estallar. En el aire, a su alrededor, saltaban chispas. Albar parecía que iba a acercarse a ella, a eliminar los centímetros que los separaban, pero entonces el librero los llamó desde el fondo del pasillo y les dijo que cerraban en cinco minutos.

Y Albar se irguió y dio un paso atrás.

Y las chispas se extinguieron.

Un día, a finales de octubre, Emeline encontró a Sable y a Corvus chinchando a Albar. Estaban sobre el césped, al lado del estanque de Eshe y Abel, con el libro de bocetos de Albar abierto entre ellos. Corvus se estaba partiendo de risa, tanto que acabó tirándose al suelo, boca arriba.

Albar puso los ojos en blanco.

—No es eso.

—Ah, ¿no? —El cambiaformas se incorporó y se secó las lágrimas de risa de las mejillas—. ¿Y qué es?

Era evidente que Emeline, que se había ido a buscar una jarra de té helado y los rollos de canela de Maisie, se había perdido algo bueno.

—Dibujar un modelo humano no es diferente de dibujar un cuenco con fruta. No hay… No es eso —repitió.

—Ya —dijo Corvus. Le dio un codazo en las costillas a Sable y le guiñó un ojo a Emeline—. Claro que no.

Sable se inclinó hacia Albar con una sonrisilla en los labios.

—¿Estás diciendo que no hay absolutamente ninguna diferencia entre una manzana y una mujer desnuda?

«¿Una mujer desnuda?».

A la orilla del estaque, las espadañas marrones se mecían al compás del viento. Estaban a mediados de otoño, y era posible que aquel fuese uno de los últimos días cálidos de la estación. Emeline dejó la cesta con la comida sobre la manta azul y se acercó al cuaderno de Albar, que estaba abierto entre Sable y Corvus.

En la página aparecía una mujer joven, extremadamente hermosa y completamente desnuda. Estaba subida a horcajadas en una silla puesta del revés, con los brazos cruzados sobre el respaldo, las piernas dobladas hacia los lados y los pies descalzos apoyados en el suelo. Tenía la barbilla alzada, en un gesto desafiante, y los ojos

medio cerrados, mirando al espectador desde arriba.

Emeline pensó en la mirada de Albar recorriendo cada centímetro de esa mujer. En su lápiz dibujando cada curva, cada línea.

Y sintió la dentellada de los celos.

Pasó las páginas. Había más bocetos de la misma modelo en otras poses, y también dibujos de otras personas. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, gordos y flacos.

Pero Emeline pensaba todo el rato en la primera.

—He estado dando clases de desnudos —explicó Albar mientras cerraba el cuaderno con fuerza y se lo apretujaba contra el pecho. No la miraba directamente a los ojos—. Vi un cartel hace unos meses, cuando fuimos a un concierto en la ciudad.

Corvus temblaba, tratando de contener una carcajada.

Albar lo fulminó con la mirada.

—Estás siendo muy inmaduro. ¿Tienes idea de lo difícil que es dibujar el cuerpo humano?

Por alguna razón, con aquello solo consiguió que Corvus se riera aún más fuerte. Sable también se echó a reír.

Albar elevó los brazos al cielo, frustrado.

—¡Es solo para practicar! ¡Así es como se mejora! —Se rindió, viendo que no lograría que sus dos amigos entraran en razón, y se volvió hacia Emeline—. Bueno… El caso es que el curso ha terminado por esta temporada. No volverá a empezar hasta enero.

—Oh, pobrecito, ¿y ahora qué hará? —se burló Corvus.

Albar negó con la cabeza.

De repente, al oler los rollos de canela recién salidos del horno, los dos cambiaformas, sin dejar de reírse, se levantaron para ir a por la cesta. Emeline no podía dejar de pensar en la mujer dibujada en el cuaderno, mirándola fijamente, con un desafío inscrito en sus ojos

medio cerrados. Cuando Sable y Corvus ya no podían oírlos, se oyó a sí misma decir:

—Yo podría posar para ti.

Albar se volvió hacia ella de golpe.

«Ay, Dios».

¿Por qué había dicho eso?

—O sea…, si… no te parece algo raro, no sé… —tartamudeó. Notó el fuego que ardía en sus mejillas—. Es solo que… Esto…, si tu curso ya ha terminado y todavía necesitas… practicar…

El viento le azotó el pelo. Se puso los mechones sueltos detrás de las orejas mientras deseaba tener poderes mágicos para poder desaparecer en ese mismo instante.

Albar se volvió del todo hacia ella y estudió su rostro con la mirada.

—No es raro.

Emeline levantó la vista y contempló sus ojos de tonos diferentes.

—¿Estás seguro?

Mientras Corvus y Sable se ponían las botas, Albar la observó con atención.

—Segurísimo —contestó en voz baja.

Las mariposas estaban de vuelta. Revoloteaban sin descanso en su interior. Se mordió el labio y miró hacia los viñedos de su abuelo, en la distancia.

—Pero no podemos hacerlo aquí. Si mi abuelo nos pillara…

Pensar en que su yayo los descubriera le ponía el estómago del revés. Sería… terrible. Su abuelo la encerraría en casa y no la dejaría salir hasta que cumpliera los treinta. Y, sin duda, asesinaría a Albar. O, al menos, lo perseguiría con una pala enorme hasta que estuviera bien lejos de los viñedos.

El chico comprendió el problema y asintió.

—Puedes venir tú a mi casa.

Ella lo miró con el ceño fruncido y plantó las manos en la hierba verde y fresca.

—¿Puedo ir a la Ciudad del Rey? Pensaba que estaba prohibido. —Sabía que, por culpa de la maldición, el rey ya no permitía que quienes habitaban más allá del bosque entraran en su ciudad.

—Y lo está. Tendremos que ir con cuidado. Tendré que colarte sin que nadie te vea.

Un chispazo de excitación le recorrió la espalda.

—¿Estás libre mañana por la noche? —preguntó él.

A Emeline le dio un vuelco el estómago.

«Me encargaré de estar libre», pensó, recordando a la mujer de su cuaderno de bocetos. Anhelaba que Albar la dibujara así. Que su lápiz trazase las curvas y los recovecos de su cuerpo. Que sus ojos estuvieran sobre ella todo el tiempo que él quisiese.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Corvus, enseñándoles lo que parecían ser los dos últimos rollos de canela.

Ella sí tenía hambre.

Pero no de rollos de canela.

—Nos vemos mañana por la noche en la linde del bosque —le susurró a Albar.

La noche siguiente, él le dio una capa con capucha para que se la pusiera por encima de la ropa y luego la metió en la ciudad por un punto de entrada mágico. Un segundo antes estaban en una pequeña arboleda y un segundo después habían entrado en un callejón y se hallaban rodeados de paredes blancas y agrietadas repletas de musgo verde.

Albar dejó la mano sobre la parte baja de su espalda mientras la conducía rápidamente por las calles iluminadas por farolas. Emeline

robaba miradas a la ciudad oscura que los rodeaba, con el pulso desbocado de miedo y emoción. Contempló las casas adosadas blancas, los tejados de un rojo oxidado, los adoquines bajo sus pies… Albar se acercaba mucho a ella cada vez que se cruzaban con alguien y le bajaba más la capucha.

Y, de repente, allí estaban.

Dentro de su casa.

Frente al fuego que crepitaba en la chimenea, había una mullida alfombra blanca. Albar se puso a un lado a montar su caballete y, mientras tanto, Emeline se quedó junto a la larga mesa que había cerca de las ventanas, tan nerviosa que casi vibraba.

Primero se quitó la rebeca amarilla. La dobló con cuidado y la dejó sobre la mesa. Después respiró hondo y acarició con los dedos los botones de su vestido de verano azul, pero enseguida apartó la mano.

«¿Es esto un error?», se preguntó. ¿Y si estropeaba las cosas entre los dos? ¿Y si, después de aquello, no podían ser amigos otra vez?

«Pero no quiero que seamos amigos», comprendió.

—¿Estás bien?

Levantó la vista y se dio cuenta de que Albar la estaba observando.

—Esto… —Se había quedado con los dedos congelados en el primer botón—. ¿Sí?

Pero incluso ella percibía la mentira en su voz.

Él se irguió y su expresión se suavizó.

—No tenemos por qué hacerlo. Puedes cambiar de opinión. —Fue hacia ella e hizo ademán de coger la rebeca amarilla—. Igual no ha sido buena idea…

En su mente, Emeline ya estaba viendo lo que pasaría a

continuación. Recogería y guardaría el caballete. La llevaría de vuelta a Edgewood y jamás la volvería a traer allí.

—Quiero hacerlo —se apresuró a decir mientras se desabrochaba el primer botón del vestido.

Él bajó la mirada hacia sus dedos. Una emoción desconocida apareció fugazmente en su rostro.

—¿Quieres… quieres que te ayude? —Parecía sin aliento.

A Emeline le dio un vuelco el corazón. «Sí —pensó, bajando las manos—. No hay nada que quiera más».

Tomándose el gesto como un permiso, él alargó las manos hacia los botones. A Emeline se le aceleró la respiración cuando le rozó la piel desnuda con los dedos a medida que iba bajando. Cuando le hubo desabrochado los suficientes botones para ver que no llevaba sujetador, se detuvo un instante e inhaló con fuerza. Ella se dio cuenta de que el pulso se le aceleraba en el cuello.

El vestido ya estaba lo bastante abierto para que se lo quitara por la cabeza. Emeline podría haberlo hecho en un segundo.

Pero no lo hizo.

Le gustaba ver cómo él iba bajando por su cuerpo, desabotonando su ropa. Le gustaba ver lo mucho que eso parecía afectarle.

Cuando desabrochó el último botón, alzó la vista y, sin dejar de mirarla a los ojos, deslizó las manos cálidas por su piel bajo la tela azul hasta llegar a la altura de las clavículas. Entonces, dejó que el vestido resbalara con suavidad por sus hombros y cayera al suelo.

Cuando la tuvo desnuda, delante de él, Albar no bajó la vista. No la contempló con inmediatez y avaricia. En lugar de eso, siguió mirándola a los ojos y le ofreció la mano. Ella la aceptó.

Tenía la palma cálida, fuerte y firme. La llevó hacia el fuego. Emeline sentía el pulso que latía, errático, bajo la piel de Albar.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó cuando él le soltó la mano, dejándola de pie sobre la mullida alfombra blanca.

—Podrías… ¿tumbarte?

Ella asintió y se recostó en la alfombra suave y cálida.

Probaron varias posturas. Albar estaba a una cierta distancia, buscando el mejor ángulo y haciendo sugerencias. Emeline se movía, doblaba la rodilla, flexionaba el codo para apoyar la cabeza en la mano. Pero estaba demasiado tensa, demasiado rígida.

—Si quieres, me puedo quitar la ropa y quedarme desnudo yo también —le ofreció él al notar lo nerviosa que estaba—. Si te ayuda.

Emeline se echó a reír, segura de que con eso conseguiría justo lo contrario, y lo miró.

—Así. —Se le oscureció la mirada mientras recorría su cuerpo—. Así es perfecto.

De repente, ella se sintió vulnerable, estirada sobre la alfombra blanca, con la luz del fuego danzando sobre su piel pálida y su pelo oscuro. Desnuda. Pero también se sintió poderosa al ver cómo él la contemplaba.

La dibujó una vez tras otra desde ángulos distintos; el carbón susurraba mientras se movía por la página. Cuando ella empezaba a moverse, la arrullaba con poemas que había memorizado, y ella se volvía a quedar quieta. Le recitaba versos de Mary Oliver y Sylvia Plath, de Pablo Neruda y lord Alfred Tennyson.

La semana siguiente, lo hicieron otra vez. Y también la siguiente.

Y cada semana él la ayudaba a quitarse la ropa, entreteniéndose cada vez más, con una expresión que, hacia el final de cada sesión, cada vez estaba más llena de deseo. Emeline posaba y el grafito arañaba el papel en mitad del silencio. Y cuando ella empezaba a sentirse inquieta, incómoda o aburrida, él le recitaba más poesía.

Cuando se quedó sin poemas, empezó a contarle historias de los libros de su estantería, relatos sobre Beowulf, Antígona y la dama de Shalott. Era una fuente inagotable de historias. La dejaba hechizada con ellas, y así conseguía que se quedase muy quieta.

Se estaba haciendo adicta al sonido de sus trazos, y al momento en el que le quitaba el vestido o el jersey o los vaqueros y apretaba los dientes, conteniéndose. Se estaba haciendo adicta a que su voz la arrullara al calor del fuego. A que recorriera su espalda y sus caderas con mirada ávida cada vez que ella se giraba para ponerse la ropa después.

Aquellas noches eran su secreto favorito.

No quería que terminasen jamás.

El último día de las vacaciones de verano, después de una sesión, se sentaron el uno al lado del otro ante el fuego, sujetando con ambas manos sendas tazas de chocolate caliente. Emeline todavía no se había vestido y estaba envuelta en una suave manta de su cama.

—He estado pensando —dijo Albar, con la mirada fija en las llamas—. Quizá deberíamos parar.

Ella se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Albar inclinó la cabeza y se quedó mirando la taza.

—Ahora tienes tres conciertos a la semana, por no hablar del instituto, y un trabajo a media jornada. No hace falta que sigas haciendo esto por mí.

Ella negó con la cabeza. Aquellos días eran lo mejor de su semana.

Y no lo hacía por él.

—Además, mis clases de dibujo volverán a empezar dentro de poco.

«Oh».

Aquella era la verdadera razón, entonces. Se había aburrido de ella. Quería dibujar a otras personas.

De nuevo volvió aquel sentimiento, aquellos celos que la reconcomían, que le clavaban los dientes afilados.

«No seas tonta», se reprendió. Era normal que quisiera dibujar cuerpos diferentes. La figura humana tenía todo tipo de formas y tamaños, y él quería aprender a dibujarlos todos. Quería mejorar. Era igual que estudiar estilos de música diferentes.

Pero cuando pensaba en que Albar mirase cómo se desnudaba otra persona, se le cerraba el estómago y un sudor frío brotaba de su piel.

Emeline no sabía cómo dejar de estar celosa.

Dejó la taza de chocolate, y obligó a su voz a sonar ligera y despreocupada.

—Claro. Por supuesto.

Como no quería que viera los pensamientos que asomaban a sus ojos, se puso de pie, con la manta bien enrollada a su alrededor, y se dirigió a la mesa, donde estaba su ropa doblada.

—¿Qué pasa? —preguntó él desde detrás de ella.

—Nada —contestó a toda prisa—. Se está haciendo tarde. Debería irme a casa.

Solo que en su casa no había nadie esperándola. Su abuelo se había ido a pasar el fin de semana a Cleveland, a tocar con su grupo de acordeonistas. Era libre de quedarse allí todo el tiempo que quisiera. Nadie se enteraría jamás.

—Hay otra razón para parar —confesó él de repente—. La verdadera razón.

Emeline, que estaba a punto de dejar caer la manta para vestirse, se dio la vuelta. Lo encontró justo detrás de ella.

—Tú no sacas nada de todo esto —le dijo, mirando hacia las ventanas oscuras—. Pero yo sí. Me temo que demasiado.

Ella entornó los ojos.

—¿De qué hablas?

Él tragó saliva de forma audible.

—No tendría que haber aceptado tu oferta. Estuvo mal.

Ella frunció el ceño, aferrándose a la manta y subiéndosela hasta el cuello.

—¿Mal?

¿Se avergonzaba de haberla dibujado? No parecía avergonzarse de haber dibujado a las otras personas.

Quizá de verdad había estropeado las cosas al ofrecerse como modelo.

Sintió que el pánico le clavaba sus garras. No quería que volvieran a ser solo amigos. Quería lo que tenían ahora. Fuera lo fuese.

—¿Por qué está mal? —le preguntó con voz temblorosa.

Él se pasó las dos manos por el pelo.

—¿No es evidente, Emeline?

Para ella no lo era.

Y él, al darse cuenta, dio un paso hacia ella.

—Porque no deberías desear a la modelo que estás dibujando. —Acercó la cabeza a la suya—. No deberías pensar en ella cada noche antes de dormirte.

Alargó una mano para tocarle el pelo, dejando que los mechones negros se deslizaran por sus dedos manchados de grafito. Tenía los ojos febriles. Deslizó la otra mano tras su cuello y le acarició despacio la mandíbula con el pulgar, temblando.

Oh.

—¿Y ahora? ¿Ahora sí es evidente? —susurró.

Empezaba a serlo, sí.

Emeline tragó saliva. Él, al oírla, se quedó paralizado.

—¿Quieres que deje de tocarte? —le preguntó.

No. No quería que dejara de tocarla nunca. Pero una timidez inesperada se había adueñado de ella, y no sabía cómo responder.

Albar se apartó, tratando de leer la respuesta en su rostro. Y su repentina ausencia causó a Emeline un dolor físico. Deseaba tenerlo de nuevo pegado a ella.

De pronto, supo cómo contestar a su pregunta.

Soltó la manta. La tela se le deslizó por entre los dedos y cayó a sus pies. Y, mientras el aire frío le ponía la piel de gallina, se estremeció y dio un paso hacia él. Buscando su calor.

Le enredó los dedos en el pelo y atrajo su boca a la de ella.

Fue un beso torpe, desordenado. Tierno y ansioso a la vez.

Albar se repuso de la sorpresa enseguida y la estrechó contra él, deslizando las palmas de las manos por sus caderas desnudas y su espalda mientras le besaba el cuello y la mandíbula.

Y Emeline, con el corazón desbocado, también empezó a besarlo.

Lo siguiente que recordaba fue que llegaron a trompicones al dormitorio. Ella tironeaba de su jersey para quitárselo y luego lo tiraba al suelo. Ambos cayeron a la vez sobre la cama.

Cuando Emeline, tumbada debajo de él, empezó a intentar desabrocharle los vaqueros, Albar la detuvo y le puso las manos por encima de la cabeza, capturándolas con una mano.

—Espera —susurró, y comenzó a besarla en el cuello, en la clavícula, en el hombro, y luego siguió descendiendo hacia sus caderas, sus muslos y…

Emeline se puso rígida.

—¿Albar?

—¿Mmm…?

—¿Qué haces?

Levantó la vista hacia ella sin soltarle los muslos.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

Ella se mordió el labio. Pensar en que la besara entre las piernas la asustaba un poco. ¿Sabía dónde se estaba metiendo?

—Oye… —Albar se detuvo y volvió hacia ella, tapándola con su cuerpo, pegando su piel caliente a la de ella y calentándola—. No tenemos por qué hacerlo, ¿recuerdas? Si quieres parar, solo tienes que decirlo.

—No, es que… —Arrugó la nariz y giró la cara, avergonzada—. Tengo miedo de que te dé asco.

Él la miró como si le hubiesen crecido dos cabezas.

—¿Es eso lo único que te preocupa?

Aún sin atreverse a mirarlo, asintió.

Albar le volvió la cara hacia él con dulzura y la besó con pasión, emborronando todos sus pensamientos. Y entonces volvió a desaparecer, bajando por su cuerpo, para besarla entre los muslos con la boca caliente. Emeline enterró los dedos en su pelo y él siguió pegado a ella, besándola hasta hacerla gritar.

El calor desapareció de repente. Albar la estaba mirando.

—¿Estás bien?

Ella asintió con entusiasmo.

—Sí. ¿Y tú?

Vio una sombra de sonrisa.

—Es el mejor día de mi vida.

Emeline se tapó la cara con las manos y contuvo una sonrisa.

No tardó en relajarse. Albar movía la boca con suavidad sobre su piel, y no se detuvo hasta que no notó cómo cambiaba su respiración y cómo se abría como una flor, resplandeciente de placer.

Al acabar, él se tumbó a su lado y empezó a acariciarla con adoración.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —susurró ella.

Él sonrió con la boca pegada a su clavícula.

—Lo leí en un libro —contestó, abrazándola.



Esa primavera, había ahorrado dinero suficiente para mudarse a Montreal.

Estaban en junio, y la ciudad la llamaba. Emeline tenía casi dieciocho años y no quería seguir en Edgewood. No quería sentarse en un aula, mirando el reloj, esperando a que su vida empezase. Quería ser música. Quería hacerse un hueco en el mundo, escribir, componer sus canciones y cantarlas bajo los focos.

Una noche, Albar y ella se quedaron atrapados en una tormenta. Estaban en los escalones polvorientos del granero, esperando a que pasase.

—He firmado el contrato de alquiler —dijo ella, acariciándole las palmas de las manos en la oscuridad—. Creo que deberías venirte conmigo.

Él apartó las manos y no dijo nada. Ya habían hablado de eso antes, solo que ahora estaba ocurriendo de verdad. Emeline estaba decidida a convencerlo.

—Podrías trabajar en una biblioteca —prosiguió—. O en una librería. No conozco a nadie que haya leído tantos libros como tú.

—Emeline…

—Te contratarían sin dudarlo. O podrías…

—Emeline, basta.

Su tono cansado la silenció. De repente, la oscuridad era demasiado densa.

—Te seguiría hasta el fin del mundo si pudiera. —Se le rompió la voz—. Pero no puedo. Lo hemos hablado cientos de veces.

Albar había hecho un trato con el Rey del Bosque, un trato que lo ataba a ese monarca y a su corte. Lo que Albar sacaba de aquel acuerdo nunca se lo había contado.

Ella apretó los puños y dijo:

—¿Y ya está?

Él guardó un silencio impenetrable. Parecía no tener fin. Cuando decidió hablar, no fue para darle una respuesta.

—Estoy atado al bosque. —Hablaba con fragilidad, con un hilo de voz. La asustó un poco—. Pero tú no. Tienes que irte y vivir tu vida. Este es tu sueño, y quiero que lo persigas, aunque yo no pueda estar a tu lado cuando lo logres.

A ella se le cayó el alma a los pies.

—¿Estás…? —Le temblaba la barbilla. Se le habían llenado los ojos de lágrimas—. ¿Estás rompiendo conmigo?

Él la atrajo hacia sí. La cogió de la nuca, le apoyó su mejilla en el pecho y él colocó la barbilla sobre su cabeza antes de empezar a acunarla entre sus brazos.

—No quiero retenerte. No quiero ser lo que te impide avanzar.

No era una respuesta a su pregunta.

Pero antes de que pudiera decírselo, él, con la boca pegada a su pelo, susurró:

—Yo te estaré esperando aquí. Siempre.

—¿Emeline? —Una voz rompió sus recuerdos en mil pedazos y la devolvió al presente.

Estaba en la *green room* del Ninfa, con sus luces fluorescentes que parpadeaban y el olor a café viejo. Joel estaba delante de ella, quitándole los auriculares, mientras los Perennials se sentaban en los sofás que había detrás de él.

—Tendrías que haber salido al escenario hace quince minutos.

TREINTA Y NUEVE

Emeline cruzó el escenario en dirección al micrófono. Su cuerpo se movía por instinto; sus pasos parecían automatizados. Como una música experimentada y segura de sí misma.

O, al menos, esa era la impresión que esperaba causar.

Por dentro, estaba hecha polvo. Su mente era un torbellino de recuerdos que se acumulaban como una tormenta a punto de estallar.

Parpadeó bajo el blanco brillante de los focos, tratando de habituarse. Cogió el micro para ajustar la altura. Le temblaban las manos.

—¡Hola, *bonsoir*, Montreal!

Su voz reverberó a través de los altavoces; la amplificación conocida la calmó lo suficiente para colgarse la correa de su Taylor del hombro. Una ronda de vítores se elevó más allá de las luces. Notaba los rostros entre la multitud, más que verlos. Los oía toser y murmurar. Sentía los cuerpos cálidos que se mecían.

Pero Emeline solo estaba allí a medias. Su otra mitad seguía detrás del escenario, enterrada en los recuerdos que acababa de recuperar.

Notó el caos que se estaba desplegando en su interior, así que

su cerebro decidió tomar las riendas y puso el piloto automático. Empezó a decirle a su cuerpo lo que tenía que hacer, que era lo que había hecho siempre en todos sus bolos.

—*Je m'appelle* Emeline Lark —se oyó decir—. Es un placer tocar para vosotros esta noche.

Si le tembló la voz, nadie lo notó. El público aplaudió y silbó en la oscuridad. En algún lugar de aquella sala, los representantes de Daybreak la estaban mirando.

Emeline se pintó una sonrisa en la cara mientras sus dedos empezaban a tocar las cuerdas y ajustar las clavijas rápidamente. Tenía el *setlist* pegado en la base del pie de micro; lo veía perfectamente. Los títulos de las canciones que Chloe había escrito para ella bajaban por la página blanca, escritos en gruesas letras negras.

Pero, antes de que empezase a tocar, la voz de Albar resonó en su mente: «Conocí a una chica una vez cuyas canciones la ayudaban a enfrentarse a todas las fuerzas más poderosas que ella».

El *setlist* se emborronó ante sus pies.

«A veces me recuerdas a ella».

«No lo hagas —se dijo—. Concéntrate. Has luchado mucho para conseguir estar aquí. No la cagues ahora».

Y, sin embargo, apartó la vista del listado de canciones y miró las luces. Recordó que, no hacía tanto, lo único que deseaba era cantar sus canciones en un escenario.

Todavía lo deseaba.

Se descolgó la guitarra del hombro, la colocó en su soporte, cogió el ukelele y lo afinó rápidamente. Con voz gruesa, dijo:

—Esta canción es sobre el olvido. Y… sobre recordar.

Emeline empezó a tocar. No era una de las canciones de Chloe; era una de las suyas. La que le había escrito a su abuelo. Solo que,

en ese momento, mientras la cantaba en aquel escenario, comprendió que, en realidad, eso no era cierto.

Esa canción no hablaba de su yayo. Nunca lo había hecho.

Respiro lento, respiro suave.
El sueño me lleva con él.
Recorro los caminos, azul medianoche,
que se extienden bajo tu piel.

Una parte de mi espíritu perdida.
La busco sin encontrarla.
Una parte de belleza extinguida
porque tú has olvidado mi nombre.

Cada vez que cierro los ojos
siento que me estás esperando
enraizado en mis sueños más hondos,
fuerte y silente, como un árbol.

Un espíritu que duerme, pero aún vive.
Una belleza que no se ha apagado.
Un amor que espera bajo tierra.
Porque yo tu nombre he olvidado.

Y, mientras cantaba, un último recuerdo estalló en su mente.

Aquel primer año lejos de Edgewood, hizo lo que tenía que hacer para llegar a final de mes. Tocaba en cualquier local en el que le pagaran: cafés, antros de mala muerte, actos benéficos… Cuando iba mal de dinero, cantaba en la calle.

Grabó un EP y lo usó para mandarlo a festivales. Empezó a recibir llamadas para tocar en alguno y a ver su nombre en los

carteles. Firmó con uno de los mejores representantes del mercado.

Pero no era suficiente. Por muy frugal que fuese su estilo de vida, cada vez estaba más endeudada.

Su representante le dijo que contratase a alguien para que le escribiera las canciones y que cambiara su sonido. Temerosa de que aquella fuera su única opción de lograr el éxito, siguió su consejo.

De repente, empezó a conseguir mejores bolos. Conciertos por los que le pagaban lo suficiente para comer algo que no fueran fideos instantáneos.

De repente, lo estaba logrando. Se estaba abriendo paso en el mundo de la música.

Pero también se abría paso otra cosa: el bosque. Venía a buscarla en cada actuación, pero ya no era como antes. Antaño, su presencia era suave y silenciosa; se colaba a través de las puertas como cualquier otro fan incondicional. Pero las cosas habían cambiado por completo. Los bosques ya no dejaban muestras de aprecio en la funda de su guitarra (puñados de bellotas, plumas, sámaras); ahora llegaban como un amante despechado, con gestos posesivos y hostiles. Irrumpían en los locales en los que tocaba como si fuesen incapaces de dejarla marchar.

Como si se negaran a dejarla olvidar.

Emeline podía ignorar al bosque si era lista y cuidadosa. Lo que no podía ignorar era el dolor que traía consigo, las raíces que se extendían por su pecho y que se hundían más y más en su interior, poco a poco.

Al principio pensó que era añoranza. Los bosques le recordaban todo lo que echaba de menos. Edgewood. Las estrellas, el silencio y la vastedad del espacio. A su yayo, a Tom y Maisie, y a todos sus vecinos. A sus amigos Sable y Corvus.

Era normal sentir añoranza cuando te marchabas de tu hogar.

Formaba parte de madurar.

Sin embargo, aquello era otra cosa. Un agujero en su vida. Una falta profunda y oscura.

Hacía meses que no oía la voz de Albar, desde la última vez que había llamado a casa y había coincidido que él estaba allí porque había ido a visitar a su abuelo. Y no lo había visto desde Navidad, la única ocasión en la que había vuelto a Edgewood desde su partida, en verano.

Cada noche, cuando volvía a casa después de un concierto, encontraba un enorme vacío en su piso, a pesar de que estuviese lleno de la gente que vivía con ella. Vivía con desconocidos. Eran educados, pero desconocidos. Había un hueco donde debería haber estado Albar —leyendo, o dibujando, o cocinando—, pero no estaba.

Y no era solo eso. Con cada nuevo éxito, aquel agujero que sentía en su interior parecía agrandarse más y más. Sus logros musicales deberían haberla satisfecho, pero la hacían sentir más hambrienta que nunca.

Sí, estaba viviendo su sueño. Pero los sueños tenían lados de sombras. Los sueños tenían un precio.

Y los suyos le habían costado algo precioso.

Ese junio, un año después de haberse mudado a Montreal, ese dolor se convirtió en una caverna gigantesca dentro de ella. Estaba sentada a una mesa en el fondo de un bar, apretujada entre Joel y sus amigos de la banda, después de un concierto, y mientras ellos reían y chismorreaban con unas copas delante, ella se sentía como si estuviese montada en un tiovivo. Los caballos de colores pintados subían y bajaban, dando vueltas y más vueltas. Todo el mundo sonreía y se reía y lo pasaba bien, pero lo único que Emeline quería era bajarse, irse de allí.

«¿Qué hago aquí? —pensaba una y otra vez—. ¿Qué estoy

haciendo?».

Unas noches después, recogió sus cosas —tenía tan pocas que le cabían sin problema en el coche— y a la mañana siguiente se levantó y estuvo conduciendo todo el día para ir a Edgewood.

No tenía ninguna intención de volver.

Cuando paró el coche en la calle de su abuelo, ya despuntaba el crepúsculo. Él estaba en el patio delantero, mirándola confundido y con los ojos entornados. Aparcó en la entrada y, dejándolo todo en el coche, corrió hacia él.

—He salido a hacer algo, pero ya no me acuerdo qué era —le dijo mientras ella lo apretujaba entre sus brazos—. ¿Me habías dicho que ibas a venir a cenar?

La frase le pareció extraña. «Venir a cenar». Como si se pensase que vivía al otro lado de la calle. Pero Emeline no le dio importancia y, negando con la cabeza, contestó:

—No, no te lo había dicho.

—Bueno, pues llegas justo a tiempo. —Le dio un beso en la cabeza—. La cena ya está casi lista.

Ella se apartó. Si su abuelo estaba ahí fuera, ¿quién estaba dentro haciendo la cena?

Sacó la maleta del maletero del coche y entró, dispuesta a descubrirlo. Dejó las cosas en el vestíbulo, se quitó los zapatos y fue directa a la cocina, de donde emanaba el delicioso olor a pan recién hecho y cebolla frita.

Había un joven frente al fregadero lavando y frotando los platos con la espuma hasta los codos. Emeline se quedó de piedra al verlo. El corazón se le iba a salir por la boca.

Al darse cuenta de que no estaba solo, Albar se dio la vuelta, con las manos goteando. Estaba distinto de la última vez que lo había visto, en Navidad. Más alto. Más ancho. Tenía el pelo oscuro

un poco más largo y se le ondulaba suavemente a la altura de las orejas.

—¿Emeline?

Casi rompió a llorar al verlo.

Echó a correr y saltó a sus brazos. Albar la cogió y la levantó, subiéndosela a las caderas. Ella enterró la cara en su cuello y respiró su olor a pino aplastado y él presionó el rostro contra su pelo, haciendo lo mismo que ella.

«Eres mío —pensó Emeline—. Tu sitio está conmigo».

—¿Qué haces aquí? —preguntó él en voz baja.

—No podía quedarme allí. —Lo estrechó todavía más entre sus brazos, recordando cómo era tener su cuerpo pegado al de ella, lo fuerte y sólido que era, ahora que por fin estaba junto a él—. No me gustan las ciudades.

Él la soltó. Obligada a bajar, Emeline puso los pies descalzos sobre las baldosas de la cocina.

—Te encantan las ciudades. —La voz de él sonaba extraña.

Ella negó con la cabeza.

—He cambiado de opinión.

La observó con desconfianza, y ella, al notar su escepticismo, añadió:

—No es mi sueño si no estás tú, Albar.

Él le dio la espalda y alargó una mano para coger un trapo. Había tensión en sus músculos.

—Voy a volver a casa —anunció ella.

—Aquí no hay nada para ti.

—Estás tú.

Él se secó las manos con el trapo, lo dobló pulcramente y, sin soltarlo, se volvió para mirarla.

—Esa no es razón para renunciar a todo por lo que tanto has

trabajado.

Pero él no sabía lo que era alcanzar éxito tras éxito para ser recompensada solo con un vacío interior que no hacía más que crecer.

—Pensé que te alegrarías de verme.

Albar abrió la boca para contestar, pero se contuvo. Se volvió hacia la ventana que había sobre el fregadero y oteó el bosque.

—No hagas esto, por favor.

Emeline se sentía como un ovillo que hubieran lanzado al suelo y se estuviera desmadejando poco a poco. Había estado fuera demasiado tiempo. Él había pasado página ya. La había dejado atrás.

Pero, si eso era así, necesitaba oírselo decirlo.

—¿Por qué no? —Apretó los puños—. ¿Por qué no puedo hacer esto?

No se volvió hacia ella. Siguió mirando por la ventana.

—Al final, solo sentirías resentimiento contra mí, contra ti… Dentro de cinco o diez años, recuperarías el sentido común y te darías cuenta del terrible error que cometiste. Un error que ya no podrías enmendar.

—¡Es ahora cuando estoy recuperando el sentido común! —le gritó—. ¡El error ya lo he cometido y lo estoy arreglando!

Él se encogió sobre sí mismo como un animal herido. Se miró las manos y susurró:

—Ojalá fuese cierto.

No la escuchaba.

¿Por qué no la escuchaba?

—Es mi vida, Albar. Puedo hacer lo que quiera con ella.

Él se volvió hacia ella y la miró con ojos duros y penetrantes.

—Está bien. Pero si vuelves y dejas la música, no te lo perdonaré

nunca.

Tiró el trapo en la encimera y se fue hacia la puerta, pasando por su lado sin mirarla, partiéndole el corazón por la mitad.

Al día siguiente, tras haberse pasado la noche entera llorando, ocurrió algo muy extraño. Emeline dejó de llorar de forma abrupta y no se acordaba de por qué había empezado a llorar.

Tampoco de por qué había vuelto a casa.

¿Había ido a visitar a su abuelo porque lo echaba de menos? ¿Era eso? ¿O lo había hecho para alejarse un tiempo de la escena musical? A veces se sentía agotada. Los chismorreos, la rutina, la competencia despiadada… Quizá era una buena idea buscar amigos que no formasen parte de la industria de la música. Amigos que fuesen majos, que tuviesen los pies en la tierra.

Pero ¿qué hacían todas sus cosas en el coche? ¿Le había dado por volver a Edgewood? Pero eso era absurdo. Toda su vida estaba en Montreal. Su carrera estaba en alza. No podía volver a casa.

Por mucho que lo intentara, Emeline no se acordaba de por qué estaba allí.

Lo que sí sabía era que la habían contratado para tocar en un festival la semana siguiente, y si no volvía pronto para prepararse, no estaría lista a tiempo.

Así que, por la mañana, metió su maleta en el maletero, le dio un beso de despedida a su abuelo y condujo de vuelta a la ciudad.

Donde estaba su vida.



Bajo los brillantes focos del escenario, Emeline dejó de mover los dedos sobre las cuerdas. Cuando terminó la canción, el público

escondido tras las luces aplaudió y la vitoreó.

Emeline había soñado con cantar sus canciones en un escenario desde que era una niña, pero, poco después de mudarse a Montreal, algo había cambiado. «Tus canciones no venden —le había dicho su representante—. Y no serás joven para siempre». Si quería pagar las facturas, si quería que su carrera despegara en lugar de estancarse, debía cantar otro tipo de canciones, y debía hacerlo cuanto antes, antes de que su juventud dejase de ser un punto a favor de las ventas y la industria se aburriera de ella.

Así que confió en su representante y guardó sus canciones bajo llave, utilizando poesía como contraseña.

«Y luego Albar me hizo olvidar».

Emeline echó un vistazo a su *setlist*. La música que había preparado estaba allí, a sus pies. Los representantes de Daybreak estaban en algún sitio, entre el público. Lo único que tenía que hacer era empezar y seguir. Lo único que tenía que hacer era demostrarles de qué era capaz.

Aquel era su sueño. El sueño de su vida.

¿No?

Lo había comprendido hacía dos años, justo antes de que Albar le arrebatara sus recuerdos: cantar las canciones que había compuesto otra persona, irse de gira con músicos hastiados y vivir tan lejos de lo que más amaba no era más que una versión retorcida de su sueño.

Eso era lo que el bosque había estado tratando de decirle cuando la perseguía por los escenarios, exigiéndole canciones de verdad. Hacía diecinueve años, su abuelo le había pedido al bosque que la protegiera, y el bosque se había tomado aquella responsabilidad muy en serio. Era así como la había estado protegiendo: recordándole quién era y qué era lo importante para

ella.

«Ibas a renunciar a tus sueños. Ibas a quedarte aquí. Por mí».

Comprendía por qué Albar había hecho lo que hizo, aunque eso no lo justificara. Había intentado salvarla de sí misma, porque, como sabía lo desesperadamente que ansiaba tener una carrera en el mundo de la música, estaba convencido de que renunciar a su sueño la haría infeliz a largo plazo.

«Y todavía lo deseo».

No había nada que a Emeline le gustara más que cantar en escenarios iluminados por los focos o en bares oscuros. Pero quería hacerlo a su manera. Quería cantar sus canciones.

«Y quizá todavía pueda hacerlo».

Había recuperado sus viejas canciones, y podía cantarlas allí mismo. En ese preciso instante. Su representante se pondría furioso, pero ¿qué más le daba?

Aquella conclusión le quitó un peso invisible de encima. Un peso que había cargado durante demasiado tiempo.

Oteó las siluetas del público más allá de los focos, envalentonada. Pero, cuando eligió la siguiente canción, una pieza que había escrito para Sable hacía muchos años, y empezó a tocarla, el ambiente cambió de golpe. El aire se hizo denso y empezó a humedecerle la piel, y el pútrido olor del moho comenzó a emanar de algún lugar cercano. Emeline arrugó la nariz y entornó los ojos, tratando de ver en la oscuridad más allá de las luces.

Olía a…

Unas espinas afiladas y plateadas empezaron a brotar del micro al mismo tiempo que algo rechinaba por el suelo. Bajó la vista y vio que los tablones de madera del escenario empezaron a temblar violentamente y a romperse, y que unas gruesas raíces grises brotaron de debajo y luego se deslizaron hacia ella. Y con ellas

vinieron cientos de hojas que volaban, sopladas por un viento de otro mundo, para reunirse en un montón a sus pies. No eran del verde vivo de las hojas sanas. No eran de los rojos y dorados hermosos de las que acaban de desprenderse de las ramas.

Eran hojas enfermas, grises y cenicientas. Estaban pudriéndose.

El bosque había llegado.

«Emeline», la llamó con voz ronca, tratando de llegar a ella.

Contempló horrorizada las enormes y letales espinas que crecían del micrófono y las raíces que se arrastraban hacia ella como serpientes. Una de ellas se alzó por los aires, elevándose hasta su cabeza, y, antes de que pudiera apartarse, le rozó la mejilla como una caricia de despedida.

«Hemos venido a decirte adiós».

¿Adiós?

Emeline pensó en la maldición que estaba consumiendo el bosque poco a poco, acercándose cada vez más a la Ciudad del Rey; pensó en las pieles de sombra que habían conseguido traspasar los muros; pensó en Sable y en Corvus, obligados a recuperar sus formas verdaderas, incapaces de transformarse de nuevo.

«La maldición es cada día más poderosa —resonó la voz de Grace en su mente—. Tienes que escapar de aquí antes de que nos devore a todos».

¿Qué le había hecho la maldición al bosque? ¿A sus amigos?

Tras las luces, los vítores del público se convirtieron en murmullos de alarma, mientras los tablones del escenario seguían rompiéndose, estallando, y las raíces retorcidas y grises se abrían paso en el escenario.

«Tengo que volver».

Emeline se echó el ukelele hacia atrás para que quedase colgado de su espalda y, mientras el bosque moribundo estallaba a su

alrededor, cogió la guitarra por el mástil para quitarla de su soporte y dijo:

—Gracias, *merci*. Estar aquí ha sido un sueño. —Miró al teatro por última vez, bajó la voz hasta convertirla en un susurró y añadió —. Pero ahora mismo he de estar en un lugar distinto. *Bonne soirée.*

Un día, volvería a subirse a aquel escenario, pero lo haría como ella quisiera, para cantar sus propias canciones. Quizá tuviera que reconstruir su carrera desde cero, pero… ¿y qué? Se había enfrentado a cosas mucho más aterradoras.

Con ese pensamiento alojado en el corazón, Emeline bajó del escenario sin mirar atrás. El bosque estaba en peligro.

CUARENTA

Cuando la puerta de la *green room* se abrió y apareció ella, todos los miembros de los Perennials dejaron de reírse de golpe. Ashley, que iba vestida con unos pitillos negros y una camiseta roja con un corazón de alambre de espino, se incorporó en el sofá, donde estaba despatarrada. Su coleta decolorada se meció con el movimiento.

Emeline se sintió electrificada al darse cuenta de lo que acababa de hacer. De lo que todavía estaba haciendo. «Me estoy despidiendo de mi gira y de un contrato discográfico con Daybreak».

Pero no. De lo que se estaba despidiendo era de pasar tres semanas con unos músicos que no la creían merecedora de compartir su escenario. Se estaba despidiendo de grabar un álbum con canciones que no eran suyas.

Cogió su mochila, metió sus instrumentos en sus fundas y luego abrió la puerta de la sala con el hombro y salió al pasillo.

Cuando la puerta se cerró, oyó la voz amortiguada de Ashley.

—Pero ¿no acababa de salir?

Emeline debería haberles dicho que se iba. Que lo sentía. Que incluso les encontraría a una sustituta para el día siguiente. Pero entonces se acordó de las palabras tan desagradables que le habían dedicado a Chloe y a ella la noche anterior y siguió andando.

«*Adieu*, capullos».

Una vez en el pasillo, echó a correr. Pasó junto a la mesa de *merchandising* que vendía sus EP, pasó junto a los fans con camisetas de los Perennials que estaban apretujados contra las paredes y corrió hasta la entrada del Ninfa, donde una fila de taxis mojados por la lluvia esperaban en la curva. El aire era pesado y caliente. La ciudad resplandecía como si estuviera hecha de cristal.

—¡Emeline!

La voz de Joel.

Hizo una mueca, pero no se volvió. La lluvia caía sobre ella, salpicándole la cara y el pelo. Abrió la puerta trasera de un taxi, lanzó dentro la guitarra y el ukelele y luego se refugió en la oscuridad del asiento trasero.

—*Rue Sainte-Catharine Est* —le dijo al conductor, elevando la voz sobre el golpeteo de los limpiaparabrisas—. *S'il vous plaît*.

Se había dejado el anillo de Albar en su piso. No solo porque no quisiera llevar el recuerdo consigo, sino porque nunca llevaba joyas cuando actuaba, le molestaban para tocar. Pero ese anillo era la forma más rápida de volver a casa.

Una mano cogió la puerta impidiéndole que la cerrara.

—¿Qué coño estás haciendo? —Emeline levantó la vista y se encontró con el rostro de Joel deformado por la ira. Tenía la puerta agarrada con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos como huesos—. ¡Te has largado en mitad del concierto!

—Ya lo sé —contestó, poniendo una mano en la manija, siempre con el bosque en mente. «He venido a decirte adiós»—. Es una emergencia. Tengo que irme a casa.

Él la agarró de la muñeca para detenerla.

—¡¿Sabes a cuánta gente le he tenido que lamer el culo para conseguirte estas actuaciones?! ¡¿Y lo vas a tirar todo por la borda?!

¡¿Qué mierda te pasa?!

—Ya lo sé, yo… —Emeline trató de zafarse de él—. Para, Joel. Me estás haciendo daño.

El taxista se volvió desde el asiento delantero y soltó unos cuantos tacos en francés. Joel echó un vistazo al hombre y vaciló lo suficiente como para que Emeline se soltase, aunque él seguía sujetando la puerta. No podía cerrarla sin aplastarle los dedos.

—Si haces esto, mi padre te echará —la advirtió, furioso—. Tenlo claro.

En otro tiempo, aquellas palabras la habrían destrozado. Unas semanas antes, que su representante la echara habría sido una de las peores cosas que podían pasarle. Sin embargo, en ese momento se limitó a asentir.

—Ya lo sé. Dile que lo siento. De verdad.

Joel se quedó boquiabierto. Cuando soltó la puerta, Emeline cogió la manija y cerró de un portazo. Él quitó los dedos justo a tiempo.

—*Imbécile*… —masculló el taxista mientras ponía el intermitente y se incorporaba al tráfico. Emeline miró por el retrovisor, primero a Joel y luego a la marquesina del Ninfa, en la que aparecía su nombre en gruesas letras negras. La miró hasta que desapareció por completo en la distancia y lo único que quedó fueron los latidos de su corazón, que palpitaban al compás de los limpiaparabrisas.



Cuando Emeline llegó a Edgewood, ya era de noche. Al principio, el cambio la desorientó: pasó de estar rodeada del aire enrarecido de su diminuto apartamento a sentir la brisa fresca del patio delantero

de su abuelo. Se había puesto el anillo con Albar en mente, así que esperaba aparecer en la Ciudad del Rey, pero quizá el anillo solo podía llevarte a lugares más allá del bosque.

Abrió la puerta de la casa de su abuelo, con la intención de acortar camino por ahí. Dentro, el fuego crepitaba en la chimenea y calentaba la habitación. El anciano estaba junto a la ventana de la cocina, con un pijama de franela azul y unas zapatillas, y Maisie estaba a su lado. Los dos miraban hacia el bosque oscuro con rostros inquietos y sendas tazas de chocolate caliente en las manos.

—Emeline —la llamó Maisie en voz baja—. Ven, mira esto.

Ella se acercó y miró en la misma dirección.

Lo que vio hizo que el corazón le latiera desbocado.

Su árbol.

El que su abuelo había plantado el día que ella había nacido.

Estaba iluminado por las luces de la casa. Vio su corteza llena de nudos, sus ramas retorcidas. Bajo sus hojas verde oscuro crecían racimos de bayas rojas. Estaba enraizado en su sitio, en la linde del bosque, donde siempre había estado.

—Tu espino albar —dijo su yayo.

«No puede ser».

Pero ahí estaba: su espino albar.

«La maldición hace que todo vuelva a su forma verdadera».

Emeline no se dio cuenta de que se había puesto en marcha, de que estaba corriendo, de que salió disparada de la casa en dirección al bosque, hasta que cruzó las lindes, evitando al espino albar como si fuese una verdad horrorosa a la que no quería enfrentarse.

En cuanto se adentró en el bosque, se dio cuenta de que algo no andaba bien. Los árboles que bordeaban la frontera, que siempre habían sido fuertes y sanos, se estaban pudriendo. La luz de la luna que penetraba a través de las copas era turbia y gris.

Ya no olía a bosque. Olía a descomposición.

La Mácula se había extendido hasta allí, hasta la linde del bosque. Y si había llegado tan lejos…

Emeline echó a correr. Corrió hasta que le ardieron los pulmones, hasta que su respiración jadeante y entrecortada le resonaba en los oídos, y entonces corrió más aún.

«Emeline —decían con voz ronca los árboles marchitos, tratando de llegar hasta ella—. Has vuelto…».

Cenagal era el que guardaba la entrada más cercana a la ciudad, así que se dirigió allí primero. Sin embargo, cuando llegó al pantano, descubrió que el agua estancada estaba en completa calma.

—¡Cenagal!

Ninguna cabeza fangosa emergió de las profundidades.

—¡¡¡Cenagal!!!

La única respuesta que obtuvo fue el pesado silencio de la Mácula.

Si Cenagal había sucumbido a la maldición, ¿había desaparecido también el punto de entrada? Buscó la pasarela de madera que antes estaba escondida bajo el agua, pero, si estaba allí, estaba totalmente sumergida. Y, si no podía entrar por ahí, tenía un trayecto de tres días a pie hasta la puerta.

Oyó un suave crujido tras ella. Como una rama partiéndose al pisarla.

Se puso alerta de inmediato y un sudor frío empezó a brotar de su piel. La Vil le había quitado el puñal que Sable había forjado para ella, así que, si aquello era una piel de sombra, no tenía nada con qué defenderse.

Se volvió poco a poco, pero lo que la estaba esperando no era un monstruo, sino un caballo. Su pelaje negro resplandecía bajo la luz de la luna y sus ojos brillaban como las llamas danzantes de una

hoguera. La ascuaballo meneó las orejas y se quedó mirándola fijamente.

—Lamento —la llamó Emeline en voz baja.

Al oír su nombre, la yegua se acercó a ella. Emeline le rodeó el cuello con los brazos y presionó la mejilla contra el pelaje suave y cálido.

—¿Puedes llevarme a la ciudad?

Lamento le resopló en el pelo, como diciéndole: «Súbete».



Los muros que rodeaban la Ciudad del Rey ya no eran blancos: estaban agrietados, ennegrecidos y llenos de moho. En la entrada, el portón de cobre estaba retorcido hacia atrás, colgando de las bisagras, como unas costillas rotas.

Emeline se estremeció al cruzarlo a lomos de Lamento.

Las calles que se extendían ante ella estaban oscuras y sin vida. Una fina capa de polvo gris, como de hojas machacadas, cubría los adoquines. No había setonelas en formación, ni rostros asomados a las ventanas.

La ciudad estaba vacía.

Emeline acució a Lamento para que galopase.

Fueron directas a casa de Sable y Grace. Emeline instó a la yegua a aminorar la marcha al llegar a la entrada y luego bajó, deslizándose por su cálido lomo. La puerta estaba abierta, y un escalofrío le recorrió la piel al ver el cerrojo roto.

Emeline no llevó a Lamento al establo. No quería que la yegua se quedase atrapada, si había pieles de sombra merodeando por allí.

La noche se cernía sobre ellas mientras Emeline se acercaba con

sigilo a la casa silenciosa. Lamento la observaba, moviendo las orejas, nerviosa. No había humo que saliera por la chimenea, y el sauce del patio, que tan hermoso había sido, estaba blanco y marchito. Podrido. Subió los escalones polvorientos a toda prisa y llamó a la puerta. Al ver que nadie respondía, cogió el pomo de cristal y lo giró, solo para descubrir que estaba cerrado.

—¡Grace!

Nadie respondió.

Golpeó la puerta con fuerza, presa del pánico.

—¡Soy yo! ¡Emeline!

Estaba a punto de golpearla de nuevo cuando oyó unas cadenas en el interior y un cerrojo que se descorría.

Cuando la puerta se abrió, Emeline se relajó… hasta notar la punta fría y afilada de una espada contra su cuello.

Y al otro lado de la resplandeciente hoja estaba Grace, aferrada a la empuñadura con las dos manos. Sus gruesos rizos negros eran una nube enmarañada alrededor de su cabeza, y sus ojos, dos pozos oscuros.

—Muévete y te mato —la amenazó.

CUARENTA Y UNO

Emeline tragó saliva, alzó las dos manos y dio un paso atrás, preguntándose si la maldición habría envenenado también a Grace.

—¿Es que no has aprendido ya la lección? —Grace tenía la voz colmada de furia—. No hago más que matarte y tú no haces más que volver, haciéndote pasar por las personas que amo.

«Se cree que soy una piel de sombra».

—A mí no me engañas —continuó su amiga con amargura—. Todas las personas que amo se han ido.

—Grace…

—¡No hables! —le espetó entre dientes, acercándose al escalón. El acero de la espada presionó con más fuerza sobre su piel.

«¿Cómo le demuestro que soy yo?».

Contempló el acero que resplandecía y recordó las veces que había visto morir a una piel de sombra. Se disolvían como humo. Si Grace la mataba, Emeline no se disolvería. Caería al suelo, muerta, y su sangre se filtraría en la tierra cubierta de polvo.

Con esa imagen en mente, cogió el frío acero con una mano y apretó, como si se dispusiese a quitarle el arma. Grace abrió unos ojos como platos y tiró hacia atrás la espada, haciéndole un corte en la palma de la mano a Emeline.

La joven hizo una mueca de dolor, pero cerró el puño y lo tendió entre ella, para luego desplegar los dedos poco a poco. La sangre empezó a manar del corte, iluminada por la luz de las estrellas.

—Las pieles de sombra no sangran —le recordó Emeline en voz baja.

La sangre goteaba en el escalón que había entre ellas. Grace inhaló con fuerza, contemplando las gotas rojas que estallaban contra el polvo gris pálido. Luego bajó la espalda.

—Emeline… Lo siento mucho.

Emeline miró tras ella para ver si habían atraído a alguna amenaza con sus voces, y luego dio un empujoncito a Grace para entrar en la casa.

—No pasa nada. Entremos.

Cerró la puerta con el pestillo mientras Grace envainaba la espada y la dejaba junto a la ventana. Luego alzó un candelabro para iluminar el camino con sus llamas.

—¿Estás sola?

Grace asintió en silencio, moviéndose por la casa oscura para mirar por las ventanas de la cocina, que daban al jardín y los establos de la parte de atrás. Estaba comprobando que no hubiera ninguna amenaza.

—No queda nadie. Sable, Corvus, Albar… Todos se han ido. Incluso el rey se ha marchado.

La ira que Emeline sentía contra Albar empalideció comparada con la ola de tristeza que la anegó. Pensar que nunca volvería a verlo, que nunca volvería a ver tampoco a sus dos amigos cambiaformas, era como tratar de coger aire y darse cuenta de que no había.

Había llegado demasiado tarde. Los había perdido.

Abrió y cerró los dedos.

—¿Hay alguna forma de…? No sé… ¿De deshacer lo que ha ocurrido?

Grace la miró con el rostro inexpresivo. Sus ojos, siempre tan brillantes, se veían apagados y plomizos, y su boca estaba apretada en una delgada línea.

—Bueno, pues aquí no puedes quedarte —dijo Emeline, tratando de enterrar el peso espantoso de todo aquello—. Tal vez puedas con una o dos pieles de sombra, pero ¿qué pasará cuando vengan grupos enteros? ¿Cuando se den cuenta de que eres el último ser vivo en esta ciudad y decidan invadir la casa? —Tal vez Sable la hubiese entrenado con la espada, pero alguien del mundo de más allá del bosque no tenía nada que hacer contra una horda de pieles de sombra. Y aquella casa no podría resistir durante mucho más tiempo los efectos de la maldición de la Vil—. Te voy a llevar a Edgewood conmigo.

Grace frunció el ceño.

—¿Y si Sable vuelve? —Negó con la cabeza—. Esa vida la entregué como diezmo. No pienso volver a ella. Esta es mi casa.

—Pero aquí no tienes nada. —El silencio que siguió a aquellas palabras era pesado, denso, como una roca entre las dos. Era lo mismo que Albar le había dicho a ella hacía dos años. Era la razón por la que le había arrebatado los recuerdos, pensando que la conocía mejor de lo que se conocía ella misma—. No quería decir eso —se corrigió de inmediato—. Pero no podemos quedarnos aquí plantadas esperando a que nos devoren.

Grace alzó la barbilla.

—No pensaba hacerlo. —Dio media vuelta, alzó el candelabro de nuevo y entró en lo que parecía un salón. Emeline la siguió.

Grace rodeó una larga mesa rodeada de sillas tapizadas y se detuvo de forma abrupta. Emeline fue al lado opuesto. Entre ellas, al

otro lado de la superficie de roble de la mesa, estaba el mapa con el que habían encontrado la casa del Mago Cantor. Emeline, que no había podido examinarlo bien antes, se quedó quieta al ver un símbolo iluminado por la luz de las velas. Se inclinó sobre el mapa y lo siguió con la mirada más allá de Edgewood en la frontera norte, más allá de la Ciudad del Rey, hasta llegar a un símbolo en forma de puerta dibujado en el interior del tronco de un árbol gigantesco.

Debajo se leían las palabras: «El Latido».

Frunció el ceño.

—¿El Latido?

—Es donde el rey lleva los diezmos de las tierras fronterizas —explicó Grace—. Para fortalecer al bosque contra la maldición. —Cogió el mapa y empezó a enrollarlo—. Es donde entregué como diezmo todo lo que amaba más allá del bosque.

—Vale… —dijo Emeline, que no entendía nada.

—Me queda una cosa que entregar.

—¿Qué cosa?

—Mi vida —susurró, todavía enrollando el mapa—. El aire que respiro.

Emeline sintió un escalofrío.

—¡¿Qué?!

Grace cogió el mapa enrollado con ambas manos y lo miró fijamente.

—No viste el terror que sentía Sable. Se sentía desaparecer. ¡Lo sentía! Sabía que nunca volvería a ser humana. —Cuando Grace levantó la vista, Emeline le vio los ojos brillantes y llenos de lágrimas —. Si pudiera devolverle eso…

Empezó a temblar. Tiró el mapa y se tapó la cara con las manos, tratando de contener los sollozos.

A Emeline se le partió el corazón. Acudió a toda prisa al lado del

Grace y la abrazó. Le pareció tan tierna, tan pequeña y perdida…

—Grace… —susurró, y tragó saliva, a pesar del nudo que tenía en la garganta—. ¿De verdad crees que Sable querría volver si tú no estás aquí esperándola?

Su amiga se irguió y se apartó de ella.

—Ya he tomado una decisión. —Por su expresión de ferocidad y la firmeza de su mandíbula, Emeline supo que no le haría cambiar de idea—. Me voy.

Cogió el mapa y salió de la estancia, dejando la vela encendida sobre la mesa.

Emeline no podía permitir que fuese sola, no con todos los horrores que acechaban en el bosque. Así que fue tras ella, segura de que Grace acabaría por comprender que aquello era una locura. Y, cuando lo hiciera, ella estaría a su lado para llevarla de vuelta a Edgewood.

Quizá hubiera perdido a los demás, pero todavía podía salvar a Grace.



Viajaron hasta las profundidades del bosque. Cuanto más se alejaban, más frío hacía; a Emeline le recordaba a la casa del Mago Cantor.

Era un frío espeluznante, que le helaba la sangre y se le clavaba en la piel, un frío que transformaba su respiración en niebla. El único calor era el que despedía Lamento.

A su lado, Grace montaba su propio caballo con una de las espadas de Sable envainada a la espalda, mientras escudriñaba el bosque, oscuro como la noche. A su alrededor, los árboles pálidos

respiraban sus alientos rasposos y entrecortados. Bajo la luna, el bosque se veía blanco como la escarcha. El color de la putrefacción.

A veces, Emeline creía ver una sombra que las seguía, cruzándose por entre los árboles blancos, pero, cuando se detenía para comprobar si algo o alguien las perseguía, no veía nada.

Se aferró con fuerza a las riendas y espoleó suavemente a Lamento para que continuara.

Pronto, demasiado pronto, encontraron el roble colosal, en cuyo tronco había una puerta de madera. Las raíces gruesas y sedientas del árbol se sumergían en la tierra, y su corteza pálida se enroscaba como una multitud de cuerdas, alzándose hacia arriba, hasta que sus ramas desnudas parecían arañar el cielo azul cobalto.

Emeline bajó de la yegua.

—Voy a ver si está cerrada —dijo con la esperanza de que así fuera, preguntándose si sería capaz de encallar la puerta si estaba abierta. Esperaba que, a esas alturas, Grace ya hubiera recobrado el sentido común, así que estaba tratando de pensar un plan alternativo.

Su amiga la observó con atención mientras se acercaba a la puerta. Las bisagras de cobre estaban azules y oxidadas, y grabado a fuego sobre la superficie de la puerta aparecía el símbolo de una semilla.

Antes de que a Emeline le diera tiempo de poner la mano en el pomo, también de cobre, oyó que Grace desenvainaba la espada de Sable.

Se volvió de inmediato y vio que desde detrás de los árboles salían montones de pieles de sombra cuyas formas oscuras contrastaban contra los árboles plateados. Mientras Grace retrocedía en dirección a Emeline, con la espada bien agarrada, esta sintió cómo los monstruos le aguijoneaban la mente, como si montones de

dedos se metieran en una piscina de aguas quietas para sumergirse en sus profundidades.

Lamento se encabritó y chilló. Aquel sonido tan poco natural le atravesó los oídos como un puñal e hizo que se estremeciera. La ascuaballo pataleó la tierra con los cascos, prendiéndola de fuego rojo.

Las pieles de sombra seguían acercándose a ellas.

Cuando Lamento se levantó de nuevo sobre sus patas traseras, Emeline se acercó a ella para calmarla, pero un grito en la distancia la detuvo. El sonido era ensordecedor. Como el rugido del mar.

La tierra empezó a temblar bajo sus pies.

Emeline se dio la vuelta. En la distancia, el resplandor naranja de un fuego descontrolado barría el terreno a través de los pálidos árboles. E iba directo hacia ella.

«No. No es fuego. Son caballos».

Una manada de ascuaballos se acercaba. Lamento los había llamado.

Emeline cogió a Grace de la mano y la atrajo hacia el roble, con la esperanza de que les sirviera como escudo contra los cuerpos ardientes que se abalanzaban sobre ellas. Apretujaron la espalda contra la puerta hasta que les dolieron los omóplatos de la presión.

El temblor y las sacudidas de la tierra hacían que les vibraran los huesos y les castañetearan los dientes.

Poco después, tenían el fuego encima, ardiente y estruendoso.

Los ascuaballos pasaron junto a ellas a toda velocidad, separándose para esquivar el roble gigantesco que las protegía. Resoplaban fuego y chillaban con furia, y, formando un muro de fuego alrededor de las dos amigas, se lanzaron contra las pieles de sombra y las aplastaron con sus poderosos cascos, ahogándolas en fuego salvaje y obligándolas a recular.

Emeline se apartó de la puerta, contemplando sobrecogida cómo aquel océano de rojos y dorados inundaba los árboles blancos para luego alejarse en la distancia, sin dejar ni rastro de las pieles de sombra.

Cuando el bosque se quedó en silencio de nuevo, solo quedó Lamento, que volvió trotando hacia ellas.

—Vamos —dijo Grace. Cogió su espada resplandeciente y dio un paso hacia la puerta, que gimió al abrirse, revelando unos escalones de tierra marrón cubiertos de delgadas raíces blancas que desaparecían en una cavernosa oscuridad.

—Grace, espera…

Cuando Emeline dio un paso para detenerla, la puerta se cerró de golpe. Se las había tragado como una boca hambrienta, sumiéndolas en la negrura. Emeline se volvió, con el corazón martilleándole contra el pecho, y alargó las manos, tanteando hasta rozar con los dedos la madera de la puerta. Buscó el pomo de cobre y trató de girarlo.

No se movía.

Estaban encerradas.

—No…

—No se abrirá hasta que no se haya entregado un diezmo —dijo Grace, cuya voz se oía muy lejana.

«Mierda —pensó Emeline mientras se pasaba las manos temblorosas por el pelo—. ¿Qué he hecho?».

No veía a su amiga en la oscuridad, pero oyó sus pasos, que descendían y descendían. Guiándose con las paredes de tierra, la siguió escaleras abajo.

¿Cómo se las arreglaría ahora para sacar a Grace de allí?

Mientras bajaba, el aire empezó a resplandecer. Algo palpitaba a través de la tierra suave y fresca bajo las palmas de su mano; un

olor húmedo y terroso se filtraba en el ambiente. Al final de las escaleras, el resplandor era mayor, y vio que las paredes que las rodeaban estaban infestadas de raíces.

La silueta de Grace se empequeñecía en la distancia.

Emeline se apresuró a avanzar, siguiéndola a través de aquel resplandor, hasta que ese extraño palpitar creció y creció, colmándole el pecho. El pasillo de tierra se abrió en una cámara en forma de orbe con raíces pálidas que bajaban hasta el suelo como hiedra.

En el centro de la cámara se hallaba la fuente del resplandor y los latidos: enorme, blanca y con forma de lágrima, una semilla latía como un corazón humano, suspendida en una maraña de raíces que hacían las veces de arterias.

Bajo ella había un estanque negro cuya superficie ondeaba con suavidad, pues caían gotas de agua sobre ella.

El Latido. El mismísimo corazón del bosque.

Emeline se imaginó allí al rey, ofreciendo el poder de los diezmos de Edgewood para ayudar al bosque a luchar contra la maldición. Pensó en su padre, el Mago Cantor, haciendo su propio sacrificio. ¿Habría estado allí, en aquel mismo lugar? ¿Había sido allí donde había dejado de ser un músico talentoso para transformarse en un monstruoso mago?

Se estremeció.

Cuando Grace desapareció al otro lado de aquel corazón palpitante, Emeline sintió que su última oportunidad se le escapaba de las manos. Era entonces o nunca. Saldrían de allí las dos; sacaría a Grace, aunque tuviese que hacerlo por la fuerza. Tiraría esa puerta abajo si era necesario. No permitiría que su amiga llevara a cabo lo que tenía en mente.

—Estás cometiendo un error.

Grace no le hizo caso.

—¿No crees que Sable querría que vivieras tu vida? —insistió Emeline con cierta desesperación, yendo hacia el otro lado del corazón suspendido en el aire—. ¿No crees que querría saber que estás viva, en este mundo, durmiendo bajo el mismo cielo y pensando en ella?

—Nunca lo sabrá —respondió Grace—. Porque no…

Cuando Emeline apareció ante ella, Grace levantó la vista. Al instante, su mirada oscura se desvió hacia algo que estaba detrás de su amiga y, asustada, puso unos ojos como platos.

—¡Emeline! ¡Cuidado!

En el momento en que se volvió para mirar, un golpe sordo resonó en sus oídos. Sintió un estallido de dolor en la cabeza. Ni siquiera se dio cuenta de que se estaba desplomando antes de que la oscuridad cayera sobre ella.

CUARENTA Y DOS

Emeline se despertó envuelta en un resplandor borroso. Le dolía la cabeza, tenía la vista nublada y oía un goteo rítmico en algún lugar cercano.

Parpadeó, tratando de ver con nitidez. Al darse cuenta de que eso no funcionaba, hizo ademán de tocarse el doloroso chichón que le había salido en la parte de atrás de la cabeza…, pero no pudo. Estaba de pie y tenía las muñecas atadas por encima de la cabeza con unas cuerdas ásperas y gruesas.

Quienquiera que la hubiera atado, también la había amordazado. La tela se le clavaba en las comisuras de la boca, apagándole la voz.

Poco a poco, la confusión fue desapareciendo y la caverna empezó a revelarse ante ella. Ya solo veía borrosos los extremos de su campo de visión y, poco después, Emeline se descubrió mirando un rostro blanquecido, plagado de venas verdes y azuladas que corrían como ríos bajo la piel blanca y translúcida. Unos ojos inyectados en sangre estaban clavados en ella. La boca de la criatura emitía el mismo hedor a podredumbre que la Mácula.

La Vil.

«Mi madre».

Se le puso el estómago del revés.

La bruja sostenía una daga serrada en una mano huesuda. Tenía el filo cubierto de una capa de sangre reseca que había oxidado el acero. En la otra mano, sujetaba una piedra de afilar.

Al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, Emeline empezó a retorcerse y a tirar de las cuerdas, tratando de desatarse. Tratando de liberarse de sus ataduras.

Un momento. ¿Dónde estaba Grace?

Recorrió el lugar con la mirada hasta que vio una figura tirada a unos metros de distancia. «Grace». Estaba ovillada en el suelo, con las muñecas atadas a la espalda.

Emeline se temió lo peor. Empezó a respirar de forma entrecortada, presa del pánico…, hasta que vio que el pecho de su amiga subía y bajaba con suavidad.

«Está viva».

Pero su alivio no duró mucho.

—Qué familiar me resulta esta situación… —La voz de la Vil era como el viento rascando las piedras. Emeline apartó la vista de Grace y vio que la criatura seguía mirándola fijamente—. De su carne y de su sangre, atrapada e inmovilizada. Sin poder usar esa voz tan bonita.

El miedo se deslizó por su espalda.

—Cuando lo maté, cometí un error. —La Vil levantó la piedra de afilar y la deslizó despacio sobre el cuchillo oxidado—. Me olvidé de esa condenada voz suya, y él me maldijo con ella mientras moría. A mí y al bosque.

Emeline se sintió conmocionada. «¿La maldición fue cosa del Mago Cantor?». Durante todo ese tiempo, había pensado que la responsable era la Vil…

—No cometeré el mismo error por segunda vez. Cuando derrame tu sangre, no tendrás voz con la que herirme.

La bruja sonrió, ofreciéndole una imagen espeluznante y monstruosa. Tenía hileras e hileras de dientes tan afilados como las estalactitas.

—Y cuando te mate, lo habré silenciado a él para siempre.

«¿Matarías a tu propia hija solo por venganza?», quiso preguntarle Emeline, pero la cuerda la tenía inmóvil y la mordaza anulaba su voz. Además, los ojos lechosos de la Vil no mostraban muestra alguna de reconocimiento. Se preguntó si no lo habría entendido todo mal. ¿Y si lo que pasaba no era que Rose Lark odiase tener a su hija delante por ser un recordatorio de los horrores a los que la había sometido el Mago Cantor, sino que no recordaba siquiera que tenía hija? ¿Y si, al transformarla en un monstruo, la maldición había hecho que Rose olvidase quién era en realidad, y que lo recordase solo a él y las cosas que le había hecho?

A Emeline le pareció algo muy cruel. Debía de ser horrible vivir recordando solo lo peor que te había ocurrido, sin poder acordarte de las cosas buenas que te habían pasado…

«Quizá haya un modo de ayudarla a recordar».

Miró la gigantesca semilla suspendida en la maraña de raíces, que estaba detrás de la Vil. El Latido palpitaba, expuesto y pausado bajo la tierra, tratando de bombear vida a los árboles moribundos.

Si era allí, en el corazón del bosque, donde el Mago Cantor había lanzado su maldición contra Rose valiéndose solo de la magia de su voz, ¿podría ella romperla con la magia de la suya?

«Mi voz no es ni por asomo tan poderosa como la suya».

Pero su padre no siempre había sido poderoso; había tenido que pagar un alto precio para serlo. Había entregado a los bosques algo precioso como diezmo, y el poder de ese sacrificio brotaba de él siempre que cantaba. Eso lo había transformado en el Mago Cantor.

«Cuando el Mago Cantor era el trovador de la corte, el del Rey

del Bosque era un reino próspero —le había dicho Grace—. La edad dorada».

Echó un vistazo al cuerpo inerte de su amiga y recordó la puerta cerrada por la que habían entrado. Una puerta que no se abriría hasta que no se pagase un diezmo.

Una idea estaba empezando a gestarse en su mente. Era tenue y frágil, como el primer verso de una nueva canción. Pero si quería ponerla a prueba, debía conseguir liberarse de aquella mordaza.

Tiró de nuevo de sus ataduras, pero la cuerda que le inmovilizaba las muñecas no se movió ni un ápice.

La Vil seguía afilando su hoja, limándole el óxido marrón. Emeline retrocedió, tratando en vano de poner algo de distancia entre las dos. Cuando tocó con los hombros la pared terrosa que había tras ella, notó cómo el corazón del bosque palpitaba a través de la tierra y dentro de su cuerpo. Aquellos latidos eran la canción viva de los bosques. Los mismos bosques que acudían siempre que cantaba, los que trataban de protegerla del único modo que podían: ayudándola a recordar quién era.

«Cántanos una canción verdadera, Emeline».

Respiró hondo y contempló las raíces que la rodeaban, que se elevaban hacia los árboles que crecían por encima. Los árboles que ya la habían ayudado varias veces.

«Ayudadme una última vez —pensó— y os cantaré todas las canciones verdaderas que conozco».

Las manos de la Vil habían adoptado una velocidad casi frenética; afilaban, afilaban, afilaban, puliendo el filo letal y plateado.

Su plegaria fue escuchada: algo surgió de la pared terrosa que había tras Emeline, rozándole la cabeza por detrás, una especie de pequeños dedos que empezaron a deshacer el nudo de la mordaza que la silenciaba. Se quedó muy quieta y dejó que las raíces de la

pared acabaran de ayudarla. Cuando por fin lograron aflojar el nudo, se enrollaron alrededor de la tela, rozándole la mandíbula, y se la sacaron de la boca.

La mordaza cayó sobre su cuello.

Mientras otras raíces deshacían los nudos de sus muñecas, Emeline miró el Latido, que seguía bombeando detrás de la Vil. No se le presentaría otra oportunidad como aquella.

Su padre había usado su poder para satisfacer sus caprichos egoístas. Lo había destruido todo con él.

¿Y si Emeline lograba hacer lo contrario?

No tenía por qué seguir los pasos de su padre, ni tampoco tenía por qué rechazar el poder que su naturaleza le había dado. Podía coger ese poder y labrar un camino muy distinto con él. Podía usarlo para curar en lugar de para destruir.

Pero, para hacerlo, debía ofrecer a cambio algo muy preciado para ella.

Emeline tragó saliva.

«Y, cuando lo haga, ¿qué impedirá que la Vil me clave ese cuchillo en el cuello?».

La miró. Seguía afilando, afilando y afilando la hoja, pero esta vez, en lugar de miedo, Emeline sintió que el corazón se le henchía de pena. En otro tiempo, la Vil había sido una mujer. Una mujer a la que habían apartado de las personas que amaba, de la que había abusado un hombre al que todo el mundo tenía en gran estima y a la que, después, la maldición de ese mismo hombre había corrompido y enjaulado en aquel mundo durante diecinueve años.

«¿Y si esa mujer sigue ahí dentro?».

Mientras la cuerda de sus muñecas se aflojaba, todavía con la mordaza colgando, suelta, de su cuello, se atrevió a decir:

—Sé lo que te hizo.

La Vil levantó la vista de la tarea que tenía entre manos con una rapidez inhumana. Al ver que Emeline se había liberado, el rostro se le deformó de furia. Alzó la daga recién afilada, bien sujeta con su garra, y se acercó a ella.

A Emeline le latía el corazón desbocado.

—Lo que te hizo no estuvo bien. —Aguantó su mirada furiosa—. Y tampoco está bien que nadie viniera a ayudarte.

Una emoción refulgió en el rostro del monstruo, pero no por ello se detuvo

—¡Cállate! —le espetó con los dientes afilados, poniéndole la daga en el cuello—. O te extirparé la voz con este cuchillo.

El acero se le clavaba igual que el hielo: frío y despiadado.

Emeline tragó saliva, consciente de que no haría falta más que un ligero movimiento de aquella muñeca pálida. Pero no se calló.

—Sé quién eres, Rose Lark. —Le ardía la garganta; la voz se le tornó gruesa—. Eres la hija de Ewan Lark —continuó, con los ojos llenos de lágrimas—. La mujer que estaba enamorada de Tomás Pérez. —Se mordió el labio y vaciló—. Y eres madre —susurró—. Mi madre.

La Vil vaciló. Sus ojos inyectados en sangre recorrieron el rostro de Emeline, estudiando sus rasgos, buscando en ellos la verdad que encerraban sus palabras. Buscándose a sí misma.

Y, como si tuviera miedo de lo que podía llegar a encontrar, se apartó de ella. Emeline sintió que la fría presión del acero se despegaba de su cuello.

—No… No puede ser.

—Él lo destruyó todo —susurró Emeline—. Y yo estoy aquí para arreglarlo.

Mientras sacaba las muñecas de las cuerdas flojas, recordó las palabras grabadas en el cuenco del diezmo de su abuelo.

«Los mayores sacrificios son los diezmos más valiosos».

Sabía lo que debía hacer, pero la mataba de tristeza. Sin embargo, si así salvaba a su madre, y a Grace, y a todos sus amigos… Si así salvaba al bosque y deshacía todo el daño que había causado su padre…, estaba dispuesta a hacerlo.

Alzó la barbilla, apretó los puños y aunó todo el coraje que poseía. Miró el corazón del bosque, que se encontraba tras la perpleja Vil, quien, de un momento a otro, tal vez se recuperase del impacto y la atacase de nuevo.

—Estoy aquí para pagar un diezmo —le anunció al Latido—. Te daré mi voz, y, con ella, mis sueños más allá del bosque. Seré tu nueva Maga Cantora, si me aceptas.

Emeline inhaló con brusquedad, pensando en el precio que iba a pagar. Jamás volvería a cantar sus canciones bajo los focos. Jamás volvería a salir a un escenario ni grabaría un álbum del que estuviera orgullosa. Jamás tendría la oportunidad de demostrar que podía alcanzar el éxito a su manera.

Emeline exhaló. Y lo dejó ir todo.

Cuando los bosques aceptaron su ofrenda, fue como si unas manos la penetrasen y le sacaran el alma, como si la escindieran del sueño de su vida. Fue doloroso.

Pero, cuando respiró, la inundó algo nuevo.

Se sintió como la noche que le había cantado a la jaula de olmos para pedir a los árboles que liberasen a Albar. Esa noche, había sentido cómo el poder de su voz manaba de ella. Esta vez ocurrió a la inversa. El poder fluía hacia su interior, se filtraba en su sangre y su tuétano. Se plegaba bajo su piel.

Fue como Grace le había contado: había magia en un sacrificio. Emeline había entregado su bien más preciado como diezmo, y algo igual de precioso estaba rellenando los huecos que había dejado.

Fluía a través de ella; espeso como la miel, brillante como la luz de las estrellas, palpitante como un sol ardiente. Zumbaba como un enjambre de abejas satisfechas.

Poder.

Le sabía como si tuviera rayos de sol azucarados sobre la lengua.

Se rio ante la imposibilidad de lo que sentía. Y allí, de pie bajo aquel resplandor y rebosante de magia, empezó a cantar, con el corazón tan lleno de tristeza como de esperanza.

Todas sus viejas canciones, las que había tenido encerradas tanto tiempo, quedaron libres y brotaron con naturalidad de su interior. Y con ellas surgía el poder. La fuerza se henchía en su garganta, mucho más poderosa que antes. Flotaba en el aire cargado de promesas que la rodeaba.

Cuando terminó la primera canción, cantó otra, y luego otra más. No se cansaba ni se debilitaba. Estaba descubriendo en ella una fuente inagotable de poder. Emanaba de ella; allí, en el corazón del bosque, para que las raíces de los árboles se empaparan de él.

Y, mientras su voz llenaba la caverna, los árboles aceptaron lo que les ofrecía y empezaron a curarse: primero sus raíces y luego sus troncos y sus ramas. Se unieron a su canción, pasándose la magia entre ellos, de uno a otro, de uno a otro, hasta los confines de los bosques.

Y se liberaron de la maldición.

Pero el bosque no era lo único que había curado.

—¿Emeline…?

La voz de su madre ya no era áspera y rasposa; era una suave, dulce y temblorosa.

Emeline levantó la vista y vio a la Vil, resplandeciente. Como un espejismo. El aire brillaba, delicado como una telaraña, y entonces… cambió.

Como una mariposa abandonando su crisálida, la Vil se desvaneció. Lo que había ante Emeline ya no era un monstruo, sino una mujer de mediana edad tan hermosa como la luna. Su melena negra como las plumas de un cuervo caía en cascada sobre sus hombros y sus ojos eran del color de los huevos del petirrojo. Llevaba un vestido de seda del mismo gris que el de las nubes de tormenta.

La joven exhaló un aliento tembloroso.

—¿Mamá?

Rose Lark soltó el cuchillo y la piedra de afilar. Cayeron sobre la tierra blanda con un golpe sordo y las raíces de la caverna crecieron sobre ellos de inmediato, enterrándolos en las profundidades de la tierra, donde nadie podría recuperarlos jamás.

Sin dejar de mirar a su hija, Rose dio un paso hacia ella, vacilante, y luego alzó los dedos temblorosos hacia su rostro.

—Lo siento tanto… —susurró, con las pálidas mejillas empapadas en lágrimas.

Emeline negó con la cabeza con vehemencia, alargando las manos hacia ella.

—No fue tu culpa.

Rodeó con los brazos los frágiles hombros de su madre y la atrajo hacia sí. El pelo le olía dulce, como a agua de rosas. El cuerpo delgado temblaba como un árbol joven en un vendaval.

Sollozando, Rose abrazó a su hija con fuerza, como si, esta vez, no quisiese soltarla jamás.

Cuando se separaron, los rostros de las dos brillaban, cubiertos de lágrimas.

Entrelazando sus dedos con los de ella, Emeline condujo a su madre bajo el resplandor del corazón del bosque y siguió cantando. Cantó sus propias canciones verdaderas, y cuando la última de ellas

se derramó de sus labios, Emeline se serenó y recordó el árbol que había plantado su abuelo el día de su nacimiento. Un espino albar enraizado en la linde del bosque. Pensó en el muchacho que una vez le había recitado poesía junto a las estanterías y que se había convertido en el hombre que había estado a su lado cuando se había enfrentado a un rey.

Se había ido a un lugar donde ella no podía seguirlo.

Cuando terminó su canción, cuando ya había cantado toda su magia, Emeline le envió un mensaje a través de los árboles.

«Vuelve conmigo».

CUARENTA Y TRES

Mientras el sol rojo se elevaba sobre el bosque invernal, la Maga Cantora caminaba por los tranquilos pasillos del palacio del Rey del Bosque, cruzando galerías y patios, repicando con las botas sobre el suelo embaldosado. Bajo el palacio, la Ciudad del Rey era como una colcha de retales, con sus tejados de color rojo oxidado y sus calles de adoquines grises cubiertas de nieve. Tras los muros, los árboles lucían sus ramas desnudas.

De vez en cuando, Emeline olisqueaba unas notas de primavera en el aire: la fragancia de las flores a punto de abrirse, del verdor asomando a través de la nieve. La primavera estaba cerca.

Quizá derretiría su corazón helado.

Habían pasado cinco meses desde que le había cantado al Latido y allí, en el corazón del bosque, había entregado como diezmo todo aquello que antaño le había importado. Desde entonces, el bosque se había recuperado por completo. El Rey del Bosque volvía a estar sentado en su trono blanco, con los ojos claros, con el espíritu incorrupto. Los miembros de la Corte de los Cambiaformas habían recuperado poco a poco su forma humana, y uno a uno habían vuelto a ser ellos mismos durante los pasados meses.

La vida de Emeline había adquirido una rutina agradable. Como

había recuperado todos sus recuerdos, había retomado su amistad con Sable y Corvus donde la había dejado, y pasaba casi todas sus noches con ellos y Grace. Cuando no estaba en la Ciudad del Rey, era porque iba a visitar a su abuelo, que volvía a vivir en su vieja casa, donde lo cuidaban enfermeras cambiaformas que había mandado el rey y donde lo visitaban sus amigos con regularidad. También iba a casa de Tom, donde vivía su madre, que ya estaba a salvo de los horrores del bosque.

Su carrera como música había terminado antes de empezar: ya no había focos sobre un escenario, ni conciertos por la noche, ni giras. Pero, por primera vez en mucho tiempo, Emeline escribía y cantaba sus propias canciones. En La Bellota y para el rey.

También para sí misma.

Por primera vez en mucho tiempo, el bosque ya no venía a buscarla: era ella quien había ido a buscar al bosque.

Y, aunque a menudo añoraba las cosas que había perdido, Emeline tenía la sensación, cada vez más fuerte, de que estaba donde tenía que estar.

Lo único que deseaba era que Albar estuviera con ella.

Aminoró la marcha al pasar por la sala de cristal y recordó cuando el estoico secuaz del rey la ayudaba a aprenderse las canciones del Mago. Recordó cuando bailaron bajo la luz de las estrellas y aquella cúpula resplandeciente.

El recuerdo la llenó de tristeza.

Emeline pasó de largo enseguida. Ese día, tenía algo que hacer antes de cabalgar hasta Edgewood sobre Lamento.

Por fin llegó a una arcada de palacio bordeada de frondosa hiedra verde. En la superficie de la puerta estaba pintado el emblema del rey: un sauce coronado blanco que brotaba de una semilla. Los setonelas que montaban guardia le abrieron la puerta y

la dejaron pasar sin impedimento alguno.

Emeline entró en un pequeño claro.

Sus botas dejaban huellas sobre la nieve, y los abedules blancos refulgían a su alrededor. En la distancia, oyó el suave ulular de una lechuza y más adelante, en el estanque, vio a un hombre apoyado en un pequeño pedrusco gris. Tres cuervos negros brincaban alrededor de sus pies, dejando las huellas de sus patas sobre la nieve. Él se inclinó sobre ellos para murmurarles algo; de su espalda brotaban tres ramitas verdes que empezaban a alzarse hacia el cielo.

—Maga Cantora.

Su voz seguía siendo propia de una cosa salvaje y antigua, pero, en aquellos tiempos en los que la maldición ya estaba rota, el Rey del Bosque parecía… amansado. Como si la maldición lo hubiese puesto fuera de sí y estuviese regresando poco a poco a su ser.

—Disculpad la intrusión, mi señor.

Al oír su voz, los cuervos emprendieron el vuelo, salvo uno, que saltó sobre el pedrusco, junto al rey.

El monarca lo cogió y lo acunó en sus manos.

—No eres ninguna intrusa.

Aún se sentía como si lo fuera. Emeline bajó la vista hacia sus botas mojadas y sus vaqueros rotos. Debería haberse cambiado de ropa antes de ir a ver al rey: no era el atuendo más adecuado para presentarse ante él.

—He venido a preguntaros por el espino albar —dijo.

La espesura enmudeció a su alrededor. La nieve blanca resplandecía en las orillas del estanque que los separaba. El monarca siguió acariciando las relucientes plumas de su cuervo, esperando a que ella le plantease su pregunta.

—No… no se ha vuelto a transformar —añadió ella.

—Hum… Y te estarás preguntando por qué.

Emeline asintió. Por alguna razón, sus palabras siguientes se quedaron atoradas en su garganta, y, cuando intentó obligarse a pronunciarlas, le salió una especie de burbujeo, como un sollozo que hiciera meses que había aprisionado en su interior y estuviese ahora tratando de liberarse. Pero lo contuvo.

El Rey del Bosque subió el cuervo a una de las jóvenes ramas verdes que le crecían en la espalda. Mientras el pájaro se posaba en ella, para contemplar desde allí a Emeline, el monarca se inclinó hacia la joven y dijo:

—Ven.

Señaló el estanque que había entre ellos y Emeline observó maravillada cómo una capa de hielo pálido se extendía por su superficie en calma, crepitando y solidificándose hasta ser lo bastante gruesa como para soportar su peso.

Ella lo cruzó.

—Una vez —empezó a relatarle el rey—, creció un árbol en la frontera entre dos mundos. Era un árbol como otro cualquiera y, si lo hubiesen plantado en cualquier otro lugar, habría vivido una vida como la de cualquier otro árbol.

»Pero hay poder en las fronteras: en el instante entre la noche y el día, en el lugar en el que el invierno acaricia la primavera, en las lindes donde el bosque se funde con la pradera. La magia salvaje crece entre las grietas de todas las cosas.

»En esa misma frontera vivía una muchacha con la voz encantada. Amaba trepar a las ramas de ese árbol, contarle sus secretos y cantarle sus canciones. Lo hacía tan a menudo, que acabó despertando al árbol con su voz.

«¿Yo?», pensó Emeline.

—Y su espíritu, ya despierto, lo hizo anhelar ser humano —prosiguió el rey—. Yo oí el eco de sus súplicas a través de los

bosques. Me rogó que lo transformase. Así que hicimos un trato: a cambio de mi ayuda, él recaudaría mis diezmos en cada estación. Seguiría siendo humano mientras recaudase los diezmos, pero si abandonaba su deber, debería abandonar también su humanidad.

«Estoy atado al bosque», le había dicho Albar hacía dos años, cuando se había negado a ir con ella a Montreal.

Aquella era la razón.

A Emeline se le aceleró el corazón.

—Si lo transformasteis entonces, ¿no podríais transformarlo de nuevo?

El rey la observó con sus extraños ojos negros. Ese día, las pupilas blancas tenían forma de luna creciente.

—El espino albar estaba despierto aquella primera vez. Fue él quien me pidió que lo transformara.

Emeline frunció el ceño.

—¿Y ahora?

La mirada oscura del monarca se detuvo sobre ella con tristeza, casi con compasión.

—No puedo transformar algo que no quiere ser transformado.

Ella arrugó el ceño de nuevo. Pero eso significaba…

«¿No quiere volver?».

—Quizá haya llegado el momento de pasar página —le aconsejó el rey con amabilidad.

Emeline se volvió, tratando de esconder el dolor que le habían causado esas palabras.

—Pasar página no es lo mismo que olvidar, Maga Cantora.



Mucho después, Emeline estaba en silencio en la casa vacía de Albar. Pasaba allí casi todas las noches, a pesar de que el rey le había asignado una casa adosada en el corazón de la ciudad. Al principio, se quedaba allí porque las almohadas conservaban el olor de Albar. Y, cuando su olor se desvaneció, decidió quedarse para tener la casa calentita para él.

«¿Y si tengo la casa calentita para alguien que no regresa jamás?».

Emeline estaba sentada con las piernas cruzadas en la alfombra blanca, ante un fuego pequeño y crepitante. A su lado había una lámpara de aceite que iluminaba el libro que tenía en el regazo: un poemario de Christina Rosetti.

Sus libros, aquellos poemas… la mantenían unida a él. Acariciaba las páginas que él había acariciado; sus ojos leían las palabras que habían leído también los suyos.

Esa noche, Emeline había prometido que iría a cenar a casa de su abuelo, y el sol ya había empezado a ponerse. Sin embargo, no lograba quitarse de la cabeza la historia que le había contado el Rey del Bosque.

Tal vez el monarca tuviera razón. Tal vez hubiera llegado el momento de dejar de esperar. De extinguir el fuego, apagar las luces y pasar página.

«Pero ¿por qué no quería volver Albar?».

Alzó la vista y contempló el cuadro colgado sobre la chimenea. Con la mirada fija sobre la representación de Dafne transformándose en laurel, Emeline recordó la conversación que habían mantenido el pasado otoño.

«Al menos está a salvo —había argumentado ella—. Si es un árbol, no hay nada que pueda hacerle daño». Y él había dicho: «Al convertirse en árbol, Dafne perdió su vida. Jamás volvió a ser

humana. Nunca volvió a reír, ni a cantar, nunca volvió a pensar, ni a amar. Nunca más».

Si Albar no deseaba ese destino para Dafne, ¿cómo podía quererlo para sí mismo?

Recordó la nota que le había escrito y escondido entre los poemas de Pablo Neruda.

«Si hubiese alguna forma de expiarme, algún precio que pudiera pagar para empezar a reparar el daño que he causado, créeme, lo pagaría sin dudar».

Inhaló con fuerza. ¿Era ese su razonamiento? ¿Había elegido ese destino porque, si era un árbol, jamás podría volver a hacerle daño?

De repente, sintió que la ira se adueñaba de ella. Sí, Albar le había hecho daño. Sí, jamás tendría que haberle robado los recuerdos, por muy buenas que fueran sus intenciones. Pero había reconocido que se había equivocado y le había pedido perdón. Que se negase a volver al mundo —a volver junto a ella— no era honroso. Era cobarde.

Aquel pensamiento la levantó de golpe de la alfombra. Enojada, apagó la lámpara y se dirigió a la puerta. Al salir, casi se olvidó de cerrarla tras ella.

¿Acaso ella no tenía voz ni voto en aquel asunto? Al fin y al cabo, era a ella a quien había herido.

Fue a buscar a Lamento a los establos y se montó en ella. La ascuaballo se alejó de la casa de piedra, golpeteando con los cascos el puente lleno de musgo.

Lamento la llevó hasta la linde del bosque, donde estaba su árbol, enraizado justo en la frontera. Su corteza nudosa y retorcida se elevaba hasta dividirse en ramas, de las que crecían hojas oscuras y bayas rojas.

Emeline bajó de la ascuaballo y se acercó al árbol dando fuertes

pisotones.

—¿Tienes miedo de volver a hacerme daño? —le dijo al espino albar—. Siento ser yo quien te lo diga, pero eso es lo que hacemos los humanos: nos hacemos daño. Nos peleamos, y fracasamos, y no estamos a la altura de lo que nos proponemos. Estamos un poco rotos por dentro, todos y cada uno de nosotros. Si no eres capaz de soportar eso, quizá no merezcas ser humano.

El espino albar se quedó mudo y quieto. Sin ofrecer respuesta alguna. Porque, al fin y al cabo, no era más que un árbol. No era un hombre. No era su Albar.

¿Qué esperaba? ¿Transformarlo con una buena regañina?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Ya es suficiente». El rey tenía razón. Había salvado al bosque y a todo lo que había en él, pero su amor ya no estaba.

Era hora de pasar página.

Al comprenderlo por fin, la ira se esfumó de golpe, y una sensación temblorosa y frágil acudió a toda prisa a reemplazarla. Emeline, casi desplomándose, apoyó ambas manos en su árbol y cerró los ojos, aprisionando las lágrimas que caían. Dio un paso al frente y, con los labios rozando ligeramente la corteza, empezó a cantar. Una última canción.

Una canción de despedida.



Después de cenar, la casa de su abuelo se llenó de risas y conversaciones. Los vecinos se quedaron hasta tarde. Cuando terminó de ayudar a Maisie con los platos, Emeline se fijó en que fuera había tres siluetas sentadas en sillas. Curiosa, cogió su libreta

y su bolígrafo y salió.

Aquella noche, el aire tenía una calidez extraña. Una pesada niebla se había asentado entre los árboles, confiriéndole al cielo un resplandor borroso.

Su madre y Tom estaban sentados en un lado, acurrucados bajo la misma manta. Su yayo estaba sentado al otro lado. Emeline le dio un beso a Rose en la mejilla y señó un «hola» para Tom. Rose y Tom habían empezado a dar clases de lengua de signos cuando Emeline había vuelto muda del bosque. Le habían estado enseñando poco a poco, pero ella no era muy ducha por el momento.

Y para eso tenía su libreta.

Se sentó al lado de su yayo, que daba sorbitos de brandy, haciendo repiquetear los cubitos de hielo en las paredes del vaso.

—¿Y tú quién habías dicho que eras?

Emeline levantó la vista y vio que la estaba mirando. Estaba tan acostumbrada a esa pregunta que ya no le afectaba.

—Es tu nieta —dijo Rose, mirando a su hija como si fuese una pequeña maravilla. Emeline la descubría a menudo mirándola así, como si estuviera tratando de memorizar el color exacto de su pelo, cada una de las pequitas que tenía en la nariz, la curva precisa de sus pómulos. Como un estudiante de bellas artes que estuviera viendo *Los girasoles* de cerca por primera vez.

—Ah —contestó su yayo, asintiendo para sí. Se acercó a Emeline y añadió—: Me estoy haciendo viejo, ¿sabes? —Se dio unos golpecitos en la sien—. La cabeza no me funciona igual que antes.

«No pasa nada —quiso decirle—. No me importa».

Pero como no podía hacerlo, alargó una mano para coger la suya. Él le dio unas palmaditas en el dorso, como si la comprendiera perfectamente, y luego se quedó así, cogiéndola de la mano.

Quizá no supiera cómo se llamaba, ni la reconociera cuando

entraba en la habitación. Quizá ya no recordase el día que había nacido ni todas las noches que, de niña, la había arropado en la cama, ni que había plantado un árbol solo para ella.

Pero no importaba.

Su olvido ya no le dolía. Era su yayo, y ella era su Emeline, y eso no cambiaba, lo recordase él o no.

Ella ya recordaba suficiente por los dos.

CUARENTA Y CUATRO

La tormenta empezó mientras se despedía. Tras darle un fuerte abrazo a su madre, su abuelo la ayudó a ponerse uno de sus chubasqueros, que era dos tallas más grande de lo que ella necesitaba, pero que evitaría que se mojase. Ella le dio un beso en la mejilla, en la que ya despuntaba la barba, respiró hondo y se adentró en la tormenta.

Llovía a cántaros. Seguro que, aun con chubasquero, iba a terminar empapada. Se dirigió a la linde del bosque, donde había dejado a Lamento pastando. Una gruesa niebla gris lo tapaba todo y le impedía ver el bosque. Como no podía distinguir ni los cantos ni las formas, aminoró la marcha y siguió las voces de los árboles, que la estaban llamando.

«¡Emeline! ¡Corre!».

Parecían muy nerviosos. Frunció el ceño y estiró un brazo a través de la niebla, para asegurarse de no chocar contra nada. Cuando rozó con las yemas de los dedos las agujas de cedro, supo que había llegado al seto. Lo siguió por la linde del bosque, de camino al lugar donde estaba enraizado su espino albar, llamando a Lamento.

Al ver que la ascuaballo ni relinchaba ni trotaba hacia ella,

empezó a preocuparse. Siempre que iba a Edgewood de visita, la ascuaballo la esperaba y, cuando ella la llamaba para que la llevara de vuelta a la Ciudad del Rey, acudía a su llamada.

¡Crac!

Un rayo repentino iluminó un hueco en el seto.

Emeline se quedó de piedra.

Su espino albar había desaparecido.

La tierra estaba suelta y removida; un punto oscuro sobre la nieve que se derretía alrededor. Como si el árbol se hubiese arrancado a sí mismo, con raíces y todo, y hubiese dejado el hoyo atrás.

Se le aceleró el corazón.

Un cuervo surgió de entre la niebla y voló hacia ella a toda prisa por entre los árboles. Corvus. Aleteó bajo las cortinas de lluvia y luego empezó a sobrevolarle la cabeza, graznando.

¡Caaac! ¡Caaac!

Y volvió al bosque.

Emeline echó a correr tras él.

La niebla iba descendiendo a medida que se adentraba en la espesura. Primero le rodeaba la cintura; luego bajaba hasta más allá de sus rodillas. La lluvia había convertido la tierra en barro bajo sus botas, y se resbaló más de una vez.

Corvus seguía volando por delante de ella, aleteando de un árbol mojado a otro. Lo siguió trastabillándose hasta que un sonido la hizo detenerse.

Se paró a escuchar, pero lo único que oía era la lluvia golpeando los árboles y el río que borboteaba cerca de allí. Cuando estalló otro rayo, vio las aguas brillantes a través de las ramas.

Estaba a punto de seguir adelante cuando lo volvió a oír: eran gritos. El corazón le latía como si fuese un animal salvaje encerrado

en una jaula. Parpadeó para sacarse la lluvia de los ojos y se giró en círculos, mirando por todas partes. Sin embargo, lo único que vio fueron más árboles, y más lluvia, y más niebla.

Alguien volvió a gritar. Más alto esta vez.

Emeline echó a correr hacia el lugar de donde procedían los gritos. Tenía los vaqueros empapados y salpicados de barro y se resbalaba una y otra vez. Se tropezó y se cayó.

Y entonces lo vio.

«Albar».

Estaba al pie de una colina escarpada que descendía abruptamente hasta el río que corría debajo, cuyas aguas bajaban crecidas a causa del deshielo.

Otro rayo iluminó el bosque, alumbrando también su piel desnuda y su pelo oscuro. Era hermoso. Estaba desnudo, cubierto de barro y rodeado de zarzales. Lo vio agarrado de un abedul para no seguir resbalándose.

En la cima de la colina estaba Lamento, pataleando contra el suelo y relinchando, angustiada, mientras miraba a su jinete, incapaz de llegar hasta él.

Emeline gritó su nombre por encima de la lluvia y Albar levantó la vista. Cuando sus miradas se encontraron —y ella vio por fin esos ojos que tanto amaba—, se dio cuenta de que estaba temblando de frío.

—¡Espera…!

Cogiéndose de un árbol y luego de otro, se las arregló para descender por la colina fangosa. A medio camino, se resbaló y se cayó, y recorrió lo que le faltaba deslizándose con el trasero. Luego plantó los pies en el suelo y se puso de pie, si bien no con mucha seguridad. Como ya solo la separaban de él unos cuantos pasos, vio los arañazos que tenía en las piernas, donde las espinas habían

hecho cortes profundos y le habían dejado la piel ensangrentada.

—No te muevas, ¿vale?

Albar se quedó en silencio, mirándola.

Dio un paso hacia él, pisoteando las ramas llenas de espinas con las botas, y apartando con los dedos las que estaban más cerca de él. Le temblaban las manos. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué has hecho para meterte en este lío? —murmuró ella.

Quería lanzarse a sus brazos, pero las espinas que había entre los dos se lo impedían.

Aunque las espinas no eran el único problema.

Había algo más.

Albar la estaba mirando como su abuelo la miraba a veces, cuando no acababa de ubicarla. En sus peores días.

Cuando alargó una mano para tocarlo, se apartó.

—¿Quién eres? —le preguntó.

A Emeline se le heló la sangre. Apartó la mano enseguida.

—No te acuerdas —dijo, incapaz de creérselo al principio.

Sin embargo, él seguía con la misma expresión de desconfianza.

No la conocía.

«Sácalo de la tormenta y ya está», se dijo, tratando de no hacer caso del pánico que se estaba gestando en su interior.

Si no se acordaba…

Se oyó el restallido de un trueno. Emeline alzó la voz por encima del ruido.

—¡Tengo que llevarte a un sitio más cálido!

No tenía ni idea de cuánto rato llevaba allí, expuesto a la lluvia y el frío. No tenía ni idea de si ya sufría hipotermia o se vería afectado por ella dentro de poco.

A pesar de que no podía parar de temblar, se apresuró a ayudarlo. Empezó a apartar las espinas evitando mirar aquellos ojos

vacíos. Como no hacía más que pincharse, tenía las manos resbaladizas a causa de la lluvia y la sangre. Tiró y tiró con todas sus fuerzas, tratando de liberarlo.

—Para. —Su voz era suave y áspera a la vez—. Te estás haciendo daño.

—No pasa nada.

Entonces, él alargó una mano hacia su barbilla con dedos gélidos y temblorosos y la hizo mirarlo a los ojos. La estudió como si fuese un rompecabezas que estaba tratando de resolver.

—Pues yo creo que sí que pasa —replicó, arrugando el ceño.

A pesar de lo frías que tenía las manos, Emeline sintió el calor que florecía bajo su piel. Apartó la cara de su mano y cambió de tema.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí a la intemperie? —Pero enseguida se dio cuenta de que no lo recordaba—. Tengo que llevarte a casa.

Cuando por fin logró desenredarlo de los zarzales, se quitó el chubasquero de su abuelo y se lo puso. Luego subieron juntos la colina. Emeline se agarró del árbol más cercano y ayudó a Albar a subir; él se agarró del siguiente e hizo lo mismo por ella. Y así hasta que llegaron a la cima. Emeline lo ayudó a subir a Lamento y luego ella montó detrás y cogió las riendas, rodeándolo por la cintura.

Durante todo el trayecto hasta la ciudad, sus cuerpos convulsionaron de frío. Emeline se abrazaba a él, tratando de que los dos conservaran todo el calor posible.

Lamento no tardó en cruzar al galope las puertas de la ciudad, veloz como el viento. Cuando llegaron al arroyo que había cerca de la casa de Albar, descubrieron que el agua se había desbordado y fluía sobre el puente de piedra, cubriendo los cascos del animal.

Una vez llegaron al patio, Emeline ayudó a Albar a bajar de la yegua.

—Por aquí —le dijo, conduciéndolo hacia la casa. Los dientes le castañeteaban sin remedio, y los vaqueros mojados se le pegaban a la piel. Su jersey también esta empapado, y la melena le goteaba por su espalda.

Le rodeó la cintura con el brazo y lo atrajo hacia ella, tratando de prestarle el poco calor corporal que le quedaba mientras caminaban. Él vaciló unos instantes, pero luego le rodeó los hombros con un brazo y la estrechó hacia sí con la misma intensidad.

—¿Qué hacías en el bosque de noche en mitad de una tormenta? —le preguntó de repente, y ella sintió que su voz la embargaba.

Aquella voz. El corazón le dio un vuelco. Había creído que jamás volvería a oírla.

—Estaba buscando a alguien.

—¿A alguien…?

—A alguien a quien amo.

Los truenos se aquietaron. La tormenta se estaba alejando, la lluvia paró, y el silencio se hizo denso y pesado entre los dos.

Decidió hacerle la misma pregunta.

—¿Qué hacías tú en el bosque en plena noche?

—Oí cantar a alguien.

Levantó la vista, sorprendida, y vio que la estaba observando.

—Era una canción triste —añadió él con voz más dulce—. Como una despedida. Me… Espera. —Albar miró a su alrededor—. ¿Adónde me llevas?

Emeline tragó saliva y señaló la casa de piedra que había ante ellos.

—A casa.

Dentro ya no estaba oscuro. Tras las ventanas se veía un resplandor cálido, una luz encendida en el interior.

«Qué raro». Emeline había apagado todas las lámparas antes de irse.

—¿Tu casa? —preguntó él. Los dientes no dejaban de castañetearle.

Emeline lo apretujó más contra ella y negó con la cabeza.

—No. La tuya.

Estaban a diez pasos de la puerta. A siete. A cuatro.

A él se le tensaron los músculos, de incertidumbre y desconfianza.

Tres pasos más.

La joven tenía la mejilla apoyada en su pecho y sentía los fuertes latidos de su corazón a través del chubasquero empapado de su abuelo. Alargó una mano hacia el pomo. Lo giró y abrió.

El fuego crepitaba en la chimenea. Emeline buscó pistas de la presencia de Corvus o Sable, pero allí no había nadie. La casa estaba vacía.

Entró.

Albar estaba plantado en el umbral, rígido, acuciado por las dudas. Cuando Emeline se volvió para mirarlo, vio la confusión pintada en su rostro.

No conocía aquel lugar. No quería entrar.

—No pasa nada —le dijo ella en voz baja, acercándose al calor del fuego, para ver si así lo persuadía para que entrara. Si tenía hipotermia, necesitaba calentarlo.

De repente, él dio un paso atrás, como si quisiera volver a la noche fría y húmeda.

—¿Estás segura de que esta es mi casa?

Al notar su miedo, volvió junto a él. Estaban cara a cara en el umbral de la puerta, empapados y llenos de barro. Con cierta vacilación, alargó una mano hacia él, y, al ver que no se apartaba, le

apartó el pelo mojado de los ojos.

—Todo irá bien —le prometió.

Él la miró a los ojos; la incertidumbre nadaba en los suyos.

—¿Por qué estás tan segura?

Por un instante, tanto la lluvia, como el bosque, como la casa dejaron de existir. Por un instante, solo estaban ellos dos solos, de pie en el umbral de la puerta.

—Porque… —respondió con dulzura— yo lo recuerdo todo.

EPÍLOGO

Tres meses después

Su voz. Aquello fue lo primero. Recordó su sonido refulgiendo en el aire mientras cantaba una vieja canción, de un tiempo muy anterior.

El tacto de la palma de su mano. Eso fue lo segundo. Cuando se detuvo a recuperar el resuello, su mano —tan suave y cálida— presionó los firmes latidos de su corazón, en su interior. Como una llamada a la puerta.

Y ¿lo último? Lo último fue su ausencia. El vacío que se impuso cuando ella se apartó y lo dejó atrás. Pero incluso en su ausencia, el calor de su carne jamás lo abandonó. Se quedó allí, irradiándolo.

Y la canción que había cantado, el sonido de su voz…

Había sido como el primer rayo de sol de la mañana. Lo había despertado.

El fuego crepitaba en la chimenea. Albar le rellenó la taza a Álamo, que le estaba hablando del rey que había venido de visita desde la Corte del Invierno, que había llegado hacía poco más de una semana.

—¿De verdad crees que su madre murió por causas naturales?

Estaban sentados a la mesa, uno frente al otro, en su casa. ¡Su

casa! A decir verdad, era un hecho al que todavía estaba tratando de acostumbrarse. Mientras Álamo hablaba, se coló una brisa por las ventanas abiertas.

Albar miró hacia fuera.

Ya casi se había puesto el sol. El cielo estaba apesadumbrado y encapotado, y el aire se sentía denso y húmedo, amenazando con lluvia. A Lamento le encantaban las tormentas, y seguro que tendría ganas de salir a trotar. Quizá cuando Álamo se marchase…

—¿Albar?

—¿Mmm…?

—Hay quien que cree que el Rey de la Escarcha mató a su madre para hacerse con el trono —dijo, bajando la voz e inclinándose hacia él. Su cabello rubio, casi blanco, rozó la superficie de la mesa como una cortina.

—No sé si tengo una opinión al respecto.

Albar no sabía gran cosa sobre la situación, y lo poco que sabía se lo había contado Corvus. La corte de la Reina de la Escarcha y la del Rey del Bosque era enemigas históricas. Sin embargo, hacía unas pocas semanas, ella había fallecido en misteriosas circunstancias y ahora su hijo estaba allí, tratando de forjar una relación más amistosa entre ambos reinos.

O eso decía.

—El rey ha organizado un baile en su honor mañana por la noche. Quizá entonces puedas formarte una opinión.

Albar echó un vistazo al sobrecito blanco que había dejado sobre la repisa de la ventana. La invitación le había llegado hacía tres días, y todavía no había confirmado su asistencia. Sobre todo porque sabía que ella estaría allí.

La chica que de noche caminaba por sus sueños.

Una chica que no recordaba.

A Albar se le encogió el corazón al pensar en ella.

—Podríamos ir juntos.

Él no tenía ningún deseo de asistir al baile organizado en honor del Rey de la Escarcha. Y la mirada de Álamo le hacía preguntarse si ella no se habría hecho una idea equivocada del tiempo que habían estado pasando juntos.

Sintió una punzada de culpa. Estaba utilizando a Álamo como apoyo, y lo sabía. Pero estar con ella —una vieja amiga, según le habían contado— no lo hacía sentir confundido. Ni tampoco colmado de desprecio por sí mismo.

Estar con ella era fácil, a diferencia de…

Oyó el relincho de un caballo.

«Lamento».

Albar miró por la ventana. ¿Se habría escapado otra vez del establo?

La ascuaballo relinchó de nuevo, y justo entonces empezó a llover. Las gotas de agua golpeteaban contra el tejado.

Albar se puso de pie.

—Perdona, Álamo. Enseguida vuelvo…

Se dirigió a la puerta y se puso las botas. La última vez que Lamento se había escapado, hacía dos noches, se había ido al último lugar donde Albar quería ir a buscarla. Si esta vez podía evitarlo…

Al abrir la puerta, se quedó de piedra.

Era ella. Estaba en su patio, empapada y con una expresión de culpabilidad. El pelo oscuro se le pegaba al cuello y a los hombros, y llevaba una cesta colgada del brazo. Le dio la sensación de que estaba convenciendo a Lamento de que volviera al establo. O, al menos, lo estaba intentando.

¿Por eso su yegua se había escapado? ¿Porque se había dado cuenta de que la Maga Cantora estaba en el patio?

Ver a Emeline hacía que los latidos de su corazón hicieran un ruido atronador.

«¿Qué hace aquí?».

Siempre que la miraba, sentía que en su interior batallaban un sinfín de sentimientos. Asombro. Confusión. Anhelo. Desprecio por sí mismo.

Tragó saliva.

—¿Albar? ¿Hay alguien?

Se oyó el chirrido de la puerta tras él. Miró atrás y vio a Álamo, que abrió la puerta para ponerse a su lado.

—Oh. Hola, Emeline —saludó la chica.

La Maga Cantora pareció marchitarse al verla.

—Lo siento mucho —dijo. Estaba más empapada a cada segundo que pasaba—. Si hubiera sabido que tenías compañía, no habría…

—No seas boba —la interrumpió Albar, consciente de la impresión que debía de dar que Álamo y él estuvieran solos en su casa—. Entra un rato a calentarte.

Ella negó con la cabeza.

—No hace falta. Debería irme.

Tenía una media hora hasta su casa adosada. Albar lo sabía porque, cuando había vuelto a ser él, había recorrido esa distancia cada día, desesperado por verla. Hambriento por escuchar las historias del pasado. Deseoso de saber todo lo que pudiera sobre aquella chica por la que se sentía inexplicablemente atraído.

Eso había sido antes de que Corvus le explicase lo que le había hecho.

—Emeline, sé razonable. —El trayecto a pie hasta su casa bajo la lluvia sería espantoso.

Albar salió al patio, pero ella ya se estaba dando la vuelta para marcharse.

—¡Al menos, llévate a Lamento! —insistió, caminando hacia ella y mojándose también.

—¡No hace falta, de verdad! ¡Estoy bien! —gritó ella.

Pero no estaba bien. Lo notaba en lo tensa que se oía su voz. Pero, cuanto más se acercaba él, más desesperada parecía ella por alejarse.

La cesta que llevaba se cayó al suelo y, de repente, echó a correr. Oyó sus pasos sobre las piedras mojadas del puente que cruzaba el arroyo.

Albar se detuvo a recoger la cesta. Dentro había una hogaza de pan desigual y ligeramente quemada. Era evidente que la había horneado ella misma.

Levantó la vista y la vio desaparecer entre los árboles.

Aquello era culpa de él.

«Lo siento», pensó, desolado.

A su lado, Lamento resopló, echándole el aliento caliente en la cara. Como si estuviese dando voz a lo decepcionada que estaba ella también.



Justo antes del amanecer, Albar se despertó sobresaltado. Le costaba respirar. Se incorporó en la oscuridad y trató de coger aire mientras el sueño seguía creciendo tras sus ojos. Las risas de ella cuando él la cogía de la cintura. Su dedo pulgar, limpiándole harina de la mejilla. Los dientes de él sobre la curva de su hombro desnudo.

Aquellos sueños cobraban vida cada noche, y lo hacían sentir como un intruso. Como si estuviese invadiendo los momentos

íntimos de otra persona.

Y lo peor de todo era que…

Apartó ese pensamiento a toda prisa.

Las cosas habían sido así desde su regreso. No la recordaba en sus horas de vigilia, pero, por la noche, aquella muchacha plagaba todos sus sueños.

Por la noche, los recuerdos ardían como el fuego dentro de él.

Al menos, esperaba que fuesen recuerdos. Podrían perfectamente ser solo fantasías. No tenía forma de saberlo.

Apartó las mantas, prendió una lámpara y se levantó de la cama para ir hacia la mesa de la cocina, donde había dejado el pan que ella había horneado.

La recordó en su patio la noche anterior, empapada y temblando.

¿Qué habría pasado si Álamo no hubiera estado allí?

¿Qué habría pasado si hubiese entrado en casa y la hubiera calentado él mismo?

Rememoró su sueño y pensó en todas las formas en las que podría haber hecho que dejase de temblar de frío. Se pasó una mano temblorosa por el pelo. Aquellas ideas no le ayudaban en nada. La razón por la que evitaba a Emeline era para no pensar en esas cosas.

Desde que Corvus le había contado la verdad, desde que sabía lo que le había hecho, Albar no era capaz de mirarla a la cara.

No era capaz ni de mirarse en un espejo.

¿Qué clase de monstruo le robaba los recuerdos a la chica que amaba para obligarla a hacer justo lo que no quería hacer?

A Albar le hubiese gustado creer que ya no era la misma persona, que jamás volvería a hacer algo así. Pero ¿y si no era cierto?

¿Cuánto se conocía a sí mismo en realidad?

Por eso evitaba a Emeline. Cuanto menos tiempo pasara con ella, más segura estaría ella, y menos se odiaría él por el daño que le había hecho.

Por eso había dejado de acompañarla a casa cada noche. Por eso rechazaba sus invitaciones para cenar. Y, cuando se encontraban en las mismas fiestas, guardaba las distancias y dejaba que Álamo robase su tiempo y su atención.

Cogió la hogaza de pan, pensando en la reacción de Emeline cuando había visto que Álamo estaba en su casa. Sabía que corrían rumores sobre Álamo y él. La gente pensaba que había algo entre ellos porque pasaban mucho tiempo juntos.

¿Era eso lo que creía Emeline?

«¿Por esa razón se fue corriendo ayer?».

Debería dejar que lo pensase. Sería una capa de protección más entre los dos.

«Pero ¿qué hacía en el patio de mi casa?».

Le molestaba que se hubiese ido corriendo antes de darle la oportunidad de descubrirlo.

«Al menos, debería asegurarme de que está bien».

Se vistió y se dispuso a ir a buscarla.

Hacía poco que había amanecido cuando Albar y Lamento llegaron al Latido. La espesura seguía sumida en la oscuridad y la quietud de los árboles parecía de otro mundo, como si estuvieran escuchando lo mismo que lo había llevado a él hasta allí.

Su canción.

Más adelante había una puerta, incrustada en el tronco de un roble gigantesco. Estaba entreabierta, y dejaba escapar la voz melosa de la Maga Cantora, que nacía de las profundidades de la tierra.

La magia resplandecía en el aire.

Albar bajó de Lamento y soltó a la ascuaballo, que se marchó a pastar. Se acercó al roble, se apoyó en la corteza y se deslizó hasta el suelo, esperando a que Emeline terminase.

Escucharla cantar era como verla entrar en una habitación. Lo cautivaba como si le lanzase un hechizo. Hacía que se le acelerase el corazón, que le subiera la temperatura… Y no sabía por qué, ya que no conservaba ningún recuerdo de ella; solo sabía lo que la Maga y los demás le habían contado.

Era perturbador.

Cuando paró de cantar, los árboles parecieron suspirar. Luego volvieron a ocuparse de sus asuntos; a mecerse con el viento, a susurrar con sus hojas. Albar se puso de pie y esperó a que ella saliera del roble. Y, cuando estaba a punto de salir de entre las sombras del colosal árbol, que lo ocultaban, y revelarse ante ella, se detuvo al oír el sonido de no una, sino de dos voces.

—¿Y haces esto todas las mañanas? —le preguntó la otra persona.

—Casi todas —respondió Emeline.

Albar frunció el ceño. ¿Quién estaba con ella?

—¿Y quién le cantará al bosque cuando tú ya no estés?

Albar se ocultó rápidamente en un lado del roble para que no lo vieran. Los pasos siguieron acercándose, resonando por los escalones de tierra que había tras la puerta.

—Nadie —contestó Emeline. Abrió la puerta y salió al bosque, que aún estaba oscuro, con un candil en la mano.

La seguía un joven.

—Por eso el rey solo puede prescindir de mí durante quince días.

«¿Quince días?».

¿De qué estaba hablando?

La luz del candil de Emeline iluminó a su compañero: un apuesto

joven varios centímetros más alto que ella. Tenía el cabello tan claro que parecía blanco, y los ojos tan azules como el hielo.

Albar lo reconoció de inmediato: era el Rey de la Escarcha.

«¿Qué hace aquí con Emeline?».

—Quizá exista un modo de cantarle al bosque mientras estés en mi corte —dijo el monarca—. Al fin y al cabo, estos bosques lindan con ambos reinos.

Emeline levantó la vista para mirarlo. Llevaba el pelo negro trenzado y el rostro despejado.

—¿Eso sería posible?

Él se encogió de hombros y le sonrió.

—Ya lo descubriremos.

El Rey de la Escarcha llamó a su caballo, que salió trotando por entre los árboles. Era una criatura hermosa, blanca como la nieve, casi tan grande como Lamento. Albar observó cómo el rey ayudaba a Emeline a montar. Observó cómo dejaba la mano pálida más tiempo del necesario en la parte baja de su espalda antes de montar tras ella.

Cuando le rodeó la cintura con el brazo y la apretujó contra él, un fuego se encendió en su interior, abrasándole las entrañas.

Salió de su escondite. De repente, quería que fuesen conocedores de su presencia. Sin embargo, lo hizo demasiado tarde. Ya se estaban alejando al galope.

—¡Caaac!

Albar apartó la vista del caballo blanco y miró el cuervo que había en lo alto de una rama.

Ver a su amigo no lo alegró.

—Pareces sorprendido —dijo Corvus, materializándose a su lado.

—¿Cuánto tiempo hace de esto? —preguntó Albar, todavía mirando a Emeline y al monarca visitante.

—El Rey del Bosque presentó a Emeline y al Rey de la Escarcha cuando este llegó —le explicó Corvus—. Y desde entonces son inseparables. Si no estuvieses tan ocupado escondiéndote, tal vez te habrías dado cuenta.

Albar lo fulminó con la mirada.

—No me estoy escondiendo.

—Pues huyendo.

No le hizo caso. Estaba pensando en lo que Álamo sospechaba sobre el Rey de la Escarcha, en lo que le había confiado la noche anterior.

—¿Qué hace aquí? —¿Y por qué tenía tanto interés en Emeline?

Corvus se encogió de hombros.

—Dice que quiere la paz.

—¿Y es verdad?

¿Y si Álamo tenía razón y en realidad albergaba intenciones oscuras? ¿Y si lo que pretendía era robar a la Maga Cantora y debilitar la corte del Rey del Bosque?

—Eso tendrías que preguntárselo a Emeline. —Corvus esbozó una media sonrisa—. Pero para eso tendrías que atreverte a hablar con ella.

Albar hizo caso omiso de la pulla. No tenía ganas de hablar del tema.

«Quizá exista un modo de cantarle al bosque mientras estés en mi corte», había dicho el rey. Como si fuese a llevársela con él.

—Se van mañana.

—¡¿Mañana?! —Albar se volvió bruscamente hacia su amiga.

¿Por eso había ido Emeline la noche anterior a su casa? ¿Para darle la noticia?

Gruñó. Aquello no le gustaba ni un pelo.

—Albar, ¿puedo ser sincero contigo?

—¿Tengo elección?

—La primera vez la cagaste alejándote de ella. Quizá esta vez deberías hacer lo contrario.

Antes de que pudiera responder, Corvus volvió a adoptar su forma de cuervo de plumas resplandecientes y se alejó volando hacia los árboles a toda velocidad.

Mirándolo con el ceño fruncido, Albar recordó el sobre blanco, que seguía sobre la repisa de la ventana. Una invitación al baile que el rey celebraba esa noche, y que ni siquiera había abierto. Tampoco había confirmado su asistencia.

No quería ir. Precisamente porque Emeline estaría allí.

Pero si aquel rey era una amenaza para ella, Albar no tenía elección. Debía asistir a ese baile.



—Su nombre no está en la lista.

Albar se hizo a un lado para que los demás invitados —cuyos nombres sí estaban en la lista— pudieran cruzar las puertas del salón de baile. La hiedra trepaba por las paredes, creando un arco sobre la entrada.

—Pero tengo invitación. ¿Lo ve?

Le tendió el sobre para que lo viera, pero la joven asistente del Rey del Bosque ni lo miró. Se limitó a dar unos golpecitos sobre el largo pergamino que tenía en la mano.

—Su nombre tiene que estar en la lista.

—Sí, y lo estaría si… —Uno de los setonelas apostados en las puertas, un hombre corpulento cuyo casco le ocultaba el rostro, golpeó el suelo con su lanza a modo de advertencia— hubiera

confirmado mi asistencia.

La asistenta se puso de pie, y su vestido de madera de abedul susurró con el movimiento.

—Escuche, señor. Es la última vez que se lo digo. No está en la lista, así que no puedo dejarle pasar. Si no se va, le…

—Está conmigo —intervino una voz.

Ambos se volvieron y se encontraron con una esbelta cambiaformas que llevaba un vestido de plumas de búho. Tenía unos enormes ojos ámbar y pulseras doradas en las muñecas.

Les dedicó a ambos una inquietante sonrisa.

«¿Te conozco?», quiso preguntarle Albar, pero no se atrevió. No pensaba sabotear con preguntas que le delataran la que tal vez fuera su única oportunidad de entrar.

—Es mi acompañante esta noche —añadió la cambiaformas, a la que Albar sacaba casi dos cabezas—. ¿Verdad, querido?

Él miró a la asistente, rezando para que creyera a esa desconocida.

—Sí, exacto.

—Si mira bien, verá que al lado de mi nombre hay un más uno.

La joven entornó los ojos y miró su pergamino. Lo que encontró allí, fuera lo que fuese, pareció confirmar lo que afirmaba la cambiaformas, así que, aunque molesta, los dejó pasar a los dos.

Albar exhaló aliviado mientras seguía a aquella joven buhesca al salón abarrotado. Ella fue directa a la barra y pidió dos copas, y él, mientras tanto, buscó entre los invitados.

—Deja que te invite —se ofreció Albar, sin dejar de mirar la abarrotada sala. Ya era de noche, y la única luz provenía de las velas que ardían en sus apliques, a lo largo de las paredes. La tenue iluminación le confería al baile una atmósfera íntima, pero hacía que fuese difícil distinguir las caras de la gente—. Es lo menos que puedo

hacer para darte las gracias.

—No digas tonterías. —La cambiaformas se volvió, poniéndose de espaldas a la barra, con un vaso de whisky en cada mano. Le dio uno—. Estoy encantada de ayudar.

Albar no quería ser maleducado, así que aceptó el whisky y se lo bebió.

Mientras le abrasaba la garganta, la cambiaformas esbozó de nuevo esa espeluznante sonrisa y, por un momento, Albar sintió que se mareaba un poco. La bebida era a la vez demasiado dulce y demasiado picante. Se preguntó si de verdad sería whisky.

—Buena suerte —le dijo ella. Le guiñó un ojo y desapareció entre la multitud.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta: no le había preguntado cómo se llamaba.

Dejó el vaso vacío sobre la barra, apartó a aquella cambiaformas de sus pensamientos y volvió a buscar a Emeline entre la multitud.

La sintió antes de verla. Como una llama en la oscuridad.

Estaba en el otro extremo del salón de baile, vestida de plata, con el pelo negro recogido en un elegante moño.

Como de costumbre, verla provocó un torbellino de emociones en su interior. Quería ir con ella, pero no sabía por qué. Y, a la vez, necesitaba mantenerse alejado de ella porque sabía lo que le había hecho.

¿Y si volvía a hacerle daño?

—Has venido.

Albar apartó la mirada de Emeline y descubrió que a su lado estaba Corvus, con un traje negro a medida y el pelo peinado hacia un lado.

—No has sentido ningún interés por el Rey de la Escarcha hasta esta mañana, cuando lo has visto con Emeline —comentó su amigo

—. Qué interesante.

Albar se molestó.

—La Corte del Invierno ha sido nuestra enemiga durante siglos —replicó mientras veía a Emeline desaparecer tras las cortinas de un balcón del palacio—. Tú mismo me lo dijiste. Me parece lógico que desconfíe de su nuevo gobernante.

—Si tú lo dices… —contestó Corvus con voz traviesa.

Albar no se molestó en excusarse. Se abrió paso entre la multitud hasta llegar al balcón. Tal vez él no fuese bueno para Emeline, pero podía ser un buen amigo. Podía encargarse de que supiese dónde se estaba metiendo.

Apartó las delicadas cortinas doradas y salió fuera.

Emeline estaba junto a la balaustrada, contemplando la Ciudad del Rey bajo el resplandor de las estrellas. Su vestido plateado tenía un pronunciado escote en la espalda, y Albar no pudo evitar fijarse en la forma curva de sus omóplatos y las hendiduras de su espina dorsal.

Un sueño de hacía tres noches afloró en sus pensamientos. En él, ella estaba en su cama, acariciándole el pelo con los dedos mientras él recorría su piel aterciopelada con la boca…

Sintió una presión en el pecho.

Apartó la imagen de su mente.

—Emeline.

Ella se dio la vuelta, claramente sorprendida al verlo. Quizá había dejado de esperar encontrárselo en ningún sitio.

—Albar, ¿qué…?

Él dio un paso al frente, alejándose del salón de baile. Acercándose a ella.

—Esta mañana he ido al Latido.

Ella arrugó el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Y te he visto con el Rey de la Escarcha.

Ella se apoyó en la balaustrada.

—Ah, sí. Quería que se lo enseñara.

¿Por qué? ¿Qué pretendía el monarca? Albar dio otro paso hacia ella.

—No eres guía turística. No tienes por qué concederle todos los caprichos.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. Yo no… —Negó con la cabeza—. Me gusta pasar tiempo con él.

Esas palabras se le clavaron en las entrañas como un puñal.

—Ni siquiera lo conoces.

—Ah, ¿no? —repuso ella, alzando la barbilla, desafiante.

—No lleva aquí ni una semana.

—Dos semanas —le corrigió ella—. Y te equivocas. Sí que lo conozco. Sé que es atento. Y considerado. Y encantador.

«Todo lo que tú no eres», era lo que insinuaba.

Le dolió. Pero no se quitó la máscara de indiferencia. Ella no podía saber que le importaba.

—Y sé que él disfruta de mi compañía —añadió Emeline con cierta amargura.

—Al menos deberías llevar una carabina cuando estés con él.

Enarcó las cejas, incrédula.

—¿Una carabina? —Se echó a reír—. ¿Me estás hablando en serio?

Dio un paso más hacia ella. Ya solo los separaba un último paso.

—¿Cómo sabes que no representa un peligro para ti?

Estaban tan cerca que podía contar sus largas pestañas negras. Podía acercarse un poco más y besarla si quería. Al fin y al cabo, soñaba con su boca muy a menudo.

—¿Y a ti por qué te importa eso de repente? —preguntó, acallando sus pensamientos.

Los interrumpió el sonido de unas trompetas que anunciaba la llegada de alguien importante. Emeline miró tras él.

—Debe de ser Kaede…

—Vaya, si os tuteáis y todo.

Emeline lo ignoró y pasó por su lado en dirección al salón de baile.

Albar recordó la mano del rey en la parte baja de su espalda.

«Desde entonces son inseparables», resonó la voz de Corvus en su mente.

Un sentimiento abrasador le llameó en el pecho, más ardiente que nunca.

«¿Qué más te da? —le preguntó una voz entrometida en su interior—. De todos modos, no es para ti…».

Lo sabía, pero no quería que le hicieran daño. Ni él ni nadie.

Albar fue tras ella. La siguió a través de las cortinas y luego se puso delante, cortándole el paso.

Ella se paró en seco.

—¿Qué problema tienes? —le espetó con voz cortante. Pero su mirada era todavía más cortante.

—Estoy tratando de…

Algo que había tras él llamó la atención de ella. La chispa de su mirada se apagó. E, igual que había ocurrido la noche anterior, bajo la lluvia, pareció marchitarse ante sus ojos.

—Ha llegado Álamo —murmuró con voz apagada—. Deberías ir a bailar con ella.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar que tengo interés en bailar?

Volvió a clavar en él su mirada oscura.

—Esto es un baile, Albar. Aquí se viene a bailar.

—Bueno, pues yo no he venido a eso. —Dio un paso al frente, obligándola a retroceder al balcón, a través de las cortinas.

—¿Y a qué has venido?

—A advertirte —contestó, haciéndola retroceder.

—Sobre Kaede.

Emeline suspiró. De repente, la golpeó una ráfaga de viento frío y se estremeció. Albar bajó la vista y vio que tenía la carne de gallina en los brazos desnudos. Se desabrochó la chaqueta, se la quitó y se la puso sobre los hombros.

—¿De verdad te vas a ir con él mañana?

Cobijada bajo su abrigo, Emeline alzó el rostro hacia él y lo miró con desconfianza.

—¿Nos estabas espiando?

—¿Es verdad o no? ¿Te vas a la Corte del Invierno?

A ella le brillaban los ojos.

—Kaede me ha invitado. Y nuestro rey me ha concedido el permiso.

—Y tú vas a ir.

Emeline se arrebujó bajo la chaqueta.

—A no ser que alguien me dé una razón para no hacerlo.

«¿Una razón para no hacerlo?».

La recordó la noche anterior en el patio de su casa.

«¿Por eso vino?».

—¿Qué clase de razón?

Vio una chispa en sus ojos negros.

—No sé, Albar. Dímelo tú.

Se hizo un silencio entre los dos mientras él la observaba. Mientras recorría con la mirada cada una de las líneas que dibujaban su rostro. Los pómulos, las cejas, los labios, la mandíbula. Mientras

trataba de obligarse a que resurgiera algún recuerdo. Cualquier recuerdo.

—Debería irme —susurró ella, y se dio la vuelta para hacer justo eso.

Pero él la agarró de la muñeca y la detuvo.

Ella lo miró. Detuvo la mirada sobre su boca.

Y a él no le hizo falta nada más para rendirse.

No tenía ninguna razón para darle. Solo tenía sus deseos. Unos deseos que llevaba semanas tratando de reprimir, temeroso de que lo obligaran a hacer justo lo que había jurado que no haría.

Le acarició el rostro con la mano que tenía libre. Y, cuando su pulgar se aventuró a rozarle el pómulo, Emeline exhaló un aliento tembloroso. Diciéndole sin palabras lo que deseaba.

«Este no era el plan —le advirtió esa voz interior—. Se supone que tienes que mantenerte alejado de ella».

Pero Albar había caído presa de su hechizo, y no podía hacerle caso a esa voz, por mucho que quisiera.

Presionó los labios contra los de ella.

No fue un beso casto. Y, sin duda, no fue el beso de un desconocido. Fue desesperado, salvaje y posesivo. Albar le quitó el pasador del pelo para deshacerle el moño, para que su melena cayera en cascada por su espalda, y enterró las manos en ella para besarla aún con más ganas. Como si estuviera muerto de hambre.

Emeline no vaciló. Deslizó las manos por su pecho; rodeó sus hombros con los brazos. Tan hambrienta como él.

Y su sabor despertó cosas que Albar tenía profundamente enterradas. Cosas que resurgieron, que reflotaron, que parpadearon a través de él.

Flores tejidas en las cuerdas de su guitarra.

Sopa de tomate en cuchara de madera.

Una alfombra blanca frente al fuego de la chimenea.

Como una luz fracturada tras una oscuridad demasiado larga. Los recuerdos, que eran más bien pedacitos de recuerdos, iban y venían a tanta velocidad que apenas podía descifrarlos. Pero no le importaba. No estaba soñando; estaba despierto. Estaba completamente despierto. Y esos fragmentos de su pasado estaban allí de verdad.

No los había perdido para siempre.

Bajó la boca por su cuello; quería más. Estaba perdiendo el control. Le arañó la piel con los dientes, y a ella se le escapó un gemido, y a él le gustó. Demasiado. Pero no había ido para eso…

Cuando volvió a capturar su boca, Emeline se puso rígida. Como si algo no fuese bien. Plantó ambas manos sobre su pecho y lo empujó, forzando un espacio entre los dos.

—Sabes a magia —le dijo, jadeando.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Te ha dado Ortiga algo de beber?

«¿Ortiga?».

Recordó a la cambiaformas con aspecto de búho. Le había guiñado un ojo después de ver cómo se bebía el whisky de un trago. Un whisky que le había dado ella.

Todavía notaba el regusto extraño que le había dejado en la boca, dulce y picante a la vez.

Emeline parecía alicaída.

—Estás hechizado, Albar.

Estaba a punto de negarlo, pero ella lo interrumpió.

—No lo recuerdas —le explicó—, pero los hechizos de Ortiga te llevan a hacer cosas que no quieres hacer.

«Como besar a gente a la que no quieres besar», fue la parte

que no dijo.

Solo que él sí quería besarla. Llevaba semanas soñando con hacerlo.

Ese era el problema.

—Yo…

Ella ya se estaba alejando de él. Alargó una mano para cogerla, pero no la alcanzó, y desapareció a través de las cortinas.

—¡Emeline!

Se había ido. Albar volvió al salón de baile a buscarla. Vio a Álamo bailando con Corvus. Vio a la cambiaformas que le había dado el whisky. Le sonrió y alzó su copa, como brindando con él.

Albar miró tras ella, buscando a la chica que había perdido.

Allí estaba, al lado de Grace. Luchando por borrarse las lágrimas de los ojos. Grace llevaba un vestido rosa pálido y rosas en el pelo. Le estrechó el hombro a Emeline, tratando de consolarla.

Albar fue hacia ellas.

Pero alguien llegó primero. Alguien vestido de los colores azules y gélidos de la Corte del Invierno.

Albar se paró en seco y observó cómo Emeline alzaba la vista hacia el rey. El joven le tendió la mano con el ceño fruncido de preocupación. Cuando ella la aceptó, la condujo hacia la pista de baile, con la cabeza inclinada para hablarle en susurros y una mano suavemente apoyada en su cadera.

Mientras Albar los observaba, no pudo evitar hacerse una pregunta.

¿Y si aquel rey no representaba ningún peligro? ¿Y si, simplemente, se había prendado de ella?

Y, lo peor de todo: ¿y si era el hombre que ella se merecía?

Albar pasó casi todo el día siguiente cortando leña. Estaba intentando alcanzar el agotamiento. Intentando expulsar de su mente el recuerdo de la noche anterior, del sabor de los labios de Emeline, del tacto de su pelo.

De repente, un cuervo bajó volando en picado e interrumpió su tarea. Dejó caer una nota sobre el tajo y luego se posó sobre la rama de un arce cercano y le graznó.

Albar reconoció al pájaro: era uno de los compañeros de Corvus. Desplegó el papel, en el que había garabateado un mensaje a toda prisa.

«Han visto a una piel de sombra cerca de la finca del antiguo Mago Cantor. Necesitamos tu ayuda».

Frunció el ceño. Aquel Mago Cantor había sido el padre de Emeline, lo sabía. Un hombre terrible. Corvus le había contado sus peores crímenes.

«¿Una piel de sombra?».

Albar soñaba con aquellos monstruos a veces: criaturas sin ojos, pero con dientes afilados como cuchillos. Criaturas que torturaban a sus víctimas retorciendo sus mentes hasta que se volvían en su contra.

Pero nadie había visto una piel de sombra desde que Emeline había roto la maldición. Albar cogió el hacha, fue a buscar a Lamento y cabalgó en dirección a la finca del Mago Cantor.

Llegó a la mansión en ruinas hacia la mitad de la tarde. La puerta,

oxidada y vencida, permanecía abierta, revelando unos jardines abandonados, cubiertos de malas hierbas. El sol había empezado a descender y parpadeaba a través de los árboles.

Reinaba una quietud espeluznante.

Albar no veía a Corvus por ninguna parte. De hecho, no veía a nadie… Hasta que oyó el relincho de un caballo cerca de los árboles.

Cuando se dirigió hacia allí para investigar, vio a la yegua de Emeline, una ruana rojiza, esperando a su jinete.

Albar frunció el ceño. ¿Estaría Emeline en aquella casa?

Se sintió aterrorizado solo de pensar que estuviera allí, atrapada con una piel de sombra. Cogió el mango de su hacha, dejó a Lamento en la puerta y se dirigió a la casa.

Nada más entrar, oyó unos pasos en la planta superior. Echó un vistazo al techo lleno de moho y subió las escaleras que llevaban a la segunda planta.

Alguien estaba ahí arriba, moviéndose de un lado a otro. Se le aceleró el corazón. Si era uno de esos monstruos… Si tenía a Emeline…

Tenía que llegar hasta ella.

Recorrió el pasillo iluminado por el sol. El suelo de madera crujía bajo sus pies mientras se dirigía hacia el ruido. Al llegar a la habitación de la que salía, blandió el hacha y entró por la puerta abierta.

Pero antes de que pudiera atacar, alguien le puso un cuchillo en el cuello.

—Baja el arma —ordenó Emeline con los dientes apretados. Lo miró con los ojos entornados y lo hizo retroceder hacia el marco de la puerta.

Albar obedeció, perplejo.

El hacha cayó al suelo con un golpe sordo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, apretando más la hoja contra su cuello. Por detrás, salvo por algunos muebles volcados, no había nada.

Albar alzó las manos para demostrarle que no tenía ninguna intención de hacerle daño.

«¿A qué viene tanta hostilidad?».

—Corvus me ha dicho que había problemas por aquí, así que he venido —contestó—. ¿Qué haces tú aquí?

—Sable me ha mandado una nota. ¿Cómo sé que no eres una piel de sombra?

Albar frunció el ceño. Allí no había ni rastro de Corvus ni de Sable. Y, ahora que lo pensaba, si sus amigos hubiesen estado en peligro de verdad, ¿habrían tenido tiempo de escribir notas?

«La primera vez la cagaste alejándote de ella. Quizá esta vez deberías hacer lo contrario».

Oh.

—Nos han engañado —comprendió él en voz alta.

—¿Qué?

El frío y afilado metal le recordó que todavía estaba en peligro.

—Que Corvus y Sable nos han engañado —repitió, mirándola a los ojos—. No hay ninguna piel de sombra.

No estaba completamente seguro, pero tenía un pálpito bastante fuerte.

—¿Y cómo sé que no me estás tendiendo una trampa?

—Si dejas de amenazarme con el cuchillo, te ayudaré a buscar por la casa y los terrenos.

—¿Y cómo sé yo si eres humano?

«Humano». La palabra resonó en su interior.

«Siento ser yo quien te lo diga, pero eso es lo que hacemos los humanos…».

Otro pedacito de un recuerdo.

«Nos hacemos daño. Nos peleamos, y fracasamos, y no estamos a la altura de lo que nos proponemos. Estamos un poco rotos por dentro, todos y cada uno de nosotros. Si no eres capaz de soportar eso, quizá no merezcas ser humano».

Albar frunció el ceño, tratando de recordar quién había pronunciado esas palabras, pero el recuerdo se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido. Volvió a disiparse entre la neblina de su olvido.

Emeline, que lo estaba observando con atención, debió de ver algo en su rostro que puso fin a sus sospechas, porque bajó el arma y dio un paso atrás.

—Yo puedo terminar de buscar por la casa. Tú echa un vistazo fuera. Nos vemos abajo cuando hayamos terminado.

Albar asintió.

—Llámame si me necesitas.

Ella no contestó.

Salió a mirar por las inmediaciones, pero no encontró más que unos pocos rastros de vida salvaje: una familia de ciervos, un zorro joven, varios gorriones… Nada malvado.

Cuando volvió al interior de la casa, encontró a Emeline en el salón principal, con la mirada perdida en la chimenea. Se estaba abrazando a sí misma, apretujándose los brazos.

—¿Va todo bien?

Dio un respingo al oír la voz de Albar y se volvió para mirarlo.

Fue entonces cuando él se dio cuenta de que no era la chimenea lo que estaba mirando, sino la trampilla que había delante, en el suelo, que estaba abierta.

—He mirado en toda la casa y no he encontrado nada. El único sitio que me falta es… —Desvió la mirada hacia la trampilla.

—Ya bajo yo —se ofreció él, que se había dado cuenta de que ella no tenía ningún deseo de hacerlo.

Negó con la cabeza.

—Bajemos los dos.

Albar encendió un candil y bajó primero. Parecía un sótano. Olía a tierra húmeda y a vino viejo y, cuanto más bajaban, más frío hacía. Pero no era un frío normal. Era otra cosa.

Cuando llegó abajo, se estremeció.

La luz de su lámpara se meció por el sótano. Las paredes estaban llenas de botelleros, y en el fondo…

Entornó los ojos, tratando de distinguir lo que había.

¿Eran aquello unas esposas encadenadas a la pared?

Se volvió hacia Emeline con la intención de preguntarle y la descubrió mirando hacia el mismo lugar. Estaba mucho más pálida que hacía un minuto.

Recordó las historias que Corvus le había contado, lo que el Mago Cantor le había hecho a la madre Emeline, a Rose Lark.

«Aquí fue donde la encerró —comprendió—. Y ella lo sabe».

Y, antes de pensar en contenerse, Albar la atrajo hacia sí y la abrazó. Al ver que no se resistía, que también ella lo rodeaba con los brazos, que también ella lo estrechaba con fuerza, le acarició la nuca con la mano y la volvió para apartarla de lo que había al fondo del sótano.

—Ahora está a salvo —susurró mientras le acariciaba el pelo—. Ya no puede hacerle daño.

Y, con el rostro enterrado en su pecho, Emeline asintió. Sin dejar de abrazarlo.

Era suave y cálida, y encajaba entre sus brazos como si estuviese hecha para ellos. Y era esa perfección lo que con más fuerza lo golpeó. Como si aquel fuese justo el lugar que le

correspondía.

Albar empezó a tararear una dulce melodía para reconfortarla.

—¿De qué conoces esa canción? —susurró ella, levantando la vista.

Él se puso tenso.

—Yo… no lo sé. Estaba ahí, en mi cabeza.

—Es una de las preferidas de mi yayo.

Vaya. Emeline lo había llevado a visitar a Ewan Lark un puñado de veces, pero no había visto al anciano desde… En fin, desde que había empezado a evitarla a ella.

—¿Podemos irnos? —susurró ella.

Él asintió. No había ninguna piel de sombra merodeando por allí, así que no hacía ninguna falta que se quedasen.

Entrelazó los dedos con los suyos y la condujo escaleras arriba y al exterior de la casa, donde la esperaba su yegua.

Volvieron el uno al lado del otro. Se detuvieron al llegar a los establos de la ciudad, y Albar bajó de Lamento y esperó a que Emeline le quitase la montura a su caballo para luego acompañarla a casa.

Vivía en una casita adosada con el tejado de terracota, un regalo del Rey del Bosque. Allí, cuando llegaron a la puerta principal, Emeline se volvió para mirarlo. Por un instante, pensó que tal vez lo invitara a pasar. Lo temió, más bien. Si lo hacía, no sería capaz de negarse.

Pero se limitó a decir:

—Buenas noches, Albar.

Entró en la casa y cerró la puerta tras ella.



Esa noche, los pensamientos se amotinaron en su mente. Para tratar de acallarlos, se fue a dar un largo paseo por los bosques a lomos de Lamento. Pasaron por la finca del Mago Cantor. Pasaron por el Latido. Se alejaron más de lo que él se había alejado nunca, al menos desde que había vuelto a ser él.

Por fin se detuvieron en la cima de un despeñadero que daba a un escarpado desfiladero. Las luces de la Ciudad del Rey refulgían en la distancia. Era una noche tranquila. Lo único que se oía era su respiración y la de su ascuaballo.

Albar no estaba muy seguro de qué esperaba hallar allí. Lo único que había encontrado era a él mismo: un hombre que deseaba lo que tenía miedo de tener.

—¿Qué, lamentándonos?

Albar y Lamento se volvieron a la vez. Sable se acercaba desde detrás, montada a horcajadas en su caballo.

¿Cómo lo había encontrado? Si ni siquiera él sabía adónde iba hasta que había llegado allí.

La chica se detuvo al lado de Lamento.

—¿Encontrasteis a la piel de sombra?

Le dirigió una mirada penetrante.

—¿Había alguna?

Ella esbozó una media sonrisa, pero no respondió.

El cielo empezaba a aclararse. Mientras miraban hacia el desfiladero, que el sol naciente empezaba a teñir de dorado, se hizo un silencio entre los dos.

Albar se pasó una mano por el pelo.

—Le hice algo terrible —dijo—. ¿Quién sabe si no se lo volveré a hacer?

«¿Quién sabe si no estará mejor con otra persona?».

—Fuiste un idiota, eso está claro —replicó Sable—. Pero tenías

buenas intenciones. Pensabas que si se quedaba contigo tiraría su vida a la basura. Hiciste lo que hiciste porque creías que no te la merecías. Y, francamente, ahora estás haciendo lo mismo.

—¿Qué? —Se volvió hacia ella, que lo estaba atravesando con su mirada dorada—. ¿Cómo?

—Le robaste el poder de decisión quitándole los recuerdos, y ahora se lo estás volviendo a quitar quitándote tú de en medio. Así que, si quieres ser mejor, lo único que tienes que hacer es dejar de comportarte así. —Sable hizo que su caballo diese media vuelta para volver—. Confía en ella —le dijo, antes de desaparecer entre los árboles—. Deja que elija ella. Pero tienes que darte prisa. El Rey de la Escarcha parte al amanecer.

Albar miró al cielo, que el alba ya estaba tiñendo de rosa.

«Mierda».



Albar y Lamento cabalgaron a toda velocidad a través de la espesura, directos a palacio. Sin embargo, ni siquiera una ascuaballo podía ser más rápida que el sol.

Llegaron demasiado tarde. El Rey de la Escarcha ya se había marchado.

—Igual todavía los pillas, si cabalgas rápido —le dijo uno de los setonelas de la puerta.

Lamento pareció tomárselo como un desafío personal, porque alcanzó a la comitiva del rey en menos de quince minutos. Se plantó unos metros por delante de ellos y se negó a moverse, sacudiendo las crines y relinchando con furia.

—¡Sooo! —gritó el conductor del carruaje para detener a los

caballos, obligando al séquito entero, que serpenteaba como un lazo hacia la ciudad, a detenerse también.

—¿Qué significa esto? —preguntó en tono exigente el Rey de la Escarcha, asomando por su carruaje.

Albar miró aquellos ojos gélidos.

—Necesito hablar con Emeline.

El rostro del monarca se ensombreció.

—Has agotado a tu caballo para nada.

—No pienso irme hasta que no hable con ella.

—La Maga Cantora no está aquí.

«¡¿Cómo?!». Albar frunció el ceño.

—¿Acaso no la invitasteis a ir con vos a la Corte del Invierno?

—Así lo hice, y ella se negó. Y ahora quítate del medio, o a mi carruaje no le quedará más remedio que pasarte por encima. —Se metió dentro y ordenó al cochero que continuara.

«¿Que se negó?».

Albar se hizo a un lado para que el rey y su séquito siguieran su camino. Al pasar, comprobó que, en efecto, el monarca estaba solo en su carroza. Miró también los demás caballos, pero Emeline no iba a lomos de ninguno de ellos.

«¿Es verdad? ¿Te vas a la Corte del Invierno?».

«A no ser que alguien me dé una razón para no hacerlo».

«¿Qué clase de razón?».

«No sé, Albar. Dímelo tú».

Hizo girar a Lamento y los dos echaron a volar a través del bosque. Sin embargo, cuando Albar trató de conducir a la ascuaballo hacia la casa de Emeline, la yegua se negó. La espoleó clavándole con fuerza los talones y tiró de las riendas, pero Lamento ignoró sus indicaciones.

«¿Adónde me llevas?».

Cuando la yegua se detuvo al fin, obtuvo una respuesta a su pregunta.

Estaban en el Latido, delante del roble gigantesco.

Porque, por supuesto, ella estaba allí.

Albar desmontó y se dirigió al árbol. Casi había llegado cuando la puerta se abrió y salió Emeline, vestida con unos vaqueros gastados y una camiseta. Llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo y un montón de partituras debajo del brazo.

Al verla, Albar casi se desplomó de alivio.

Y ella, al verlo a él, se quedó paralizada.

—No te has ido —dijo Albar, acercándose. Atraído hacia ella como un imán—. ¿Por qué?

El pulso se le aceleraba más cuanto más cerca estaba de Emeline. Cada paso que daba parecía ser un paso en la dirección correcta. «Bien». Tal vez su mente no recordara, pero su cuerpo sí.

Su cuerpo sabía.

Ella apartó la vista y tragó saliva.

—¿Qué quieres, Albar?

Llegó hasta ella.

—A ti —confesó, empujándola contra la puerta del árbol y acunando su rostro entre sus manos—. Quiero a la chica que me persigue en sueños.

Ella frunció el ceño, como si se estuviese preguntando si decía la verdad. Alzó la mano que tenía libre y le acarició el pelo con los dedos, estudiándolo con la mirada.

—No podía irme con Kaede —susurró, como si estuviese revelando un horrible secreto—. En el fondo, no quería irme con él. Solo quería huir de… De no poder tenerte nunca.

Albar agachó la cabeza y sonrió con la boca pegada a su cuello.

—No tienes ni idea de lo que me alivia oírte decir eso. —Estaba

cansado de intentar no quererla—. Cada día que paso sin verte siento que me ahogo —admitió—. Como si alguien me dejara sin aire y no pudiera respirar…

Emeline soltó las partituras, y cayeron desperdigadas por el suelo.

Ninguno de ellos perdió el tiempo en recogerlas.

Ella le besó la mandíbula. La mejilla. La frente. Cada segundo que pasaba, su boca se tornaba más urgente. Deslizó las manos bajo su camiseta, dejándole claro que no era él el único que estaba torturado por el deseo.

Y Albar capturó sus labios. No quería parar. Ella lo cogió del cinturón y apretó sus caderas contra él, y entonces gimió, porque no era suficiente.

Albar se rio, con la boca pegada a la suya.

—Quiero que vengas a casa conmigo —le dijo.

Ella le mordisqueó el cuello.

—Yo también quiero.

—Bien, me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. —Bajó las manos a los botones de sus vaqueros y se los desabrochó. Luego le bajó la cremallera y se puso de rodillas.

—¡Albar! —exclamó Emeline, agarrándolo del pelo—. ¡¿Qué haces?!

—Recordar cómo respirar.

NOTA DE LA AUTORA

Mi primer encuentro con el concepto del *ubi sunt* fue en clase de historia, cuando tenía unos dieciséis años. La expresión latina, que significa «¿Dónde están?» (o, como Albar lo interpreta, «¿Adónde fueron a parar…?») es un tópico de la literatura que medita sobre la fugacidad de la vida y lo inevitable de nuestra mortalidad. Resuena, por ejemplo, en todo el *Beowulf*, un poema épico sobre la pérdida de lo que pertenece al pasado, especialmente los héroes.

Cuando mi abuelo, el hombre que me crio, empezó a olvidarlo todo y a todos a los que amaba, la esencia del *ubi sunt* comenzó a resonar a través de él. Estando ya al final de su vida, miraba atrás y quería saber adónde había ido todo y, ahora que ya no había nada, de qué había servido. Mientras veía como este héroe de mi vida iba alejándose cada vez más de sí mismo, empecé a prestar más atención a sus preguntas.

Supe, en aquel entonces, que me estaba despidiendo poco a poco no solo de él, sino de la familia que él había mantenido unida y de la casa en la que me había criado, situada en la linde del bosque. Y supe, por encima de todo lo demás, que estaba perdiendo a mi héroe. No solo a un abuelo, sino también a un guardián. A un pilar de mi familia, y también de su comunidad. A un hombre que era el

ejemplo según el cual quería construir mi propia vida.

Así que, el primer día que olvidó mi nombre, empecé a escribirle en una historia. A él, y a la familia que tanto amaba, y al bosque que tanto me llamaba. Pensé que, si lo tejía en una historia, tal vez pudiera retenerlo. Salvarlo, incluso. Unos años después, mientras revisaba aquel primer borrador en su habitación de hospital, me di cuenta de que no podemos salvar a las personas que amamos, pero sí podemos convertirnos en las personas que nos inspiraron a ser y encontrar en nuestro interior la fuerza para pasar página. Solo entonces podemos coger el testigo que nos han pasado y caminar con él hacia el futuro.

Esta historia ha crecido y se ha alejado mucho de aquella primera versión, pero sigue estando inspirada en mi abuelo y en su búsqueda de sentido.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a:

Danielle Burby, por creer en esta historia cuando yo estaba a punto de rendirme.

Vicki Lame, por darle a *Un oscuro olvido* un hogar perfecto en Wednesday Books y ayudarme a escribir la mejor versión posible.

El equipo de Wednesday Books, sobre todo a Vanessa Aguirre, Angelica Chong, Alexis Neuville, Brant Janeway, Meghan Harrington, Alyssa Gammello, Carla Benton, Lena Shekhter, Barbara Wild y Devan Norman.

Sasha Vinogradova, por dejarnos utilizar tu precioso arte en mis portadas.

Kerri Resnick, por convertir el arte de Sasha en unas portadas con las que se te cae la baba.

Tanaz Bhathena, DJ DeSmyter, Jo Hathaway, Rosaria Munda, Eloise Andry y Emily Smith, por vuestra noble amistad, vuestra sabiduría y vuestros comentarios.

Evelyn Skye, Gita Trelease, Joan He, E. K. Johnston, Tricia Levenseller e Isabel Ibañez, por haber leído *Un oscuro olvido* antes de su publicación y prestarme vuestras amables palabras para la publicidad de la sobrecubierta.

Emily Gref y Kelly Delaney, por haber apostado por la semilla de esta historia hace ya muchos años.

Heather Flaherty, por todo.

Rudy Klassen, por haberme dado a conocer el *Beowulf* cuando tenía dieciséis años. Los buenos profesores marcan la diferencia. Y hablando de buenos profesores: quiero dar las gracias a Dave Hunter, por haber creído en mí siempre, y de corazón.

Valérie Mailhot y Annie Duhaume, por corregir mi francés lleno de errores. *Merci beaucoup!*

Kate Goodwin y Laura Bauman, cuya ayuda a distancia durante el posparto me hizo más fácil lidiar con un recién nacido y la fecha de entrega del libro.

Melanie Cameron y The Muse's Company, por dejar que Albar mencionara *Holding the Dark* en la escena de la librería.

Jennifer Mains, por enseñarme la poesía de Melanie. ¡Qué ganas de nuestra próxima charla hasta altas horas de la noche al lado de tu cocina de leña!

El Canada Council for the Arts, por ayudar con la financiación de este libro.

Mi familia, por su amor y su apoyo incondicionales. Un agradecimiento especial a Jolene, a mamá, a papá y a Nathan, por vigilar a Sibyl mientras editaba.

Joseph Bauman, por escribir la letra de la canción de Emeline y por haber leído esta historia más veces de las que puedo contar. Tu constancia está entretejida en todas estas páginas, y cada vez que las leo te encuentro en ellas, mi amor.

La autora Kristen Ciccarelli, número uno en ventas del New York Times, teje la épica historia de amor de una chica mágica, el chico al que dejó atrás y una maldición mortal.



Por muy lejos que huya, el bosque siempre persigue a Emeline Lark, atormentándola con sus misteriosas desapariciones y sus historias de magia feérica.

Cuando su abuelo desaparece, Emeline se ve obligada a adentrarse en el bosque para salvarlo. Allí, Hawthorne Fell, un apuesto y taciturno recaudador de impuestos, intenta disuadirla brutalmente de seguir buscando, incluso cuando surge una chispa magnética entre ellos.

Sin desanimarse, Emeline entra en la corte del legendario Rey del

Bosque y hace un trato: su voz a cambio de la libertad de su abuelo. Lo que no sabe es que ha caído en una maldición que amenaza la existencia misma de este mundo inquietante en el que ahora está atrapada. Para sobrevivir, tendrá que aliarse con el fogoso pero reservado Hawthorne. Si fracasa, perderá todo lo que le es querido.

Kristen Cicarelli es una autora internacional cuyos libros se han traducido a una docena de idiomas, además de estar entre los más vendidos. Creció en la granja de uvas de su abuelo, así que pasó su infancia corriendo por los viñedos, construyendo fuertes en el granero y recorriendo los bosques densos y oscuros que había tras la granja. Hoy en día, Kristen vive en la región del Niágara, en Ontario, con su marido y su hijo, que está obsesionado con los libros.



Título original: *A Dark Forgetting*

Primera edición: junio de 2026

© 2022, Kristen Ciccarelli
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Elena Macian Masip, por la traducción
Detalle de los interiores: iStock

Diseño de portada: adaptación del original de Kerri Resnick para Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Sasha Vinodradova

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87924-46-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un oscuro olvido
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kristen Ciccarelli
Créditos